Último lote: Asesinato en subasta



E.C. BATEMAN

Harper+

Portadilla



ÚLTIMO LOTE:

Asesinato en subasta

E.C. BATEMAN

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

Último lote: asesinato en subasta
Título original: Death at the Auction
© 2022, E. C. Bateman
© 2025, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.
Publicado por HarperCollins Publishers Limited, UK
© De la traducción del inglés, María Romero Valiña

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers Limited, UK.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA). HarperCollins ibérica S.A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.
Imagen de cubierta: Shutterstock.com

ISBN: 9788410643185

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Epílogo
Si te ha gustado este libro…

Dedicatoria

Para los habitantes de Stamford, pasados y presentes

Prólogo

Stamford nunca había lucido tan hermoso. Hacía un día maravilloso en el que el sol primaveral inglés bañaba la piedra dándole un bonito color miel. Sin embargo, Colin Creaton no podía ver nada de eso.

Corría más rápido que nunca en toda su vida.

Se adentró por el estrecho y serpenteante pasaje entre las casas, con el eco de sus zapatos resonando contra los muros de piedra que lo rodeaban. Lo único que se oía más fuerte era el rugido de la sangre en sus oídos, silbando como una tetera hirviendo mientras jadeaba de manera entrecortada en busca de bocanadas de aire fresco.

El corazón le latía desbocado en el pecho. Perdió el equilibrio y buscó apoyo agarrándose con una mano a la tosca pared de piedra, sintiendo bajo los dedos las marcas de cincel que aún permanecían después de siglos. Se atrevió a permitirse una pausa, solo un momento. Medio momento, incluso. Luego se apartó de la pared y avanzó a trompicones. Al irrumpir en Broad Street, parpadeó, deslumbrado por la luz intensa y el torbellino repentino de color, movimiento y bullicio. La amplia calle estaba a rebosar de gente. Era sábado por la mañana y los compradores deambulaban con cafés en la mano, deteniéndose bajo los toldos a rayas del mercado para curiosear en los puestos. Los lugareños paseaban a sus perros con paso decidido, hasta que un rostro conocido entre la multitud bastaba para frenarles el ritmo y sumergirlos en una charla alegre, como si el tiempo ya no importara.

Se abrió paso entre ellos, cojeando y con las articulaciones protestando por el esfuerzo sin precedentes al que las había sometido. Estirando el cuello, intentó desesperadamente mirar por encima de la multitud, pero las cabezas le bloqueaban la vista, el mar de cuerpos parecía ondular y arremolinarse como olas ante sus ojos.

Chocó con alguien, una anciana de cabello blanco como la nieve. Tras balbucear aterrado una disculpa, se obligó a continuar, tropezando ligeramente con los adoquines irregulares.

Se le acababa el tiempo. Se le acababan las oportunidades.

Su mirada se elevó hacia la torre ornamentada de la iglesia de All Saints, que destacaba como nunca en el cielo azul. Las manecillas doradas del reloj brillaban bajo el sol. La angustia le oprimió la garganta.

Giró hacia los anchos escalones de piedra a su derecha, que ascendían hasta la puerta principal de una imponente casa señorial de tres plantas. Con las últimas fuerzas que le quedaban, atravesó el umbral, buscando a tientas el borde del mostrador de recepción.

—Es tarde… —jadeó—. Por favor. No hay tiempo. Es… demasiado tarde.

La secretaria lo miró perpleja, aunque sin perder la amabilidad.

—No, señor, no es demasiado tarde. La subasta no empieza hasta dentro de diez minutos.

—¿Colin? —Una voz estridente resonó en el vestíbulo revestido de mármol—. ¿Qué demonios estás haciendo? Solo tenías que aparcar el coche.

Colin se desplomó aliviado sobre el mostrador.

—Lo siento, Margaret —se disculpó con tono sumiso—. Hoy es día de mercado. No encontraba sitio en ninguna parte.

—Como no te des prisa, al final vas a perdértela —dijo ella con sequedad, tirando del brazo de él con su mano regordeta enfundada en un guante de lana y dirigiéndole una mirada de disculpa a la recepcionista. El tipo de mirada que había comenzado a notar en ella cada vez más a menudo—. Y sería el colmo, teniendo en cuenta el revuelo que has armado por ese maldito tren de juguete… Sabías que no quería venir hoy al centro, pero insististe… —Su barbilla

tembló levemente antes de apretar los labios con firmeza—. ¡Insististe! No he oído hablar de otra cosa durante semanas. ¡Como para perdérselo ahora! Al menos tuve la previsión de tomar un número de puja por ti —añadió agitando una paleta con forma de pala de pimpón.

—Lo siento, Margaret —repitió él, aunque en realidad apenas sabía lo que decía.

Ni siquiera le había molestado que describiera su gran pasión como un simple juguete. El corazón le latía desbocado de nuevo, pero esta vez no de miedo y pánico, sino de júbilo.

No se lo había perdido. Gracias a Dios, no se lo había perdido.

La sala de subastas ya estaba abarrotada. Todas las sillas estaban ocupadas, y los que habían llegado tarde se habían visto obligados a apretujarse en los laterales, encajándose en los espacios entre los muebles que había desperdigados por la sala. A su lado, Margaret fruncía los labios con desaprobación por no haber conseguido asiento. Se lo recordaría todo el camino de vuelta en el coche, lo sabía. Probablemente durante el resto del día. Pero merecería la pena.

Se colocaron al lado de un armario imponente de madera oscura como la noche. Margaret, tras dejarle instrucciones tajantes de no moverse bajo ninguna circunstancia —«¡Bajo ninguna circunstancia, Colin!»—, se marchó en busca de té. Él permaneció obedientemente en su posición, apoyando el hombro contra el armario mientras estudiaba su catálogo. Todos los demás en la sala parecían hacer lo mismo. El murmullo constante de las conversaciones fue aumentando hasta convertirse en un zumbido, mientras las cabezas se inclinaban sobre los catálogos y los dedos señalaban distintos lotes.

De repente, se percató de otro sonido, mucho más silencioso que el resto y mucho más cercano. Una especie de roce lento y prolongado, como de uñas contra la madera. Miró con recelo el armario junto a él. Esperaba que no hubiera una rata allí dentro. A Margaret le daría un ataque si…

—¿Por qué lo miras así? —Ella estaba plantada de pie frente a él, con dos vasos de poliestireno en las manos—. No estarás pensando

en pujar por ese armario, ¿verdad?

Parecía horrorizada.

—Eh…, no. —Colin se apartó rápidamente.

—Menos mal. —Su alivio era palpable—. Nunca conseguiríamos subirlo por las escaleras. No entiendo por qué la gente quiere comprar muebles viejos. Yo digo que es mejor comprar algo bonito y nuevo que se pueda desmontar y que no haya tenido la ropa interior de otros dentro.

Una declaración así no parecía merecer respuesta.

Colin volvió a mirar el armario, alejándose aún más, impulsado por una sensación que no podía explicar. Al menos no a Margaret. Había algo en aquel mueble, algo extraño y amenazador, que le resultaba inquietante.

—¿Colin? —dijo ella con brusquedad—. ¿Qué te pasa hoy? Parece que hubieras visto un fantasma.

«No», pensó él. No era eso. Al menos no en ese sentido. Si no sonara tan ridículo, casi habría dicho que era más bien como si un fantasma lo observara a él. Se sentía observado, por ojos que no podía ver. Le provocaba escalofríos.

Nunca sabría hasta qué punto había acertado en ese momento.

Detrás de él, iluminado por un fino haz de luz que se colaba entre las rendijas de la pesada puerta de madera, un ojo parpadeó y se fundió de nuevo con las sombras cuando el bullicio se calmó y los postores se volvieron hacia el estrado con expectación.

La subasta estaba a punto de comenzar.

Capítulo 1

Felicia Grant contempló el caos que la rodeaba con desánimo.

Había cosas por todas partes. Cajas de baratijas en precario equilibrio sobre los bordes de los escritorios. Bolsas de basura rebosantes de periódicos y plástico de burbujas amontonadas en el suelo. Una enorme librería de teca ocupaba toda una pared. Al parecer, habían metido las carpetas al azar y ni siquiera se habían molestado en archivar los papeles, sino que los habían ido apilando encima. La alfombra Aubusson apenas se veía bajo los pies y, donde quedaba visible, estaba tan cubierta de polvo y suciedad que era imposible distinguir el delicado estampado de rosas del fondo beis descolorido. Había objetos dispersos por todas partes, algunos con viejas etiquetas de venta, aparentemente atrapados en un purgatorio de dueños desconocidos, compras sin recoger y —la peor pesadilla de todo subastador— artículos comprados pero nunca pagados. En el estante más alto reposaba un globo celeste, con constelaciones doradas que resplandecían bajo la luz fluorescente, esforzándose por iluminar la sala de vigas bajas. En el pequeño y abarrotado alféizar de la ventana, un tarro de jengibre chino azul y blanco de la época Qing reposaba junto a los utensilios para preparar té de la oficina. Pilas de cuadros con marcos dorados se apoyaban contra las paredes, listos para hacer tropezar a los incautos.

Era incluso peor de lo que recordaba.

Las subastas no tenían por qué ser glamurosas, lo sabía mejor que nadie. Pero tampoco tenían que ser una trampa mortal y un peligro biológico a la vez.

¿Por qué nadie le había dicho que la situación había llegado a tal punto?

—Supongo que es raro volver aquí después de tanto tiempo.

Hugo Dappleton se mantenía a una distancia prudencial detrás de ella, jugueteando nervioso con su corbata, que tenía un estampado alegre de herramientas de jardín. Se preguntó si la habría tomado prestada de su padre. Todo lo que Hugo vestía parecía prestado de alguien mucho mayor y más corpulento que él. Quizá fuera porque parecía muy joven —era muy joven, se recordó Felicia—, o quizá porque su sueldo de catalogador no daba para mucho más. Seguía viviendo con su familia en una de las urbanizaciones a las afueras de la ciudad, en una casa abarrotada hasta el techo que ocasionalmente se volvía más espaciosa cuando su padre se marchaba en una de sus conocidas fugas. Estas podían durar días, si no semanas, y sospechaba que gran parte de los ingresos de Hugo iban a parar al bote familiar para mantener a sus cuatro hermanos menores durante esos periodos de escasez.

Le tenía mucho aprecio a Hugo. De hecho, había sido ella quien lo había contratado, hacía ya ocho años, justo antes de que todo estallara con su padre y dejara atrás la casa de subastas —y la carrera que tanto le había costado construir— para no regresar jamás. O eso se había prometido. Y lo había cumplido…, al menos hasta ahora, se corrigió, mientras volvía a observar la habitación. Cuántos recuerdos guardaba el aire polvoriento de esa oficina. Cuántas noches y fines de semana había pasado terminando catálogos, subiendo fotografías y desembalando cajas. Demasiados para contarlos, sin duda.

Hugo tenía dieciséis años. Se había presentado en la recepción con un currículum previsiblemente escaso, pero con un entusiasmo en la mirada que había despertado tanto su sentido comercial como sus emociones más sensibles. Lo había contratado como mozo auxiliar, pero siempre supo que llegaría a ser algo más.

Y ahora allí estaba, habiendo ascendido hasta convertirse en su principal catalogador, formándose bajo la tutela de su padre para ser tasador. Se sentía muy orgullosa de él y, lo más importante, sabía que él no tenía nada que ver con aquel desorden. Le horrorizaba

pensar lo duro que habría estado trabajando, intentando mantenerlo todo en orden. Por eso decidió ocultarle sus verdaderos sentimientos y se limitó a esbozar una sonrisa irónica.

—Podría decirse que sí.

El zumbido persistente de su teléfono en la mesita de noche junto a su lado de la cama la había despertado bruscamente.

Con un gemido, entreabrió un ojo. La habitación cobró forma, iluminada por la luz del sol que se colaba entre las cortinas, bañándolo todo de un tono sepia.

La vibración paró. Con un suspiro de alivio, Felicia se giró hacia un lado, llevándose el edredón con ella.

Volvió a sonar.

Conteniendo una maldición, estiró el brazo para tomarlo y, resignada, se lo llevó a la oreja.

—¿Sí?

—¿Fliss? ¿Estás despierta?

—¿Cassie? —Al oír la voz de su mejor amiga, se incorporó con esfuerzo, protegiéndose los ojos de la tenue luz del sol matutino—. No, por supuesto que no. ¿Qué hora es?

—Más temprano de lo que estás acostumbrada, me juego algo. Si tuvieras tres hijos menores de siete años, pensarías que ya se te ha ido la mitad del día.

—Fui sensata. Me planté con uno. —Felicia gimió, dejándose caer contra los mullidos cojines—. Por favor, dime que no me has despertado a estas horas solo para charlar.

—No, no lo he hecho. —La voz de Cassie había adoptado un tono tan serio que los ojos de Felicia, que habían empezado a cerrarse de nuevo, se abrieron de golpe—. Escucha, Fliss, ¿puedes venir a Stamford? ¿Ahora mismo?

—¿Cass? —Felicia notó la ansiedad filtrándose en su propia voz—. ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—Solo dime si puedes.

—Bueno, sí, supongo. —Felicia miró a su alrededor, desconcertada, como si la decoración color azul huevo de pato de su

dormitorio pudiera proporcionarle alguna respuesta—. Podemos estar en el coche en media hora. Pero ¿qué ha…?

—Es tu padre.

Felicia se quedó inmóvil, aferrando con fuerza el edredón. Esperó.

—Se ha caído por las escaleras. —Cassie sonaba casi sin aliento. Felicia se preguntó si estaría caminando. No le sorprendería; su amiga estaba constantemente yendo de un lado para otro, a menudo haciendo varias cosas a la vez—. Al parecer, se tropezó con el gato. Pero está bien —añadió apresuradamente al oír la brusca inspiración de Felicia—. Malhumorado y un poco enfadado consigo mismo, pero bien. Según me han informado del hospital, solo es una fractura. Le darán el alta más tarde.

Felicia sintió que todo su cuerpo se relajaba de alivio.

—Gracias a Dios que estabas allí. —Se sentó en el borde de la cama, con el teléfono encajado entre el cuello y el hombro mientras se ponía las zapatillas—. Me da miedo pensar que… Por cierto, ¿qué hacías allí tan temprano?

—Pasear al bebé —respondió Cassie—. No hay quien lo duerma. Alistair y yo nos turnamos para salir a pasear con él al amanecer. Tu padre siempre está en la ventana preparándose una taza de té cuando pasamos. Se ha convertido en una especie de ritual saludarnos. Al ver que esta mañana no estaba, me preocupé. Por suerte, siempre llevo la llave de repuesto que me diste.

Felicia se mordió el labio. Sabía que no era todo tan casual y fortuito como Cassie lo hacía parecer. La ruta matutina pasando por la casa de su padre habría sido deliberadamente planeada. Cassie se había encargado de vigilar a Peter desde que Felicia se marchó. Era una de esas cosas tácitas, nunca pedidas ni discutidas, que se hacían entre amigos.

—Gracias, Cass. —«Por todo, no solo por esto». No necesitaba añadir esa última parte, y Cassie no querría que lo hiciera. Pero sabía que estaba allí de todos modos—. Vamos para allá. —Visualizó el hospital, un edificio de aspecto dickensiano, con torres y frontones, construido con la icónica piedra dorada que caracterizaba a todo Stamford—. Dile a mi padre que estaré con él en…

—En realidad, te necesitan primero en otro sitio —la interrumpió Cassie. Su voz sonó vacilante de repente. Felicia se tensó de inmediato; ese tono nunca traía buenas noticias—. Es día de subasta, Fliss. ¿Lo habías olvidado?

No, no lo había olvidado. Todavía tenía memorizado el calendario de subastas de Grant's, aunque nunca se lo había admitido a nadie. Ni siquiera a Cassie. De alguna forma, reconocer que aquel lugar todavía le importaba, aunque fuera de manera mínima e inexplicable, le parecía una muestra de debilidad.

Como era típico en ella, Cassie no esperó su respuesta y fue directa al grano:

—¿Puedes encargarte? De la subasta, quiero decir.

Felicia casi se atragantó.

—Cass, ¡hace años que no subo al estrado! No podría…

—Claro que puedes —aseguró Cassie con tono persuasivo. Era la voz que utilizaba para poner firmes tanto a los niños díscolos como a los miembros tercos del consejo—. Seguro que es como montar en bicicleta.

—No lo es —empezó a decir Felicia, poniéndose a la defensiva, pero se rindió. No importaba cuántas veces le explicaras a la gente lo complicado que era ser subastador, nunca te creían realmente. Pensaban que solo consistía en gritar números al azar y golpear el mazo para darle dramatismo.

—Por favor, Fliss —suplicó Cassie—. Te necesitamos.

Felicia entornó los ojos.

—Cuando dices «nosotros», ¿te refieres a que mi padre te pidió que me lo dijeras?

Hubo una pausa.

—Bueno…, no exactamente.

—No te andes por las ramas, Cass. No te pega.

—¡Mira, ya sabes lo orgulloso que es! —estalló Cassie—. ¡Y es lo único que se me ocurre para evitar que se levante de la cama del hospital y vaya conduciendo hasta allí para hacerlo él mismo! Créeme, Fliss, los dos te necesitamos. Él para que no se mate por el camino, y yo para que no acabe matándolo.

La desesperación de Cassie resultaría hasta cómica si no fuera por la cruda realidad de sus palabras. Felicia no tenía duda de que su padre sería capaz de pedir el alta del hospital si fuera necesario y cruzar Stamford cojeando en bata con tal de no perderse una subasta. No era solo una cuestión de orgullo; también era por dinero y, más importante aún, por el personal que dependía de ellos cada mes. Los ingresos de la subasta se estiraban de una venta a otra; perderse una sola significaba que no habría suficiente dinero para pagar los sueldos, y mucho menos el resto de gastos. Sabía que, a pesar de su exterior rudo, su padre se sentía profundamente responsable de sus empleados. La preocupación por todos ellos le robaba el sueño por las noches.

—Vamos, Fliss. Sabes tan bien como yo que no hay nadie más que pueda hacerlo. No con tan poco tiempo.

Felicia no fue realmente consciente de haber tomado una decisión. Después, ni siquiera estaba segura de haberla asumido como tal. Más bien, simplemente sabía que no había otra alternativa, al menos no una con la que pudiera convivir.

—De acuerdo —claudicó, apartándose el pelo de la frente—. Voy para allá. No dejes que se escape, ¿vale? Mantenlo ahí.

—Haré lo que pueda. Con un poco de suerte, si le digo que tú te encargarás de la subasta, eso debería bastar para que se calme. —A través del teléfono, Felicia podía oír el ruido de sus tacones en el suelo de baldosas del hospital. Estaba en marcha otra vez—. Yo tengo que irme corriendo en un minuto; los chicos tienen club de tenis a las ocho y media. Luego tengo que preparar esa dichosa reunión del ayuntamiento de esta tarde. —Su tono de voz delataba su nivel de exasperación—. Y nada menos que un sábado en plenas vacaciones de Pascua. Cómo se nota que todos los demás están jubilados… Los horarios no significan nada para ellos.

—Oh, pobrecita… —Felicia sonrió, agarró su kimono de seda de detrás de la puerta y se lo echó sobre los hombros—. ¿Te pasarás por la subasta cuando estés libre? Me vendría bien algo de apoyo moral.

—Si tienes suerte —dijo Cassie con tono burlón—, me verás allí con la toga de alcaldesa.

Felicia puso los ojos en blanco.

—Eso espero…

«Dios sabe que la voy a necesitar», pensó Felicia mientras abría las cortinas y contemplaba el horizonte de Londres, teñido de rosa por la luz del amanecer.

Casi sin darse cuenta, se encontró rodeando el escritorio de su padre, atraída por la pequeña ventana enrejada que daba al pueblo que un día conoció como la palma de su mano. Una vista que no podía ser más distinta de los edificios de cristal y acero que la habían recibido esa mañana.

A través de los pequeños cristales moteados, Stamford resplandecía ante ella, iluminado por líneas oblicuas de sol perlado de abril. La luz transformaba la piedra color galleta de las elegantes casas georgianas en un cálido tono horneado, y convertía los cristales de las ventanas de guillotina en oro líquido. Se deslizaba por las torres de las cinco iglesias medievales que se agrupaban en el centro de la ciudad, acurrucadas en sus respectivas plazas empedradas.

Podía imaginarse el resto, aunque no pudiera verlo. Más allá, ocultas por los tejados de pizarra, se extendían las praderas, atravesadas por el serpenteante curso del río Welland; punto de encuentro de más de un romance veraniego clandestino, escenario de su primer beso y hogar de algunos de los patos más rollizos y mimados de toda Inglaterra. Luego estaba The George, el famoso hotel que llevaba en pie desde el siglo x. Había celebrado muchos éxitos brindando con un cóctel de naranja amarga en su bar revestido con paneles de madera. Aunque, pensándolo bien, también había ahogado allí bastantes fracasos.

Y más lejos todavía, creando una especie de frontera a lo largo de un lado entero del pueblo, estaban las ondulantes praderas verdes de Burghley House. Allí era donde iba cuando necesitaba pensar. Fue el último lugar al que acudió antes de abandonar Stamford para siempre. Se había quedado junto al lago, preguntándose si estaba

haciendo lo correcto, aunque al mismo tiempo sabía que no tenía otra opción.

—Mamá, Betsy dice que puedo ayudarla con las pujas telefónicas —dijo Algernon, a su lado, mirándola con ojos suplicante—. ¿Puedo? Por favor.

Felicia bajó la mirada hacia los ojos grandes y grises de su hijo, que eran el vivo retrato de los suyos, y suspiró para sus adentros.

En realidad, su hijo conocía la casa de subastas mejor que ella. Probablemente también conocía mejor Stamford. A diferencia de ella, él había vuelto muchas veces, llegando en tren a la diminuta estación del pueblo —con aspecto de casa de jengibre—, donde su abuelo iba a recogerlo andando.

Pasaban muchas horas juntos en la casa de subastas, en las que el abuelo Peter se dedicaba a enseñarle todos los entresijos. Y Algernon adoraba cada minuto, podía verlo. Tenía un entusiasmo, un brillo en la cara cuando hablaba de ello, que le tocaba la fibra sensible y la desesperaba a la vez. Porque ella había sentido exactamente lo mismo tiempo atrás. La alegría y la emoción de dirigir su propio negocio la habían llenado de energía. Pero no había durado mucho.

Por desgracia, las subastas no daban dinero. Al menos no las provinciales. Eran una especie en lenta extinción. Los comerciantes envejecían y se jubilaban. Algunos jóvenes se incorporaban, sí, pero no eran suficientes para llenar el vacío. La triste realidad era que el amor no bastaba. La pasión no bastaba. El día que se dio cuenta de eso fue el día que maduró definitivamente.

Había hecho todo lo posible por proteger a Algernon, pero el problema lo había encontrado de todos modos. Y, por alguna razón, no se sentía capaz de contarle todo eso. Aunque probablemente fuera lo mejor para él, no podía ser ella quien pisoteara sus sueños. Debía reconocer que, en cualquier caso, él no la escucharía. Ella tampoco lo habría hecho.

—Adelante, entonces —le respondió—. Siempre que no estorbes.

—Puede ayudarme con los formularios de las pujas, ¿verdad, cielo? —Betsy, la gerente de la sala, apareció en lo alto de las

escaleras, con su delantal verde con la marca Grant's y su habitual sonrisa radiante—. Será de gran ayuda.

Felicia le dirigió una mirada agradecida por encima de la cabeza despeinada de Algernon.

—Será mejor que vayamos —sugirió Hugo, equilibrando una carpeta de anillas repleta de papeles en una mano y una taza de té en la otra—. Se estarán impacientando.

Algernon descendió las escaleras a toda prisa, y se oyó el inconfundible golpe seco al saltar los dos últimos escalones.

—Espera. Necesitarás esto. —Sujetando la carpeta bajo el brazo, Hugo se acercó a las estanterías y sacó un mazo de caoba pulida. Su mazo.

Al agarrarlo, Felicia sintió una especie de descarga eléctrica recorriéndole todo el cuerpo. Sus dedos se curvaron alrededor del mango, amoldándose sin esfuerzo a la desgastada madera. La cabeza del mazo estaba mellada en un extremo y el brillo del barniz se había perdido por tantos años de uso.

—Nadie lo ha usado desde que te fuiste —confesó Hugo en voz baja, observándola.

Felicia tomó aire, intentando recomponerse. Luego, sus ojos se encontraron con los de él.

—Vamos entonces. Acabemos con esto.

Capítulo 2

Felicia se irguió en el estrado, observando la abarrotada sala de subastas.

A menudo se decía que una buena subasta era tan entretenida y tensa como cualquier espectáculo teatral y, ciertamente, desde su posición privilegiada en la tarima, la escena se asemejaba mucho al público de un teatro preparándose para que se alzara el telón. La gente se acomodaba en sus asientos, forcejeando para quitarse los abrigos sin codear al vecino. Algunos soplaban sus cafés recién comprados en la furgoneta aparcada fuera, u ofrecían caramelos de menta o galletas a sus acompañantes. Algunos seguían charlando —varias parejas mantenían la inevitable discusión acalorada de último minuto sobre hasta dónde estaban dispuestos a llegar por un artículo—, mientras otros permanecían quietos y silenciosos, esperando con diversos grados de paciencia dibujados en sus rostros.

Algunos todavía intentaban examinar las piezas, con los catálogos arrugados en las manos mientras buscaban desesperadamente un camino entre la multitud hacia el lote elegido. Siempre había algunos así, gente que esperaba hasta minutos antes de que comenzara la venta para decidir si querían pujar o no.

Por otro lado, Felicia admitió con ironía que siempre había algunos ejemplares de cada tipo en una sala de subastas. Nunca cambiaba. Si existía un lugar que pudiera definirse por sus arquetipos, ese era sin duda una casa de subastas. Parecía atraer a una mezcla de gente de todos los estratos sociales, personas cuyas vidas normalmente nunca se cruzarían. Durante una breve mañana, la realidad quedaba

en suspenso, las diferencias se dejaban de lado. Todos se encontraban juntos en una sala pequeña y sofocante. Bebían el mismo café, compartían la misma experiencia. Luego, desaparecían, volviendo cada uno a su propio hábitat. Probablemente ni siquiera reconocerían a sus compañeros de puja en la calle.

Su mirada recorrió el público, identificándolos sin esfuerzo. Había un buen número de comerciantes de estilo tradicional, como los de la serie *Lovejoy,*[1] con sus abrigos mugrientos, bolsillos rebosantes de catálogos arrugados de otras subastas y gorras caladas hasta los ojos. Se agrupaban en pequeños corrillos, murmurando entre ellos por la comisura de los labios, lanzando miradas furtivas por la sala para identificar a sus rivales.

Sin embargo, había otros tipos de comerciantes allí, mucho menos evidentes, mucho más difíciles de detectar para el ojo inexperto. Un hombre elegantemente vestido, con un traje a rayas y un pañuelo de flores asomando del bolsillo, ocupaba un asiento en la primera fila, con una pierna cruzada sobre la otra de manera despreocupada. Parecía un aristócrata en su día libre, dispuesto a adquirir algún nuevo adorno para engalanar su mansión señorial. Felicia sabía que en realidad era todo lo contrario. Era el señor Clancy, el comerciante de muebles de alta gama. No era muy habitual ver su rostro por allí; no solía frecuentar las ventas en persona, pues prefería preservar su anonimato. Su presencia resultaba reveladora. Felicia frunció el ceño, repasando mentalmente el catálogo, tratando de averiguar qué se les podía haber pasado por alto. Porque no había duda de que algo se les había escapado. Había muebles de buena calidad en la venta de ese día, pero nada que encajara con los gustos del señor Clancy.

El escritorio, pensó con desánimo. Tenía que ser eso. Su padre lo había descrito como estilo Luis XV, pero ella había tenido sus dudas incluso al ver la foto de baja resolución del elegante escritorio en la web. A su juicio, estaba demasiado finamente esmaltado para ser una reproducción. Era el tipo de cosa que, en otros tiempos, habría discutido con él, pero ya no…, ya no era asunto suyo.

Felicia continuó recorriendo la sala con los ojos. Junto a la puerta, dos chicas jóvenes con vestidos florales vaporosos hablaban en voz

baja. Su gran parecido daba a pensar que eran hermanas. Felicia no las conocía de nada, pero había algo en ellas que hacía que sus sentidos se pusieran en guardia. Intentaban pasar desapercibidas, pero para ella era evidente que se trataba de alguna empresa emergente londinense. Probablemente vendían a través de Instagram. Los anticuarios de la vieja escuela ni siquiera las miraban. Felicia no pudo contener una pequeña sonrisa, tenía la sensación de que se llevarían una sorpresa cuando comenzaran las pujas. No parecían haber comprendido que el panorama estaba cambiando, que estaba entrando gente nueva en el juego. Gente que no se parecía a ellos y que tampoco jugaba según sus reglas.

Finalmente, estaban los curiosos ocasionales. Los habituales del lugar, a quienes les gustaba acercarse a la subasta para tomar un café y ver el ambiente, quizá incluso comprar uno o dos lotes que les llamara la atención. Era una tradición de los sábados por la mañana; formaba parte de su rutina. A su padre le gustaba tenerlos allí, era la razón por la que había elegido los sábados por la mañana para sus ventas, en una época en la que muchas subastas solo estaban realmente interesadas en atender a los comerciantes profesionales y se celebraban entre semana. Peter Grant siempre había defendido que ese era el secreto para crear un ambiente cálido y acogedor, donde la gente pudiera acudir con sus hijos, sus perros e incluso sus abuelos. Así se lograba reducir la tensión profesional y se hacía más llevadero.

No todos le resultaban familiares, pero aún reconocía algunas caras. Evelina Fielding estaba en la primera fila, delicada y esbelta como siempre, luciendo un chaleco rosa de Schiaparelli sobre un jersey gris claro. Su cabello era de un blanco puro, como el armiño, y sus ojos brillaban con alegría en un rostro arrugado pero lleno de vida. Debía de tener unos noventa años, pero conservaba la misma vitalidad que Felicia recordaba, aunque ahora necesitaba un bastón, que descansaba apoyado contra su silla. Cuando su mirada se cruzó con la de Felicia, la saludó alegremente, y Felicia le devolvió la sonrisa, sintiendo que sus nervios se calmaban un poco. Era bueno saber que había algunos rostros amigables en la sala. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se subió a aquel estrado.

—¿Estás lista? —murmuró Hugo a su lado, sentado frente al monitor del ordenador—. Son casi las diez.

Y luego, por supuesto, estaban todos los postores que ni siquiera podía ver, pensó Felicia, echando un vistazo a la pantalla, que estaba preparada con una fotografía del primer lote, esperando a que ella comenzara. Las incontables personas que pujaban en tiempo real, en directo, desde portátiles y móviles en todo el mundo. Su mirada se dirigió a la mesa redonda de caoba, donde su personal se encontraba apostado con teléfonos y hojas de pujas frente a ellos, esperando las ofertas telefónicas que se habían reservado anteriormente. Echó un vistazo a sus propias hojas, que revelaban una gran cantidad de pujas por comisión que habían solicitado las personas que no podían estar presentes. Formaba parte de su trabajo pujar en su nombre.

Sintió una repentina oleada de nervios, que intentó calmar con respiraciones profundas. Era preferible no pensar demasiado. Mejor simplemente actuar.

Asintió hacia Hugo, cuadrando sus papeles.

—Bienvenidos a Grant's —dijo al encender el micrófono, dejando que su voz resonara hasta el fondo de la sala—. Empecemos, ¿les parece? Lote uno: un par de jarrones Delft…

—¡Vendido!

El mazo golpeó el estrado haciendo vibrar la madera. Felicia exhaló un suspiro de alivio mientras veía la pantalla pasar al siguiente lote. La cosa iba bien. Mucho mejor de lo que se había atrevido a imaginar.

Los primeros quince minutos habían sido lentos, teniendo que iniciar muchas de las pujas, ajustando el ritmo para atraer a los indecisos. Pero luego se produjo un notable repunte y, cuando llegaron al final de la sección de cerámica, los precios ya eran más altos. El índice de ventas también era bueno, muy superior a la media. Incluso empezaba a disfrutarlo. Había olvidado la emoción que una subasta podía generar. El reto de interpretar lo que sucedía en la sala, controlar el ambiente, saber cuándo arriesgarse con un

aumento extra en la puja inicial y cuándo ser paciente, dejando que la puja tomara impulso por sí sola. Era una forma de arte, sutil y poco comprendida. Lo había echado de menos, pero Dios, era agotador. Ya podía sentir que el subidón de adrenalina empezaba a decaer.

Se tomó un momento para estirarse discretamente el cuello, recorriendo la lista con la mirada. Ya no quedaba mucho. Solo los coleccionables y, la recta final, los muebles. Sus ojos se desviaron hacia el señor Clancy. El comerciante estaba tranquilamente sentado, sin revelar nada en su expresión, pero podía notar que estaba alerta, esperando. Un par de asientos más allá, Evelina escudriñaba su catálogo, muy probablemente, intentando averiguar qué acababa de comprar. Tenía tendencia a pujar sin control, luego se daba cuenta de que lo que había comprado no cabía en su casa o no era lo que realmente quería, y acababa devolviendo la mitad en la siguiente subasta.

Las dos hermanas estaban ahora al fondo de la sala; se habían movido constantemente durante la venta, dando la impresión de estar en un sitio distinto cada vez que miraba. Habían salido a por café durante la sección de artículos militares, algo que no le había sorprendido. La cerámica española y las macetas de terracota desgastadas parecían más lo suyo. Había acertado con ellas. Desataron el caos entre los viejos comerciantes, que las miraban con rencor bajo el ala caída de sus sombreros de *tweed*.

A su derecha, en la mesa del teléfono, Algernon estaba sentado junto a Betsy, tachando con entusiasmo los formularios de pujas usados, mientras balanceaba las piernas hacia delante y atrás con ese gesto infantil que aún conservaba.

Después miró hacia Hugo, que se frotaba los ojos con cansancio.

—Deberías cambiarte con alguien —le sugirió Felicia en voz baja, cubriendo el micrófono con la mano—. Haré un descanso de cinco minutos.

Él negó con la cabeza de manera brusca.

—Estoy bien. Puedo aguantar hasta… —se interrumpió de repente, enderezándose.

El silencio se prolongó varios segundos. Felicia levantó la vista y se encontró con su público mirándola con impaciencia, preguntándose a qué se debía el retraso. Felicia se sonrojó y volvió a centrarse en Hugo, que seguía tieso a su lado.

—¿Hugo? —lo apremió en voz baja.

Él se sobresaltó ligeramente al oír su voz.

—¿Sabes qué? Quizá tengas razón. Le pediré a Amelia que me sustituya.

Entonces se fue, abandonando su asiento sin ni siquiera esperar a que llegara su reemplazo, dejándola completamente sola. Durante un momento incómodo y desconcertante, ella se quedó allí paralizada, hasta que afortunadamente la prometida Amelia, una de las empleadas de la sala de ventas que solo iba los días de subasta, se deslizó en el asiento libre.

Felicia contuvo un suspiro de alivio, recomponiéndose mientras se debatía entre el enfado y la preocupación. ¿A qué había venido eso? Era totalmente impropio de Hugo ser tan poco profesional.

Sus ojos se dirigieron de forma automática hacia el rincón en sombras al fondo de la sala, donde él había estado mirando, pero no vio nada. Tan solo un oscuro y voluminoso armario. Sintió un leve escalofrío al mirarlo, pero lo atribuyó enseguida al cansancio y al estrés. Ya se le estaba haciendo largo, y ni siquiera iban por la mitad.

Amelia demostró ser una ayudante competente —aunque un poco lenta—, y, durante la siguiente media hora, la mente de Felicia estuvo ocupada en otras cosas.

La subasta se prolongó. Parecía convertirse en una mancha larga y difusa, como una fotografía de una cascada tomada con velocidad de obturación lenta. Más tarde, al recordarlo, Felicia diría que los únicos puntos de referencia que creaban algún sentido de tiempo y espacio eran los lotes individuales: el reloj de pie de Cornualles coincidió con el momento en que Evelina estaba al fondo de la sala hablando con otra anciana; y el conjunto de cajas de cerillas esmaltadas salió a subasta justo cuando Betsy se tomó un descanso de los teléfonos. Todo eso podía jurarlo. También notó que Algernon había desaparecido durante el lote mixto de cobre y latón, pero ya

había vuelto cuando los accesorios para chimenea salieron a subasta.

Solo había una persona en la sala que no parecía moverse. Un hombre joven, con el pelo rubio oscuro despeinado, y el rostro bronceado y delgado. Por alguna razón, su mirada seguía encontrándose con él una y otra vez. Siempre estaba al fondo, con las manos en los bolsillos, observando la acción con serenidad.

—¿Quién es ese? —preguntó en voz baja a Amelia, mientras esperaban a que se calmara el alboroto después de un lote particularmente emocionante.

—Es Jack Riding. —Amelia la miró como si estuviera loca—. Ya sabes, el fotógrafo. Trabaja para nosotros a veces. ¿No te lo dijo tu padre?

—No, no me lo dijo —respondió Felicia. El hombre levantó la vista en ese momento y sus miradas se cruzaron. Sintiéndose avergonzada por haber sido pillada, desvió rápidamente la vista.

En ese momento, el escritorio apareció en la pantalla, y cualquier otro pensamiento que pudiera tener se desvaneció ante un escalofrío de emoción. Aquello prometía ser interesante.

Comenzó la puja. Discretamente, Felicia evitó mirar en dirección al señor Clancy. De todos modos, estaba segura de que él no mostraría sus cartas hasta más tarde. Esperaría hasta los momentos finales. Algunos comerciantes comenzaron a pujar, pero se retiraron rápido. Observó a un hombre que jugueteaba con el borde de su gorra… ¿Era eso una puja? No, se giraba para hablar con su esposa. Miró al otro lado de la sala, donde estaban los teléfonos. Betsy asintió y levantó una mano. Puja. Después fue el turno de Internet; se quedó esperando, atenta. Luego echó un vistazo a la sala, ahora sumida en un silencio expectante, y por fin dejó que su mirada se posara en la silla del señor Clancy.

Pero él ya no estaba allí.

Sintió una sacudida de sorpresa, que estaba segura debía notarse en su rostro. Recompuso apresuradamente sus facciones y apartó la confusión de su mente, volviendo rápidamente la mirada hacia los teléfonos. Betsy asintió de nuevo.

—La puja en los teléfonos está en treinta mil libras —anunció Felicia. La sala la miró en silencio. En Internet no había nada. Parecía que todos contenían el aliento al mismo tiempo—. A la una…, a las dos… —Felicia hizo una pausa, haciendo que el momento se alargara—. ¡Adjudicado! —El mazo golpeó el estrado una vez más.

El aliento contenido se liberó. La sala estalló en un tumulto de charlas y risas nerviosas. Felicia notó que el señor Clancy regresaba furtivamente de vuelta a su asiento.

Alguien se acercó corriendo y le entregó un papel a Felicia. Ella frunció el ceño al mirarlo.

—¿Qué es esto?

El mensajero, un adolescente con el delantal verde que llevaba todo el personal los días de subasta, se encogió de hombros, impotente.

—Me lo acaban de dar. Lo siento.

—De acuerdo —respondió Felicia suspirando, antes de volverse hacia la sala e inclinarse hacia el micrófono—. Disculpen todos, ha habido una pequeña adición de última hora al catálogo. Un armario jacobino tallado en roble, circa 1600.

—Debe de ser ese de allí —susurró Amelia, señalando el armario de la esquina—. Oí a Hugo mencionar que llegó ayer a última hora. Por eso tuvieron que colocarlo allí. No había otro sitio donde ponerlo.

—La verdad es que preferiría que no hicieran estas cosas —murmuró Felicia.

No era inaudito que ocurriera algo así, pero le parecía tan poco profesional. Sin duda, algún comerciante astuto había logrado ablandar a Hugo para incluir su artículo en el último momento. Seguramente, contándole alguna historia lacrimógena sobre su necesidad de conseguir dinero cuando, en realidad, simplemente no quería esperar a la siguiente subasta.

—¿Empezamos entonces con las pujas? ¿Alguien ofrece quinientas libras?

Se oyeron algunos murmullos, luego alguien levantó tímidamente su paleta de puja. Felicia no quiso perder el tiempo.

—Excelente. ¿Veo seiscientas libras por alguna parte?

Hubo una pausa. Luego, muy despacio, la mano del señor Clancy comenzó a moverse.

En ese preciso momento, todo pareció descontrolarse. Las puertas dobles se abrieron de golpe, dejando entrar una ráfaga de aire frío. De pie en el umbral, recortada por la luz, una figura alta irrumpió, envuelta en una nube de pétalos de cerezo arrastrados por el viento.

—¡Detengan la subasta! ¡Deténganla ahora mismo!

Felicia casi dejó caer el mazo de la impresión.

—¡Dexter!

Amelia se giró en su asiento, con los ojos abiertos de horror.

—¿No es ese… tu marido?

—Mi exmarido —corrigió Felicia—. Y será mi ex en más sentidos cuando le diga cuatro cosas. Dexter —siseó mientras él se acercaba —. ¿A qué demonios estás jugando? No puedes irrumpir aquí y…

—¡No puedes venderlo! —la interrumpió él, señalando con un dedo hacia el armario—. Felicia, no sabes lo que estás haciendo. No tienes ni la más remota idea…

—¡No! ¡Eres tú el que no tiene ni idea! —espetó ella—. Hay un contrato entre nosotros y el vendedor. Estoy obligada a vender esta pieza según lo acordado. —Miró detrás de él, entrecerrando los ojos con incredulidad al percatarse de la luz encendida de una cámara—. Espera…, ¿estás grabando esto? ¿Para ese ridículo programa tuyo?

El cámara que la sostenía apartó la mirada, incómodo, ajustándose el equipo sobre el hombro.

—No es… —Dexter tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse.

Ella pudo oír cómo sus dientes rechinaban. Cuando él habló de nuevo, su voz sonaba más medida, aunque sus ojos aún chispeaban de furia:

—No voy a discutir esto contigo otra vez.

—Tienes razón, creo que ya lo dijimos todo en el divorcio — contestó ella con frialdad.

—¿Papá? —Algernon se puso de pie, con el rostro dividido entre la confusión y la alegría de verlo—. ¿Qué haces aquí?

—Te lo mostraré, Algie. —Dexter se dirigió a grandes zancadas hacia el armario, agarró las manijas y abrió las puertas de par en par.

Un hombre cayó al suelo con un golpe seco. Sus ojos vidriosos miraban fijamente a la sala. Luego, lentamente, un charco rojo comenzó a extenderse bajo su chaqueta.

[1] *Lovejoy* fue una popular serie de televisión británica (1986-1994) protagonizada por Ian McShane, que interpretaba a un anticuario con un don especial para detectar objetos valiosos. *(Todas las notas son del editor).*

Capítulo 3

—Bien, permítame repasar esto de nuevo, señora Grant. —El sargento Pettifer, de la Policía de Welland, se rascó detrás de la oreja con un lápiz mordisqueado mientras consultaba sus escasas notas.

—Señorita —lo interrumpió ella—. Es señorita Grant. Dexter y yo estamos divorciados.

Sus dedos, de uñas perfectamente cuidadas, se aferraron con fuerza al brazo del sillón antes de soltarse con una lentitud casi ensayada. Luego cruzó las manos en el regazo y lo miró con una sonrisa tensa.

—Se ve que tienes mucho interés por dejarlo claro. —Dexter Grant se recostó en el sillón de cuero agrietado junto al de ella, con una sonrisa seca y burlona en los labios—. Ya se lo has anunciado a medio Stamford esta mañana.

Si un ligero rubor asomó a los pómulos marcados de Felicia, quedó bien oculto por el maquillaje impecable o por su compostura innata.

—No era mi intención. Olvidé que el micrófono seguía encendido. Me pillaste por sorpresa cuando interrumpiste mi subasta con tus idioteces…

—¿Idioteces? —Dexter se incorporó con los ojos encendidos—. Primero era ridículo y ahora mi trabajo son idioteces. ¿Qué será lo siguiente?

El sargento Pettifer soltó un suspiro. No estaba teniendo un buen día. Se suponía que debería estar en el campo de rugby del colegio animando a su hijo pequeño. Su primer sábado libre en cuatro meses; había prometido que estaría allí.

Entonces, un asesinato. Y no uno cualquiera. Un asesinato allí mismo, en Stamford.

Quizá no era de extrañar que un asesinato fuera algo poco común en un pueblo comercial tan tranquilo y refinado como ese. De modo que, cuando ocurría, el jefe insistía en que todos fueran llamados a trabajar en el caso. Incluso si era su primer sábado libre en cuatro meses.

De hecho, todos estaban allí, con la notable excepción del propio jefe, como pudo observar Pettifer con amargura. Sin duda andaría ocupado con algo crucial, como un apacible *brunch* o una amena partida de golf. Ya se dejaría ver más tarde, cuando la parte ingrata del trabajo estuviera resuelta.

Pettifer se detuvo en seco, sorprendido por el rumbo de sus pensamientos. Por lo general, tenía un sano respeto por la autoridad. Pero el inspector jefe Heavenly ya estaba demostrando no ser un superior normal; su naturaleza caritativa ya había sido duramente puesta a prueba ese día, y eso incluso antes de enfrentarse a los dos que lo aguardaban frente a su escritorio, en la desordenada oficina del piso superior.

Los observó con atención. Eran una pareja llamativa; incluso él podía verlo, con su mirada poco dada a sutilezas. El marido tenía un atractivo clásico: de buenos modales, bien afeitado, con el pelo oscuro peinado hacia atrás desde su frente amplia. Una corbata algo floja florecía en su garganta bronceada, en contraste con la camisa de lino arrugada, remangada hasta los codos.

Pettifer lo tenía perfectamente catalogado: urbano, un tanto pagado de sí mismo, el tipo de persona que parecía gustar a las mujeres y que otros hombres encontraban insufrible. Había visto a muchos como él en otras ocasiones; todo era muy previsible… O por lo menos la mitad que quedaba a la vista desde el escritorio, tuvo que admitir con no poca irritación. El resto era otra historia. Unos pantalones cargo y botas de desierto completaban su atuendo que, en conjunto, resultaba algo impostado, como si llevara un disfraz. No encajaba, y a Pettifer no le gustaban las cosas que no encajaban. Ofendían su sensibilidad.

Dicho esto, él era solo un inconveniente menor en el esquema de las cosas, pensó Pettifer apretando los dientes mientras miraba sus notas. Ella era la que planteaba el verdadero problema y a quien tendría que vigilar.

Podría decirse que era casi hermosa, pero había en ella algo mucho más fascinante. Su rostro poseía una cualidad pictórica y elusiva, todo líneas suaves y sombras sutiles. Sus ojos, casi almendrados, parecían cambiar con la luz y el estado de ánimo: a veces gris plateado y plácidos; al instante siguiente, oscuros y tormentosos. Poseía todo el brillo y la fría compostura de la londinense que decía ser, sin embargo, había en ella algo que encajaba con la desgastada oficina de aquel rincón provincial de la Inglaterra media. Intuía que bajo su tranquila superficie se ocultaba alguna emoción, aunque ella no dejaba traslucir nada.

—Esto no llevará mucho tiempo, se lo aseguro —dijo en voz alta, haciendo que ambos se volvieran a mirarlo—. Solo necesito los hechos.

Y menudos hechos, pensó aturdido. Si no tuviera una sala de subastas llena de postores para corroborarlos, jamás lo creería. Sonaba como la pieza de ficción más ridícula imaginable.

—¿Le dijo a mi agente que este hombre simplemente… —entrecerró los ojos ante la escritura errática del agente Winters— se desplomó de un armario? ¿En medio de la subasta?

—Un armario de roble jacobino —añadió ella con frialdad, sacudiendo su cabeza castaña.

El sargento Pettifer la miró fijamente durante varios segundos, tratando de comprender la relevancia de la información. Al final, desistió.

—Ah, sí. Claro. —Dejó a un lado la libreta. De todos modos, prefería obtener los hechos de primera mano. Se inclinó hacia delante en su silla, que crujió de manera poco halagadora, y entrelazó los dedos sobre el escritorio, adoptando su expresión más inquisitiva. Tenía que ir al grano. Sospechaba que esos dos podían prolongar la conversación durante horas—. ¿Y no tiene absolutamente ni idea de cómo pudo haberse metido ahí? ¿Ni cuándo?

—La verdad es que no sabría decirle. —Abrió las palmas hacia él, un gesto tembloroso y extrañamente indefenso que no se creyó ni por un momento. Aquella mujer era cualquier cosa menos vulnerable. Apostaría su placa por ello—. La sala de subastas ha estado abierta desde las nueve para las últimas visitas. La gente puede entrar y salir libremente, y no hay garantía de que el personal los controle a todos. Tienden a vigilar el piso de arriba, donde están las cosas pequeñas y fáciles de guardar en un bolsillo. Los muebles no nos preocupan tanto, por razones obvias. —Entonces sus ojos se abrieron de par en par—. Por supuesto, tenemos un sistema de videovigilancia. No estoy segura de si las cámaras cubren esa esquina en particular, pero sin duda podrían ver quién entró por las puertas y cuándo.

El sargento Pettifer arqueó una ceja.

—Ya habíamos pensado en eso. Desafortunadamente, su personal nos informó que el sistema lleva varios meses fuera de servicio. ¿No estaba al tanto?

Hubo una pausa. Bajó la mirada y, casi de inmediato, volvió a levantarla.

—No —dijo al fin—. No lo sabía. Pero es que realmente ya no tengo mucho que ver con el negocio. De hecho, hace años que no lo tengo.

—Entonces, le pido disculpas. Llegué a la conclusión equivocada porque habló en presente.

—¿De verdad? —respondió con vaguedad—. Bueno, supongo que es una vieja costumbre. Una forma de hablar. Monté este lugar con mi padre, ¿sabe? Pero nos separamos hace años. Diferencias en la forma de ver el negocio —explicó con rapidez al ver que él abría la boca para preguntar—. Nada importante.

El sargento Pettifer apretó los labios. No estaba muy seguro de creerlo, pero no iba a presionar ahora. Ella lo había cortado muy hábilmente.

—Así que, como ve, ya no sé mucho sobre cómo funcionan las cosas aquí —continuó en tono de disculpa—. De hecho, llegué a Stamford hace apenas tres horas y media.

—¿Y eso por qué?

—Una emergencia. Mi padre se rompió la pierna esta mañana temprano, así que naturalmente no podía dirigir la subasta. Fui un reemplazo de última hora.

—¿Y usted, señor? —El sargento Pettifer se volvió hacia Dexter Grant, que observaba con negligencia una colección de volúmenes encuadernados en piel en la estantería. Era difícil saber si había estado siguiendo el interrogatorio—. ¿Cuándo llegó?

Pareció algo desconcertado por la pregunta.

—No creo que haya mucha duda sobre eso, sargento. Todo el mundo me vio llegar. —Su boca se curvó hacia un lado—. Fue una entrada bastante dramática, incluso para lo que estoy acostumbrado.

Junto a él, la mandíbula de Felicia se tensó ligeramente. Pettifer lo notó con interés. De modo que la dama sí que tenía sentimientos después de todo.

—Sí, bueno, llegaremos a eso —dijo en tono amenazador—. Pero me refería a cuándo llegó a la ciudad. Tengo entendido que también reside en Londres.

—En efecto, aunque vine aquí directamente desde el aeropuerto. He estado en el sur de España filmando la última temporada de mi programa de televisión, *Buscador de tesoros*. —Pareció enderezarse entonces, con el rostro iluminado—. Quizá lo haya visto alguna vez.

Una arruga apareció entre las cejas de Felicia.

—Me temo que no soy muy aficionado a los documentales —se excusó Pettifer con educación—. Soy más de deportes.

—Oh, tiene más acción que el documental promedio —dijo Dexter animadamente. Fijó la mirada en el yeso descascarado de la pared, aunque Pettifer sospechaba que intentaba posar con ese aire de suficiencia tan propio de los artistas—. Está lleno de acción. La crítica me ha comparado con un Indiana Jones de la vida real.

Se oyó un sonido ahogado desde la silla contigua. El sargento Pettifer tosió discretamente, preguntándose cómo podía encauzar de nuevo la entrevista.

—Estoy seguro de que es muy entretenido, señor —comentó Pettifer, desviando la vista del sombrero que colgaba tras Dexter: un fedora de cuero ajado, adornado con un sencillo cordón anudado.

Empezaba a sentirse ligeramente nervioso, como si nada de aquello pudiera ser real—. Pero hay un pequeño asunto que quisiera aclarar. Fue usted quien abrió el armario, ¿no es así?

Una especie de cautela se deslizó en los ojos de Dexter. Fue sutil, y el resto de su aire despreocupado no se alteró, pero el sargento Pettifer llevaba mucho tiempo en eso. No se le escapó.

—Sí, es correcto.

—Y tengo entendido que, cuando entró en la sala de subastas de esa manera, su intención era sabotear la venta de ese mismo armario. ¿Verdad?

Dexter Grant se irguió de golpe.

—Mire, no fue exactamente así.

—Entonces, ¿cómo sucedió? —Pettifer mantuvo deliberadamente un tono afable—. Explíquemelo. Porque tengo entendido que lo que dijo fue… —Se interrumpió en ese momento, tomando la libreta y hojeándola con parsimonia—. Disculpe, quiero citar las palabras exactas. Ah, sí, dijo: «No pueden venderlo. No saben lo que están haciendo». —Alzó la mirada, inquisitivo—. A menos que estuviera criticando las capacidades profesionales de la señorita Grant.

Las cejas oscuras de Dexter se levantaron sobre sus ojos azul oscuro.

—Por supuesto que no. Felicia es muy buena en su trabajo.

Si el cumplido pretendía ablandar a la mujer sentada a su lado, no surtió efecto. Se volvió hacia él, mirándolo con furia contenida.

—Una excelente pregunta, sargento, cuya respuesta también me interesa escuchar.

En ese momento fueron interrumpidos por el ruido de unas botas pesadas retumbando en las escaleras. La agente Winters asomó la cabeza jadeando.

—¿Sargento? Los de la científica preguntan si pueden dar la vuelta al cuerpo.

El sargento Pettifer apretó la mandíbula. Justo cuando estaban a punto de llegar a algo.

—¿Sargento? —insistió Winters nerviosa—. ¿Qué hago? ¿Les doy luz verde o esperamos al jefe?

El sargento Pettifer se frotó la nuca con una mano callosa y reprimió un suspiro. Entendía su inquietud; no era una decisión que le apeteciera tomar. Lo más probable era que se equivocara de cualquier manera. El inspector jefe no era un hombre fácil de complacer; de hecho, era prácticamente imposible, a pesar de lo que pudieran sugerir sus elegantes modales y su comportamiento solícito.

También era una especie de *rottweiler* cuando se trataba de interrogatorios, con tendencia a lanzar acusaciones dramáticas que habrían quedado bien en una serie policial, pero que no resultaban tan aceptables en la vida real. El sargento Pettifer había perdido la cuenta de las veces que había tenido que intervenir para apaciguar un caso de difamación en ciernes. Por eso estaba tan ansioso por terminar con esa línea de interrogatorio antes de que el inspector llegara.

¿Era extraño que Dexter Grant hubiera señalado precisamente el mueble donde se ocultaba el cadáver? Sí, sin duda lo era. Hasta un profano lo diría. Pero difícilmente era condenatorio, especialmente en una fase tan temprana de la investigación. El sargento Pettifer era un hombre prudente y no compartía la visión típicamente inflexible de la policía de que las coincidencias no existen. Desafortunadamente, sabía por lo que ya parecía una larga —y sin duda sufrida— experiencia que el inspector jefe Heavenly sí lo hacía.

Consciente de que tres pares de ojos lo miraban expectantes, el sargento Pettifer se aclaró la garganta con decisión.

—Sí, Winters, dígales que le den la vuelta. Bajaremos en un minuto.

Felicia y Dexter Grant parecieron algo sorprendidos ante aquel anuncio, pero él no les aclaró nada de inmediato. En lugar de eso, se tomó su tiempo para recoger sus pertenencias, guardando la libreta en el bolsillo interior de su chaqueta. Echó un vistazo a la oficina, a su acogedora atmósfera, a la luz oblicua y congelada que se filtraba entre las vigas del techo. Era como pulsar pausa, como retroceder en el tiempo hasta un gabinete victoriano de curiosidades. Resultaba difícil imaginar que un asesinato a sangre fría pudiera ocurrir en un lugar como aquel.

—Quisiera pedirle que me acompañe a la sala de subastas, señorita Grant —dijo el sargento, distraídamente, aún mirando alrededor—. Solo un momento. Para ver si puede identificar al hombre que fue asesinado hoy aquí.

Oyó su inspiración brusca.

—Pero, sargento, ya le he dicho que no he estado aquí en años. La verdad es que apenas conozco a nadie. No creo que pueda ser de mucha ayuda.

Él la miró entonces y le sonrió con amabilidad.

—Por favor, hágame ese favor.

Felicia suspiró con cierta reticencia, pero ya se estaba incorporando. En ese instante, el sargento sintió una oleada de admiración por ella; había esperado más protestas nerviosas.

—De acuerdo —dijo al fin—. Pero debería comprobar cómo está mi hijo. Lo dejé con Betsy, pero… él estaba allí cuando todo ocurrió.

Miró entonces a Dexter, una mirada que Pettifer reconoció de inmediato: de un padre a otro. Por un instante, pareció que toda la animosidad entre ellos se disolvía.

—Estará bien, Fliss. —La voz de Dexter se suavizó al usar el diminutivo—. Los niños tienen una capacidad asombrosa para sobreponerse a estas cosas. A menudo mejor que los adultos, de hecho.

El sargento Pettifer se levantó torpemente de la silla, donde había quedado incómodamente encajado.

—En ese caso, no la retendré mucho. Y sí, señor Grant, será mejor que usted también nos acompañe.

La boca de Dexter, que había estado abierta, se cerró de golpe. Pettifer sonrió con ironía.

—Tenía la sensación de que iba a insistir.

—Bueno… —Dexter pareció desconcertado—. Sí, en efecto iba a hacerlo. No creo que Felicia deba afrontar esto sola.

¿Volvía a ser Felicia, entonces? El cambio no pasó desapercibido para el sargento. Cada vez le resultaba más interesante la relación entre ambos.

Por un momento pareció que ella iba a protestar contra la necesidad de una escolta, pero entonces el agotamiento se reflejó

en su rostro y simplemente se encogió de hombros.

Pettifer se hizo a un lado y, con un gesto de la mano hacia la escalera, dijo:

—Después de usted, señorita Grant. Sea nuestra guía.

Capítulo 4

Colin Creaton echó un vistazo a las nubes grises sobre su cabeza y estrechó contra su pecho la preciada carga que llevaba, resguardándola con cuidado bajo los pliegues de su abrigo beis.

Justo a tiempo. Una gota gorda de lluvia se estrelló contra la tela desgastada, expandiéndose y formando una mancha oscura. Otra le cayó en la cabeza y se deslizó por dentro del cuello de la camisa. Su cuerpo temblaba, pero ni siquiera era consciente. Su mente estaba en otra parte.

Estaba en la gloria. Una gloria celestial, radiante, sublime. Como si un coro de ángeles cantara en su cabeza una melodía dulce y…

—¿Colin? —Una voz estridente y nada angelical se alzó por encima del retumbar de la lluvia sobre los adoquines—. ¿Qué haces ahí perdiendo el tiempo? ¡Vamos a empaparnos!

—Lo siento, Margaret. —Colin reaccionó de inmediato, y hurgó en su bolsillo en busca de las llaves del coche, al tiempo que intentaba a toda costa proteger la caja que llevaba bajo el brazo de la intemperie. No le importaba empaparse hasta los huesos, siempre y cuando esta se mantuviera seca. Después de tantos años de espera, no podía soportar que una sola gota de humedad estropeara el cartón inmaculado.

Era aún más bonito de lo que había imaginado, pensó, perdido de nuevo en su estado de ensoñación. Guardado en su caja durante cuarenta y cinco años, tan perfecto como el día en que salió de la línea de producción. Ninguna mano infantil pegajosa lo había tocado, arrugado ni estropeado. Y en su interior, la locomotora permanecía intacta, sin rastro de abolladuras. La pintura en tonos teca y crema

no tenía ni un solo arañazo. Jamás había sido lanzado a una cesta con otros juguetes de manera descuidada.

Era el Santo Grial, lo que tanto había esperado. Ya podía morir en paz, pensó Colin con aire soñador.

—¡Colin! —aulló Margaret, tirando de la manija de la puerta del pasajero con impaciencia. Tenía el pelo pegado a la cabeza, el agua corriendo en riachuelos por su cara, goteando desde la punta de su nariz—. ¡Deja esa maldita cosa y abre el coche!

Haciendo caso omiso a la primera orden, Colin giró la llave —el cierre centralizado se había estropeado poco después de que compraran el coche, algo que Margaret aún no le había perdonado— y ambos se apresuraron a meterse dentro.

Con un sentido de la oportunidad —por no mencionar cierta malicia— característico del clima inglés de abril, la lluvia cesó al mismo tiempo que se cerraban las puertas. Se quedaron sentados en un silencio ensordecedor por un momento, desprendiendo vapor suavemente en el reducido espacio del coche, mientras fuera el sol irrumpía de nuevo resplandeciente, esparciendo destellos sobre los adoquines con generosidad.

Colin no se atrevía a mirar a Margaret. En su lugar, se giró y depositó con cuidado el tren en el asiento trasero, abrochándole el cinturón de seguridad para que no se moviera. Frunció el ceño al comprobar la tensión de la cinta. Quizá debería ponerle algo para acolcharlo…

Se llevó una mano al cuello, pero sus dedos se detuvieron en seco.

De pronto, recordó la gota de lluvia deslizándose por su cuello. Su cuello desnudo. Lentamente, con una creciente sensación de angustia, se giró.

—Eh… —Tragó saliva—. Margaret, querida.

—¿Sí, Colin? —Ella mantenía la vista fija al frente. Las palabras salieron a duras penas de entre sus labios firmemente apretados.

—Es solo que…, bueno, creo que he perdido la bufanda. He debido de dejarla en la subasta.

Hubo un momento de silencio. Ella se quedó paralizada. Entonces, lentamente, sus párpados empezaron a cerrarse. Colin se encogió en

su asiento.

—Lo siento, Margaret —susurró, metiendo la llave en el contacto —. La dejaremos. No importa.

Los ojos de ella se abrieron de golpe, llenos de furia.

—¡Por supuesto que no la vamos a dejar, Colin Creaton! —gritó enfadada y forcejeando con su cinturón de seguridad—. ¡Es pura lana de cordero! No pienso permitir que ninguno de esos adolescentes con cara de delincuente que trabajan allí se la quede. —Su barbilla comenzó a temblar de indignación—. ¡No entiendes nada de economía, Colin! ¡Nada en absoluto! Si tuvieras que hacer las cuentas cada mes como yo, no serías tan descuidado. —Abrió la puerta del coche de golpe—. ¡Venga, vamos! ¡Y esta vez no te olvides del paraguas!

Colin dudó, mirando con preocupación la caja en el asiento trasero. No soportaba la idea de dejarla en el coche. ¿Y si alguien la robaba? El mero pensamiento le aterrorizaba. Así que, alargó la mano hacia ella y…

—¡Colin!

Retiró la mano como si se hubiera quemado.

—Ya voy, Margaret, ya voy. —Sacrificando su abrigo por la causa, lo echó sobre el asiento trasero, ocultando el tren de miradas indiscretas, y la siguió con sumisión mientras volvían sobre sus pasos por Broad Street hacia la casa de subastas. Más allá de los brillantes tejados de pizarra, un arcoíris empezaba a colorear el cielo con suaves tonos pastel.

Se dio cuenta de que algo iba mal tan pronto como entraron en el vestíbulo. Estaba completamente vacío. Sin recepcionista en el mostrador, sin postores entrando y saliendo por las puertas de la sala, sin personal subiendo y bajando por la gran escalera curva que llevaba a las oficinas del piso superior, con sus delantales verdes y expresiones agobiadas. Tan solo un silencio atronador, extraño e irreal. Colin volvió a sentir un escalofrío por el cuerpo y se preguntó si no estaría empezando a resfriarse. Mejor no se lo decía a Margaret, o le echaría la culpa por haberlos expuesto a la lluvia.

Su esposa no parecía notar nada raro en el ambiente. Tan solo se mostraba irritada.

—¿Dónde demonios está todo el mundo? —ladró Margaret, dirigiéndose hacia las puertas dobles de la sala—. Sinceramente, no entiendo la forma que tienen de gestionar este negocio. ¡No hay ni un solo empleado a la vista!

—Margaret, espera… —intentó frenarla Colin, pero ella lo ignoró o simplemente ya era demasiado tarde. Por acto reflejo, Colin logró sujetar la puerta antes de que le golpeara en la cara.

No había avanzado demasiado. Permanecía inmóvil como una estatua justo en el umbral. Casi chocó con ella por detrás. Abrió la boca para preguntar qué pasaba, pero, al levantar la vista, descubrió que ya no era necesario.

—Oh, vaya… —La voz de Margaret sonó apagada, conmocionada —. Menudo lío…

Eso se quedaba corto para lo que estaban viendo.

Su primera impresión fue que debían haberse metido por error en el teatro de enfrente. El cuadro resultaba familiar para cualquier aficionado al crimen clásico: el cuerpo desplomado en el suelo, la cabeza torcida en un ángulo extraño. El equipo forense vestido de blanco agachado sobre él. El hombre corpulento con traje gastado observando con expresión sombría. Un breve gesto de su cabeza, y el equipo forense giró cuidadosamente el cuerpo. Se desplomó como un pez fuera del agua, con un brazo extendido y los ojos saltones mirando fijamente al techo.

Un individuo bastante anodino, pensó Colin. Para nada el tipo de persona que solía ser asesinada en los libros. Llevaba ropa corriente, una chaqueta y unos pantalones oscuros, ambos con aspecto de haber vivido mejores tiempos. El cabello estaba peinado sobre la cabeza en diagonal, como suele ser necesario para un hombre a partir de cierta edad. El rostro, a pesar de la palidez de la muerte, mostraba un rubor marcado, señal de demasiados almuerzos prolongados en el *pub* y de copas nocturnas junto al fuego.

Y entonces, Colin vio la sangre. Incluso eso parecía una puesta en escena; el charco extendiéndose bajo la chaqueta, espeso y brillante como si fuera tinta. Pero era real. Alzó la vista hacia las puertas del armario, que estaban abiertas de par en par. El mismo armario junto al que había estado antes. La realidad de lo que estaba viendo lo

golpeó de lleno, haciendo que se tambaleara hacia delante de manera involuntaria. Pero algo lo detuvo, notó una resistencia empujando contra su cintura. Miró hacia abajo y vio una cinta policial blanca y azul.

—Dios mío, ¿qué ha pasado? —logró decir—. Estuvimos aquí hace solo una hora. Justo ahí, además. —Se estremeció—. El pobre hombre pudo haber estado dentro todo el tiempo.

—Así es —contestó Margaret, con una voz fría y calculadora que lo alarmó.

De repente, ella levantó la cinta y se inclinó para pasar por debajo.

—¿Qué haces? —susurró inquieto, tirándole de la manga del abrigo—. No puedes entrar ahí. Es la escena de un crimen.

—Y tenemos información de vital importancia —respondió ella, poniéndose derecha. Su pecho, ya de por sí generoso, se hinchó con orgullo. Y sus ojos, pequeños y juntos, brillaron con determinación. El corazón de Colin se encogió de inmediato—. Tú mismo lo has dicho: somos testigos principales. ¿No es así como lo llaman en esos libros que lees?

No tenía sentido recordarle que él no había dicho nada semejante. En su lugar, se refugió en la semántica.

—Testigos clave —corrigió automáticamente en un susurro. Luego, más para sí mismo que para ella—: Lo de principal es para el sospechoso.

Algo en lo que probablemente se convertirían en breve si Margaret se ponía a pisotear la escena del crimen como un elefante en una cacharrería.

Ambos giraron la cabeza cuando se produjo movimiento al otro lado de la sala. Un policía desaliñado se volvió, hablando con alguien detrás de él.

—Si no le importa, señorita Grant. Sería de gran ayuda.

Una mujer alta y de figura esbelta salió de las sombras; su cabello, hasta la altura de los hombros, brillaba como si fuera bronce bajo las luces. La subastadora, se dio cuenta Colin algo tarde. Le había costado reconocerla fuera de contexto.

—Tenía una vista privilegiada desde allí arriba —continuó el policía, señalando hacia el estrado, que ahora estaba vacío y parecía abandonado—. Podía ver toda la sala durante la subasta. Necesito saber si notó la presencia de este hombre en algún momento. —Le dirigió una mirada escrutadora—. Tómese su tiempo. Es muy importante.

—No estoy segura. —Se notaba una nota de disculpa en su voz, aunque seguía siendo profesional—. Fue una subasta concurrida, y él no es muy llamativo… —se interrumpió entonces y, aun desde la distancia, Colin vio cómo el color abandonaba su rostro. Una mano de finos huesos voló hacia sus labios, que estaban entreabiertos por el horror.

—¿Qué? —exigió el policía bruscamente—. ¿Qué ocurre?

—Es… —Tragó saliva, envolviéndose de manera protectora con los brazos—. Es… Barrington. —Las palabras parecían salir con esfuerzo. Negó con la cabeza—. Barrington Clay. Pero… no lo entiendo. Por qué alguien… —Se tambaleó ligeramente, y un hombre de pelo oscuro se acercó y la tomó del hombro, rodeándola con un brazo.

Colin oyó un suave gemido a su lado. Sorprendido, bajó la mirada hacia Margaret. Estaba completamente inmóvil. Su rostro había perdido la euforia morbosa y se había endurecido.

—Tenemos que irnos, Colin. Ahora —dijo ella con tono de urgencia.

Él parpadeó desconcertado por el repentino cambio.

—Pero… ¿no deberíamos…? Quiero decir… —Buscó un argumento adecuado con desesperación, pero lo único que se le ocurrió fue un patético—: ¿Y qué pasa con mi bufanda?

En ese momento, una de las agentes en la escena, que había estado ocupada garabateando en una libreta, levantó la vista y los vio. Su rostro joven se llenó de sorpresa e irritación, y comenzó a avanzar hacia ellos con paso decidido.

—¡Me importa un bledo la maldita bufanda! —siseó Margaret con voz estridente. Lo cogió del brazo y tiró de él—. ¡Ahora, Colin! Vámonos.

Para cuando la agente Jess Winters llegó a la cinta policial, la pareja de ancianos que había visto merodeando en la entrada ya

había desaparecido. Sin perder el ritmo, se agachó con agilidad bajo la cinta, cruzó el vestíbulo a toda prisa y salió a los escalones que descendían hacia la acera, escudriñando de arriba abajo la calle con su mirada experta. El pueblo se había llenado de gente, además de los locales que salían por la mañana a hacer sus recados, se habían sumado los excursionistas que pretendían parar a almorzar algo entre las visitas a las tiendas. Jess giraba la cabeza a izquierda y derecha cada vez con más desesperación. Una pareja de ancianos con abrigos de color beis a juego no destacaba precisamente entre la multitud. Había docenas como ellos.

Finalmente, tuvo que rendirse y admitir que se le habían escapado. Conteniendo una maldición, se volvió para regresar a la casa de subastas, temiendo la reacción del sargento cuando se lo explicara.

Se imaginó su cara fatigada, con ojeras bajo los ojos y las huellas del estrés grabadas en la piel mal afeitada, y un escalofrío la recorrió. El sargento era un buen hombre, pero el caso que tenían entre manos no era uno cualquiera, ni tampoco un lugar cualquiera. Era Stamford, uno de los últimos bastiones de la tradicional cortesía inglesa. Un lugar donde la gente todavía llevaba gorras planas de *tweed* por la calle con orgullo y donde lo que decía la revista local iba a misa. Un lugar donde se celebraban conciertos de música clásica en iglesias medievales y ferias georgianas en las praderas, de antiguas hospederías con vigas de madera y suelos irregulares y puentes pintorescos bajo los cuales el río se arremolinaba con gracia.

El tipo de lugar donde la gente se sentía segura, protegida de los peligros del mundo exterior.

Y ahora, un asesinato. Y ni siquiera el tipo de asesinato que quedaba enterrado entre las páginas de los periódicos locales: la discusión acalorada a puerta cerrada que se fue de las manos, el atraco que salió mal en el aparcamiento de un pub. Eso era lo que solían ser la mayoría de los asesinatos; un momento de locura, a menudo sin mucho misterio. El tipo de cosa que la gente pasaba por alto, comprensiva pero distante.

Pero aquello… aquello era diferente. Un asesinato premeditado y audaz, cometido en un soleado sábado en medio de una sala de subastas abarrotada, mientras a escasos metros la gente estaba de pie con sus parejas, padres e hijos. Por una vez, podría haberles pasado a ellos. Y eso cambiaba las cosas. Las cambiaba mucho. La presión para resolver el caso iba a ser enorme, abrumadora.

Para colmo, tenía que decirle al sargento que acababa de perder a dos testigos potenciales.

Y tenía la sospecha de que la noticia no iba a ser nada bien recibida.

Capítulo 5

A dos calles de distancia, en el espléndido ayuntamiento neoclásico de Stamford, la alcaldesa Cassandra Lane miraba con deseo un plato de galletas.

El plato en cuestión contenía una variedad de tentempiés que habían sobrado de un reciente cumpleaños del personal. Dispuesto con esmero por Gavin, su irritantemente eficiente secretario, lo había colocado de manera meticulosa justo en el centro de la larga mesa de reuniones.

Tan meticulosa que, desde su posición en uno de los extremos, le quedaba fuera del alcance. Tendría que estirarse por encima de al menos dos personas para llegar a él. No había forma de hacerlo de manera discreta; si la hubiera, ella lo sabría. Llevaba veinte minutos estudiándolo desde todos los ángulos.

Estaría bien, pensó Cassie malhumorada, que alguien más en aquellas malditas reuniones se comiera alguna galleta. Pero parecían considerarlo impropio, como si restara seriedad al encuentro. En aquel momento, todos escuchaban absortos una letanía de cláusulas y objeciones, una lista que tan solo llevaba diez minutos y que parecía volverse más tediosa con cada punto. Era como la tortura china de la gota de agua.

Cassie sabía que debería estar agradecida por tener concejales tan dedicados en su equipo, pero a veces deseaba que no se tomaran todo tan en serio. Trataban cualquier asunto —desde lo más banal hasta lo más absurdo— como si fuera cuestión de vida o muerte.

Y realmente deseaba que se comieran las malditas galletas, pensó con rabia. Era muy fácil para ellos, con sus tranquilas y ordenadas

vidas de jubilados, con neveras que no estaban llenas únicamente de leche de fórmula y potitos, con largas y dulces noches de sueño ininterrumpido… Por Dios, ella daría cualquier cosa por poder dormir…

Al darse cuenta de que su cabeza empezaba a ladearse sobre el hombro con solo pensarlo, parpadeó bruscamente, enderezándose. Dormir no era una opción en ese momento; el azúcar, sin embargo, sí lo era. Si tan solo pudiera alcanzarlo…

Evaluó con ojo calculador la posición de una galleta rosa y blanca. Estaba justo en el borde del plato. Quizá, si dejaba caer el bolígrafo, dejándolo rodar como por accidente en esa dirección…

Levantó la vista con aire culpable, pero nadie parecía haberse dado cuenta. Todos asentían con seriedad mientras el orador seguía con su monólogo. Exhaló suavemente. Bien, si se estiraba como quien no quiere la cosa para recogerlo y…

—¿Cuál es su opinión, señora alcaldesa?

Veinte cabezas giraron en su dirección. Sobresaltada, Cassie retiró el brazo bruscamente, haciendo volar el plato en el proceso.

Las galletas surcaron el aire. Algunas aterrizaron con estrépito sobre la mesa, estallando en una lluvia de migas al impactar. Un barquillo rosa cayó en la taza de café del vicepresidente del Comité de Finanzas, salpicando líquido caliente por todas partes. El secretario municipal recibió el impacto de una galleta de crema, particularmente veloz, en un lado de la nariz.

Tras el alboroto, se hizo un denso silencio.

—Eh…, bueno, creo que es muy, eh… —se aventuró a contestar Cassie, antes de terminar de manera desastrosa—: ¿Cuál era la pregunta?

El rostro al otro lado de la mesa se torció en una mueca de desdén apenas perceptible. Fue tan fugaz, tan sutil, que cualquier diría que había sido producto de la imaginación. Pero Cassie era más que consciente de lo que Dennis Stanworthy pensaba de ella, aunque nadie más pareciera verlo.

Al asumir el cargo de alcaldesa hacía un año, lo había hecho con su característico enfoque práctico y optimista, un rasgo perfeccionado tras muchos años como madre soltera y, más tarde,

con la llegada casi simultánea de otros tres niños. Se había preparado mentalmente para los obstáculos y problemas que pudieran surgir en el trabajo.

Lo que nunca había previsto era que su adjunto sería el mayor de todos ellos.

Oh, al principio había sido todo cortesía y felicitaciones sinceras; tanto que le había llevado más tiempo del debido detectar la amargura que hervía bajo esa fachada. Incluso se había felicitado a sí misma por lo bien que lo había manejado, un recuerdo que ahora la hacía avergonzarse de su autocomplacencia. Sabía que siempre iba a ser incómodo tener un adjunto que llevaba más de quince años en el consejo frente a sus escasos dos, alguien que se había considerado el candidato ideal para el puesto. Pero parecía tomárselo con tanta deportividad que había sido natural restar importancia a alguna pregunta poco útil que le dirigía durante las reuniones, o a alguna historia poco favorecedora que aparecía en el periódico local, sin fuente aparente. Al menos las primeras veces. Después de eso, tuvo que revisar su opinión.

El problema era qué hacer al respecto. Porque no había nada en concreto de lo que pudiera acusarlo. Era demasiado astuto para dejar rastro. Así que solo le quedaba apretar los dientes y aguantar sus sutiles intentos de desestabilizarla.

Desafortunadamente, tenía que admitir que en aquel momento se lo había puesto bastante fácil. Enderezándose y sacudiéndose las migas de la ropa, juntó las manos sobre la mesa frente a ella e intentó parecer una alcaldesa. Lo que fuera que eso significara.

—Red Lion Square, señora alcaldesa —reiteró educadamente la concejala Jenkins, que dirigía el Comité de Planificación. Cassie tuvo que hacer un gran esfuerzo por no clavar la mirada en la galleta Garibaldi que había anidado en su pelo gris encrespado—. Los adoquines. Como ya sabe, ha habido bastante división sobre el tema. Incluso se debatió sobre ello en la radio nacional la semana pasada. —Su expresión sugería que no aprobaba que la política municipal se aireara al mundo exterior—. Creemos que es hora de tomar algunas decisiones.

Cassie suspiró mentalmente, preguntándose, no por primera vez, qué la había llevado a meterse en política y, peor aún, a presentarse a alcaldesa. Aunque, en realidad, no había sido una decisión propia, pensó sombríamente. Todo había sido idea de Robyn.

Robyn tenía diecisiete años, era su hija mayor y una auténtica fuerza de la naturaleza. Algunos días, con solo ver la energía y determinación sin límites de su hija bastaba para que Cassie quisiera tumbarse en una habitación oscura con un paño frío en la frente. Si había algo que hacer, Robyn lo hacía. Si había alguna causa que defender o algún cambio que lograr, allí estaba Robyn. Probablemente sería primera ministra algún día, pensó Cassie con esa admiración que sienten los padres al ver que sus hijos los superan en todo. Pero, por ahora, Robyn canalizaba sus ambiciones políticas empujando a su madre al mundo de la política local. Le gustara o no a Cassie.

Bueno, eso no era del todo justo, reconoció Cassie con una inmediata oleada de culpa. Había necesitado un empujón. Si era sincera, podía entender parte del impulso de Robyn; ella misma lo había tenido en su momento. En aquella época en que solo eran ellas dos. Con un máster en finanzas en una mano y un test de embarazo positivo en la otra, había sabido que no podía renunciar a ninguno. Así que había hecho ambas cosas. Había escalado en el mundo empresarial con una niña en la cadera y, cuando le quedó claro que se estaba dando contra el techo de cristal, se había independizado y había montado su propio negocio.

Y entonces, hacía nueve años, había conocido a Alistair en un evento comercial. Él la había amado tanto a ella como a Robyn, y por primera vez en su vida, Cassie experimentó el alivio de sentirse apoyada. Ya no tenía que cargar con todo el peso sola. Se había abandonado a esa sensación, saboreando un respaldo que ni siquiera sabía que necesitaba hasta entonces.

Cuando él le preguntó si quería tener más hijos, descubrió que sí quería, y los niños llegaron en rápida sucesión. Al principio no echó de menos el trabajo; la maternidad a tiempo completo le había parecido exótica, emocionante… hasta que empezó a perderse entre la interminable montaña de ropa para lavar, las citas de juego, las

rabietas. Nunca olvidaría el día en que se dio cuenta de que lo más destacado de su semana se había convertido en una escapada en solitario al supermercado.

No es que hubiera sido infeliz como tal, solo… aburrida. Sin estímulos. Y cuando Robyn llegó a casa del colegio un día a la hora de comer antes de lo previsto y la encontró bebiendo una copa de vino mientras los niños dormían la siesta, le dijo sin rodeos lo que pensaba.

—Necesitas un trabajo, mamá —le había dicho con firmeza. Y como era Robyn, eso fue exactamente lo que ocurrió. Lo siguiente que supo Cassie fue que estaba repartiendo folletos con su cara.

Y pensar que en aquel momento se había dicho a sí misma que sería fácil, pensó ahora, conteniendo una risa sombría ante su propia ingenuidad. Después de todo, se había dicho, era un pequeño pueblo de Lincolnshire donde nunca pasaba nada. ¿Qué dificultad podía tener?

Lo que no había previsto era que los pueblos pequeños, hermosos e históricos donde nunca ocurría nada eran algunos de los más difíciles de gestionar. Stamford tenía el honor —muy citado en las publicaciones turísticas locales— de ser la primera ciudad declarada Conjunto Histórico-Artístico de Gran Bretaña. Antaño una de las paradas más importantes del país en la Gran Carretera del Norte, su centro georgiano perfectamente conservado se había asegurado con la creación del ferrocarril en la época victoriana, dejando el otrora opulento y bullicioso asentamiento convertido en un remanso.

Hoy en día, esto se traducía en un refugio para excursionistas y visitantes de fin de semana, un punto ideal de encuentro a medio camino para viejos amigos que venían del norte y del sur, y un imán tanto para los aficionados a la historia como para los soñadores que querían retroceder en el tiempo por un momento. Lo que no veían era que, entre bastidores, era un lugar en constante equilibrio entre lo viejo y lo nuevo. Porque no era un decorado de cine —aunque había servido como tal varias veces a lo largo de los años—, sino un pueblo activo y próspero que necesitaba funcionar como tal.

Por otro lado, Cassie admitía que no se podía negar que su elegancia de piedra dorada y ventanas de guillotina era importante

no solo desde el punto de vista de la conservación, sino también desde el económico. Stamford tenía la fortuna de beneficiarse de una población adinerada y con tiempo libre, pero las pequeñas tiendas independientes que salpicaban las distintas plazas y callejuelas no podían subsistir solo con veinte mil habitantes. Tampoco las innumerables cafeterías, que parecían multiplicarse cada mes. Ni el Centro de Artes, con su teatro y cine independiente, o el famoso hotel The George. En definitiva, el pueblo sin duda rendía por encima de su peso para su tamaño, y eso se debía a su atractivo para los visitantes.

De ahí el debate interminable y la razón por la que sustituir los adoquines de granito —tradicionales pero devastadores para las suspensiones de los vehículos— de Red Lion Square por un pavimento de concreto más práctico, aunque menos estético, se había convertido en el tema más candente de la localidad.

—Bueno. —Cassie se aclaró la garganta, reclinándose de manera despreocupada en su asiento con una sonrisa—. Sí, estoy de acuerdo, es hora de dar respuestas… concretas sobre este tema.

Esperó con expectación, pero su intento de aligerar el ambiente solo se encontró con rostros inexpresivos.

—Un público difícil… —murmuró en voz baja.

—¿Perdón, señora alcaldesa? —preguntó Dennis, desde el extremo de la mesa—. ¿Ha dicho algo?

—No, es solo que era un… Da igual —zanjó con pesimismo. Si no podían captar un excelente juego de palabras cuando se les presentaba, desde luego, no iba a molestarse en explicárselo. Francamente, no se lo merecían—. Así que adoquines de granito… Justo en ese momento, se oyó un alboroto en el pasillo y la puerta se abrió de golpe. Gavin, con un aspecto inusualmente desaliñado, entró tambaleándose y jadeando en la sala. Cassie pondría la mano en el fuego a que había subido las escaleras de dos en dos.

Alarmada, se puso en pie.

—¿Gavin? ¿Qué sucede?

—Lamento interrumpir su reunión, señora alcaldesa. —Tragó saliva, tirando de su corbata—. Pero pensé que debía saberlo… Ha habido un asesinato. En la casa de subastas.

Un jadeo colectivo recorrió la mesa. Cassie sintió que todos sus músculos se tensaban.

—¿Quién ha muerto? —preguntó, sorprendida por lo firme que sonó su voz.

—No lo han dicho aún. Pero en el pueblo se rumorea que un subastador.

Apenas había terminado la última sílaba cuando ella lo empujó a un lado. Lo siguiente que supo fue que la alcaldesa de Stamford había desaparecido, corriendo hacia la calle. Gavin se volvió hacia la sala de rostros atónitos y confusos dispuestos alrededor de la mesa. Luego entrecerró los ojos y parpadeó.

—Concejala —dijo con tono calmado—. ¿Sabe que tiene una galleta en el pelo?

Capítulo 6

—¿Que los ha perdido? —gruñó el sargento Pettifer.

La agente Jess Winters se encogió.

—Lo siento, señor.

—¡Para empezar, ni siquiera deberían haber entrado aquí! —A falta de su escritorio, su lugar favorito para golpear con el puño cuando se enfadaba, se conformó con el respaldo de una *chaise longue* que tenía cerca. Pero su mano rebotó sin hacer ruido, y el resultado fue mucho menos satisfactorio que de costumbre, consiguiendo que se irritara todavía más—. La entrada principal debería haber estado acordonada y vigilada. ¿Por qué demonios no lo estaba?

Jess se irguió.

—Asumo toda la responsabilidad, señor. Me dirigía a supervisarlo. Debería haber llegado antes. —El miedo brilló en sus ojos, pero mantuvo la cabeza alta—. Entiendo que tendrá que informar al inspector jefe Heavenly sobre esto.

Al ver que a la joven le temblaba la barbilla, Pettifer sintió que se ablandaba. Era un error que podían haberse ahorrado, pero, en realidad, no era culpa suya. Hasta que llegaran los refuerzos prometidos del equipo del condado, operaban solo con el puñado de agentes que atendían la diminuta Comisaría de Welland en el pueblo. Jess había estado corriendo de un lado a otro intentando hacer tres trabajos a la vez toda la tarde. Era una buena agente, seria y trabajadora, pero era humana. No era justo descargar en ella su amargura y frustración. Además, sabía que ella se reprendería a sí misma mucho más de lo que él podría hacerlo. No había necesidad de aumentar su sufrimiento.

—Vamos, muchacha —trató de animarla, sintiéndose un poco incómodo—. No creo que eso sirva de nada. Ya estamos bastante escasos de personal. —Conociendo el temperamento caprichoso de Heavenly, probablemente la suspendería en el acto, o algo peor. Se aclaró la garganta y luego elevó la voz a un tono más enérgico y profesional, para indicar que el tema estaba zanjado—: ¿Algún rastro del arma?

El rostro de la agente se iluminó de alivio y agradecimiento, y comenzó a hojear las páginas de su libreta a toda prisa, evidenciando su deseo de redimirse.

—No, todavía no. Según los forenses, fue con una espada larga y delgada, pero no tan afilada como se esperaría de un cuchillo. Algo extraño. Por ahora no pueden precisar más. Por cierto —le tendió una bolsa de plástico—, tengo el contenido de los bolsillos de la víctima. No veo nada raro.

Pettifer la agarró y echó un vistazo a su alrededor.

—Bueno, si quieres algo raro, este es el lugar. Aquí venden de todo, incluso armas. Supongo que será mejor comprobar si falta algo de los lotes.

—Ya estoy en ello —informó Jess con tono animado—. Le he pedido a uno de los empleados que empiece a revisar. Un tal Hugo Dappleton; parece saberlo todo sobre lo que ocurre aquí. Técnicamente, es el tasador, pero parece que también se encarga de la gestión general del negocio en el día a día. Entre nosotros, tengo la impresión de que el viejo no ha estado muy en sus cabales últimamente.

Entendió que se refería a Peter Grant, el dueño ausente de la casa de subastas con la pierna rota. ¿Una pierna rota de manera oportuna, quizá? Pettifer reflexionó al respecto. Parecía algo rebuscado, pero su mente estaba acostumbrada a tirar de cualquier hilo que surgiera de un caso.

—De ahí que las cámaras de seguridad no funcionen —comentó él, haciendo un gesto con la cabeza hacia una esquina donde había instalada una.

—Exacto. Pero puede que no sea lo único que haya descuidado —dijo la agente, golpeando con una uña corta su libreta de notas—. Al

parecer, el armario fue añadido tan tarde que ni siquiera Hugo Dappleton estaba enterado. Recibió una llamada hacia las nueve de la noche de Peter Grant, pidiéndole que fuera a trabajar para recibir un envío de última hora. Cuando llegó, ya había una furgoneta de alquiler esperando con el armario dentro. Ayudó a los hombres a descargarlo, luego cerró y se marchó.

Pettifer frunció el ceño.

—¿No le pareció extraño? ¿A esa hora de la noche?

—Bastante, sí. Según me ha contado, alguna vez ha tenido que quedarse en la oficina un poco más de lo normal, hasta las seis o las siete, si un cliente viene de lejos y se ha retrasado por el tráfico, por ejemplo. Pero Peter Grant nunca le había pedido algo así antes.

—Parece que vamos a tener que hablar con el señor Grant padre, ¿no crees? —comentó Pettifer con tono despreocupado—. Debería volver del hospital esta tarde. Accedí a que Felicia y Dexter Grant fueran a recogerlo. Están alojados en la casa del padre de ella. Me pasaré más tarde y hablaré con todos ellos. Mataré dos pájaros de un tiro, como se suele decir. —Tras una última mirada de evaluación, le devolvió la bolsa de efectos personales a la agente. Tenía razón; no había nada útil allí. Solo una cartera, un teléfono móvil, una pequeña linterna, algunas llaves y un tubo de caramelos de menta —. Por cierto, Jess, usted que es de aquí, ¿ha escuchado algo acerca de Barrington Clay? Al parecer, es también subastador. Tiene una cadena de locales como este.

Ella le dirigió una mirada extraña.

—Claro que he oído hablar de él. ¿Nunca ha visto *Atrapa la ganga*? Es un programa de antigüedades que ponen a la hora de comer.

Pettifer resopló con desdén.

—No veo la televisión durante el día, agente.

—Yo tampoco —se defendió ella—. Pero ya sabe, a veces, cuando uno está enfermo… —Se sacó el teléfono del bolsillo—. Mire, se lo enseñaré.

Le mostró un vídeo en el que aparecía un hombre con un traje rosa chillón regateando entusiasmado con una vendedora en una feria de antigüedades.

—*Vamos* —decía el hombre con tono jovial—. *Seguro que puede rebajarle un par de libras más a un pretendiente sin blanca.*

La vendedora era una anciana arrugada que no parecía haber sonreído en años.

—*Está bien* —murmuró la mujer de mala gana—. *Si así consigo que se vaya.*

—*Es usted un encanto, señora* —declaró él, tomando su mano extendida y depositando un beso cortés en ella.

Por un instante, la señora pareció desconcertada; luego, un leve rubor empezó a teñir sus mejillas.

—*Y supongo que también podría rebajar un poco ese reloj de carruaje que estaba mirando antes* —añadió la mujer con timidez—. *Pero solo porque es usted un caballero muy simpático.*

El vídeo terminó abruptamente.

—Todo un personaje —dijo el sargento Pettifer, pensativo y mirando hacia el cuerpo tendido en el suelo—. Nadie lo diría viéndolo ahora. Debía de ser un buen actor.

—Sí lo era, se metía totalmente en el papel —aseguró Jess—. A veces lo veía por aquí. Ese traje rosa era como su seña de identidad. Lo llevaba a todas partes, incluso cuando no estaba trabajando. Parecía que le gustaba que lo reconocieran. Era todo un *showman*.

—O un astuto hombre de negocios —comentó Pettifer arqueando las cejas—. Ya que parece ser una experta en televisión, ¿no estará familiarizada también con el trabajo de nuestra otra estrella de la pequeña pantalla? ¿Ha visto alguna vez el programa *El cazatesoros*?

—*El buscador* de *tesoros* —corrigió ella automáticamente, aunque al instante pareció sentirse avergonzada—. Quiero decir, puede que lo haya visto una vez o… —Exhaló—. Oh, está bien, sí, vi la última temporada. Aunque, ¿quién no la vio?

—Yo —contestó Pettifer con frialdad.

—Es muy educativo —protestó ella.

—¿Ah, sí? —dijo él con sequedad. Al sargento le sonaba a programa basura. Una búsqueda rápida en Internet bastó para confirmar que todo se reducía a ver a Dexter Grant luciéndose como un héroe de acción bien peinado mientras se arrastraba entre ruinas

—. ¿No tendrá nada que ver que el presentador sea guapo y elegante?

Jess le lanzó una mirada astuta.

—No sabía que los hombres se fijaran en esas cosas.

Lo hacían cuando no eran ni guapos ni elegantes, pensó Pettifer. Pero no iba a admitirlo.

—Además, es realmente brillante —añadió Jess, con aire soñador —. Se pasó toda la última temporada buscando un famoso tesoro vikingo. Fue hasta Dinamarca por unas tallas en piedra y logró descifrarlas usando un antiguo artefacto que se conserva en el Museo Británico, y entonces…

—Suena fascinante —la interrumpió Pettifer con sarcasmo. Luego, molesto consigo mismo, pero incapaz de contenerse, preguntó—: ¿Y qué pasó al final? ¿Lo encontró?

—Por supuesto que sí. —Jess lo miró con aire ofendido, como si la pregunta fuera en sí misma un insulto—. Es Dexter Grant.

Pettifer puso los ojos en blanco.

—No pensará que tuvo algo que ver con esto, sargento —comentó Jess, horrorizada—. Es profesor.

Él la atravesó con una mirada severa.

—Ser telegénico y erudito no excluye a nadie del asesinato, agente. Todavía tiene que explicarme por qué intentó detener la venta del artículo que justo tenía un cadáver dentro. Hasta que no me dé una explicación convincente, lo seguiré considerando como sospechoso. —Miró hacia el fondo de la sala de subastas, donde una puerta de madera estaba entreabierta. Conducía a un almacén anexo a la parte trasera del edificio, donde se almacenaban artículos pendientes de venta o recogida, y donde en ese momento se agolpaban cerca de cien compradores cada vez más impacientes—. Tendremos que decidir qué hacer con los demás —añadió resignado —. No podemos mantenerlos encerrados ahí todo el día.

—Se están poniendo un poco nerviosos —admitió Jess—. Algunos comerciantes ya empiezan a quejarse porque tienen que regresar a Londres esta misma noche.

Pettifer se frotó la cara con gesto cansado.

—¿Cuántas declaraciones de testigos llevamos?

—Aproximadamente un tercio. Estamos atendiendo primero a las familias con niños, y a los ancianos, por supuesto. —Suspiró la agente—. Seré sincera con usted, sargento, no están aportando mucho. Aquello estaba abarrotado, todo el mundo moviéndose, gente entrando y saliendo, y claro, su atención estaba puesta en la parte delantera de la sala. —Se encogió de hombros—. Seguiremos con ello, pero admito que no tengo muchas esperanzas.

El sargento Pettifer esbozó una sonrisa sombría.

—Por lo visto, si quieres cometer un asesinato, una sala de subastas es el lugar ideal. —Le lanzó una mirada de soslayo—. Seré franco con usted, Winters. Lo que tenemos ahí dentro no son cien posibles testigos, sino cien posibles sospechosos. La verdad es que cualquiera de ellos podría haberse desplazado fácilmente hacia un lado del armario, meter un arma por esa rendija en la madera y apuñalarlo. —Observó la grieta que subía por el lateral del mueble. Originada en un nudo de la veta, se había expandido hasta un punto donde casi podía caber un puño entero—. Ahí dentro no tenía escapatoria; era imposible fallar. Y no creo que hiciera falta mucha fuerza, la verdad.

Aunque sería algo arriesgado, no cabía duda. Y eso lo inquietaba un poco. Actuar así era propio de alguien temerario, incluso desequilibrado.

—Bueno, no tantos, señor. Yo creo que podríamos descartar a los bebés —bromeó Jess—. Y también a los perros, ellos no tienen pulgares oponibles. A no ser que se hubieran aliado con…

—Muy ingeniosa, Winters. Muy ingeniosa.

—Bueno, alguien tiene que mantener el sentido del humor por aquí.

Desde luego, pensó Pettifer con amargura. Y algo le decía que el inspector jefe Heavenly no sería quien recogiera el testigo. Solo podía dar gracias a Dios de que aún no hubiera llegado y empezado a imponer su autoridad.

—Será mejor que me pases algunas de esas entrevistas a testigos. Terminaremos más rápido si nos ocupamos los dos.

Ella pareció sorprendida.

—Pero ¿y qué hay de los Grant, señor?

—Los Grant pueden esperar. —Agarró el lápiz mordisqueado de detrás de su oreja y pasó a una página nueva de su libreta, preparándose para una tarde interminable—. Ya responderán a mis preguntas en otro momento. —Y eran muchas las que tenía que hacerles. Una lista que no hacía más que crecer a medida que avanzaba la investigación—. Aunque cada respuesta que me dan solo me genera más dudas.

—Algo le preocupa, ¿verdad, sargento? —dijo la agente, alzando sus cejas claras—. ¿Algo que le dijeron?

Él negó con la cabeza, pensativo.

—Algo que no dijeron.

Ella le dirigió una mirada sorprendida e inquisitiva, pero él ya se había dado media vuelta.

Capítulo 7

—¿Un asesinato? —rugió Peter Grant—. ¿Te dejo a cargo de mi casa de subastas una mañana y consigues que haya un asesinato?

Estaban sentados en la cocina de techo bajo y vigas al descubierto de la casa de Peter en Water Street, cuyas ventanas daban al río. La extensa orilla verde estaba cubierta de narcisos, con sus preciosas flores amarillas desplegadas hacia el sol de última hora de la tarde. En lo alto, los pájaros revoloteaban entre las ramas cargadas de flores, llamándose dulcemente unos a otros. Felicia se tomó un momento para contemplar la vista, contando cuidadosamente hasta diez antes de volverse hacia el hombre iracundo que la miraba ceñudo desde una silla de ruedas que, incluso situada en el centro de la habitación, ocupaba la mayor parte del espacio disponible. La casa del sombrerero del siglo XVII de Peter tenía muchas virtudes, pero la amplitud no era una de ellas.

—Estoy bastante segura de que habría ocurrido igualmente sin importar quién estuviera en el estrado.

—Mmm… —Peter no parecía convencido. Seguro que pensaba que ningún asesino se atrevería a actuar bajo su vigilancia—. Bueno, al menos tuvieron la consideración de dejarlo para el último lote. Supongo que no conseguiste vender el armario, ¿verdad? —añadió esperanzado.

Felicia casi se atraganta.

—Curiosamente, papá, no, no lo conseguí. El cadáver que tenía dentro interrumpió el procedimiento. Me pareció que podría ser inapropiado continuar con las pujas en ese momento.

Si Peter notó su sarcasmo, no lo demostró. En su lugar, sacudió la cabeza, pensativo.

—Maldita sea, se lo había prometido al viejo Batty. —Entrecerró los ojos mirando a su hija—. Ya es bastante malo que haya tenido que esperar hasta ahora para enterarme. ¡Mi propio negocio, además! ¿Te haces una idea de en qué posición me deja que yo sea el último en saberlo?

Parecía que el retraso en comunicarle la noticia era el mayor pecado de todos.

—Te estaban enyesando una pierna en el hospital. —Felicia miró con exasperación el miembro escayolado—. Intentaba ahorrarte el estrés.

—¡Pues ahora estoy mucho más estresado! Es increíble lo que ha ocurrido… ¡Y yo sin enterarme de nada en todo el día! —espetó Peter.

Felicia estaba a punto de contestarle cuando Algernon apareció.

—Mamá, me muero de hambre. ¿Hay galletas?

—En la lata, cariño —dijo Peter, mientras su rostro se suavizaba al ver a su nieto—. Compré esas de chocolate que te gustan.

Felicia respiró hondo, agradecida por el oportuno recordatorio de que su padre no era tan insensible e irascible como parecía a veces. Era un hombre de Lincolnshire de pura cepa, que había tenido que abrirse camino paso a paso en la vida. Esa mentalidad de superviviente estaba profundamente arraigada en él, incluso ahora, cuando hacía mucho que no la necesitaba. Era como una armadura que nunca parecía dispuesto a quitarse del todo.

—Por eso no puedo dejar a nadie más a cargo —refunfuñó Peter, empujando las ruedas de su silla—. Debería estar allí ahora, arreglándolo todo.

—No hay nada que puedas hacer, papá. He dejado a Hugo vigilando las cosas, pero lo mejor es dejar que la policía continúe investigando.

—¿¡Investigando!? —Peter se puso morado—. Estarán pisoteándolo todo, más bien, con sus grandes pies planos. Husmeando, desordenándolo todo. Sé cómo son.

Felicia prefirió no preguntar por qué su padre parecía estar tan familiarizado con las intervenciones policiales. Fingir que no sabía nada podría ser útil en el futuro.

—¿Cómo demonios funciona esta maldita…? ¡Ah!

Con un golpe furioso en el lateral, la silla de ruedas salió disparada hacia delante, casi llevándose por delante a Godfrey, el enorme gato atigrado y naranja de Peter. El felino, que había irrumpido en la cocina con el sigilo de quien intenta pasar desapercibido tras una noche de excesos, protestó indignado y de un salto se subió a la mesa, donde comenzó a acicalarse.

—¡Papá, cuidado! —Felicia cogió la silla antes de que pudiera arrasar con el resto de la cocina—. Casi atropellas al gato.

—¡Es lo que se merece! Por su culpa estoy en esta maldita silla de ruedas. —Miró furioso al animal—. Bichejo sarnoso —dijo con tono sombrío—. Siempre entrando y saliendo a hurtadillas. Se cree que vive en un hotel. No sé por qué demonios lo acogí. Estoy por echarlo de una patada.

Godfrey le bufó en respuesta, antes de retomar su rutina de aseo. Estaba claro que el animal sabía, al igual que Felicia, que nada de eso ocurriría jamás, aunque tirara a su dueño por las escaleras una docena de veces. Los dos mantenían una relación hostil bastante teatral —una que ella sospechaba que ambos disfrutaban—, pero en secreto se llevaban muy bien.

Quizá, reflexionó mirando de un macho malhumorado y fornido al otro, porque en realidad eran asombrosamente parecidos.

—¿Sabes siquiera usar este trasto? —preguntó Felicia, señalando la silla de ruedas—. ¿Te enseñaron en el hospital?

—Lo intentaron —se burló Peter—. Pero les dije que ya arreglaba tractores en la granja antes de aprender a andar. No hay nada que puedan enseñarme sobre mecánica. Después de eso, se callaron y me dejaron en paz.

—Me lo imagino —dijo Felicia.

Estaba claro que las enfermeras habían decidido que no valía la pena intentarlo con ese paciente en particular. Lástima que esa decisión, aunque sensata, no fuera de gran ayuda para ella. Se imaginó a su padre recorriendo a toda prisa las estrechas e

irregulares aceras de Stamford, arrollando a turistas desprevenidos en todas direcciones, y un escalofrío la atravesó.

—¿Seguro que no tiene algún tipo de bloqueo? —añadió ella, trasteando con el mecanismo lateral.

—¡Ni se te ocurra! —rugió Peter con furia—. Si quiero ir a mi casa de subastas, iré, y si muero en el intento…

—Qué más quisiéramos… —murmuró Dexter entre dientes, sentado en la mecedora junto a la cocina, donde había permanecido en silencio hasta ahora.

Un silencio inusual en él, pensó Felicia, un tanto irritada.

La cabeza de Peter se giró y atravesó a su exyerno con una mirada fulminante.

—¿Qué hace este aquí? Nadie se ha molestado en explicármelo.

—A mí tampoco me lo han explicado —contestó Felicia con amargura, lanzando una mirada acusadora de reojo a Dexter.

—Si vais a empezar a discutir, me voy fuera —anunció Algernon con cansancio.

Nadie le prestó la más mínima atención.

Felicia fingió que rebusca en el bolso su teléfono.

—Bueno, entonces, no me dejas elección, papá. Si no puedo hacer que entres en razón, tendré que llamar a Juliette.

El efecto fue inmediato. Y bastante satisfactorio, ya que Peter palideció al instante.

—Vamos, cariño, no nos precipitemos —dijo él con tono adulador —. No creo que haya necesidad de eso. Seguro que tú y yo nos las arreglamos perfectamente.

Felicia guardó su teléfono con una sonrisa disimulada. Su hermana menor era probablemente la única persona en la tierra que podía hacer temblar a su padre. Juliette se consideraba a sí misma una persona protectora, pero lo hacía de un modo tan conciso y entusiasta que sus tiernas atenciones parecían más bien una asfixia lenta y tortuosa. Su casa estaba meticulosamente organizada, participaba en todos los comités habidos y por haber y lideraba una familia de niños que, aunque externamente perfectos, mostraban un aire inquietantemente atormentado. Felicia se divertía en privado

comparándolos con hámsteres mimados en exceso. Cuidados hasta el más mínimo detalle, pero desesperados por huir.

—¿Ah, sí? —preguntó Felicia a su padre, arqueando una ceja—. No recuerdo que lo hayamos conseguido nunca.

—Te tomas las cosas muy a pecho, eso es todo —contestó Peter con brusquedad—. Igual que tu madre.

Dado que la madre de Felicia se había fugado con el dueño de un crucero español y actualmente pasaba la mayor parte del año dando vueltas por las Baleares con un cóctel en la mano, Felicia no estaba segura de cómo sentirse ante esa comparación. Siempre la comparaban con su madre; era cierto, tenía su aspecto —transmitido casi por completo a Algernon, con los genes de Dexter apenas haciendo acto de presencia— y también, incluso ella tenía que admitirlo, un poco de su sentido del drama. Pero ella no era, o eso esperaba, tan caprichosa ni tan voluble en su trato con los sentimientos de los demás.

Aunque, pensó, mientras observaba a un *spaniel* que trotaba melancólicamente por el sendero del río con su dueño, temblando contra el cortante viento de abril, a veces se preguntaba si su madre no sería después de todo la sensata.

—Además, Juliette tiene que pensar en los niños —continuó Peter —. No puede dejarlo todo y marcharse.

—Yo también tengo un hijo en quien pensar —se quejó Felicia, malhumorada—. Por cierto, ¿dónde está?

—Probablemente esté afuera —dijo Dexter—. Ya sabes, siempre se escapa cuando hay discusiones.

Felicia reprimió un suspiro. Algernon era extrañamente sensible con estas cosas. De hecho, era extrañamente sensible con muchas cosas.

La verdad era que nunca había llegado a entender del todo a su hijo. Era su secreto más oscuro como madre, el que la despertaba por las noches, llena de angustia, aterrada de estar fallándole, mientras Dexter dormía a su lado plácidamente, ajeno a todo. Cuando se quedó embarazada, dio por hecho que el bebé tendría lo mejor de ambos: el carisma de Dexter, mezclado con su saber estar, su sociabilidad y su manera de hacer sentir cómoda a la gente.

Había esperado un niño alegre y parlanchín; en su lugar, había tenido una incógnita, un niño introspectivo y soñador. Había tardado tanto en pronunciar su primera palabra que tuvo que mentir al médico por miedo a que pensaran que le pasaba algo.

Pero no había nada malo en Algernon; siempre lo había sabido. Era simplemente… diferente. Era gracioso y solemne por momentos, capaz de maravillarse como un niño y, de repente, hablar con la sabiduría de alguien mucho mayor. A veces, le encantaba estar con otros de su edad; otras, lo único que deseaba era estar solo. Le gustaban las mismas cosas que a sus amigos —el críquet, los bollos glaseados a la hora de la merienda en el colegio, los intercambios de cromos—, pero también muchas que a los demás no. Música clásica, poesía, pasar los fines de semana clasificando cajas con las pertenencias de difuntos en una polvorienta casa de subastas…

—Hablaré con él. —Felicia se puso el abrigo, una prenda de color rosa claro que hacía juego con las flores de los árboles del exterior. Le había costado una fortuna y, pensó con una sonrisa irónica, no era precisamente el atuendo ideal para caminar por las orillas embarradas de un río—. Tú —señaló con severidad a Dexter— cuida de papá. Asegúrate de que no vaya a ninguna parte.

Los dos hombres se miraron con recelo. Antes de que pudieran protestar, Felicia abrió la puerta principal de la casa de un empujón, agachando automáticamente la cabeza para pasar bajo el dintel.

El sol bajo le dio de lleno en los ojos al salir, y levantó una mano para protegerse. La calle estaba en silencio; era esa hora del sábado por la tarde en la que el pueblo se quedaba en pausa, justo después de que cerraran las tiendas y cafeterías, pero antes de que los *pubs* y restaurantes empezaran a llenarse. Los excursionistas se habían ido marchando poco a poco, los visitantes de fin de semana se habían retirado a sus hoteles a descansar los pies, y la multitud de la hora de la cena aún no había llegado. Era un breve momento de respiro, cuando los vecinos aprovechaban para pasear a sus perros, echar sus cartas al buzón y disfrutar de la tranquilidad de su pueblo.

—Algernon —lo llamó suavemente mientras cruzaba el callejón.

Nada más pisar la orilla del río, sus tacones se hundieron, dejándola literalmente clavada.

—Mierda —murmuró, retorciendo un pie en todas direcciones. Desafortunadamente, eso solo hizo que se hundiera aún más—. Maldita sea.

—¿Necesita ayuda?

Levantó la mirada, sobresaltada. Jack Riding estaba a pocos pasos, con una cámara en la mano y una expresión de educada curiosidad en el rostro.

Su primer pensamiento fue lo dorado que parecía, con el sol derramándose tras él. La luz se entrelazaba en su cabello rubio, iluminaba su piel bronceada y delineaba el contorno de su rostro. El segundo fue que no lo había oído acercarse en absoluto. Se le ocurrió la inquietante idea de que quizá se había acercado sigilosamente, pero la descartó de inmediato, enfadada consigo misma por entretenerse con algo tan irrelevante. Al fin y al cabo, se trataba de un sendero público; el hombre tenía todo el derecho a estar allí. Los acontecimientos del día debían de estar afectándola más de lo que había pensado.

Estaba a punto de aceptar su ofrecimiento de ayuda cuando algo la detuvo. Su rostro carecía por completo de expresión; pero entonces miró sus ojos y quedó desconcertada al instante.

Se estaba divirtiendo. En realidad, le resultaba divertido que estuviera en un apuro. Eso la hizo sentirse verdaderamente irritada.

—No, gracias —respondió ella con tono seco—. Estoy perfectamente.

—Le pido disculpas —dijo él, inclinando la cabeza de manera solemne—. Por supuesto, debería haberme dado cuenta de que está en esa posición a propósito.

Felicia, cuyas piernas estaban clavadas en un ángulo extraño, forzando su torso hacia atrás mientras intentaba mantener el equilibrio, no supo muy bien cómo responder a eso. En su lugar, tiró de un pie hacia arriba con vehemencia.

—¡Eh! —Jack se plantó a su lado al instante, agarrándola por la cintura cuando se tambaleó hacia atrás—. ¿Qué está haciendo?

—¿¡A usted qué le parece!? —gritó ella, pero bajó la voz en cuanto se dio cuenta de que pasaba un corredor mirándolos con curiosidad—. Estoy tratando de salir de aquí.

A ser posible, antes de convertirse en el centro de las miradas de todo el pueblo. En un día carente de noticias importantes, algo así sería suficiente para acabar en la portada del *Stamford Mercury*.

—Así no lo conseguirá. —La mano de Jack permanecía en la parte baja de la espalda de Felicia. La presión era tan sutil que apenas la notaba a través del abrigo, pero, de algún modo, no podía ignorarla. Era algo perturbador, desconcertante—. Si lo intenta otra vez, acabaremos los dos en el río.

—¿Y qué sugiere entonces? —Su tono sonó más cortante de lo que pretendía, pero a él no pareció importarle.

—Tal y como yo lo veo, tenemos dos opciones. Una es que se quite los zapatos.

—¿Qué? —La sugerencia la horrorizó. Caminar descalza por la orilla del río no era algo que le apeteciera.

—Muy bien, entonces, tendrá que ser la opción dos.

Antes de que se diera cuenta, ya la había levantado en volandas.

Capítulo 8

El sargento Pettifer contemplaba Stamford al caer el crepúsculo. Un murciélago pasó volando bajo, trazando su sombra sobre el agua violácea que reflejaba los últimos destellos del cielo.

Qué día. Y ni siquiera había terminado aún. Aún tenía que presentar un informe completo al inspector jefe Heavenly.

El agotamiento lo alcanzó de golpe y se detuvo en el puente, recostándose contra la barandilla. La estructura era una fantasía de hierro forjado, pintado en tonos de blanco tiza y verde salvia. Parecía un decorado perdido, olvidado allí por accidente.

Jess tenía razón sobre los testigos: nadie había visto nada. O, para ser más precisos, quienes habían visto algo no se daban cuenta de que lo habían visto, y los que no habían visto nada eran el tipo de gente que terminaba por creerse que realmente habían visto algo. No había nada concreto a lo que aferrarse.

Aunque había una excepción. Girando la cabeza, Pettifer miró a través de los árboles que adornaban la orilla del río hacia la hilera de casas de piedra en Water Street. Las luces comenzaban a encenderse, las cortinas se cerraban, las ventanas quedaban enmarcadas por la iluminación interior. Todo lo que tenían parecía conducir de vuelta a los Grant.

Cometer un asesinato en tu propia casa de subastas… era increíblemente estúpido o diabólicamente inteligente.

Felicia Grant no era nada estúpida; estaba seguro de eso. Dexter era otro asunto; podría ser un genio en su campo, pero a Pettifer le había parecido que tenía poco sentido común fuera de él. A Peter Grant aún no lo había conocido.

Una situación que tenía que remediar de inmediato. No podía quedarse en el puente para siempre, por tentadora que fuera la idea.

Soltando un suspiro, cruzó hacia la otra orilla, descendiendo los escalones que conducían al estrecho sendero…

… hasta casi tropezar con algo.

—¡Jesús! —Extendiendo una mano, se apoyó contra el tronco del árbol más cercano y logró evitar caerse. Entrecerró los ojos en la penumbra, donde apenas se distinguía una masa oscura en el suelo —. ¿Qué demo…?

La forma comenzó a moverse, desenrollándose. Y entonces, una voz infantil dijo amablemente:

—Hola, sargento.

Pettifer parpadeó un par de veces, obligando a sus ojos a adaptarse. Gradualmente, aparecieron más detalles: un rostro pálido en forma de corazón, grandes ojos grises, una mata despeinada de pelo castaño con reflejos cobrizos. Un color inusual. El parecido era tan sorprendente que tuvo que mirar dos veces.

—Eres el hijo de Felicia, supongo —dijo con brusquedad.

Un vigoroso asentimiento lo confirmó.

—Y usted es el sargento Pettifer. Está investigando el asesinato, ¿verdad? Lo vi antes, en la subasta.

—¿Qué haces aquí fuera a estas horas de la noche?

El chico le dirigió una mirada incrédula.

—Son las cinco y media.

¿Solo? El sargento Pettifer miró su reloj e hizo una mueca. Dios, había sido un día muy largo.

—Da igual —contestó irritado—. Solo responde a la pregunta, muchacho.

—Currucas.

El sargento parpadeó, preguntándose si sería algún tipo de nueva palabra despectiva que aún no conocía. Definitivamente, el mundo avanzaba demasiado rápido para él.

—¿Perdón?

El chico señaló directamente hacia arriba, a las ramas del árbol.

—No se suele oír el coro vespertino en Londres. Demasiado tráfico. Hay una pareja de currucas capirotadas ahí arriba. O había —añadió, con cierto tono acusador—. Creo que las ha espantado con tanto alboroto.

Era uno de los niños más extraños que había conocido nunca, pensó el sargento. Dudaba mucho que alguno de sus hijos supiera lo que era el coro vespertino, y mucho menos saliera y se sentara bajo un árbol en la oscuridad solo para oírlo. Cruzó los brazos, irguiéndose sobre el chico.

—¿Cuántos años tienes?

—Doce —declaró orgulloso—. Cumplí años el mes pasado.

Pettifer habría jurado que no pasaba de los diez años; era menudo y parecía muy joven. Aunque estaba en una posición bastante encogida.

—¿Ha venido a entrevistarme? —preguntó el chico, con los ojos brillando esperanzados.

—Eh… —Pettifer no estaba muy seguro de cómo responder a eso.

—Su agente, la señora rubia, estuvo hablando con todos en la subasta, ¿verdad? Preguntándoles qué habían visto y dónde estaban. Pero nunca me preguntó a mí. Esperé a que lo hiciera, pero nunca lo hizo. —La omisión parecía desconcertarlo más que ofenderlo. Miró a Pettifer, su expresión aclarándose—. Así que supongo que por eso está usted aquí; porque ella se olvidó. Pero está bien, porque yo lo he recordado todo. He estado repasándolo toda la tarde, asegurándome de no olvidar nada.

Pettifer decidió que era más fácil seguirle la corriente. Si el chico quería una entrevista, podía fingir que se la hacía. Se irguió, adoptando un aspecto oficial.

—Bueno, entonces, eh… ¿Qué viste?

Una mirada gris y seria se encontró con la suya sin vacilar.

—¿No va a tomar notas?

—Oh, sí… —Avergonzado, Pettifer rebuscó apresuradamente en el bolsillo de su pecho su libreta, abriéndola en una página nueva—. Naturalmente.

—Bueno, era una subasta concurrida. Y estaba ayudando a Betsy con las pujas telefónicas, así que no estaba mirando todo el

tiempo…, lo que significa que no vi tanto como podría haber visto —explicó el muchacho, disculpándose.

—No pasa nada —dijo Pettifer con su mejor voz tranquilizadora. La que usaba con las ancianas nerviosas y otros testigos que ya sabía que no tendrían nada útil que aportar, pero a los que tenía que hacer caso—. Solo cuéntame lo que puedas recordar.

—De acuerdo. —El niño abrazó sus rodillas contra el pecho y su mirada se volvió distante.

Pettifer podía ver cómo rebobinaba en su mente, intentando recrear la sala de subastas tal como había estado horas antes.

—Mamá estaba molesta cuando le dijeron que tenía que vender el armario en el último momento. Nunca lo demuestra, pero me di cuenta. Creo que ya lo había notado antes, porque no dejaba de mirar hacia el fondo de la habitación. Aunque podría ser porque Jack estaba allí… Ya sabe, el fotógrafo. Siempre lleva una cámara al cuello. Trabaja para la subasta a veces, tomando fotos para anuncios y esas cosas. Me cae bien. Mucha gente piensa que es bastante grosero porque no habla mucho, pero en realidad es porque solo dice lo que cree que necesita decir. No le gusta charlar, lo que me viene bien, porque a veces a mí tampoco. Noté que mamá lo miraba de forma extraña, aunque tal vez fuera porque no tenía ni idea de quién es. Hace años que no participa en la subasta, en cambio, yo paso mucho tiempo allí. Me haré cargo algún día, ¿sabe?

Pettifer asintió mecánicamente, tratando de seguir el torrente de información.

—Entonces, este… Jack, ¿verdad? ¿Estaba cerca del armario durante la venta? ¿Es eso lo que dices?

Sin embargo, cualquier leve esperanza de una pista se desvaneció rápidamente.

—Casi todo el mundo estuvo cerca en algún momento. La gente se mueve mucho durante una subasta, ¿sabe? —Hizo una pausa, luego añadió—: Excepto yo. Solo me levanté dos veces durante todo el evento. Una cuando a la señora Fielding se le cayó el bastón, es mayor y no se mueve muy bien, así que se lo recogí, y otra para ir al baño. Ya no podía aguantarme más —explicó, casi disculpándose.

Pettifer, a quien no le interesaba en absoluto esta explicación sobre los mecanismos de la vejiga infantil, se limitó a toser con incomodidad.

—¿Ocurrió algo durante la venta? Es decir, ¿hubo momentos en que las cosas no estuvieran como deberían?

El chico se dio golpecitos en la barbilla pensativamente.

—Bueno, hubo un momento al principio de la sección de coleccionables en que Hugo se levantó, supongo que para tomar un descanso. Solo que se fue tan rápido que hubo un hueco sin secretario de pujas, y mamá tuvo que esperar hasta que Amelia vino y tomó el relevo. Es simpática; está en la universidad la mayor parte del tiempo, pero cuando vuelve en vacaciones viene a trabajar en la subasta.

Pettifer lo miró con renovado interés.

—¿Dices que salió corriendo? —Él mismo había hablado con Hugo Dappleton esa tarde, y le había parecido un tipo concienzudo. Para nada el tipo de persona que dejaría a su subastadora en la estacada —. Vamos a ver, ¿qué crees que le hizo hacer eso?

Era una pregunta retórica, pero su acompañante tenía una respuesta preparada.

—Por el armario, supongo. Estaba mirando hacia esa esquina, y entonces se levantó y se fue. Lo observé; fue directo hacia él y empezó a mirar alrededor, como si esperara ver algo. Pero fuera lo que fuese debió de haberse ido, porque se alejó bastante rápido.

—No se te escapa nada, ¿eh, muchacho? —Pettifer estaba impresionado.

El chico se encogió de hombros.

—Solo presto atención, eso es todo. La mayoría de la gente no lo hace. —Frunció el ceño—. He estado intentando pensar en lo que podría haber visto, pero las únicas personas que habían estado cerca recientemente eran esas dos mujeres.

—¿Qué mujeres? —El tono de Pettifer había cambiado; ya no era agradablemente condescendiente, sino agudo, urgente—. Descríbemelas.

—Las que vestían igual. Una especie de vestidos con flores. Una llevaba un gran sombrero *floppy*. No las había visto antes.

Pettifer tomó nota mental de preguntarle a Jess al respecto. Ella sabría a quiénes se refería.

—Oh, y creí ver a Gavin. El secretario de la tía Cassie. Pero no creo que pudiera ser él.

Pettifer intentó no palidecer ante esa nueva e inoportuna información.

—¿Cassandra Lane? ¿La alcaldesa? ¿Es tu tía?

Se imaginó a su actual alcaldesa junto a Felicia Grant. El parecido entre ellas era completamente inexistente. Si de verdad eran hermanas, alguien tuvo que haber tenido un desliz con el lechero.

—En realidad no es mi tía —explicó Algernon—. Solo la llamo así. Aunque es mi madrina.

Ah, eso tenía más sentido. No había lecheros involucrados, entonces. Pettifer carraspeó incómodo.

—Ya veo. Continúa con lo que estabas diciendo… ¿Por qué no podrías haber visto al tal Gavin?

—Porque la tía Cassie dijo que tenía una reunión del ayuntamiento esta tarde; por eso no estaba en la subasta. Así que Gavin no podía haber estado allí; habría estado en el ayuntamiento, trabajando. Debo de haberme equivocado.

Su pequeño rostro juvenil se veía preocupado al decirlo; Pettifer conocía bien esa expresión. Era la misma que él ponía cuando las pruebas no parecían encajar.

—¿Y fue a la misma hora? ¿Estás seguro?

—Sí. Lo recuerdo porque Betsy tenía un descanso entre las pujas telefónicas y volvió tarde. Empezaba a preocuparme por ello.

Pettifer miró una vez más hacia el agua, asimilando toda la información. Había conseguido más de ese niño en cinco minutos que lo que habían logrado extraer de un centenar de testigos durante toda la tarde. Se volvió hacia el rostro de ojos grandes, que lo había estado observando pacientemente.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —preguntó en voz baja.

—Algernon.

Pettifer casi se atragantó.

—Viene del siglo XVI, con raíces en la Francia del siglo XI —explicó Algernon con altivez, aparentemente imperturbable ante la reacción

—. Pero es más conocido por La importancia de llamarse Ernesto, de Oscar Wilde —añadió, cuando se dio cuenta de que Pettifer seguía sin entenderlo—. ¿Conoce la obra?

—Yo… Eh… —Pettifer experimentó la misma sensación de incomodidad que recordaba de la escuela cuando un profesor le preguntaba si había hecho los deberes. Titubeó un momento, luego admitió a regañadientes—: No, muchacho, me temo que no soy muy dado a las novelas.

Algernon le dirigió una mirada inocente.

—Es una obra de teatro.

«Me estoy hartando de este niño», pensó Pettifer sombríamente. Buen testigo o no, era un niño precoz insoportable.

—¿He sido de ayuda, sargento? —Algernon lo miró esperanzado—. ¿Cree que esto le ayudará a resolver el caso?

Pettifer dudó, preguntándose cómo manejar aquello. Por un lado, no quería darle ideas al muchacho; lo último que necesitaba era que se convirtiera en detective aficionado. Pero, por otro lado, tampoco quería pisotear su curiosidad. Probablemente era una respuesta más saludable que darle vueltas a lo que había presenciado ese día. Miró al chico, intentó imaginar que era su propio hijo, y se preguntó qué haría.

—Hiciste bien en contármelo —respondió; entonces, cuando los ojos de Algernon se iluminaron, continuó en un tono moderador—: Pero una investigación policial real no es como parece en los libros. Requiere trabajo duro y diligencia, y seguir muchas pistas que no llevan a ninguna parte. Investigaré lo que me has contado, pero no quiero que te hagas ilusiones.

—De acuerdo —suspiró Algernon. Después metió la mano en el bolsillo de su abrigo.

Se oyó un crujido y sacó una bolsa de papel arrugada, que puso bajo la nariz del sargento.

—¿Un caramelo de limón?

Un tanto desconcertado por el repentino cambio de rumbo, el sargento Pettifer lo aceptó, aunque normalmente no lo habría hecho. La acidez empalagosa chisporroteó en su lengua, y rodó el caramelo en su boca, haciéndolo chocar contra sus dientes. Vaya, qué

recuerdos. Solía comer bolsas enteras cuando era niño. En otros tiempos, lo habría mordido, partiéndolo en dos, pero hoy en día…

A su lado, se oyó un crujido satisfactorio cuando Algernon hizo exactamente eso.

—Así se libera el relleno —explicó el niño, cruzando la mirada con el sargento—. Debería probarlo.

—Un día, muchacho, te darás cuenta de que solo tienes una dentadura para toda la vida —sermoneó el sargento Pettifer con melancolía, y un poco de resentimiento.

—El abuelo dice lo mismo —comentó Algernon—. En realidad, los compré para él, así que será mejor que dejemos de comerlos. —La bolsa desapareció de nuevo en su bolsillo—. Pensé que necesitaría más, ahora que no puede conseguirlos él mismo. Siempre lleva una bolsa encima. Son como su seña de identidad.

«Su seña de identidad». La expresión provocó un escalofrío involuntario que recorrió la columna del sargento. Era una sensación que reconocía demasiado bien. Significaba que algo estaba encajando en su lugar, algo que debería haber visto antes.

Una imagen apareció en su mente, de Felicia Grant, mirando el cuerpo con esa expresión perdida y perpleja, diciendo que no lo había reconocido.

¡Por supuesto! Eso era lo que estaba mal, lo que le había estado molestando. Podría haberse dado una palmada en la frente, como un detective bufón en una comedia. Se estaba comportando como uno; no sería menos de lo que merecía. ¿Cómo había podido pasar por alto algo tan obvio?

—Vaya, la expresión de su cara se ha vuelto extraña —dijo Algernon, mirándolo con cautela—. No se lo habrá tragado entero, ¿verdad? Yo hice eso una vez, cuando tenía ocho años, y no me permitieron comer otro caramelo durante dos años enteros. Solo gominolas y ositos de gelatina. —Su tono sugería que habían sido dos años muy largos.

—No, estoy bien, muchacho —aseguró el sargento Pettifer, tratando de mantener un tono casual—. Solo es una idea, nada más. Aunque realmente necesito hablar con tu madre. ¿Sabes dónde puede estar?

—Probablemente haya salido a buscarme. —Algernon se levantó, sacudiéndose las rodillas—. He estado fuera bastante tiempo; normalmente no se da cuenta durante un rato, pero cuando lo hace empieza a imaginar todo tipo de cosas que podrían haberme pasado. Es bastante dramática —explicó con naturalidad—. No le gusta pensar que lo es, pero lo es. Será mejor que vuelva con usted.

Semejante evaluación del estilo de crianza de Felicia Grant no sorprendió demasiado a Pettifer. ¿Distante y melodramática al mismo tiempo? Encajaba con el halo de misterio de la mujer.

Algernon saltó ágilmente para esquivar una raíz sobresaliente.

—La casa está por aquí.

Pettifer lo alcanzó, apartando las ramas frondosas del sauce para abrir el paso. Ambos se detuvieron, contemplando la escena enmarcada que los recibió al otro lado. Jack Riding estaba en la orilla del río, mirándolos directamente.

Y en sus brazos…

—¿Es esa… —logró articular Pettifer, por la comisura de la boca— tu madre?

—Sí… —Algernon sonaba más cansado que sorprendido—. Me temo que sí.

Capítulo 9

Durante una fracción de segundo, Felicia estaba demasiado aturdida para reaccionar. La única vez que alguien la había sostenido así había sido Dexter, cuando la llevó en brazos para cruzar el umbral después de su luna de miel. No había sido precisamente un éxito. Le había quedado un chichón en la nuca durante tres días. Tenía que admitir que Jack parecía más seguro y capaz, pero aun así, tener los pies colgando en el aire la hacía sentir fuera de control, ligeramente asustada.

Entonces, alzó la vista y vio a Algernon y al sargento Pettifer observándolos entre los árboles. Decir que se le cayó el alma a los pies sería quedarse corto.

—Bájeme —logró decir con voz estrangulada. Luego, al darse cuenta de lo descortés que había sonado, añadió—: Por favor.

—Como desee. —La depositó hábilmente en la seguridad del sendero.

—Gracias. —Felicia se recolocó el cabello, tratando de recuperar la compostura—. Buenas noches, sargento —saludó con tono agradable a la figura que se acercaba a grandes zancadas por la orilla, con la chaqueta del traje ondeando a su alrededor como un murciélago inquieto. A pesar de su aspecto desaliñado, su expresión era cualquier cosa menos cómica. Parecía serio, decidido. Felicia tragó saliva. Aquello no podía ser bueno.

—Señorita Grant. —Su voz retumbó mientras sorteaba un grupo de patos con una agilidad sorprendente para un hombre de su complexión—. Tenemos que hablar. No ha sido del todo sincera conmigo.

—Por muy interesante que suene todo esto —murmuró Jack en su oído. Ella dio un respingo; por un momento, había olvidado que seguía allí—, tendrán que disculparme. Ya he tenido suficiente policía por hoy.

Más que oírlo, lo sintió alejarse, fundiéndose silenciosamente con el crepúsculo. Empezó a girarse, perpleja, pero el sargento Pettifer ya estaba frente a ella, jadeando de manera exagerada tras su breve caminata por el césped.

—¿Señorita Grant? —insistió el sargento—. Podemos hacer esto aquí o en la comisaría. Usted elige.

—Sí, sí, de acuerdo —respondió ella con brusquedad, contagiándose de su irritación—. Pero entre, ¿quiere? Ninguno de los dos desea que los detalles de su investigación se difundan por todo el pueblo mañana.

Pero él no la escuchó, o decidió ignorarla. Miraba con interés un punto por encima de su hombro.

—¿Adónde ha ido su amigo?

—No es mi amigo —protestó indignada, lanzando una mirada nerviosa hacia Algernon—. Apenas nos conocemos.

Pettifer alzó una ceja.

—¿Así es como se saluda la gente por estos lares?

—Algie, ¿por qué no entras? —sugirió Felicia con fingida alegría—. Estaré contigo en un minuto.

Lo apresuró hasta que su pequeña figura desapareció tras la puerta de la casa antes de volverse hacia Pettifer con los brazos cruzados en actitud desafiante.

—Si tanto le interesa, soy de aquí. Me crie en Stamford.

—¿St George's Square? —nombró una de las direcciones más opulentas de la ciudad—. ¿Barn Hill?

—Justo aquí, de hecho —aclaró con tono neutro, señalando la diminuta casa tras ellos.

—¿Qué…? ¿Toda la familia? —Pettifer luchó por ocultar su asombro.

—Los cuatro, sí. Además de dos gatos, un hámster, un conejo de tres patas y un terrario lleno de insectos palo. —Le lanzó una mirada de contenida diversión—. ¿Qué, no era lo que esperaba, sargento?

Usted mejor que nadie debería saber que las apariencias engañan. Este acento tiene un precio, uno que a veces a mis padres les costaba pagar. Crecí a base de mucho queso *cottage* y carne curada. A veces mezclado. —Intentó reprimir un escalofrío—. La lasaña era particularmente memorable. Así que ya ve, olvide lo que crea saber de mí. —Se encogió de hombros—. Dexter es el de verdadera alcurnia. Yo solo soy una impostora.

El rostro pétreo del sargento permaneció impasible.

—No puede ser peor que el paté de lata —dijo con tono suave—. Comíamos eso a menudo cuando era niño, en las épocas en que mi padre estaba sin trabajo.

Era una disculpa velada, extrañamente encubierta, pero ella la reconoció. Se sintió ablandar un poco.

—¿De qué quería hablarme exactamente?

El ambiente cambió de repente. La mirada que le dirigió fue penetrante cuando comentó:

—Dijo que no había visto al señor Clay en la subasta.

—Así es.

—¿Está segura?

Felicia frunció el ceño, irritada por lo que insinuaba su tono.

—Que yo sepa, sí, pero ya vio cuánta gente había. La sala estaba abarrotada cuando llegó, y eso que solo quedaban los que permanecieron hasta el final. Durante todo el día hubo personas entrando y saliendo. —Suspiró, decidiendo que era momento de cortar aquello de raíz—. Mire, sé que quiere que sea una testigo clave, pero la verdad es que, cuando estoy en el estrado, solo veo un mar de rostros la mayor parte del tiempo. Es raro que me fije en alguien en particular. No sé, quizá si él hubiera… —se interrumpió, maldiciéndose por haber dicho más de lo necesario.

—¿Si hubiera llevado su traje rosa? —El tono del sargento Pettifer sonaba peligrosamente casual. Tuvo la sensación de que había caído de lleno en una trampa—. Sí, era curioso. Todo el mundo estaba tan acostumbrado a verlo con él que parecía parte de su personalidad. Tan extravagante. Pero sin él…, bueno, parecía completamente diferente. Casi insignificante. El tipo de hombre en el que no te fijarías si te lo cruzaras por la calle. —Le lanzó una mirada inquisitiva

—. Debía de ser útil poder cambiar así toda su imagen… o camuflarla, según el caso.

Felicia empezaba a sentir una punzada de verdadera irritación.

—¿Qué intenta decir exactamente?

—Nada. —Su respuesta sonó despreocupada—. Nada en absoluto. Solo que está claro que no quería que lo reconocieran, ¿verdad? ¿Un poco de espionaje corporativo, quizá? ¿O tal vez planeaba causar problemas en la subasta?

—Me mira como si yo debiera saberlo —espetó Felicia.

Empezaba a sentirse nerviosa. Ase repentino estilo de interrogatorio agresivo la estaba descolocando por completo. Comenzaba a darse cuenta de lo complaciente que había sido al asumir que su comportamiento inofensivo era todo lo que había. Aquel hombre no era el tonto que aparentaba ser. Ni descuidado en su trabajo. Empezaba a pensar que podría ser un detective mucho mejor de lo que había imaginado.

—Pero permítame recordarle que acabo de llegar esta mañana.

—Otro dato interesante. —Pettifer se metió las manos en los bolsillos de su traje raído; una se le coló por el fondo con un sonido de desgarro. Hizo como si no hubiese pasado nada y continuó—: Dígame, señorita Grant, ¿cómo era exactamente su relación profesional con la víctima?

—Querrá decir la relación de mi padre. Ya no trabajo en Grant's, ¿recuerda?

—Pero sigue siendo su apellido el que está en la puerta, ¿no? No me diga que no tiene ningún interés en el negocio.

Felicia abrió la boca para decir algo —ni siquiera estaba segura de qué—, pero al final decidió no hacerlo. Aparentemente tomando eso como un asentimiento, Pettifer insistió.

—¿Y bien? Le recomiendo que sea sincera conmigo. Puedo averiguar todo esto por mi cuenta, pero nos ahorrará mucho tiempo si coopera ahora.

Se llevó una mano a la frente, sintiéndose de repente invadida por el cansancio.

—Era un competidor, sargento. Todos los negocios los tienen.

—Sí, pero ¿mantenían una relación cordial?

Ella esbozó una leve sonrisa.

—Esto es el mundo de las antigüedades. Todo es muy refinado y cordial…, al menos en apariencia. —Ante la mirada de incredulidad del sargento, añadió—: De acuerdo, hay bastante rivalidad entre los comerciantes de menor nivel, pero difícilmente se podría llamar despiadada. Además, no estamos hablando de comerciantes, hablamos de subastadores. Es un panorama totalmente distinto. La gran mayoría son antiguos alumnos de escuelas privadas. Es un club bastante exclusivo.

Había cierta ironía en su tono al decirlo. Pettifer la observó con atención y luego hizo una pregunta instintiva:

—¿Cuántas mujeres subastadoras hay? Simple curiosidad.

—No muchas —admitió ella—. Más que antes. Está mejorando. Cuando empecé, era una de las pocas que había en el país.

—Debió de ser un camino difícil —comentó él con tono suave.

—Tuvo sus momentos. —Una pequeña arruga en forma de uve apareció entre sus cejas. Lo miró como si de repente sospechara de ese enfoque más comprensivo. No podía culparla; quizá había sido deshonesto someterla a semejante interrogatorio, pero había sido necesario. Ahora sabía mejor a qué atenerse con ella. En última instancia, el progreso de la investigación tenía que estar por encima de sus delicadas sensibilidades—. Mire, sargento, si lo que quiere es sinceridad, se la daré encantada. Barrington no era una figura popular en el sector. Irritó a mucha gente. Hay ciertos límites, códigos de conducta que todas las casas de subastas acuerdan tácitamente. Barrington tenía tendencia no solo a sobrepasarlos, sino a arrasar con ellos.

—¿En qué sentido? —preguntó con más suavidad aún, quería volver a ganarse su confianza.

—Invadir el territorio de otras casas de subastas era lo peor. Anunciarse en su prensa local, organizar días de tasación en la ciudad. Lo hacía constantemente cuando yo dirigía Grant’s, y ni siquiera tenía la cortesía de informarnos. Nos enterábamos al ver el cartel. —Suspiró—. Todo era de bastante mala educación y resultaba irritante, pero tampoco era motivo para matar a alguien, si es eso lo que intenta insinuar. Especialmente teniendo en cuenta que llevo

más de ocho años sin estar involucrada en el mundo de las antigüedades. Habría sido mucho tiempo de espera para mi venganza, ¿no cree?

«Además, estuve en el estrado todo el tiempo». Aunque eso no hacía falta decirlo, ambos lo sabían. Era imposible que ella pudiera haberlo hecho… Al menos ella sola.

—¿A qué se dedica exactamente ahora? —preguntó él, ignorando la última parte, bastante sarcástica, de su discurso.

—Dirijo una galería exclusiva de arte contemporáneo en Londres. Vendemos obras únicas a clientes privados de todo el mundo. —Lo soltó de manera tan mecánica que parecía estar leyendo un folleto publicitario.

—¿Viaja mucho entonces?

Felicia negó con la cabeza, tensando la mandíbula.

—Ya no. Lo hacía antes. Pero entonces Dexter tuvo su oportunidad en televisión y…, bueno, no podíamos estar ausentes los dos. Nuestro hijo merece tener al menos a uno de nosotros cerca.

—¿Le gusta?

Pareció sobresaltada por la pregunta, como si se la hubiera gritado, cuando en realidad había sido pronunciada muy suavemente.

—¿Qué?

—¿Que si le gusta? —reiteró—. ¿Vender arte moderno?

Sus ojos, casi incoloros en la oscuridad, se abrieron de par en par.

—Es… Bueno… —Negó con la cabeza, exhalando frustrada. Cuando volvió a hablar, su voz sonaba cortante—: Mire. ¿Eso es todo? Es que ha sido un día muy largo.

—Me temo que no. —En realidad, le habría encantado dejarla ir. Tenía razón, había sido un día infernal… para ambos. Pero el deber lo llamaba, y tenía un as más que jugar esa noche—. Ha llegado a nuestro conocimiento que fue su padre quien ordenó la inclusión de último momento del armario en la subasta. ¿Estaba al tanto de eso?

El rostro de Felicia mostró una auténtica expresión de sorpresa.

—No. Supuse que había sido Hugo. Puede ser muy blando de corazón; los comerciantes saben cómo manejarlo. Papá siempre se negaba a ese tipo de cosas.

—Bueno, esta vez hizo una excepción. El señor Dappleton nos ha confirmado que su padre lo llamó anoche pidiéndole que supervisara la descarga.

Ella alzó las cejas.

—Necesito hablar con su padre —pidió Pettifer con suavidad—. ¿Se encuentra bien como para mantener una conversación?

—Oh, sí —respondió Felicia con una leve sonrisa en los labios.

Algo en su diversión provocó un escalofrío de inquietud en Pettifer.

Ella inclinó la cabeza hacia la casa, con una sombra de sonrisa todavía en sus labios.

—Lo llevaré con él.

—El hombre era un tiburón —gruñó Peter.

—¡Papá! —lo reprendió Felicia—. Acaban de asesinarlo.

—Pues ya no va a cambiar sus costumbres ahora —replicó Peter—. Muchos se habrán sentido aliviados con su muerte.

Felicia cruzó una mirada con el sargento Pettifer.

—No lo dice en serio —se apresuró a aclarar—. Todavía está bajo los efectos de bastante medicación para el dolor.

—¡Por supuesto que lo digo en serio! —protestó Peter—. No estoy de acuerdo con esas tonterías de no hablar mal de los muertos. ¿Qué sentido tiene? Además, el sargento quiere encontrar a su asesino, ¿no? Y no le va a facilitar el trabajo si todos endulzamos la verdad. Quiere hechos, no tópicos.

El sargento Pettifer lo miró con un nuevo tipo de respeto.

—Para serle sincero, señor, a veces desearía que más gente compartiera su punto de vista.

Peter le dirigió a Felicia una mirada triunfal de «te lo dije». Ella levantó las manos en señal de rendición y fue a llenar la tetera. Parecía que iban a estar allí un rato.

—Los orígenes de Barrington eran humildes —comenzó Peter, indicándole a Pettifer que tomara asiento—. Tuvo que construir lo que tenía ladrillo a ladrillo. Eso lo convirtió en un hombre duro, pero podía entenderlo. Yo seguí el mismo camino; sé lo que es. Haces lo que tienes que hacer para sobrevivir, para demostrarles a todos que

estaban equivocados. —Lanzó una mirada significativa en dirección a Felicia—. Hay que haberlo vivido para saberlo; muchas veces nos hemos peleado por lo que Felicia llama «mis métodos», pero al menos puedo decir que siempre he sido honesto. Nunca herí a nadie, nunca estafé, nunca pisé a ninguna persona en mi camino hacia arriba. Barrington, sin embargo, no veía las cosas de la misma manera. Molestó a mucha gente en el camino.

Pettifer se inclinó hacia adelante. Había cierto brillo en sus ojos, una luz de interés.

—¿Está diciendo que estafaba a la gente?

—Lo que digo es que hubo muchas coincidencias que le favorecieron. Comerciantes que cambiaban repentinamente de bando, consignaciones prometidas a otras casas de subastas que se desviaban a la suya en el último minuto. Era un megalómano; su influencia crecía año tras año. Más de una vez, una casa de subastas rival que ocupaba el terreno que él quería se hundía misteriosamente y, o bien cerraba por completo, o aceptaba vendérsela. Intenté hablar con algunos de ellos después; conocía a los dueños, sabía que no tenían intención de rendirse, pero no me dijeron qué había cambiado. Sé que había algo turbio, podía notarlo. Había hecho algo para forzarlos.

—¿Y estaba interesado en adquirir Grant's?

Peter echó la cabeza hacia atrás y soltó una sonora carcajada. Incluso Godfrey, que se había hecho un ovillo en el frutero, levantó la mirada con aire acusador.

—¡Ya lo creo! Había deseado Stamford desde siempre, le volvía loco que yo hubiera llegado primero.

—¿No podría haberse establecido aquí si hubiera querido?

—¿En una ciudad de este tamaño? —Peter negó con la cabeza—. Nos habríamos destruido mutuamente. No era estúpido, sabía que era todo o nada.

—¿Y nunca se le acercó para comprar? ¿Nunca intentó…, eh…, forzarlo?

—¡No se atrevería! —espetó Peter, aparentemente ofendido ante la mera sugerencia—. Sabía dónde le habría dicho que se metiera…

—¿Té, sargento? —interrumpió Felicia desesperadamente, colocando la tetera de cerámica desportillada sobre el mantel a cuadros frente a él.

Para alguien que se dedicaba a las antigüedades, resultaba curioso que tan pocas de ellas llegaran a su casa, la cual podía describirse como un anacronismo funcional. Era como si los setenta nunca se hubieran ido.

Quizá ese había sido uno de los principales problemas cuando dirigían el negocio juntos, reflexionó Felicia, mientras el té brotaba erráticamente del pico mellado hacia la taza del sargento. Ella amaba las cosas bonitas; su casa en Londres estaba llena de tesoros que había coleccionado a lo largo de los años. Una cama con dosel del siglo XVII por la que había gastado casi dos meses de sueldo. Un león de bronce que había encontrado en un mercado del sur de Francia durante su luna de miel con Dexter. Un par de pinturas del período estético en tonos pastel que mostraban mujeres griegas recostadas en asientos de mármol, compradas cuando tales cosas se vendían por centavos. Su valor se había disparado desde entonces, pero no podía separarse de ellas. No podía separarse de nada. Todo significaba algo para ella, mucho más allá del valor material. Esos objetos tenían un pasado; tenían historia. Habían sido amadas y despreciadas, admiradas e ignoradas, coleccionadas y descartadas. Habían visto cosas, absorbido la esencia del pasado. Eso la cautivaba de una manera que su padre nunca podría entender realmente. A él le gustaban las antigüedades, las apreciaba y ciertamente sabía mucho de ellas, pero en última instancia era un negocio para él. Se había metido en las antigüedades porque, en ese momento, el mercado estaba en auge. Había aprendido sobre ellas por ósmosis, por necesidad, sobre la marcha. Ella intuía que habría sido lo mismo con cualquier otra cosa que hubiera elegido.

El sargento Pettifer la observaba discretamente mientras servía el té. Su expresión era serena, como siempre, su mano firme, pero había una tensión en la mandíbula que sugería cierto nerviosismo, aunque, para ser justos, eso era algo que podía explicarse fácilmente por la presencia de su padre, admitió Pettifer, mirando ahora al hombre en cuestión. El acento provenía del norte de

Lincolnshire, quizá incluso cerca de la frontera de su propio Yorkshire natal. Brusco hasta rayar en la torpeza, como solía ser la gente de aquella zona. Entendía por qué podía incomodar a algunos en la educada Inglaterra central, pero Pettifer, un hombre que hablaba su mismo idioma, veía más allá de su rudeza. Un empresario hecho a sí mismo, algo tosco en los modales, pero no un tirano. Aun así, era evidente por qué nunca vería las cosas igual que su hija, con su acento elegante, su educado sentido de la compostura y el refinamiento. Pettifer no dudaba de que Peter Grant había tenido las más nobles intenciones cuando se había esforzado por enviar a su hija a una de las escuelas más elitistas del país, pero al hacerlo, había creado un enorme abismo entre ellos. Literalmente eran de dos mundos diferentes.

—Hay algo más que necesito preguntarle, señor. —Pettifer hizo una pausa para dar un sorbo a su té, calculando la mejor manera de abordar lo que quería. Decidió que lo haría con cautela. Con respeto. Como si no fuera un asunto serio. Cualquier indicio de acusación, y Peter Grant se pondría a la defensiva. Así era él—. Solo es un pequeño asunto por aclarar. Tengo entendido que el armario donde se encontró al fallecido llegó a la subasta anoche, bajo sus instrucciones. ¿Es correcto?

—Lo es —respondió Peter Grant con cierta cautela y mirándolo por encima del borde de su taza—. No hay ninguna ley en contra, ¿verdad?

—Por supuesto que no —dijo Pettifer con tono jovial—. Solo nos gustaría entender un poco mejor las circunstancias, eso es todo. Como información de contexto —añadió el sargento.

—Ah, bueno. —Peter se reclinó en su silla de ruedas—. Era un favor, ¿sabe? Un viejo conocido mío. Bueno, de mi padre, en realidad. El hombre tiene noventa y cinco años, si no más, pero es un buen cliente. No sentí que pudiera negarme cuando me lo pidió, aunque fuera algo irregular. —Suspiró—. Pero, bueno, el viejo Batty siempre fue un poco irregular. Hace mucho tiempo que aprendí a no cuestionar sus caprichos.

El sargento Pettifer levantó la vista de sus notas, con incredulidad grabada en el rostro.

—¿Ha dicho que se llama Batty?[2]

—No es su verdadero nombre, claro. Nadie lo llamaba Batty a la cara. Se llama Henry. Henry Bunting. Vive en Barn Hill. Halliday House, así se llama. Una casa grande y destartalada con un arco para carruajes que la atraviesa.

Pettifer asintió.

—La conozco.

Era una de las mansiones más grandes de la ciudad, en una de las mejores ubicaciones. En su día, probablemente habría sido también una de las casas más opulentas, pero los años no habían sido amables con ella. A diferencia de sus vecinas, que habían sido amorosamente mantenidas y restauradas a lo largo de los años, esta había sido abandonada a su suerte.

—Uno de sus agentes ya habrá hablado con él —continuó Peter—. Dijo que estaría en la venta de hoy. Parecía muy interesado en ver cómo se subastaba la pieza.

—¿Alguna razón en particular?

Peter se encogió de hombros.

—A la gente le gusta ver las subastas. Les parecen emocionantes. Le sorprendería cuánta gente viaja largas distancias para ver vender sus cosas.

—Es un anciano agradable —añadió Felicia—. Como dice papá, algo excéntrico. Casi un recluso, en realidad. No hay muchas cosas por las que salga de casa, pero la subasta es una de ellas. —Frunció el ceño mirando a su padre—. Aunque no recuerdo haberlo visto en absoluto. ¿Estás seguro de que dijo que estaría allí?

—Estaba empeñado en ello. Debes de habértelo perdido.

Una mirada perspicaz había afilado las facciones de Pettifer. Pulsó una tecla en su teléfono, se lo llevó al oído y murmuró:

—Disculpen un momento. —Su corpulenta figura se apretujó por el estrecho pasillo hacia el vestíbulo en penumbra.

Peter lo observó marcharse.

—¿Qué mosca le ha picado? ¿Algo que hemos dicho?

—Cree que tiene un nuevo sospechoso que añadir a su lista —replicó Felicia con acidez—. Seguramente está fantaseando con el

viejo señor Bunting apuñalando su propio armario en un frenético ataque de arrepentimiento tras haberlo vendido.

Peter se sobresaltó.

—No creerás que sospecha de él en serio…

—Sospecha de todos nosotros, papá —contestó Felicia bruscamente—. ¿Por qué otro motivo crees que está aquí?

—¿Todo bien? —Dexter entró despreocupadamente, abriendo la nevera y mirando dentro esperanzado—. Pensé en mantenerme alejado hasta que se despejara el ambiente. Algie dice que ese sargento de policía andaba por aquí hace un rato. El que parece un delantero de *rugby*.

—Era delantero —dijo Pettifer con tono jovial desde la puerta—. Hasta que un tipo de cien kilos de Barnsley me cayó sobre el cuello. —Se apartó la ropa para mostrar una cicatriz roja y llamativa—. Acabó con todas mis esperanzas de hacerme profesional. Pero no me lo tomé mal, ser policía tiene sus momentos, aunque no tenga el mismo glamur. Ni el mismo sueldo —añadió, con sequedad.

—Oh. —Dexter se asomó por detrás de la puerta de la nevera, totalmente avergonzado—. No lo había visto, sargento.

Pettifer miró directamente a Felicia y Peter.

—Según mi agente, no había ningún Henry Bunting entre los testigos.

Pareció algo desanimado por la noticia. Felicia intentó no divertirse demasiado. Peter, por su parte, se mostró incómodo.

—Bueno, eso es muy extraño, debo decir. —Y luego, casi más para sí mismo que para los demás, añadió—: Batty es de la vieja escuela, un hombre de palabra. No puedo imaginar por qué…

El resto de lo que iba a decir se perdió para siempre. Porque, por segunda vez ese día, y con una brusquedad que sobresaltó a todos, el caos se desató nuevamente.

[2] *Batty* es un término coloquial en inglés que significa ligeramente loco, excéntrico o chiflado.

Capítulo 10

Con una fuerza tremenda, la puerta principal se abrió de golpe, estrellándose contra la pared mientras un huracán entraba en la casa, arrastrando bolsos, carpetas y una bufanda ondeante a su paso.

—¿¡Felicia!? —El huracán tenía una voz femenina estridente y sonaba a pánico—. ¿¡Estás aquí!?

—¿Cass? —Visiblemente confundida, Felicia dio un paso adelante, solo para ser placada por un abrigo andante.

—¡Estás viva! —gritó el abrigo—. ¡Oh, Dios, estás viva!

—Claro que estoy viva —logró decir Felicia, aprisionada bajo la voluminosa prenda—. Aunque estás a punto de asfixiarme.

—Lo siento. —El abrigo se apartó. Un brazo se alzó y bajó la capucha, revelando una maraña de rizos rubios.

Con este punto de referencia, los detalles se volvieron algo más claros para el sargento Pettifer. Lo que había parecido una masa autónoma de ropa ahora tomaba una forma más lógica. Una mujer envuelta en un largo abrigo negro acolchado. Y no cualquier mujer; Pettifer reconocería esa cabellera en cualquier parte.

—Alcaldesa Lane. ¿Le importaría explicarme qué está pasando?

Ella se dio la vuelta, y su cara pecosa pasó de estar sorprendida a claramente molesta en cuestión de segundos.

—No lo sé. —Puso las manos en las caderas—. ¿Quizá le gustaría explicármelo usted a mí, sargento? ¿Quizá le gustaría explicarme por qué tuve que enterarme por mi secretario de que había habido un asesinato en la casa de subastas? ¿Quizá le gustaría explicarme por qué, cuando corrí hasta allí, el pedante de la puerta no me quiso dar

ninguna información? ¿Incluso cuando le dije que había rumores de que la víctima era un subastador, y que mi mejor amiga es subastadora?

Pettifer reprimió un gemido. Tendría que hablar con alguien más tarde.

—Debió de ser uno de los refuerzos de la policía del condado. Lo siento, señora alcaldesa, eso no debería haber pasado.

Ella resopló, volviéndose hacia Felicia.

—Y entonces recordé lo de tu padre en el hospital, así que corrí hasta allí, pero me dijeron que ya le habían dado el alta. No sabía qué más hacer, así que vine aquí y… —Se llevó una mano a la frente, mientras se agarraba al respaldo de una silla con la otra.

—Siéntate, Cass. —Felicia apartó una silla—. Te has llevado un buen susto. Papá, ¿tienes algo de brandi en casa?

—A menos que tu madre dejara algo de su brandi de cocinar en los armarios cuando se fue. Es para lo único que sirve esa cosa.

—¿Jerez entonces?

Peter pareció horrorizado ante la sugerencia.

—¿Jerez? —farfulló—. ¿Qué clase de hombre crees que soy? —Felicia lo fulminó con la mirada hasta que refunfuñó—: Queda algo de *whisky* puro de malta en la sala. En el aparador —añadió, mientras Dexter se apresuraba para ir a buscarlo.

Pettifer esperó pacientemente mientras le ponían un vaso en la mano a Cassie. Se lo bebió de un trago y el color volvió rápidamente a sus mejillas. Su mirada se movió de Felicia a Pettifer, pasando de preocupada a inquisitiva en un instante. A su pesar, Pettifer intentó no encogerse. Había oído que su aparentemente inofensiva alcaldesa tenía una mirada capaz de helarte la sangre en las venas, pero nunca había estado en el extremo receptor. Reprimiendo un trago de saliva, intentó concentrarse en el hecho de que llevaba pendientes diferentes. Eso la hacía parecer un poco menos intimidante.

—Entonces, si no era Felicia, ¿quién era? —exigió Cassie—. ¿Cuáles son los hechos?

—Aún no los tengo todos —se excusó Pettifer, resistiendo el impulso de añadir, oficiosamente, «y no será asunto suyo cuando los tenga».

La alcaldesa parecía haber olvidado temporalmente la naturaleza ceremonial de su cargo, pero era algo que podía perdonar; después de todo, había pasado la tarde creyendo que era su amiga quien había sido asesinada, un malentendido aparentemente no corregido por la policía en la escena del crimen. No podía culparla por estar enfadada.

Y así que no se sorprendió al descubrir que no se iba a apartar del asunto tan fácilmente.

—¿Qué tiene entonces? Supongo que tendrá alguna información.

—Era Barrington —intervino Felicia en voz baja.

—¿Barrington Clay? —Cassie farfulló incrédula—. ¿En vuestra subasta? Me sorprende que se atreviera a dar la cara.

—No lo hizo —aportó Dexter, sirviéndose un vaso de *whisky* para él—. Estaba escondido en un armario.

Cassie lo miró fijamente. Sus ojos parecían estar luchando por enfocar.

—¿Que estaba qué?

—¿Por qué dice que no se atrevería a dar la cara, señora alcaldesa? —preguntó Pettifer con aire distraído.

Felicia le lanzó una mirada cautelosa.

—Solo es una forma de hablar.

—Vamos, Fliss, lo odiabas. —Cassie agitó su vaso con gesto expansivo, casi derramando el líquido ambarino sobre la mesa de pino—. Dijo que eras… ¿Cómo dijo? ¿Demasiado decorativa para ser subastadora? Eso era.

El color subió de repente a sus mejillas, dándoles un brillo rosado.

—Eso fue hace mucho tiempo —dijo Felicia con rigidez—. Cuando empecé como subastadora. Solo tenía veintitrés años. Y creo —le quitó suavemente el vaso de la mano— que ya has bebido suficiente para calmar los nervios por el momento. Te prepararé un café.

«Antes de que digas algo más comprometedor», fue la advertencia muda que solo Pettifer captó. Muy a su pesar, empezaba a sentir cierta lástima por Felicia Grant. Se esforzaba por mantener la calma y actuar con prudencia, pero todos a su alrededor soltaban declaraciones incriminatorias sin pensar en las consecuencias.

—Quizá, sargento, ¿podríamos hacer esto mañana? Ha sido un día… intenso. Para todos —añadió Felicia.

Pettifer dudó, luego asintió.

—De acuerdo. Me parece bien. Confío en que no planean ir a ninguna parte mientras tanto.

—Algie y tú os quedaréis aquí —gruñó Peter—. Está la habitación de invitados. Hay dos camas gemelas, servirá para una noche o dos.

—¿Y usted, señor? —Pettifer clavó una mirada penetrante en Dexter Grant, que estaba apoyado contra los armarios, haciendo tintinear el hielo en su vaso—. ¿No saldrá corriendo de vuelta a Londres?

Dexter le devolvió una mirada directa. Por un momento, Pettifer tuvo la fugaz impresión de que no era tan despreocupadamente hueco como aparentaba.

—¿Eso es una pregunta o una orden?

—Es una petición —respondió Pettifer—. Dejémoslo así.

—¿Papá? —Algernon apareció en la puerta, con expresión esperanzada—. ¿Te quedas?

—Eso parece. —Dexter miró a Felicia—. Puedo pedir una habitación en The George. Iré ahora, a ver qué tienen disponible.

El rostro de Algernon se ensombreció con desaprobación.

—¿No te vas a quedar aquí con nosotros? —Miró a su madre, suplicante—. Díselo, mamá. Dile que puede quedarse aquí. Yo dormiré en el sofá; no me importa.

Pettifer notó que Dexter parecía mucho más receptivo a la idea de compartir habitación con su exesposa que ella. Sin embargo, una sola mirada a la pétrea expresión de Felicia le bastó para aclarar la garganta y recuperar la compostura.

—No creo que sea la mejor idea, Algie —contestó el padre con tono suave—. Mira, vendré a verte por la mañana, te llevaré a desayunar. ¿Qué te parece?

—Oh, vamos, deja que se quede aquí, Felicia —intervino Peter irritado desde la esquina—. Solo es una noche. Parece que de todos modos acamparé en el sofá cama aquí abajo por un tiempo —dijo señalando su escayola—. Dormirás con el chico, eso sí —añadió, tajante, a su yerno—. Y Felicia se quedará en mi habitación. No

permitiré ningún tonteo bajo mi techo. Aunque hayáis estado casados, ya no lo estáis.

—¡Papá! —chilló Felicia, mientras Dexter se atragantaba con su bebida. Detrás de ella, Cassie se cubrió la boca para ocultar una sonrisa.

Algernon, o bien era felizmente ajeno a cualquier insinuación, o estaba demasiado contento con el resultado para que le importara. Se había movido al lado de su padre, mirándolo con adoración.

—Bueno, parece que hemos llegado a un acuerdo —logró decir Felicia—. ¿Eso le satisface, sargento?

—Perfectamente. —Pettifer consultó su reloj—. Los dejaré con esto. Volveré mañana a las diez en punto. Concluiremos mis preguntas entonces.

—Lo acompaño —se ofreció Felicia, siguiéndolo hasta la puerta.

Él se detuvo bajo el dintel y se giró, mirando por encima del hombro de ella como para comprobar que ninguno de los otros en la cocina estaba escuchando. Cuando habló, su voz era poco más que un rumor bajo y conspiratorio:

—Escuche, no me corresponde decir nada, pero ese nuevo amigo suyo, en la orilla del río hace un momento… —Levantó una mano para silenciarla cuando ella abrió la boca para protestar—. Escuche… Él no es… —Soltó un suspiro, bajando aún más la voz—. Solo tenga cuidado. Eso es todo lo que diré.

—Eso sonó horrible —opinó Cassie cuando el policía se marchó, haciendo un ruido desmesurado en el vestíbulo al salir. Por un momento que le detuvo el corazón, Felicia pensó que había oído la alusión de Pettifer a Jack, pero entonces Cassie continuó—: Que volverá mañana con más preguntas… No creerá que estás realmente involucrada, ¿verdad?

—Por desgracia, me temo que sí. —Felicia se ocupó con la cafetera, tratando de no obsesionarse con lo que podría haber significado esa advertencia velada. Podría pensar en ello más tarde, cuando su cabeza no estuviera tan nublada por el agotamiento.

—¡Y le dije que odiabas a Barrington! —Cassie se llevó una mano a la boca, con los ojos abiertos de horror—. ¡Oh, Dios, lo siento tanto! Es la primera copa de verdad que tomo desde que dejé de

amamantar y… —hizo un gesto ascendente con la mano— se me subió directo a la cabeza. Nunca me lo perdonaré.

—Cass, está bien. —Cuando Cassie empezaba a hablar, a menudo era difícil detenerla. Felicia lo consiguió en esta ocasión plantando firmemente una taza de café en la mesa frente a ella—. Estuve en el estrado todo el tiempo, así que no podría haberlo hecho yo misma. Y creo que le resultará difícil probar que estaba involucrada en algún complejo plan que implicara atraer a Barrington a un armario en mi propia subasta y arreglar que lo liquidaran mientras la venta continuaba.

—Entonces, ¿crees que estaba allí voluntariamente?

Felicia se detuvo, con el azucarero en la mano.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, o sea, ¿crees que se metió allí por su cuenta? ¿Que nadie lo encerró contra su voluntad?

—Creo que es poco probable. El armario no estaba cerrado con llave; podría haber salido fácilmente si hubiera querido. Además, incluso si no hubiera podido, seguramente habría hecho algún ruido; golpeado las puertas, pedido ayuda, algo así.

—Quizá estaba demasiado asustado para hacerlo. —Cassie removió su café con energía, los ojos brillantes por las ideas que se le pasaban por la cabeza—. Quizá se escondía de alguien. O quizá estaba paralizado allí dentro. Alguien le inyectó algo antes de la subasta, y entonces…

—Algernon, ¿por qué no ayudas a tu padre a preparar el sofá para el abuelo esta noche? —interrumpió Felicia en voz alta, empujándolos fuera de la habitación. Cerrando la puerta tras ellos, le dirigió a Cassie una mirada desesperada—. ¡Cass! Lo último que necesita después de hoy es que le metan en la cabeza un montón de teorías conspirativas macabras. Probablemente ya está bastante traumatizado.

Para su disgusto, tanto Cassie como Peter empezaron a reír.

—¡Traumatizado y un cuerno! —resopló Peter—. ¿Te parece que el chico está traumatizado?

—Tiene doce años, Fliss —le recordó Cassie—. Probablemente piense que es lo más emocionante que le ha pasado nunca.

—Seguramente está deseando contárselo a todos sus amigos —dijo Peter con cariño—. Si no fuera por la emoción de tener a su padre aquí, estaría pegado al teléfono ahora mismo. Tendrías suerte si le sacaras una palabra en toda la noche.

Felicia se volvió hacia él.

—Sí, y ya que estamos con ese tema, ¿en qué estabas pensando? Estoy segura de que no quieres a Dexter aquí más que yo.

Peter soltó uno de sus típicos resoplidos.

—Puede que no sea su mayor admirador, no entiendo por qué no pudiste casarte con alguien más sensato, pero es el padre del chico, y no se han visto como es debido en semanas. Dale un respiro, cariño. Por el bien de Algie, todos tendremos que aguantarnos.

—Seguro que será interesante —comentó Cassie, alzando las cejas por encima del borde de su taza.

Y, por una vez, Felicia estuvo de acuerdo.

Capítulo 11

—Me preocupa Batty.

Felicia metió el último cuenco del postre en el lavavajillas y se enderezó con resignación. Sabía que su padre tenía algo en mente durante toda la cena. Había estado inusualmente callado, jugando con la comida en su plato —ambos actos muy poco característicos en él. Quizá si hubiera sido ella quien cocinara podría haberlo explicado mejor, pertenecía a la escuela de los que no saben ni hervir un huevo—, pero Dexter se había declarado al mando, para alivio de todos. Si había algo que realmente echaba de menos de su exmarido, era la comida, pensó Felicia ensimismada. Les había preparado una receta de pollo que había aprendido mientras grababa en España; horneado en una cazuela con arroz, chorizo y rodajas de naranja, casi había sido suficiente para hacerla replantearse su matrimonio.

Con esfuerzo, volvió su mente al asunto presente:

—¿Porque no estuvo en la subasta? Papá, es mayor. Probablemente solo lo olvidó.

—¿Desde anoche? —respondió Peter con desdén—. No está senil. Además, Batty nunca falta a una cita. Es como un reloj. —Negó con la cabeza—. Algo va mal, estoy seguro.

Felicia suspiró para sus adentros.

—No me queda más remedio que preguntar… ¿Por qué lo llamas Batty?

—Porque mató a alguien una vez —intervino Algernon desde la puerta.

Tanto Felicia como Peter se sobresaltaron sorprendidos.

—¿No estabas en tu habitación? —dijo Felicia, con cierto tono acusador.

¿Cómo se suponía que iba a proteger a su hijo de las conversaciones de adultos cuando insistía en andar sigilosamente por la casa?

Siguiendo la larga tradición de los hijos adolescentes, Algernon ignoró por completo la pregunta de su madre. En su lugar, repitió ansiosamente:

—Lo hizo, mató a alguien. El abuelo me lo contó todo.

Peter se removió incómodo en su silla mientras Felicia le lanzaba una mirada exasperada.

—¡Bueno, mira, el chico ya no es un niño! —farfulló Peter—. Tiene edad suficiente para oír algo que pasó hace mucho tiempo. Además —le recordó a Algernon con severidad—, nunca dije que realmente matara a nadie, solo que a algunas personas se les metió en la cabeza que él lo hizo. —Suspiró pesadamente—. La policía estaba convencida de que la institutriz simplemente tropezó y cayó por las escaleras; no sé cuándo empezaron los rumores. Batty era entonces un muchacho robusto de trece años; algunas personas empezaron a sugerir que nunca le había gustado la institutriz, que quería un tutor en su lugar, como otros chicos de su edad. Le parecía vergonzoso que lo educara una mujer. ¡Pero él iba a marcharse a Eton ese otoño! —Peter golpeó indignado el brazo del sillón con el puño—. Se habría ido en cuestión de meses. No habría tenido sentido… —Se reclinó en su silla con un crujido—. La gran ironía es que al final nunca se fue. Por enfermedad, aparentemente. Tuberculosis. Ha sido un inválido en esa casa desde entonces. —Negó con la cabeza—. No sé, todo ocurrió mucho antes de mi época; antes de la época de cualquiera de los presentes, me atrevería a decir. Fue mi padre quien me contó la historia. Por mi parte, no puedo creerlo. Batty siempre me pareció un buen tipo… —Se interrumpió, avergonzado—. Supongo que no debería llamarlo así. Batty… Fue el nombre que la gente de por aquí le puso después, y ya se quedó con él.

Felicia evocó al anciano en su mente. Habían pasado algunos años desde la última vez que lo había visto, pero lo que recordaba era un

caballero de voz suave, lleno de encanto cortés anticuado. Su padre tenía razón, era difícil imaginar a alguien menos amenazador.

Como respondiendo a sus pensamientos, Peter se agitó repentinamente, tomando una decisión.

—Creo que me acercaré allí, comprobaré que todo está bien. Es tan impropio del viejo faltar a su palabra.

—Papá, no. —Felicia puso una mano en el reposabrazos—. Mira, está oscuro, no estás acostumbrado a esta silla. ¿Por qué no lo compruebas por la mañana?

Su rostro rubicundo se endureció.

—No puedo, cariño. No podré descansar pensando en ello.

Felicia tenía suficiente experiencia tratando con su padre para saber cuándo no discutir. Cuando se obsesionaba con algo, no había forma de satisfacerlo hasta que se tomaran medidas. En lugar de eso, tomó sus zapatos, haciendo una mueca al meter sus doloridos pies en aquella pronunciada pendiente.

—Iré yo, entonces. ¿Qué te parece?

—De acuerdo. Pero te llevarás a ese marido tuyo contigo —exigió Peter con firmeza—. No voy a dejar que andes por ahí a estas horas con un asesino descontrolado suelto.

—Eso es un poco exagerado, ¿no crees, papá? —Se mordió la lengua antes de añadir «solo ha sido un asesinato» y, con algo de pánico, se preguntó cómo su perspectiva había cambiado tanto en unas pocas horas—. Pero llevaré a Dexter, si eso te hace más feliz.

Peter resopló.

—No precisamente… Es tan útil como un paraguas de papel, pero supongo que es mejor que nada.

Y con esa maravillosa declaración, Felicia fue a buscar a su acompañante.

—Es un poco tétrica, ¿no? —Dexter contempló con dudas la fachada en ruinas de Halliday House.

Felicia se cruzó de brazos y se estremeció por el aire frío de la noche.

—Llama a la puerta y acabemos con esto.

—No hay razón para ponerse tensa solo porque llevas los zapatos equivocados… —Dexter levantó la pesada aldaba con forma de cabeza de león y la dejó caer. El sonido resonó en el interior—. Es muy probable que ya esté en la cama; dudo que le haga mucha gracia que lo despertemos por una búsqueda inútil.

—Puedes ser tú quien se lo diga a mi padre cuando volvamos.

Dexter hizo una mueca.

—Creo que no. No le caigo bien ni en el mejor de los casos. —Le lanzó una mirada acusadora por encima del hombro—. Solo Dios sabe qué le contaste sobre el divorcio.

—No le conté nada —replicó ella—. Cualquier impresión que tenga de ti, te la has ganado tú solo. —Dio un paso atrás y estiró el cuello para mirar la casa, buscando señales de vida tras las ventanas cerradas y deterioradas. La calle conocida como Barn Hill era una empinada pendiente adoquinada bordeada de casas señoriales; serpenteaba alejándose de la intersección principal de la ciudad entre All Saint's Place y Red Lion Square, protegida de ambas por los antiguos muros de piedra de la iglesia que daba nombre a la plaza. Creaba un contraste peculiar; arriba todo permanecía en silencio, vacío, iluminado únicamente por finas líneas de luz amarilla que se filtraban a través de las juntas de las contraventanas de madera. Mientras que, justo abajo, se podían distinguir las luces rojas de los frenos de los coches, mezcladas con las risas de quienes salían de los *pubs*, envueltos en el cálido resplandor ámbar de las farolas victorianas. Dos mundos diferentes, a escasos metros uno del otro —. Y lamento decírtelo, pero nunca te tuvo mucho aprecio desde el principio. Siempre pensó que eras demasiado extravagante. Un *flâneur*.[3]

En realidad, «afeminado» era la palabra que su padre había usado, pero Felicia había decidido utilizar una versión más diplomática. No quería ser cruel.

Tal como estaban las cosas, probablemente se pasó de la raya en la dirección opuesta, porque Dexter pareció bastante halagado.

—¿Un *flâneur*? —repitió él, acariciándose la barbilla—. Nunca me había visto así… Pero sí, me encaja esa comparación. Después de todo, algunos de nuestros mejores artistas y pensadores…

—Sí, bueno… —lo cortó rápido Felicia, estirándose alrededor de él para golpear la puerta otra vez antes de que pudiera emocionarse demasiado con la idea—. No responde. ¿Crees que deberíamos intentar dar la vuelta por atrás? —Señaló el arco para carruajes, que se abría en el centro de la fachada de piedra—. Hay un camino ahí dentro. Debe de haber una puerta lateral en algún sitio. Puede que ni siquiera use esta parte delantera de la casa.

Dexter pareció sobresaltado.

—¿No pretenderás que entre ahí?

Ella alzó una ceja.

—¿Qué, el intrépido doctor Grant está demasiado asustado para entrar en una casa vieja? ¿Qué pensarían tus fans? Lo próximo será que descubran que te alojas en un hotel de lujo cuando estás grabando en lugar de acampar como les haces creer.

Él frunció el ceño.

—Te dije que es por los permisos…

—Umm… —Con una sonrisa, Felicia atravesó el arco antes de que pudiera seguir protestando—. Eso dices. En cada país que visitas, además. Sorprendente, ¿verdad?

—Sí, bueno… —murmuró, siguiéndola—. Este mundo moderno. La burocracia se ha vuelto loca.

Increíblemente, la parte trasera de la casa estaba en un estado aún más lamentable que el frontal. Una glicina asilvestrada, sin duda, alguna vez espléndida, colgaba tristemente sobre las ventanas sucias. Unos establos destartalados se alzaban en la parte trasera del patio, con las puertas pudriéndose en sus goznes. Más allá del muro posterior de la casa, se veía una terraza cubierta de maleza, junto con la suave pendiente de lo que prometían ser extensos jardines.

—Dios, esto sería un proyecto increíble —comentó Dexter, mirando a su alrededor maravillado, aparentemente olvidado todo temor—. Apuesto a que hay gente deseando poner sus manos en esto.

—Casi todos los promotores de la ciudad, me atrevería a decir —respondió Felicia con sequedad.

Y probablemente bastantes compradores individuales también. Las propiedades para reformar escaseaban en el centro, especialmente

en una calle como esa, donde todas las demás propiedades habían sido renovadas hasta el último detalle. Destacaba como una zarza entre rosas.

Aunque, pensó Felicia, mientras el cristal de la puerta lateral temblaba en su marco ante su tentativo golpe, decir que estaba para reformar era quedarse corto. Aquel lugar clamaba por una restauración a gran escala, cuyo coste seguramente alcanzaría varios millones. No era un desafío apto para miedosos, ni para quienes carecían de generosos fondos.

Más por impulso que por cualquier pensamiento racional, Felicia bajó el brazo y probó a girar el pomo. Con un clic, la puerta se abrió crujiendo. Miró por encima del hombro a Dexter, quien simplemente se encogió de hombros ante la pregunta en sus ojos.

—Bueno, hemos llegado hasta aquí.

Con no poca inquietud, Felicia cruzó suavemente el umbral, abriéndose paso por la alfombra raída. Los agujeros en la tela revelaban las losas de piedra de debajo, desgastadas y brillantes por siglos de pisadas.

El interior de la casa estaba silencioso, gélido. Felicia podía ver su aliento formando tenues nubes frente a su rostro. Miró alrededor, sus ojos adaptándose a la penumbra. Su primera impresión resultó correcta; lo que alguna vez había sido un aposento de servicio se empleaba ahora como una cocina improvisada, extrañamente abarrotada de antigüedades de valor incalculable. Obviamente, las habían bajado de los apartamentos superiores, donde habían sido diseñadas como opulentos elementos decorativos; ahora se usaban como cualquier otro mueble práctico. Era algo duro de contemplar para una subastadora, así que Felicia intentó no mirar. En su lugar, atravesó la estrecha entrada hacia lo que resultó ser un pasaje aún más angosto, estirando el cuello para ver la empinada escalera de servicio. Por un brevísimo momento, una imagen flotó ante sus ojos, sorprendentemente vívida en la penumbra. Una figura vestida de negro, desplomada en el suelo al pie de las escaleras, sumergida en un negro charco de faldas y sangre. Se estremeció, intentando apartar aquella imagen de su mente. Estaba siendo ridícula; allí no

había fantasmas, solo sombras, igual que en cualquier otra casa antigua.

—Si sigues moviéndote así de sigilosa, acabarás dándole un susto de muerte. —La voz de Dexter detrás de ella la hizo sobresaltarse—. Pensará que somos ladrones. Es mejor hacer algo de ruido, que sepa que estamos aquí. —Levantó una mano para hacer bocina y gritó—: ¡Señor Bunting! ¿Está aquí?

—¡Dexter! —Con los oídos todavía zumbando por los gritos, Felicia saltó hacia atrás con el ceño fruncido—. Le vas a provocar un infarto. —De repente, se le ocurrió algo—: ¿Y si está dormido? Quizá esto no fue tan buena idea, después de todo. Deberíamos irnos.

—Si lo estaba. Difícilmente va a seguir estándolo después de esto. —Dexter la agarró del brazo. Había un brillo travieso en sus ojos que la alarmó—. Vamos, ya sabes: sin riesgo, no hay recompensa. Ya que estamos aquí, podríamos terminar el trabajo. Además, me intriga ver un poco más de esta casa. Apuesto a que tiene algunas salas de recepción impresionantes.

—Creo que hay un techo de escayola original de Adam[4] en alguna parte —dijo Felicia a regañadientes.

—Y apuesto a que siempre has querido verlo —la provocó Dexter.

De hecho, así era, pero no iba a dejar que se emocionara.

—Esto no es uno de tus programas —siseó ella—. Técnicamente, estamos allanando una propiedad. Estamos aquí por una razón específica, no nos desviemos.

Pero si después, casualmente, se perdían a propósito de camino a la salida, pensó Felicia, bueno, sería comprensible, ¿no? Después de todo, era una casa grande, todo estaba oscuro. No parecía haber una sola luz encendida en todo el lugar. Para muchos, eso podría haber parecido extraño, incluso inquietante, pero una subastadora estaba acostumbraba a tratar con ancianos y sus excentricidades. El señor Bunting había vivido durante la guerra; los apagones y los cortes de energía se habían convertido en parte de su rutina. Algunos jamás abandonaron esas costumbres. Su abuela era igual. Deambulaba por la casa a oscuras por la noche, y nunca se le ocurría encender una luz. Era un milagro que nunca se hubiera caído por las escaleras.

De repente, se le ocurrió que el anciano podría estar herido, tirado en la oscuridad tras haber tropezado y caído. Movida por ese pensamiento, agarró el pasamanos y subió rápidamente las escaleras, llamando al anciano por su nombre mientras avanzaba.

La escalera terminaba en una puerta. Empujándola suavemente, Felicia asomó la cabeza, con los ojos muy abiertos. La luz de la luna se colaba por las altas ventanas de guillotina, proyectando un patrón plateado ajedrezado en la habitación. Las paredes estaban revestidas con paneles de color crema pálido, finamente moldeados con un friso de vides. Muy por encima de sus cabezas, una enorme lámpara de cristal brotaba del centro de un intrincado rosetón de escayola. El espacio central estaba dominado por una colosal cama con dosel, con pesadas cortinas de tapiz colgando sueltas. Definitivamente, ya no estaban en los aposentos de servicio.

—Una puerta oculta. —Dexter examinó la entrada que acababan de atravesar, cuyo frente estaba decorado para coincidir con la pared que lo rodeaba. La soltó y se cerró silenciosamente, fundiéndose a la perfección con el yeso. A menos que supieras dónde mirar, las juntas eran casi imposibles de ver—. Muy ingenioso.

—Dexter, mira. —Avanzando por la habitación, Felicia señaló la chimenea, cuyas brasas aún brillaban débilmente en la rejilla—. Alguien ha estado aquí hace poco.

—Bueno, ahora no está. —Dexter se acercó al sillón de respaldo alto, que daba al fuego—. Así que podríamos…

Sorprendida por la forma en que se interrumpió, Felicia se giró para verlo mirando fijamente el sillón, con los ojos muy abiertos por la conmoción. Su corazón dio un vuelco.

—¿Dexter? —llamó Felicia con un hilo de voz, sintiendo cómo el miedo se apoderaba de ella—. ¿Qué… qué pasa?

Él cogió una botella de detrás del brazo del sillón y la miró con reverencia.

—Es un Romanée-Conti. Nunca pensé que tendría la oportunidad de ver uno de estos.

Descorchó la botella, agarró una copa y, tras examinarla cuidadosamente por si tenía señales de uso, vertió un poco del líquido rojo oscuro.

—¡Dexter! —lo reprendió Felicia, sorprendida de lo temblorosa que sonaba su voz. No podía decidir si estaba más enfadada o aliviada—. No puedes servirte así, sin más.

—Al viejo no le importará —respondió Dexter con firmeza, sosteniendo la copa contra la luz para que el líquido en su interior destellara como las brasas en la chimenea tras él—. Los amantes del vino son gente generosa. —Le lanzó una mirada burlona—. ¿Por qué te has puesto tan nerviosa de repente? ¿Pensaste que había encontrado otro cadáver?

—Muy gracioso… —Felicia cruzó los brazos, sin querer admitir que, en realidad, una pequeña parte de ella había estado pensando exactamente eso—. ¿Podemos irnos de aquí, por favor? Está claro que no está en casa. Debe de haber salido a dar un paseo o algo así.

Dexter miró con cierta nostalgia la copa medio llena en su mano, pero la dejó.

—Está bien. Hemos cumplido con nuestro deber. Vamos… ¿Felicia?

Ella estaba de pie, inmóvil, iluminada por la luz de la luna. Su piel plateada la hacía parecer una estatua inquietante.

—Dexter —susurró ella—. Mira.

Él siguió la dirección de su mirada, hacia donde, emergiendo entre los pliegues de las cortinas de la cama, era visible la pálida forma de una mano, con los dedos extendidos, la palma hacia el techo.

Armándose de valor, Dexter dio un paso adelante y apartó la pesada cortina.

—Maldita sea —murmuró él—. Otra vez lo mismo.

[3] Término francés que describe a un paseante contemplativo, generalmente asociado con la vida urbana del siglo XIX, que observa y reflexiona sobre la sociedad mientras recorre la ciudad.

[4] Se refiere a Robert Adam (1728–1792), un arquitecto escocés del neoclasicismo que destacó por sus intrincadas decoraciones en escayola para techos. Inspirados en la antigüedad clásica, sus diseños incluían delicados relieves con motivos florales, geométricos y figuras mitológicas, creando espacios armoniosos y de gran elegancia.

Capítulo 12

—Escúchenme bien. No quiero más retrasos ni excusas. Quiero respuestas, y las quiero ahora mismo.

Aunque era más bajo que ellos, el sargento Pettifer conseguía, de alguna forma, dar la impresión de cernirse sobre ella y Dexter, pensó Felicia con un leve estremecimiento. Tal vez era la intensidad de su ira, palpable y casi tangible, lo que generaba esa sensación.

Ya no quedaba rastro de la figura apacible, incluso algo cómica, de antes. En su lugar, se alzaba una amenazante visión de la ley. Incluso Dexter, siempre despreocupado ante la autoridad, parecía temeroso de cometer algún error.

Estaban en los jardines de la parte trasera de la casa. El césped —tan amplio como había imaginado— estaba bañado por la luz de la luna, que lucía como un puño cerrado y frío en el cielo, tan brillante que ocultaba las estrellas. La escena entera se mostraba en tonos grises; se filtraba a través de los pétalos de los cerezos en flor, despojándolos de todo color. Felicia reprimió un escalofrío, preguntándose si se atrevería a preguntar la hora. Parecía que ya era medianoche.

Como si fuera una señal, las campanas de All Saints empezaron a dar las doce.

—La hora de las brujas —murmuró ella.

El sargento Pettifer le lanzó una mirada fulminante.

—¿Qué ha dicho?

—Nada importante —respondió Felicia, regresando de sus pensamientos.

—¿Nada…? —Pettifer se contuvo, parecía a punto de estallar. Dexter retrocedió imperceptiblemente—. ¿Es que no hay nada importante para ustedes dos? ¿Se dedican a pasear y encontrar dos cadáveres en una tarde y eso es… qué, una… nimiedad? ¿Todo en un día de trabajo?

Su diatriba terminó en una especie de chillido. Hubo una breve pausa.

—No creo que eso sea del todo justo, sargento —protestó Dexter con cautela—. Como le hemos explicado, fue una total coincidencia. Desde luego, no vinimos aquí esperando encontrar un cadáver.

—¿Y qué esperaban encontrar?

—¿Sinceramente? A un anciano malhumorado y perturbado preguntándose por qué lo molestábamos a las nueve de la noche.

—Entonces, ¿no pensaron que hubiera nada raro?

—No, no lo pensamos —intervino Felicia, algo irritada—. Solo estábamos complaciendo a mi padre, eso es todo. Por lo general, es más fácil que discutir con él.

Pettifer reflexionó que probablemente tenía razón. Peter Grant no era un hombre con quien enfrentarse. Carraspeó.

—De acuerdo. Entonces, refrésquenme la memoria, ¿cómo dicen que entraron?

—La puerta trasera estaba sin llave.

Nada extraño, reconoció Pettifer. Stamford era el tipo de lugar donde algunas personas todavía no se molestaban en cerrar sus puertas, incluso en estos tiempos. Y no solo los residentes mayores. La agente Winters siempre se quejaba de que sus dos compañeras de piso en St Leonard’s Street hacían lo mismo, y ambas tenían veintitantos años.

—Para ser honesta, estuvimos a punto de no entrar —admitió Felicia—. Lo crea o no, me preocupaba que pudiéramos matarlo del susto. —Esbozó una sonrisa irónica.

—Bueno, fue una suerte que lo hicieran —concedió Pettifer con brusquedad.

¿Quién sabe cuánto tiempo podría haber estado allí el anciano si no? Según todos los informes, nadie entraba nunca en la casa. Tal como estaban las cosas, lo habían encontrado solo unas horas

después de ser asesinado. Era un golpe de suerte, realmente, desde el punto de vista policial; así, todavía tenían la posibilidad de obtener evidencias forenses de la escena. En realidad, debería estarles agradecido; en cambio, solo sentía una profunda irritación irracional.

—Supongo que fue… —Parecía reacia a formular la pregunta—. ¿La misma arma que antes?

Pettifer asintió.

—Eso parece. Es poco probable que haya dos de lo que sea que fuere.

Lo que significaba que alguien había logrado sacarla de la subasta de alguna manera. Y ahora vagaba por Stamford con ella. Pettifer intentó no detenerse en la imagen del cuerpo de arriba, pero parecía estar grabada tras sus párpados. Tendido de espaldas sobre la cama, la misma mirada vidriosa y desorbitada, los labios entreabiertos en un último suspiro. La única diferencia era el ángulo del ataque; esa vez, el arma había entrado por el frente, clavándose entre las costillas. Rápido, de forma despiadada, sin vacilación. Le decía algo más sobre el asesino. Porque aquello no era lo mismo que acercarse sigilosamente a un armario y clavar un arma a través de la madera. Había sido cara a cara, mirando a la víctima directamente a los ojos. Incluso Pettifer, siendo un policía experimentado, se sintió estremecido por ese pensamiento.

—Su hijo me ha dicho que su tasador, Hugo Dappleton, la dejó plantada antes —dijo el sargento, intentando centrar su atención en la entrevista.

—¿Ha hablado con Algernon?

—Él habló conmigo.

A Felicia no pareció importarle demasiado, ya que se encogió de hombros.

—Bueno, sí, así ocurrió. Fue un momento algo delicado.

—¿Le preocupó?

—En ese momento me irritó más que otra cosa. Pero ahora que lo menciona, no era propio de él. Suele ser muy concienzudo. Sé que mi padre confía en él, aunque no lo admita.

—¿No tiene idea de por qué lo hizo?

—Para ser sincera, estaba demasiado ocupada en ese momento como para pensar mucho en ello, y no puedo decir que me haya preocupado desde entonces. Han pasado algunas otras cosas, por si no se había dado cuenta.

Un tono gélido y exasperado se había colado en su voz, que Pettifer ignoró. Lo entendía perfectamente: era tarde, hacía frío y acababa de encontrar su segundo cadáver del día. Pero no podía permitirse sentir compasión.

—¿Notó algo más fuera de lo común? Cualquier cosa.

—¿Son realmente necesarias estas preguntas ahora? —intervino Dexter—. Mire, sargento, entiendo que tiene un trabajo que hacer, pero es tarde, hace frío y los cadáveres parecen saltar por todas partes. Le hemos dado nuestra declaración por esta noche. ¿No podríamos hacer esto en otro momento?

—No, no podemos —espetó Pettifer, perdiendo la compostura—. No me apetece estar aquí fuera más que a usted, señor Grant, pero como ha señalado con tanta perspicacia, ha habido dos asesinatos en doce horas. Decir que las cosas están escalando a un ritmo alarmante sería quedarse corto, ¿no cree? —Sin esperar respuesta, continuó, consciente de que su voz se alzaba con rabia a cada palabra, pero sin que le importara demasiado—: Aunque ustedes no estén implicados, lo que parece cada vez más improbable, desde luego están en el centro de los acontecimientos. No hay nada que me impida llevarlos a los dos a comisaría y encerrarlos el resto de la noche hasta que esté satisfecho con sus respuestas… Nada, salvo mi buena disposición, que pende de un hilo. Así que les sugiero —su voz era ya un rugido— que me cuenten todo lo que saben ahora mismo. Empezando, señor Grant, por lo que hacía en la subasta esta tarde. Y basta de evasivas. Quiero la verdad, o si no…

—Bueno, no es algo de lo que pueda hablar —dijo Dexter con altivez—. Mis productores…

Pettifer hizo ademán de tomar las esposas.

—Está bien, está bien, no hace falta llegar a eso —se apresuró a decir Dexter, retrocediendo tras Felicia. Se metió las manos en los bolsillos y se balanceó sobre los talones. Miró a Pettifer con aire

evaluador—. ¿Cuánto sabe sobre la historia de este pueblo, sargento?

—No mucho —confesó Pettifer sin avergonzarse—. No he tenido tiempo de hacer turismo desde mi traslado.

—Pues hay mucha. Unos mil años, para ser exactos. Aunque ahora parezca un remanso rural, no siempre ha sido así. En el siglo XIV, era una de las diez ciudades más grandes de Inglaterra. También era un importante centro religioso —afirmó, señalando hacia la torre de All Saints, que asomaba sobre el tejado de pizarra —. De ahí que haya todas estas iglesias medievales desperdigadas por el centro, algunas a escasos metros una de otra.

Pettifer se limitó a arquear una ceja, el único gesto que sugería un atisbo de interés.

—¿A dónde quiere llegar con eso, señor Grant?

—Lo que quiero decir es que hablamos mucho sobre el declive de Stamford después del periodo georgiano, pero no fue el primer gran auge y caída que ha vivido este lugar. Después de la ruptura con Roma bajo Enrique VIII, la ciudad sufrió mucho. Había muchos católicos aquí, y no se fueron. Simplemente pasaron a la clandestinidad.

Hizo una pausa dramática. Felicia chasqueó la lengua con fastidio. Pettifer se rascó detrás de la oreja. Algo decepcionado con su público, Dexter continuó de todos modos:

—Avancemos hasta la guerra civil. Las lealtades estaban divididas, la ciudad quedó partida en dos. Carlos I sabía que estaba perdiendo, así que huyó de Oxford disfrazado de sirviente, luego de clérigo, con la intención de entregarse al ejército escocés en Newark. Pensó que serían más razonables que los parlamentarios ingleses, y habían acordado de antemano que, si se entregaba a ellos, lo protegerían. Cruzó el centro del país, alojándose en varias casas secretas por el camino. Cada noche en una, y luego se marchaba. ¿Dónde cree que se alojó en su última noche como hombre libre? —Abrió los brazos con una sonrisa—. Aquí mismo, en Stamford. De hecho, según los rumores, justo aquí, en Barn Hill.

Pettifer miró a su alrededor con escepticismo.

—Sé que a veces es difícil imaginar que algo existiera aquí antes de la época georgiana —dijo Dexter en voz baja—. Pero esta ha sido una calle desde tiempos medievales. Aquí vivía gente. Quizá ya no se puedan ver sus casas, pero siguen existiendo. Algunas convertidas en escombros que luego se usaron para construir lo que hay hoy. —Dio unas palmadas a la piedra toscamente labrada del muro. Como en muchas casas de Stamford, la fachada estaba revestida, pulida hasta lograr la superficie más lisa posible, con las juntas entre los ladrillos prácticamente invisibles para crear la ilusión de una lámina continua de roca color miel. Pero en la parte trasera, donde era menos probable que se viera, el acabado era más tosco y las marcas del cincel eran visibles—. Otras simplemente fueron engullidas en la construcción, perfectamente encajadas dentro de la nueva fachada. Hasta que no estás dentro, no te das cuenta de que la casa antigua sigue ahí.

Felicia se volvió hacia él con los ojos muy abiertos.

—La… la sala por donde entramos —titubeó por la emoción.

—Exacto. El frente de la casa, donde encontramos el cadáver, es de construcción georgiana. Pero la parte trasera, esas viejas dependencias del servicio…, esa es otra historia.

—Por supuesto, debería haberlo visto yo misma —respondió ella, con la voz cargada de entusiasmo—. ¿De verdad crees que podría ser esto?

Una ligera escarcha se estaba formando sobre el césped. Pettifer fue repentina e incómodamente consciente de que la humedad helada le empapaba los zapatos.

—Todo muy interesante, seguro, señor Grant, pero desde mi punto de vista, solo hay una cosa que importa, y es qué tiene que ver todo esto con un armario a la venta en una casa de subastas de provincias. Tendrá que perdonar mi lentitud, pero no acabo de verlo.

Dexter lo miró durante un largo momento.

—Probablemente sea más fácil si se lo muestro.

La casa de subastas estaba envuelta en sombras y siniestramente silenciosa. Gruesas franjas de luz lunar caían sobre el suelo, y las

altas ventanas brillaban cubiertas de escarcha. La puerta se cerró tras ellos con un golpe que reverberó por el espacio como un lamento interminable. Felicia se sobresaltó y, al ver que Dexter la miraba, siguió avanzando rápidamente.

Había estado allí de noche más veces de las que podía contar, a menudo sola. Siempre resultaba algo extraño un lugar así después del horario de trabajo. Estaba diseñado para eventos, para el bullicio, y había algo desolador, algo que no encajaba, cuando estaba vacío, como un teatro entre funciones.

Pero nunca antes le había resultado amenazante. El asesinato parecía haber cambiado algo, afectando a la atmósfera misma del lugar. Solo podía esperar que no fuera un cambio permanente.

Tuvo que armarse de valor al acercarse a las puertas batientes que conducían a la sala de subastas. Podía sentir una resistencia, casi física, que la empujaba hacia atrás, advirtiéndole que no entrara allí. Pero la ignoró, obligándose a mantener la posición mientras el sargento Pettifer abría las puertas y se agachaba bajo la cinta policial, sosteniéndola para ella.

Tomó aire y entró.

Lo peor era que todo parecía tan normal. El estrado, las sillas dispuestas en filas, los muebles aún amontonados a los lados de la sala. De no ser por los marcadores forenses todavía desperdigados y la mancha oscura en el suelo, apenas visible bajo la luz de la luna, sería como si nada hubiera ocurrido. Como si el tiempo hubiera retrocedido y fuera la noche anterior a la subasta. Todo dispuesto, todo esperando. Algernon y ella estarían aún en Londres. Dexter estaría…, bueno, donde fuera que estuviera Dexter, y nada de eso habría sucedido todavía. Aquel día infernal estaría aún por escribirse. Quizá no ocurriría así. Quizá se desarrollaría de forma completamente diferente. Un pequeño cambio, un momento perdido, y el efecto mariposa se expandiría. Su padre mirando hacia abajo en las escaleras, viendo al gato justo a tiempo. Entonces habría dirigido la subasta como siempre; habría estado allí antes que ella. Quizá habría ido al armario, lo habría abierto, habría mirado dentro, curioso por la misteriosa adición tardía del excéntrico viejo

amigo de su padre. Quizá habría encontrado a Barrington allí, o habría evitado que acabara allí. Quizá lo habría salvado.

O quizá todo habría sido igual. La verdad era que nunca lo sabría, y no había vuelta atrás, no se podía rebobinar el tiempo. El armario en cuestión se abría en la esquina, fundiéndose con las sombras, casi desafiándolos a acercarse.

Dexter no parecía compartir sus reparos. Sacó una linterna del bolsillo y la encendió. Un rayo azul atravesó la oscuridad.

—Luz ultravioleta —comentó Pettifer.

Aunque lo dijo como una observación, Dexter claramente oyó la pregunta implícita, porque respondió:

—Es útil para ver detalles en objetos oscuros.

—Las usamos para pinturas donde la suciedad y el barniz han ocultado partes de la imagen —añadió Felicia—. Se sorprendería de lo que puede perderse ahí debajo.

—Algunas cosas están destinadas a perderse, eso sí. —Dexter dirigió el haz de luz hacia el interior del armario—. Al menos, para quienes no saben dónde mirar.

Felicia y Pettifer se estiraron para ver. Allí, recorriendo la junta superior, había una línea de texto tallado, iluminado por una luz azul fantasmal.

—«Dieu et *mon droit*» —leyó Felicia.

Pettifer frunció el ceño.

—¿No es ese el lema real?

Dexter asintió.

—Se traduce como «Dios y mi derecho». Se refiere a la idea de que el soberano de un país es puesto al mando por Dios y, por tanto, solo responde ante Él… o Ella —añadió, algo nervioso, ante las cejas arqueadas de Felicia.

—El derecho divino de los reyes —dijo Pettifer. Cuando lo miraron sorprendidos, añadió—: ¿Qué? Presté atención a alguna que otra clase de Historia en el instituto. Sé lo que significa. Y también sé que fue lo que causó todos los problemas entre Carlos I y el Parlamento.

—Sin ánimo de interrumpir tu *mansplaining*, Dexter, pero ese lema fue, supuestamente, acuñado por Guillermo el Conquistador —

señaló Felicia con dulzura—. Lo han utilizado todos los monarcas durante más de mil años. No es exclusivo de Carlos I.

Dexter le lanzó una mirada fulminante. Pettifer miró al techo.

—Por esto no me casé con una compañera policía —murmuró el sargento.

—Soy muy consciente de eso —dijo Dexter con tono seco—. Pero no había terminado. ¿Puedo continuar?

—Por supuesto —respondió ella con un gesto despreocupado. Luego, inclinándose hacia Pettifer, dijo en tono conspiratorio—: Hay que ponerlo en su sitio de vez en cuando. Se le sube a la cabeza, con todas esas mujeres pendientes de cada palabra suya.

Pettifer reprimió una sonrisa. Dexter pareció a punto de decir algo, pero apretó los labios y movió la luz de la linterna a lo largo de la línea de texto.

—Como decía, aunque no es exclusivo de Carlos I… —le dirigió una mirada penetrante a Felicia—, fue particularmente pertinente en su caso. Era el asunto sobre el que giraba toda la Guerra Civil. Y está esto. —La linterna iluminó la N mayúscula de la palabra *mon*.

Pettifer entrecerró los ojos.

—¿Está… al revés?

—Lo está. —Dexter bajó de manera distraída la linterna mientras hablaba, revelando una mancha violácea en el suelo del armario.

Felicia tragó saliva ante el desagradable recordatorio de lo que había sucedido allí hacía apenas doce horas. Recordó haber leído una vez que la luz ultravioleta podía mostrar manchas de sangre años después de haber sido limpiadas, mucho después de que dejaran de ser visibles a simple vista. Incluso con el cuerpo retirado, incluso cuando la habitación volviera a la normalidad, ese armario conservaría para siempre la mancha del asesinato. Era una idea escalofriante en la que no le apetecía detenerse.

En su lugar, se obligó a concentrarse en lo que Dexter seguía contando:

—Podría ser un error, por supuesto. Es poco probable, pero en un apuro podría ser una explicación aceptable…, si no fuera porque no es la única. Hay un escudo en York que tiene exactamente la misma característica. —Mostró una fotografía en su teléfono, girando la

pantalla hacia ellos—. Aquí se ve. En un edificio público. No hay forma de que fuera un error. Alguien lo hizo deliberadamente. Significa algo.

Felicia notó con cierta diversión que Pettifer se inclinaba hacia delante, pendiente de cada palabra. Luego se dio cuenta de que ella estaba haciendo lo mismo y se sacudió irritada. Odiaba admitirlo, pero Dexter era bueno en eso. Era capaz de hilar una historia atrapándote en ella sin que te dieras cuenta.

—¿Qué? —exigió Pettifer—. ¿Qué significa?

Dexter se encogió de hombros, guardando el teléfono en el bolsillo.

—Ni idea.

Fue como si estallara una burbuja. El rostro de Pettifer se descompuso en señal de desaprobación.

—¿No lo sabe? Pero… debería saberlo.

Parecía un niño que acababa de descubrir que el Ratoncito Pérez no existía. Felicia casi esperaba que diera una patada en el suelo.

—No tenemos todas las respuestas, sargento —dijo Dexter—. La historia es como el cosmos; es una extensión enorme y oscura, incognoscible e inexplorada. Ocasionalmente, descubrimos una pequeña pieza, pero es solo eso. Una diminuta pieza; un fragmento, si lo prefiere. El resto sigue en las sombras, y quizá siempre lo esté.

Pettifer se quedó abatido, en silencio. Felicia decidió que era hora de ir al meollo del asunto. Habían bailado alrededor lo suficiente.

—Entonces, ¿qué es? —Se puso las manos en las caderas—. Vamos, suéltalo. ¿Cuál es el gran premio?

—¿Perdón? —Dexter podía fingir inocencia muy bien cuando quería. Podía engañar a mucha gente, pero no a alguien que había estado casada con él durante diez años.

Felicia le lanzó una mirada poco impresionada.

—Oh, déjalo ya. Estabas aquí con tu cámara, Dexter. Esto es para tu programa —habló muy lenta y deliberadamente, su voz destilando desdén—. Tu programa, por si lo has olvidado, se llama *El buscador de tesoros*. A tus espectadores no les va a impresionar un viejo armario con algunos grabados dentro. —Entonces, su rostro mudó

cuando la verdad se aclaró en su mente—. Oh, espera. Ahora lo veo. Pero no…, no puedes hablar en serio.

—¿Y por qué no? —contestó Dexter a la defensiva—. Carlos I era conocido por colmar de regalos a la gente que lo ayudaba. Lo hacía todo el tiempo.

—¿Así que crees que iba arrastrando un enorme armario lleno de tesoros mientras huía por su vida? —El tono de Felicia era mordaz—. Eso es descabellado incluso para ti, Dexter.

—Creo que no es descabellado imaginar un escenario donde, algunas semanas después de su estancia aquí, entregaran un armario a la casa —dijo Dexter obstinadamente—. Y si ese armario estuviera lleno de tesoros invaluables…, bueno, ¿quién podría saberlo desde fuera?

—Hay solo un problema bastante grande. —Felicia dio unas palmadas al armario—. Este es de la época jacobina, Dexter. Es de una generación anterior a Carlos I.

—¡Exacto! —Dexter parecía sentirse triunfante—. ¿Qué podría llamar menos la atención que un armario pasado de moda? Es bastante ingenioso, en realidad. Habrían sabido que sus simpatizantes seguían bajo vigilancia.

—Bueno, ahora no hay ningún tesoro. —Pettifer, que empezaba a sentirse bastante perdido con todo eso, se sintió obligado a señalar lo obvio.

—No, pero si esto pertenece a la casa, y la casa sigue ahí…

—Dexter, fue hace cuatrocientos años —intervino Felicia con tono suave—. ¿Qué probabilidades hay de que este armario perteneciera originalmente a esa casa?

—Bastante altas. Sabes tan bien como yo cómo son las viejas familias inglesas. Guardan sus tesoros cerca. —La frustración tiñó su tono—. ¿Qué te ha pasado, Fliss? Antes te habrías metido en esto conmigo de cabeza.

Tenía razón; lo habría hecho. El pensamiento le tocó la fibra sensible, golpeándola con una añoranza que por un momento le cortó la respiración. Su mano en la de él, atrapados en el misterio, el entusiasmo magnético, todo aquel romanticismo. No habría importado lo que encontraran; no habría importado si podían probar

que tenían razón. Era la aventura lo que importaba entonces. Pero ahora…

—Las cosas han cambiado —respondió Felicia sin emoción—. He madurado. Ya no voy a la caza de tesoros.

—No creo que hayas cambiado tanto —dijo él suavemente, acercándose. Sus ojos no tenían color bajo aquella luz, pero ella los conocía bien. Un azul cobalto profundo, como las partes más profundas del océano vistas desde arriba. Difíciles de esquivar, incluso ahora. Incluso después de todo—. Será divertido. —Su voz era persuasiva—. Solo necesitamos los viejos documentos relacionados con la casa. Inventarios, libros de cuentas…

—No. —La voz de Pettifer resonó con firmeza, sobresaltándolos a ambos—. Todo eso está muy bien, señor Grant, pero no puedo permitirme dejarme llevar por fantasías. Se trata de una investigación de asesinato real y actual. Una que me está exigiendo más de lo que esperaba para poder resolverla.

Dexter se quedó con la boca abierta. «No» era una palabra que no solía oír muy a menudo.

—Pero…

—Nada de peros. Si quiere ver los documentos, tendrá que tratarlo con la propiedad…, después de que termine mi investigación. Mientras tanto, necesito que ustedes dos se vayan a casa y se mantengan alejados de problemas. ¿Me entienden?

Dexter parecía a punto de protestar, pero Felicia le dio un codazo en el costado. Sabía cuándo Pettifer hablaba en serio. Mejor retirarse. De momento.

—Encantados. Dexter y yo hemos tenido suficiente de asesinatos, ¿verdad, Dexter?

Le lanzó una mirada significativa, y ya lo arrastraba hacia la puerta cuando la voz de Pettifer los detuvo a ambos.

—Ah, señor Grant…

Dexter se volvió.

—Solo por curiosidad… —Pettifer miraba fijamente el armario, con el ceño fruncido—. Dijo que Carlos I pasó aquí su última noche como hombre libre. ¿Qué pasó después?

—Llegó a Newark y se entregó al ejército escocés según lo planeado —contestó Dexter sin emoción—. Pensó que lo protegerían; en su lugar, lo usaron como moneda de cambio. No lo ejecutaron hasta tres años más tarde, pero después de eso, solo era cuestión de tiempo. —Ladeó la cabeza con ironía—. La historia es terrible, sargento.

Pettifer asintió para sí.

—También lo es el asesinato, señor Grant, da igual en qué momento ocurra. —Con una pesada sensación de presagio, cerró la puerta de la tumba de madera donde un hombre, atrapado e indefenso, había encontrado su sangriento final—. Me parece que no ha cambiado mucho.

Capítulo 13

El teléfono volvió a sonar, sobresaltándola de nuevo.

Felicia gimió, se cubrió los oídos e intentó concentrarse en las cifras impresas en la página que tenía delante.

—Será el *Herald* otra vez. —Hugo apareció en lo alto de las escaleras, sonrojado e inusualmente desaliñado. Tenía el pelo erizado en mechones como si se hubiera pasado los dedos repetidamente por él, y su corbata (estampada con una colorida variedad de peces tropicales) estaba torcida—. Les dije que no querías hacer ningún comentario, pero parece que no aceptan esa respuesta. Están empeñados en hablar contigo personalmente.

Felicia había ido a la oficina esa mañana esperando encontrar un poco de paz y tranquilidad para adelantar la facturación de la subasta del día anterior. Normalmente no se haría con tanta premura, pero como ella y Algernon se marcharían a Londres tan pronto como el sargento Pettifer les diera el visto bueno, sentía que era lo justo hacer lo que pudiera por su padre mientras estuviera allí. O, al menos, esa era la razón oficial, admitió inquieta. La excusa que se repetía a sí misma.

—Gracias. —Después añadió—: ¿Sabes?, es domingo, no tienes por qué estar aquí. Ninguno de vosotros.

Al llegar esa mañana, se había encontrado a Hugo, Betsy y Amelia en la puerta, todos visiblemente agotados, pero tratando de no mostrarlo tras rostros alegres y decididos. Hasta el momento, no había encontrado el valor para decirles que se fueran.

—Lo sé. —Hugo jugueteó con su corbata dubitativamente—. Pero…, bueno, el sargento Pettifer dijo que podíamos estar aquí, ya

que la oficina técnicamente no es parte de la escena del crimen; solo lo es la sala de subastas. Y queríamos ayudar. Parecía lo correcto venir.

Felicia lo entendía perfectamente. Sospechaba, de hecho, que en realidad era porque se sentían como ella: impotentes, asustados y desesperados por sentir que hacían algo normal. Así que no dijo nada, solo asintió.

El teléfono se detuvo. Tanto Felicia como Hugo suspiraron aliviados.

Y volvió a sonar. Luego, la otra línea también comenzó a hacerlo, creando una mezcla desacompasada y molesta.

—¡Esto es imposible! —gritó Felicia por encima del estruendo—. Nunca conseguiremos hacer nada así. Probablemente sea mejor que nos vayamos todos a casa.

Se oyó el timbre de la puerta abajo. Uno de los teléfonos dejó de sonar, para ser reemplazado por el murmullo grave de una voz masculina.

—¿Felicia? —La cabeza de Dexter apareció en lo alto de las escaleras—. Es el *Stamford Bugle*. Quieren saber si te gustaría dar una…

—¡Que no, maldita sea! —gritaron Felicia y Hugo al unísono. Dexter arqueó las cejas.

—¿Queréis que comunique eso literalmente, o debería parafrasearlo en algo más cordial? —preguntó con sequedad.

Ella lo despidió con un gesto irritado, volviéndose hacia Hugo.

—Esto es un desastre. No tengo ni idea de cómo se han enterado de lo ocurrido tan rápido.

—Tienen sus métodos —contestó Hugo—. Y no se les puede culpar por estar interesados. ¿Una subastadora de provincias que encuentra dos cadáveres el mismo día en un pintoresco pueblo inglés? Y no cualquier subastadora, sino una que ha estado casada con Dexter Grant, el buscador de tesoros. Es oro puro para ellos.

—Hablando de Dexter Grant, el buscador de tesoros… —dijo Felicia con sarcasmo—. No seguirá al teléfono, ¿verdad? Le dije que se deshiciera de cualquier periodista lo más rápido posible.

—Si es esa editora de *The Bugle*, entonces lo compadezco. —Hugo se estremeció—. He tratado con ella antes. Es una vieja arpía.

Desde abajo les llegó el sonido de una risa.

—A mí no me parece que esté sufriendo… —opinó Felicia, fingiendo examinar las facturas de nuevo.

Hubo una pausa. Hugo tragó saliva nerviosamente.

Dexter subió las escaleras de un salto, lanzando el teléfono sobre una pila tambaleante de archivadores, desde donde se resbaló hasta caer directamente en la papelera.

—Una dama bastante encantadora —declaró, acomodándose en la silla más cercana y apoyando sus botas sobre el escritorio. Todavía llevaba, para vergüenza de Felicia, su disfraz de *El buscador de tesoros*, ya que su equipaje había sido enviado directamente a Londres desde el aeropuerto—. Tiene catorce cobayas. Me ha invitado a cenar y a un espectáculo.

—No tengo duda de que lo ha hecho —murmuró Felicia.

—Ahora que lo pienso, no estoy seguro de que sus motivos fueran solo para obtener información. —Dexter frunció el ceño—. Debería haberle preguntado qué tipo de espectáculo era. —Entonces, se encogió de hombros, tratando de contener un bostezo.

—Me alegra ver que te esfuerzas tanto —dijo Felicia con acidez.

—Por si lo has olvidado, querida, hemos estado despiertos la mitad de la noche por culpa de una infernal combinación de cadáveres y tu policía mascota. No debería extrañarte que esté cansado. —Se echó hacia atrás en el asiento, inclinando el sombrero sobre los ojos—. Quizá me eche una siestecita antes de que vuelva para aterrorizarnos con más preguntas.

—Su siesta tendrá que esperar, señor Grant. —Una voz atronadora surgió de la escalera—. Su policía mascota ya está aquí.

—¿Cómo lo hace? —Dexter se incorporó, molesto.

—Un sexto sentido policial, señor Grant —afirmó Pettifer amenazadoramente, apareciendo en lo alto de las escaleras. Su cuerpo robusto llenaba el marco de la puerta—. Pero puede relajarse, al menos por ahora. No he venido por usted. —Señaló con un dedo rechoncho a Hugo—. Es al señor Dappleton a quien he

venido a ver. Fui a su casa, pero sus padres me dijeron que estaba aquí. —Arqueó las cejas—. ¿Suele trabajar los domingos?

—No, a menos que haya habido un asesinato. —Hugo sonrió, pero su humor fue poco convincente. Felicia notó que se había cruzado de brazos, con los dedos blancos de tanto clavárselos en las mangas —. Solo quería… queríamos —se corrigió al ver a Betsy subiendo apresuradamente las escaleras con los brazos llenos de bastones— estar aquí para ayudar a Felicia. Para hacer lo que podamos.

Pettifer miró a Betsy con incredulidad.

—Tiene un personal muy comprometido con el negocio, señorita Grant.

—Felicia siempre ha sido leal con nosotros —aseguró Betsy con firmeza—. Y Peter. Intentamos corresponder cuando tenemos ocasión de hacerlo.

—¿Entiendo que está usted a cargo de la sala de subastas? —preguntó Pettifer.

—Es principalmente mi dominio, sí. —Betsy depositó los bastones en un paragüero, sacudiéndose el polvo de la rebeca de angora—. Todo lo de la subasta pasa por mí, si se refiere a eso. Felicia nos ha contado que fue la misma arma que se usó anoche.

—¿Ah, sí? —Pettifer lanzó a Felicia una mirada reprobatoria. Ella le sostuvo la mirada sin arrepentimiento—. Entonces sabrán que, sea lo que sea, ya no estará aquí, si es que alguna vez salió de este lugar. El asesino podría haberla traído consigo.

—¿Cree que fue premeditado? —intervino Felicia bruscamente.

—Para ser sincero, señorita Grant, no tengo ni idea. Por eso es tan importante establecer qué, si es que falta algo, podría haber desaparecido de la sala de subastas. Si podemos averiguar con certeza si el arma procedía o no de aquí, arrojará mucha luz sobre la naturaleza del asesinato, lo que a su vez nos guiará sobre muchos otros factores. El motivo, por ejemplo.

—Apuesto a que tiene bastantes de esos —murmuró Hugo entre dientes. Luego, cuando Pettifer lo miró inquisitivamente, se sonrojó —. Quiero decir, todo el mundo sabe que no era un buen hombre. Eso es lo que quería decir…

—Está bien, Hugo —trató de tranquilizarlo Felicia—. El sargento Pettifer no va a llevarte esposado por decir lo obvio. ¿Verdad?

—Por supuesto que no —contestó Pettifer, irritado. No le gustaba que lo presentaran como el villano—. Pero necesito hacerle algunas preguntas sobre lo ocurrido ayer. ¿Hay algún lugar privado donde podamos hablar?

Hugo alzó la barbilla.

—No tengo nada que ocultar, sargento. Puede preguntarme lo que quiera aquí mismo.

Pettifer suspiró internamente. Siempre acababan arrepintiéndose de decir eso. Pero no era su trabajo mimar al muchacho.

—Ha salido a la luz nueva información. Un testigo lo vio abandonar el estrado apresuradamente durante la subasta y dirigirse hacia el fondo de la sala, donde estaba el armario. ¿Puede explicarme qué estaba haciendo?

Una chispa de desconfianza se encendió en los ojos de Hugo.

—Deben de haberse equivocado. Yo nunca…

—Sí dejaste el estrado apresuradamente, Hugo —lo interrumpió Felicia con suavidad—. No puedes negarlo. ¿Por qué no nos cuentas lo qué pasó sin más?

Hugo se removió inquieto.

—Solo… creí ver algo, eso es todo. A alguien… Merodeando cerca del armario. Me preocupó que pudieran estar manipulándolo, así que fui a echar un vistazo. Pero, cuando llegué allí, se había ido.

—¿A quién vio? —exigió Pettifer.

—No lo sé —contestó Hugo, impotente—. Es un rincón oscuro.

—¿Alto? ¿Bajo? ¿Hombre? ¿Mujer? Algo habrá visto.

—Solo una figura, eso es todo. Después, me pregunté si incluso había sido eso. Si no habría sido una sombra o algo y me lo había imaginado.

Los labios de Pettifer se torcieron con fastidio.

—Eso no es precisamente útil, señor Dappleton.

—Lo siento.

—¿Por qué pensarías que alguien querría manipular el armario? —preguntó Felicia.

Hugo y Betsy intercambiaron una mirada.

—¿Qué? —exigió Felicia, mirando a uno y otro.

—Las cosas han estado un poco… en el aire últimamente —respondió Hugo a regañadientes—. Nada por lo que quisiera preocuparte, pero…

—Creo que ya hemos pasado ese punto, señor Dappleton —dijo Pettifer con tono severo.

—No es nada…, de verdad. Solo algunos incidentes, eso es todo. Hemos estado algo cortos de personal. El barco no está tan bien amarrado como antes. Solo intento estar más atento.

—¿Qué tipo de incidentes? —insistió Felicia.

Hugo se rascó el cuello, nervioso.

—Bueno…, ya sabes…, documentación de clientes que se extravía, lotes perdidos antes de la subasta…

—Robados —soltó Betsy—. No perdidos. Alguien ha estado llevándose cosas, Hugo. Ya hemos hablado de esto.

Después de decir eso, se marchó indignada, dejando a Hugo en una posición incómoda.

—Está algo sensible con el tema —se excusó en voz baja—. Es muy protectora con tu padre, Felicia. Y contigo. No puede permitirse pensar… —Negó con la cabeza, pareciendo de repente cansado, mayor de lo que era—. Prefiere creer que hay alguna conspiración nefasta en marcha.

El teléfono empezó a sonar, un sonido amortiguado que emergía de las profundidades de la papelera.

—¿Hay un teléfono en la basura? —Pettifer pareció momentáneamente distraído.

—El mejor sitio donde puede estar —aseguró Felicia.

—¿Era eso todo lo que quería de mí, sargento? —preguntó Hugo, agarrando el teléfono del cubo—. Es que, como puede ver, somos la gran noticia del día.

Pettifer asintió secamente antes de volverse hacia Felicia con una mirada inquisitiva. Ella se encogió de hombros.

—Como ya sabrá, somos la comidilla del pueblo. Todo el mundo quiere saber sobre la subastadora que no para de tropezar con cadáveres. Es bastante molesto, la verdad.

—¿¡Qué!? —rugió Pettifer, sobresaltando a Dexter, que había estado adormilándose discretamente bajo su sombrero—. ¿La prensa ya está al corriente del segundo asesinato?

—Pues sí. —Felicia parpadeó—. ¿Debo entender que no fue usted quien se lo dijo?

—Por supuesto que no. —Pettifer echaba humo, pasándose una mano por sus facciones achatadas. Felicia intentó no mirar fijamente su nariz, que le resultaba fascinante; parecía haber sido rota en tres sitios diferentes—. Dios, era lo que me faltaba: todo el maldito pueblo pendiente. —Fulminó a Dexter con la mirada—. Como descubra que ha tenido algo que ver con esto…

—¿Yo? —El rostro de Dexter era la viva imagen de la indignación —. ¿Por qué iba a…?

—Se me ocurren muchas razones —dijo Pettifer con rostro enfadado—. Empezando y terminando con ese condenado programa suyo.

—Por muy de acuerdo que esté con su valoración del carácter de mi exmarido —comenzó a decir Felicia—, puedo responder por él en esta ocasión, sargento. Ha estado a mi lado desde anoche.

—¿Felicia? —La voz de Amelia precedió a sus pasos ligeros en la escalera—. Hugo dijo que la policía estaba… Oh. —Se calló de golpe.

—No tema, señorita —dijo Pettifer—. Ya me iba. —Inclinó la cabeza de manera burlona hacia Dexter y se despidió—: Hasta luego, doctor Livingstone.

—¿Doctor Livingstone? —Amelia pareció encantadoramente confundida—. Creía que se suponía que era el prometido malvado de *George de la jungla*. —Ante sus miradas atónitas, insistió—: Es un disfraz, ¿no? ¿Venía de una fiesta?

Felicia miró a Dexter con suficiencia.

—Parece que no es una de tus admiradoras.

Él le lanzó una mirada fulminante.

—Aunque, en serio, ella tiene razón. —Felicia se puso en pie, indicándole que hiciera lo mismo—. Necesitamos llevarte de compras urgentemente.

Felicia se detuvo en la acera de St Mary's Street y miró su reloj otra vez. La estrecha vía, que corría paralela a High Street, era donde se ubicaban la mayoría de las tiendas selectas, así que parecía el lugar más adecuado para que ambos encontraran lo que necesitaban. Una vez allí, Felicia y Dexter se separaron temporalmente. Ella fue en busca de unos zapatos menos letales. Para su orgullo, lo consiguió en tiempo récord. Tal vez la limitada variedad ayudó a simplificar su decisión. Si esperaba tener que conformarse con unas botas de agua o de montaña, se había equivocado por completo. Stamford ya no era solo tiendas de ropa campestre. Aunque todavía había muchos lugares donde podías comprar una gorra plana de *tweed* y un chaleco acolchado, si así lo deseabas, actualmente, esas tiendas se alternaban con pequeñas joyerías, elegantes cafeterías y panaderías artesanas. En algún momento desde que se había marchado, su pueblo se había convertido en una *boutique*. Tenía que admitir que era algo que la tenía un poco desubicada.

Sin embargo, algunas cosas no habían cambiado. Stamford siempre había sido una especie de centro para las sastrerías independientes. Ese tipo de establecimientos con estructura de madera y letras doradas, con antiguas campanas de latón sobre las puertas y escaparates que mostraban elegantes disposiciones de calcetines con estampados llamativos y gemelos extravagantes. Un lugar donde el *tweed* estaba disponible, al parecer, en todos los tonos imaginables, al igual que los pantalones chinos y los zapatos de ante. Si algo no quedaba perfecto, podía ajustarse, a veces al momento, por una modista eficiente y sin tonterías. Mientras tanto, una petición para cambiar botones o cordones por una opción más brillante apenas provocaba un parpadeo.

Dexter había desaparecido persuadido por el perfume a cera de abejas de uno de esos establecimientos, y aún no había aparecido. Si fuera otra persona, Felicia habría empezado a preocuparse de que le hubiera pasado algo, pero, tratándose de Dexter, solo empezaba a sentir un tipo de irritación familiar. Había perdido la cuenta de las horas que había desperdiciado durante su matrimonio esperándolo. Dexter, que no tenía un concepto real del tiempo, que simplemente

reaparecía y miraba desconcertado cuando le recriminaban cuánto había tardado. Ella había sido la que había esperado en el altar —a pesar de la tradición de que «la novia siempre llega tarde»— porque él se había dejado el *boutonnière*. Casi se había perdido el nacimiento de Algernon porque se había puesto a charlar con uno de los vecinos sobre su jardín primaveral. Al parecer, lo habían invitado a tomar el té y no le pareció de buena educación decirles que no. Todo mientras ella estaba dilatada de diez centímetros e intentando desesperadamente contener el impulso de empujar.

Y allí estaba, de nuevo esperándolo. Y ni siquiera estaba casada con él ya. Era realmente insoportable.

Se estaba distrayendo admirando una colección de corbatas particularmente llamativas en el escaparate, preguntándose si valdría la pena comprar una para Hugo y guardarla para Navidad, cuando una voz sonó sobre su hombro.

—¿Todavía llevas esos zapatos? Debes desear mucho la muerte.

Al girarse, se encontró a Jack, observándola con las manos en los bolsillos. Estaba de pie, en la entrada de uno de los pasajes estrechos que se abrían entre los edificios y conducían hacia las praderas.

—Oh —murmuró ella con tono seco, intentando ocultar el repentino salto de su corazón—. Eres tú.

—Me sorprende que te atrevas a dejarte ver. Después de todo, eres nuestra celebridad local del momento.

Tenía una forma de hablar tan curiosamente inexpresiva que nunca estaba segura de si hablaba en serio o no. O peor aún, si la broma, si es que había una, era a su costa.

—Nadie me ha pedido un autógrafo todavía. —Felicia se echó hacia atrás para dejar pasar a una familia de cuatro, apretándose contra la pared de piedra de la sastrería. Uno de los padres miró hacia atrás, como intentando identificarla, y ella volvió el rostro, dejando que el pelo le cayera sobre la mejilla—. Me sorprende que haya tanta gente hoy. Cualquiera pensaría que dos asesinatos serían motivo suficiente para ahuyentarlos.

—¿Bromeas? —Una esquina de su boca se elevó—. Por eso hay incluso más gente que de costumbre. Después de todo, ¿qué mejor

actividad para pasar las vacaciones de Pascua? Ya puedo ver los folletos: «¡Venga a Stamford! Pasee por sus calles empedradas, admire los cerezos en flor, recorra sus tiendas, disfrute de un almuerzo y visite una o dos escenas del crimen…».

Ella lo miró con cautela.

—Eres una persona bastante extraña, ¿no te parece?

—Qué curioso. Yo diría lo mismo de ti —respondió Jack, ladeando la cabeza—. Desde luego, nunca había tenido que sacar a nadie de la orilla del río. Pero quizá eso sea algo común en Londres, no lo sé.

Ella levantó su muñeca, de la que colgaban las asas con lazo de una bolsa.

—Si tanto te interesa, justo acabo de comprarme otros zapatos.

Los ojos verdes de Jack se agudizaron, mirándola intensamente.

—Entonces, ¿eso significa que te quedas? —le preguntó en voz baja.

—No tengo más remedio que hacerlo. La policía ha dicho que no podemos irnos. —Él la miraba con tal intensidad, que Felicia empezaba a sentirse acalorada—. ¿Han hablado ya contigo?

Un breve destello de ira se manifestó en su rostro. La sorprendió tanto que intentó retroceder, pero se dio cuenta de que no podía. La pared estaba justo detrás de ella; podía sentir la textura áspera y granulada de la piedra contra su antebrazo desnudo.

—¿Es una pregunta con trampa? —dijo muy suavemente.

—Eh…, no —titubeó, sintiéndose inquieta por primera vez. No estaba asustada exactamente, sino sobrecogida por la intensidad que parecía agitarse bajo la calma de su rostro perfectamente esculpido—. ¿Por qué debería serlo?

De repente, él negó con la cabeza, llevándose una mano a la sien.

—Lo siento. No debería haber… Estoy un poco nervioso ahora mismo. Pensé que tú… —Se volvió hacia el pasaje por donde había venido, luego se giró para mirarla directamente—. De verdad que lo siento.

Y de repente se fue. Instintivamente, quiso seguirlo, pero un cuerpo alto le bloqueó el paso.

—¿Todo bien? —Dexter había salido del portal de la tienda de ropa a su izquierda y la miraba desde arriba. Estaba tan desorientada que

apenas reparó en lo que él llevaba puesto. Entonces, sus ojos se enfocaron de nuevo, recorriéndolo de arriba abajo.

Vestía una americana de lino rosa geranio sobre una camisa verde menta con rayas blancas. Sus largas piernas estaban enfundadas en unos chinos color piedra que terminaban en unos zapatos color canela con cordones rosas. Del bolsillo de su chaqueta sobresalía un pañuelo verde menta, exactamente del mismo tono que su camisa.

—¿Eso es lo que has elegido? —logró decir Felicia—. Pareces un caramelo andante.

Omitió añadir que en realidad se veía bastante elegante. El pensamiento la desconcertó, haciéndola sentir excesivamente acalorada. Entre eso y su reacción ante Jack, empezaba a preguntarse si no estaría entrando en una menopausia precoz. Era la única explicación.

Pero cuando Dexter sacó un sombrero de paja de detrás de su espalda y se lo puso en la cabeza, la sensación se desvaneció.

—¿En serio? ¿Otro sombrero?

Él se encogió de hombros.

—Me he acostumbrado a ellos. Phyllis, la encantadora señora que me ha atendido, colecciona saleros.

Felicia se mordió la lengua con tanta fuerza que le escoció.

—Dice que tengo cabeza para sombreros —continuó Dexter, sacudiéndose la manga de la chaqueta, pareciendo insoportablemente satisfecho de sí mismo—. Al parecer, tengo un cráneo extraordinariamente bien formado.

—Extraordinariamente bien formado para recibir un golpe —murmuró Felicia por lo bajo.

—¿Perdón?

—Oh, nada, nada… —dijo ella con despreocupación, tomándolo del brazo y guiándolo calle abajo. Sobre sus cabezas, las campanas de la iglesia de St John's, situada en un recodo justo a la vuelta de la esquina, comenzaron a repicar suavemente—. Vamos, es la una. ¿Qué tal si comemos algo por ahí? Podemos pasar a recoger a Algie de camino.

Capítulo 14

—Gracias por esto, Cass —dijo Felicia con un suspiro de agradecimiento, hundiéndose en el sillón orejero en un rincón apartado del elegante salón del hotel The George—. Necesitaba salir de casa o habría estrangulado a alguien.

—Y ese alguien es Juliette, supongo. —Cassie le dirigió una sonrisa cómplice por encima del menú de tés.

—Estaría primera en la lista, sí, pero si no hubiera podido alcanzarla, probablemente me habría conformado con quien estuviera cerca. —Felicia se pasó una mano por la frente, apartándose el pelo—. Tiene ese tipo de efecto catatónico en la gente.

—Nada que un té de Duchess Grey y un dulce no pueda arreglar. —Cassie le pasó el menú.

—Suena celestial. —Felicia estudió la extensa lista con asombro—. ¿Sabes? Hace años que no salgo a tomar el té.

Miró alrededor de la sala, que estaba llena de una variedad de sofás, *chaises longues* y sillones, todos dispuestos alrededor de mesas bajas. La paleta de colores era cálida y neutra, en contraste con el resto del edificio, que destacaba por sus paneles de roble oscuro, ventanas bajas con parteluces, rincones acogedores y esquinas escondidas. Sin embargo, el sitio donde se encontraban tenía una disposición abierta, suficiente para disfrutar de cierto grado de privacidad sin perder de vista a los demás comensales. Era un lugar para ver y ser visto. Felicia ya había reconocido a varias personas. Evelina Fielding presidía una reunión con un grupo de señoras mayores igual de elegantes que ella en la esquina más

alejada, pasando un plato de *macarons* de colores pastel. Junto a la chimenea, Amelia compartía un *tiffin*[5] con su madre, rodeadas de bolsas de compras dispuestas sobre el sofá. Y junto a la ventana…

—Bueno, ya sabes cómo somos en Stamford. Seguimos anclados en el pasado —comentó Cassie, sonriente.

—Eso no siempre es malo —opinó Felicia, mirando con envidia la enorme porción de tarta Reina Victoria, el bizcocho relleno de nata esponjosa y frambuesas frescas, que dejaban en la mesa contigua—. No quiero aguarte la fiesta, pero… ¿no es tu teniente de alcalde el que está allí en la ventana?

—Dennis —susurró Cassie. Luego miró a Felicia con cara de esperanza—. ¿No hay ninguna posibilidad de que haya sido él?

—No creo que tengamos tanta suerte, Cass —rio Felicia—. Estaba en la reunión del consejo contigo cuando sucedió, ¿recuerdas?

—Maldita sea, tienes razón. —Su rostro se puso serio—. Aunque llegó tarde. Se perdió los primeros quince minutos enteros.

—¿Estás segura de que fue ayer?

—Absolutamente. Nunca llega tarde. Le gusta estar presente para dejarme en evidencia ante los demás.

—¿No crees que estás siendo un poco paranoica? No es el diablo encarnado.

Cassie la fulminó de tal manera con la mirada que Felicia sintió deseos de esconderse tras el menú de tés.

—¿De qué lado estás, Fliss? Si ni siquiera mi mejor amiga me cree…

—Te creo, te creo —aseguró Felicia apresuradamente, descruzando las piernas e inclinándose hacia delante para poner una mano tranquilizadora sobre la rodilla de Cassie—. Lo siento, no ha sonado bien. —Sus labios se torcieron en algo parecido a una sonrisa—. Después de todo, ¿quién más me habría creído cuando dije que mi respetado marido académico se disfrazaba de explorador del desierto y se iba por ahí persiguiendo tesoros?

—Parecía bastante inverosímil, lo admito. Pero bueno, conozco a Dexter desde hace mucho. Sabía que había un Peter Pan dentro de él esperando para salir.

—Bueno, ya no hay vuelta atrás.

—Fliss, escucha… —El rostro habitualmente alegre de su amiga se ensombreció de preocupación—. Sabes que el programa no fue la razón por la que todo…, bueno, acabó como acabó, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Sabes a qué me refiero. No digo que no fuera contraproducente, con él viajando todo el tiempo y absorto en su nueva fama, pero os habíais estado distanciando desde hacía tiempo. Debes recordarlo. Dexter ha estado en tu vida desde que tenías dieciocho; eso fue hace veintidós años. Es natural que ambos cambiarais en ese tiempo.

—Lo sé —dijo Felicia—. Fui yo quien lo terminó, ¿recuerdas? Fue mi elección.

—Sí, pero creo que te has convencido de que te viste forzada, y eso no es cierto.

Felicia estiró el cuello.

—Dennis parece necesitar compañía. ¿Debería invitarlo a tomar el té con nosotras?

Cassie levantó las manos en señal de rendición.

—¡Vale! No vas a hablar de ello. Sé cuándo no tiene sentido insistir. Pero… deja a Dennis donde está. —Se rascó el cuello con cautela—. Solo estar cerca de ese hombre me provoca urticaria.

—¿Ya estás con urticaria otra vez, mamá?

—¡Robyn! —Felicia se puso en pie para envolver en un abrazo a la figura menuda—. Qué maravilla verte. ¿Qué haces aquí?

—Estoy trabajando. —Alzó el bloc de notas en su mano—. Ahora estoy de camarera aquí.

—Pero… ¿no trabajabas en la biblioteca? ¿Y en el instituto durante las vacaciones?

—Aún lo hago. Pero vi esta vacante y pensé que me vendría bien un extra. Todo queda bien en el currículum.

—Ah, claro —asintió Felicia—. Vas a solicitar plaza en Oxford, ¿verdad?

Robyn sonrió con pesar, apartándose un mechón de pelo de los ojos. A Felicia siempre le pareció que tenía un pelo fascinante; era del color exacto de la piel de una calabaza cacahuete.

—No se trata solo de las notas, aunque todo el mundo piense que sí. La verdad es que miles de personas sacan buenas notas y solicitan plaza, así que es necesario aportar algo más que eso. Tienes que demostrarles que también eres creativa y trabajadora.

—Tú eres ambas cosas —la animó Felicia rápidamente.

Pero Robyn no pareció satisfecha con su apoyo.

—Eres mi madrina, estás obligada a decir eso.

—En absoluto. Al menos, no recuerdo haber hecho esa promesa cuando estuve junto a la pila bautismal en tu bautizo.

—Probablemente estabas con resaca —apuntó Cassie.

—¡Cass! Eso no es cierto.

—Oh, no solo tú. Todos estaban con resaca. Todos mis amigos, al menos. Eso es lo que pasa cuando tienes un bebé a los veintidós. —Luego señaló a su hija—: Cariño, te quiero y no me arrepiento de nada, pero no lo hagas. Espera al menos hasta los treinta.

Robyn puso los ojos en blanco.

—Ni hablar, mamá. —Dio unos golpecitos en el bloc con un bolígrafo—. Pero será mejor que no me pillen charlando. ¿Qué vais a tomar?

—Lo de siempre, por favor —pidió Cassie, reclinándose hacia atrás.

—Lo mismo —añadió Felicia.

—Marchando —anunció Robyn, alejándose a toda prisa.

Felicia la observó con cariño mientras se alejaba.

—Va como una chispa, ¿verdad?

—Me hace sentir como si tuviera cien años —se quejó Cassie.

—Algernon tiene el efecto contrario en mí —admitió Felicia—. A veces, olvido que yo soy la adulta y él el niño.

—¿Dónde está esta tarde, por cierto? No lo habrás dejado en las garras de Juliette, ¿verdad? Porque creo que eso se consideraría maltrato infantil.

—No soy tan mala madre —rio Felicia—. Está con Betsy. Están teniendo una tarde de repostería. Al parecer, quiere «perfeccionar su tarta de zanahoria».

Cassie pareció impresionada.

—Ojalá uno de mis hijos dijera algo así.

—Tus chicos aún son muy pequeños, Cass. Creo que puedes perdonárselo.

—Mmm… Y Robyn está demasiado ocupada salvando el mundo para hacer algo tan frívolo como cocinar. —Cassie desplegó su servilleta de lino blanco—. En cualquier caso, al menos Algernon no está preocupado por lo que pasó, ¿no?

—En absoluto. Aunque, en cierto modo, preferiría que lo estuviera.

—¿Qué quieres decir?

—Se le ha metido en la cabeza jugar a hacer de detective. Tiene una incrustación de marfil que Betsy encontró en el suelo y se la dio…

—¿Incrustación? ¿Como una de esas pequeñas piezas que se encajan en objetos de madera como decoración?

—Parece que sí escuchas mis divagaciones sobre antigüedades. Sí, se encuentran en todo tipo de cosas. En fin, cree que es una pista fabulosa. Tuve que usar todo mi poder de persuasión para evitar que fuera corriendo con ella al pobre sargento Pettifer.

Cassie pareció encontrar eso tremendamente divertido.

—Me habría encantado ver la cara del inspector jefe Heavenly si se lo hubieras permitido. Supongo que has conocido a nuestro nuevo pilar de la ley y el orden.

—Aún no he tenido el placer —dijo Felicia secamente, mientras Robyn reaparecía con una bandeja—. Pero empiezo a hacerme una idea. ¿Cómo es?

—Salido de Londres. Una especie de niño prodigio. Se supone que debemos estar todos agradecidos de que se haya dignado a traer su experiencia aquí a la provincia, etcétera, etcétera. Hay que hacerle reverencias y… —Levantó la mirada, algo culpable—. Vale, quizá esté exagerando un poco, pero ya verás a qué me refiero. El hombre se cree un regalo divino. Ya sabes de qué hablo.

—Desde luego que sí. Estuve casada con uno, ¿recuerdas?

Cassie frunció el ceño.

—Sí, pero Dexter es diferente. Puede ser un imbécil irritante, pero es un imbécil con corazón, si sabes a qué me refiero.

«En absoluto», respondió Felicia para sí misma, intentando no imaginar la raíz del asunto. Pero bueno, no era inusual. La forma de

expresarse de Cassie siempre había sido algo idiosincrásica. Pero, al final, siempre entendías lo que quería decir. Solo tenías que esperar, y…

—Quiero decir, Dexter es lo que es —continuó Cassie—. Hace lo que pone en su manual. Heavenly no es así. Nunca sabes realmente a qué atenerte con él. Es encantador en la superficie, pero debajo… —Negó con la cabeza—. No sé, quizá me estoy dejando llevar. Pero a veces me pregunto…

Se interrumpió, con los ojos muy abiertos, cuando le pusieron delante un enorme *scone* salpicado de frutas, junto con platitos de porcelana con mermelada, miel y nata montada.

—¿Cass? —la llamó Felicia para que saliera de su mutismo, y luego le golpeó brevemente el brazo—. Concéntrate. ¿Qué estabas diciendo?

—Lo siento. —Cassie parpadeó, saliendo de su ensimismamiento —. No era nada, de verdad. Olvida lo que he dicho. Creo que todavía tengo algo de niebla mental de embarazada. —Juntó las manos con excitación, como una niña pequeña—. Esto tiene una pinta increíble, Robyn. Creo que los *scones* son cada vez más grandes.

Robyn miró furtivamente a los lados, luego se inclinó más cerca.

—Que no salga de aquí, pero he birlado los dos más grandes para vosotras.

—Primera regla de la política. —Cassie le guiñó un ojo a Felicia—. Lo importante es a quién conoces.

Robyn puso los ojos en blanco.

—El té está en camino. Vuelvo en un minuto.

—A veces hace cosas que me hacen pensar que sí es mi hija, después de todo —dijo Cassie con aprobación, partiendo su *scone* por la mitad con un cuchillo para mantequilla con mango de nácar—. Y siempre en el momento que empiezo a desesperarme porque creo que es tan doña perfecta que no tiene arreglo.

—Lo he oído. —Robyn volvió a aparecer ante ellas—. Por cierto, tía Fliss, bonitos zapatos. Me encanta tu nuevo *look*.

Cassie miró los pies de Felicia, cruzados uno sobre otro, y tuvo que mirar dos veces.

—Maldita sea, no me había fijado. Tiene razón. ¿Qué te ha pasado?

—Nunca te fijas en nada, Cass —dijo Felicia, con cariñosa exasperación, poniendo mermelada en su *scone*—. Y solo son deportivas.

—Son turquesa —replicó Cassie, y entrecerró los ojos—. ¿Eso es pedrería?

—Por supuesto que no —contestó Felicia, empezando a sentirse algo a la defensiva con el tema—. Es solo un efecto de la luz. —Miró sus pies. No era el tipo de calzado que elegiría normalmente. Era plano, para empezar. Y si hubiera podido elegir, habría optado por unos colores más neutros. Pero no quedaba mucho en su talla y, además, le parecieron una deportivas preciosas, de terciopelo brillante con cordones a juego con lazos. Le recordaban al tipo de cosas que solía llevar antes—. Son bastante divertidas, ¿no crees? —Ante la mirada incrédula de su amiga, insistió malhumorada—: A veces hago cosas divertidas, Cass. Aún no me he convertido en una vieja gruñona.

—Sí, pero no en tu armario —protestó Cassie—. Suele ser más bien elegante y caro. Y…, bueno, también muy gris. En realidad, tan gris, que empezaba a plantearme intervenir de urgencia.

Dios, tal y como lo decía, sonaba deprimente. Felicia puso un extra de nata en su *scone*.

—¿No estarás teniendo algún tipo de crisis, verdad? —Cassie la miró con preocupación—. ¿No te habrá hecho perder la cabeza encontrar esos cadáveres?

—¿Perder qué? —Felicia intentó no sentirse ofendida.

—Y luego está el tema de la prensa —dijo Cassie, comprensiva.

—¡Felicia, querida! —Felicia levantó la mirada y vio a Evelina Fielding de pie junto a ella. Encorvada sobre su bastón, era tan pequeña que su cabeza apenas llegaba a la parte superior del sillón orejero. Felicia se sorprendió de lo frágil que parecía y, sin embargo, había algo en ella, un brillo familiar en sus ojos azul porcelana, que le decía que aún gozaba de la misma salud que siempre había tenido —. ¿Cómo estás? Me enteré de tus aventuras de anoche. Las chicas y yo estábamos comentándolo. —Señaló detrás de ella, donde el

grupo de damas de cabello blanco como la nieve, ninguna de las cuales podría haber sido descrita como «chica» desde hacía muchos años, estaba recogiendo sus pertenencias—. Es terrible. No he podido evitar venir a ver cómo lo llevabas.

—Estoy bien, gracias, Evelina —agradeció Felicia calurosamente—. Fue un *shock*, pero intento mantenerme ocupada —añadió levantando su plato de pastel.

—Ah, sí. El té siempre es un excelente tónico —dijo Evelina con vigorosidad—. Una buena taza de té puede calmar hasta los nervios más alterados. Y me temo que vamos a necesitarlo por aquí. No sé en qué se está convirtiendo este pueblo. Vaya, no habíamos tenido un asesinato aquí en años… En décadas, de hecho. ¡Y ahora dos! —Señaló a Felicia con su bastón—. Tendrás cuidado, ¿verdad, querida?

—¿Yo? —se extrañó Felicia, apartando la cabeza del bastón—. ¿Por qué debería…?

—Bueno, eres una testigo clave, ¿no? Se dice por todo el pueblo. Todo el mundo sabe que la policía ha hablado contigo varias veces. Deben de creer que sabes algo, que viste algo.

—Pero yo no…

Evelina levantó la mano con una sonrisa de complicidad.

—No necesitas decírmelo, querida. Entiendo que quieras ser discreta. Solo ten cuidado, es todo lo que te pido. Te conozco desde que eras una cría, no podría soportar que te pasara algo. —Una de sus amigas la llamó y Evelina volvió la cabeza—. Ah, debo irme, o perderé mi medio de transporte al club de golf. La mayoría del tiempo no me arrepiento de haber vendido el coche. En Stamford no es necesario, pero te hace bastante dependiente de otras personas. —Se dio una palmadita en la cadera—. Pero, ay, el cuerpo empieza a fallar… Al menos ahora tengo más espacio en el garaje para todas mis compras en las subastas. —Le guiñó un ojo de manera traviesa —. En fin, debo apresurarme. ¡Recuerda lo que te he dicho, Felicia, querida!

Felicia no podía apartar la mirada mientras se alejaba, delicada y tambaleante, como un duendecillo herido.

—¿Puede jugar al golf en su estado?

Cassie puso los ojos en blanco por encima de su *scone*.

—Por supuesto que no. Tienen un club de *bridge* allí para todas las viejecitas.

—No me gustaría enfrentarme a Evelina en la mesa de cartas —murmuró Felicia—. Apuesto a que las despluma a todas cada semana.

—No lo dudo —Cassie también la miró con cariño mientras se alejaba—. Resulta difícil creer que vivía bajo el yugo de alguien, ¿verdad? Es todo un personaje.

—Sí, bueno, desafortunadamente, los matrimonios eran diferentes entonces. Los hombres tenían mucho más poder.

—Lo siento, lo siento —se disculpó Robyn, que apareció un tanto alterada con una tetera y un par de tazas—. Hoy estamos hasta arriba.

—Parece que lo de los asesinatos ha sido bueno para el negocio —comentó Cassie alegremente, levantando la tapa de la tetera y mirando dentro—. Quizá debería sugerírselo a la oficina de turismo. Podríamos señalizar las escenas del crimen en el mapa de visitantes.

—¡Mamá! —Robyn estaba horrorizada—. Lo que has dicho es terrible.

—Solo es sentido comercial, cariño. Apuesto a que Felicia está de acuerdo. Sería una publicidad maravillosa para la casa de subastas, ¿verdad, Fliss?

—¿Mmm? —Felicia apartó la mirada del colador de té con un parpadeo—. Lo siento, es que… alguien más me dijo algo muy similar esta tarde.

—¿Ves? —Cassie golpeó la mesa con la palma de la mano, haciendo que el té se derramara por el pico de la tetera—. ¡Es una idea brillante! La propondré en la próxima reunión del consejo.

Robyn se escabulló con expresión consternada.

—No deberías tomarle el pelo así, ¿sabes? —la reprendió Felicia severamente, sirviendo té para ambas—. Solo conseguirás que se lo tome en serio.

—Se lo toma todo en serio —replicó Cassie, echando una cucharada colmada de azúcar en su taza y removiéndola con brusquedad—. Esa es su maldición. Ha salido a su padre.

—Ah —soltó Felicia con un aire de sabiduría en el rostro—. Tu etapa de salvar el mundo con fervor juvenil.

—El problema de quedarte embarazada tan joven es que esos impulsos pasajeros te persiguen como fantasmas. No deberían hacerlo. Al igual que las faldas ra-ra y la permanente, deberían quedar relegadas a un recuerdo vergonzoso.

La referencia a su juventud —y a los ochenta, que se sentían inquietantemente cercanos— arrastró sus pensamientos de vuelta a Jack. ¿Qué edad tendría?, se preguntó Felicia. ¿Habría llegado al mundo antes del inicio del nuevo milenio? No aparentaba más de treinta años. Diez años no era una diferencia abismal. Apenas rozaba el límite de lo que alguien podría considerar asaltar una cuna, al menos en estos tiempos.

—No estarás pensando en lo que dijo Evelina, ¿verdad? Es una anciana encantadora, pero está loca como una cabra. Todas lo están a esa edad. Disfrutan con un poco de melodrama. Yo no le prestaría atención.

—No, tienes razón —dijo Felicia apresuradamente, sintiéndose un poco culpable por no decirle la verdad a Cassie.

El periódico del asiento vecino descendió lentamente. Una mano delicada y elegante se alargó hacia el plato con la tarta Reina Victoria que había estado admirando antes. Sin embargo, esa vez no fue el pastel lo que llamó su atención. Un simple vistazo de perfil fue suficiente. Las gafas de montura gruesa, la nariz recta y prominente, la cabeza pequeña y, bajo ella, un pañuelo de seda anudado con extravagancia.

Felicia se reclinó en su silla e intentó escuchar mientras Cassie seguía parloteando. Pero, en realidad, solo había una cosa en su mente. Una pregunta que no paraba de dar vueltas y más vueltas en su cabeza.

¿Qué hacía todavía el señor Clancy en Stamford?

[5] Merienda ligera o comida informal, especialmente popular en India y algunas regiones del Reino Unido.

Capítulo 15

—¿Qué? ¿No habrás estado echándole algo al té? —Felicia agarró el brazo de su amiga mientras salían del patio hacia el aire perfumado de lilas—. El aparcamiento está por aquí.

—Estoy sobria como una monja —declaró Cassie con fingida solemnidad. Luego hizo una mueca—. No, tengo que volver al ayuntamiento a recoger unos papeles para echarles un vistazo antes de dormir. Mañana tenemos una reunión infernal del Comité de Planificación y no estoy nada preparada.

—Entonces, te acompaño a casa —bromeó Felicia—. Tengo tiempo de sobra.

—Tú ríete —murmuró Cassie con aire sombrío—. A veces siento que es mi casa. Deberes un domingo por la noche, hay que ver… Te juro que me iba mejor cuando me dedicaba a las finanzas. Al menos había más vino.

—Ah, pero en política el vino suele ser gratis —le recordó Felicia, enlazando su brazo con el de su mejor amiga mientras cruzaban el puente del pueblo.

Un cisne dormitaba en su nido entre los juncos, con el cuello graciosamente recogido entre sus plumas nacaradas. Sobre los prados, el cielo lucía como un cóctel tropical de rosa, melocotón y oro, y la piedra de las casas que las rodeaban parecía caramelo fundido. Decir que era una tarde hermosa sería quedarse corto, aunque la calidez de la escena era engañosa. Había un frío cortante en el aire que recordaba que aún estaban en plena primavera.

—Cierto, aunque en esos eventos suele ser el peor vino barato. ¡Y encima hay que ser educada! Menos mal que no soy una entendida;

Dennis parece a punto de echarse a llorar a veces. —Cassie ladeó la cabeza con una sonrisa—. De hecho, lo único que hace soportable beberlo es saber que probablemente está pensando en su bodega mientras se ve obligado a tragar algo que parece disolvente.

—Eres cruel, Cassandra Lane —dijo Felicia, con cierto cariño.

—Me divierto como puedo. —Habían llegado al pie de las escaleras que conducían al ayuntamiento—. ¿Tienes un minuto? ¿A qué hora recoges a Algie?

—A las seis. Si llego un minuto antes, me lo echará en cara.

—Entonces, sube a ver mi guarida. —Cassie abrió las puertas con su llave—. Las vistas son espectaculares a esta hora.

Una figura enorme surgió de detrás de la puerta. Felicia dio un salto hacia atrás, ahogando un grito justo a tiempo cuando sus ojos se adaptaron a las sombras.

—Oh, no te preocupes por Daniel —comentó Cassie alegremente, encendiendo la luz y revelando la inmensa figura de cera vestida con levita—. Es inofensivo. Solo lo ponemos ahí para asustar a la gente.

Felicia no necesitaba que le presentaran a Daniel Lambert. Había sido toda una celebridad georgiana, conocido por su enorme peso de más de trescientos kilos, y se había exhibido por todo el país como el hombre más gordo jamás registrado. Era una figura histórica popular en Stamford, donde había muerto en 1809. Al parecer, habían hecho falta veinte hombres para llevar su ataúd hasta su lugar de descanso actual en el cementerio de St Martin. Varios lugares de la ciudad llevaban su nombre, incluido el equipo local de fútbol, conocido cariñosamente como los Daniels.

—Me ha asustado, desde luego —dijo Felicia, con un tono ligero que ocultaba los fuertes latidos de su corazón.

No era de extrañar que estuviera nerviosa, no después de lo ocurrido el día anterior, pero, aun así, prefería que Cassie no supiera hasta qué punto. Lo último que quería era añadir más preocupaciones a su ya sobrecargada amiga. Evitó la mirada vidriosa de Daniel y, en su lugar, siguió el avance de Cassie por la amplia escalera, pasando por una mareante serie de puertas hasta llegar a una que parecía exactamente igual que las demás, salvo por una pequeña placa de latón que decía: «Alcaldesa Cassandra Lane».

—Aquí estamos —anunció Cassie con orgullo, adelantándose a Felicia y dejándose caer tras el enorme escritorio de caoba—. Siéntate, por favor.

Felicia miró alrededor buscando dónde hacerlo. Parecía que todas las superficies estaban cubiertas de papeles. Finalmente, eligió una silla frente al escritorio de Cassie, recogió la pila de papeles que había encima y miró a su alrededor sin saber dónde ponerlos.

—Oh, tíralos al suelo sin más —dijo Cassie con despreocupación mientras abría las contraventanas tras ella, revelando lo que, con razón, había vendido como una vista espectacular de los tejados de Stamford.

Felicia dejó el montón con cuidado en el único trozo visible de alfombra que pudo encontrar. Al sentarse en la silla ya despejada, se oyó un crujido. Con el ceño fruncido, buscó bajo el cojín y sacó una bolsa de patatas fritas. Cassie no pareció darse cuenta, absorta como estaba observando la ventana del Centro de Arte, que tenía justo enfrente. Parecía que había una clase de baile. Las parejas giraban por la pista con distintos grados de pericia, observó Felicia. Un hombre tropezó con el pie de su mujer, casi provocando una colisión. Entendía por qué a Cassie le resultaba tan entretenida aquella vista.

—Me sorprende que Gavin pueda soportar esto —comentó Felicia.

Había oído todo sobre el eficientísimo Gavin en las diatribas telefónicas de Cassie y, tras pasar por la antesala donde estaba su impecable escritorio, podía imaginar por qué chocaban tanto.

—Oh, lo está matando —aseguró Cassie con regocijo mientras se quitaba los zapatos y apoyaba los pies cubiertos por las medias sobre el escritorio—. Está desesperado por entrar y ordenarlo todo. A veces, cuando vuelvo pronto del almuerzo, lo pillo en la puerta, mirando dentro con anhelo.

—¡Le digo que no fui yo! —se oyó de repente al otro lado de la pared.

Felicia y Cassie se pusieron en pie al mismo tiempo.

La antesala ya no estaba vacía. Un joven permanecía al otro lado del escritorio, abrazando contra su pecho una pila de carpetas, con el rostro pálido y tenso. Por el almidonado impecable de su camisa y

la corbata gris plateada de discreto buen gusto, Felicia pudo identificarlo de inmediato con la descripción de Cassie.

Pero no era la única persona que ocupaba ahora el impoluto espacio.

—Tranquilo, muchacho —dijo Pettifer en tono conciliador, dejando de escribir en su libreta para alzar una mano apaciguadora—. No hay por qué alterarse. Es solo una pregunta sencilla, eso es todo, y tengo que hacerla. Seguro que lo entiende.

—¿Qué está pasando? —Cassie adoptó de inmediato su papel de alcaldesa, avanzando con las manos en las caderas. El hecho de ir descalza no parecía importarle—. ¿Por qué está interrogando a mi secretario, sargento? Ayer ni siquiera estuvo cerca de la casa de subastas.

—Bueno, ese es precisamente el asunto, señora alcaldesa —contestó Pettifer, rascándose detrás de la oreja con el lápiz mordisqueado—. Tenemos un testigo que asegura haberlo visto allí, en la sala de subastas, durante el intervalo en que creemos que se cometió el asesinato.

—¡Pe… pero… eso es imposible! —balbuceó Cassie—. Estaba aquí. Teníamos una reunión del consejo. —Miró a Pettifer con obstinación —. Lo vi con mis propios ojos. Estaba en la sala con nosotros.

—¿Durante toda la reunión?

Hubo una pausa.

—Bueno…, no —admitió la alcaldesa, con visible renuencia—. Estuvo antes, preparándolo todo… Lo vi entonces. Y vino después, para contarnos lo del asesinato. Se había enterado y pensó que debíamos saberlo. Pero estaría en su despacho. Es parte de su trabajo.

—Y hoy también está aquí —contestó Pettifer con tono neutro—. Otro que trabaja en domingo. Qué ética laboral tenemos en Stamford.

—Los acontecimientos de ayer alteraron bastante nuestro horario —intervino Gavin, intentando mostrar altivez, aunque el ligero temblor en su voz lo estropeó todo—. Tengo mucho que poner al día.

—Eso, y el hecho de que saliera del edificio durante la reunión. No habrá ayudado —añadió el sargento.

Cassie se volvió hacia su subordinado:

—¡¿Que hiciste qué?!

—Hay grabaciones de las cámaras del vestíbulo —explicó Pettifer —. Puedo mostrárselas si quiere.

—No, no será necesario. —Cassie se llevó una mano a la sien—. Si usted dice que se ve en las imágenes, no lo pongo en duda. —Se volvió hacia su secretario—: ¿Gavin? ¿Qué está pasando?

Los ojos de Gavin revolotearon sin poder fijarse en ningún punto. Estaba más pálido aún, si eso era posible, que cuando entraron.

—Supongo que puede que saliera a dar un paseo.

Ni siquiera él sonaba muy convencido.

—¿Un paseo? —preguntó Cassie, con la voz cargada de incredulidad—. ¿Adónde?

—A ningún sitio en particular. Solo… por ahí. Hacía mucho calor aquí dentro y quería tomar el aire. No estuve fuera mucho tiempo.

—Tres cuartos de hora —precisó Pettifer—. Le vimos volver a entrar en el edificio a la una menos cinco.

Gavin parpadeó aturdido.

—¿Tanto tiempo estuve fuera? No lo recuerdo. Como dije, solo estaba dando vueltas por la ciudad.

—No es una coartada muy buena, ¿verdad? —comentó Pettifer en voz baja—. ¿Está seguro de que no quiere intentarlo de nuevo?

Gavin se sobresaltó y casi se le caen las carpetas que llevaba en brazos.

—¿Coartada? Un momento, ¿quién ha dicho nada de necesitar una coartada? —Miró a Cassie con desesperación—. Creía que solo hablábamos de haberme escaqueado del trabajo unos minutos.

—Sargento, no creerá en serio que Gavin tiene algo que ver con esto, ¿verdad? —Cassie se acercó a su subordinado como una leona protectora—. La idea es ridícula. ¿Por qué demonios iba a querer matar a un subastador cualquiera? Ni siquiera creo que haya estado en una subasta jamás. Odia las cosas antiguas. —Señaló a su alrededor—. Mire su despacho, por el amor de Dios. Hasta Le Corbusier pensaría que es demasiado minimalista.

Pettifer la ignoró.

—¿Dónde estaba ayer por la tarde, muchacho, entre la una y las tres?

—Pues… aquí —balbuceó Gavin—. Durante parte del tiempo. Volví al edificio sobre las dos y cuarenta. La reunión terminó después de que la alcaldesa Lane… —Miró de reojo a Cassie—. Después de que ella…, bueno, saliera corriendo.

Pettifer miró a Cassie con recelo.

—Creí que Felicia estaba muerta, ¿recuerda? —se defendió la alcaldesa.

—Así que me quedé un rato, recogiendo la sala —continuó Gavin —. Pensé en ponerme con parte del trabajo que quería adelantar, pero…, bueno, no me pareció lo más apropiado después de lo que había pasado. No podía concentrarme, así que me fui a casa.

—¿Y a qué hora fue eso?

—¿Sobre las tres, quizá? No me fijé bien en la hora. —Entonces frunció el ceño como si se le hubiera ocurrido algo. Pareció darle el valor suficiente para lanzar una mirada fría a Pettifer—. Aunque seguramente usted lo sabrá, si ha estado viendo las grabaciones de las cámaras de seguridad. Me habrá visto salir.

Pettifer sonrió.

—Solo comprobaba su memoria, eso es todo.

—Más bien comprobaba si dice la verdad —espetó Cassie—. ¿Adónde quiere llegar, sargento?

—Entonces, ¿se fue directo a casa? —presionó Pettifer a Gavin—. ¿Había alguien más allí?

—No, vivo solo. Tengo un piso en Star Lane, encima de una de las tiendas. —Gavin pareció de repente abrumado por lo que le preguntaban—. No vi a nadie tampoco. Oh, Dios, eso significa que nadie puede probar que estuve allí. Pero es verdad. No hice nada, lo juro. —Miró a Cassie de nuevo—. Tiene que creerme.

—No soy su enemigo, muchacho —dijo Pettifer con torpeza. Felicia, que observaba en silencio, era consciente de que el sargento no disfrutaba con nada de esto—. Solo quiero la verdad. Si me dice qué hacía en la subasta, no irá más allá, siempre que no tenga relación con el caso. —Dudó, y luego se aventuró a decir, en tono

cómplice y persuasivo—: ¿Tenía una cita romántica? Yo también he tenido su edad, muchacho. Recuerdo cómo era. Me fijé en que había una chica allí. Rubia, guapa, más o menos de su edad. Si me dice que…

Cassie soltó un resoplido sonoro. Pettifer giró la cabeza bruscamente y le lanzó una mirada fulminante.

—Perdón —se disculpó ella, con aire avergonzado—. Es que no podría haber algo menos probable.

—No me interesan las mujeres, sargento —explicó Gavin con sencillez—. Nunca me han interesado. No es algo que haya ocultado jamás.

—Ya veo. —Felicia notó que las puntas de las orejas de Pettifer se habían puesto coloradas—. Bueno, da igual. Pero aún necesito una respuesta. ¿Qué hacía allí?

Gavin pareció dudar un momento. Hubo una pausa que le hizo saltar un latido. Felicia se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración, esperando. Pero entonces, de repente, el rostro del secretario se puso serio y negó con la cabeza.

—Ya se lo he dicho, no estuve allí. Fui a dar un paseo. —Comenzó a meter carpetas en la estantería que cubría la pared tras su escritorio, dando la espalda a Pettifer—. Mire, no tengo nada más que decir. Si no cree lo que le he contado, tendrá que arrestarme.

Pettifer cerró su libreta con un suspiro ruidoso.

—Muy bien, dejémoslo aquí. Por ahora —se sintió obligado a añadir. Con un gesto hacia Felicia y Cassie, salió con sus habituales maneras.

Gavin no se giró, pero, en cuanto la puerta se cerró de golpe tras el policía, se desplomó hacia delante, apoyando las manos en el estante como si necesitara sostenerse. Felicia podía ver la tensión en sus omóplatos bajo la camisa. Se hizo un pesado silencio que Felicia no sentía que le correspondiera romper.

—Siento haberme ido durante la reunión, de verdad —habló al fin, en voz baja—. No sé qué me pasó…

—Vamos a tener que hablar —respondió Cassie con severidad.

—Por supuesto. —El secretario tragó saliva, volviéndose para recoger otro montón de carpetas—. ¿Sabe?, en realidad, estas no

deberían estar aquí arriba… —añadió, retrocediendo ya hacia la puerta, claramente desesperado por escapar—. Las llevaré a…

Ni siquiera se molestó en terminar la frase y salió apresuradamente. Llevaba la cabeza gacha y una expresión de absoluta desdicha en el rostro. Felicia sintió lástima por él. Miró a Cassie, que lo observaba marcharse, ya sin rastro alguno de enfado o decepción. Ahora solo parecía preocupada.

—¿Le crees? —preguntó Felicia en voz baja, consciente de que él podría estar al otro lado de la esquina.

—¿Qué? ¿A Gavin? —Cassie no parecía estar pensando en lo mismo. Hablaba con su habitual tono de madre de cuatro hijos—. ¿Escaparse del trabajo en medio de una reunión del consejo para «dar un paseo»? —Parecía totalmente escéptica—. Es más probable ver un cerdo volando. Me cuesta conseguir que deje de trabajar en su hora de almuerzo. Es la única persona que conozco tan meticulosa como Robyn. —Suspiró frustrada—. No sé a qué está jugando. Si oculta algo a la policía, se meterá en un buen lío. Ha trabajado tanto en su carrera… No puedo quedarme de brazos cruzados. —Se apartó el pelo enmarañado de la frente con un gesto impaciente—. Supongo que será mejor que hable con él. No tiene ninguna figura paterna que lo aconseje. No tiene a nadie, en realidad. Ya no. —Torció los labios—. Sé que a veces puede ser un poco difícil, y me quejo mucho de él, pero no sé…, hay algo bastante triste en él, algo solitario. Siento que necesita a alguien que lo apoye.

Felicia sonrió con dulzura.

—Eres buena persona, Cass, ¿lo sabías?

—Lamentablemente, sí —refunfuñó Cassie—. A veces desearía no serlo. La vida sería mucho más fácil si fuera una sociópata, creo.

—Pero no tan gratificante. —Felicia besó la mejilla de su amiga—. Ve a hablar con él; ya nos veremos luego.

Bajó corriendo las escaleras y salió a la acera, deteniéndose un momento para dar una palmadita cariñosa en la cabeza a Daniel Lambert. Mirando a su izquierda, divisó la inconfundible figura de Pettifer bajando por St Mary’s Hill hacia el puente. Desde allí podía

ver The George, con sus bonitas cestas colgantes balanceándose con la brisa.

—¿Va a casa? —le preguntó Felicia al llegar a su altura—. ¿Dónde tiene el coche?

Él le lanzó una mirada suspicaz de reojo.

—He aparcado en el Old Cattle Market.

—Perfecto, voy a recoger a Algernon a la casa de Betsy en Bath Row, así que lo acompaño.

Cruzaron la calle, pasando bajo el antiguo arco normando del muro entre dos tiendas.

—He visto al señor Clancy en The George hace un momento —comentó ella, intentando adoptar un tono casual y desinteresado—. No sabía que fuera una persona de interés para usted.

Pettifer le dirigió una mirada que sugería que sabía perfectamente a qué se refería.

—No lo es. Le di luz verde para volver a Londres. Si sigue aquí, es por decisión propia.

¡Ajá! Por fin algo de información. Felicia sintió un arrebato de triunfo. Animada, se giró para mirarlo.

—¿No le parece un poco extraño?

—En absoluto. —La respuesta de Pettifer llegó inmediatamente y sin inflexión, aplastando sus esperanzas—. Creo que dijo que tiene algunos intereses comerciales aquí. Además, es un hombre rico, The George es un buen hotel. ¿Por qué no habría de quedarse si quiere?

—Oh. —Sintiéndose algo desanimada, dijo—: No sabía que tuviera otra conexión con este lugar. Pensé que solo había venido por la subasta.

—¿De verdad cree que gana todo ese dinero con muebles antiguos? ¿Con el panorama actual? —Pettifer sonaba incrédulo.

—Bueno…, sí. —Al darse cuenta de lo ingenua que había sonado, insistió—: Los muebles de madera pueden estar en declive ahora, pero él está especializado en barroco francés. Piense en el Palacio de Versalles, María Antonieta… Ese tipo de cosas todavía se venden por decenas, si no cientos de miles de libras.

—Puede que sí. —No parecía impresionado—. Pero los hombres como él nunca ponen todos los huevos en la misma cesta, señorita

Grant. Tienen los dedos metidos en muchos pasteles. Créame, me encuentro con bastantes en mi trabajo. Algunos se exceden y acaban en los tribunales por fraude. Pero la mayoría, como su señor Clancy, mantienen la cabeza fría y siguen tranquilamente, acumulando dinero por el camino. —Ante su expresión, el sargento alzó una ceja—. ¿Eso la sorprende?

—En realidad, me maravillan sus metáforas —confesó Felicia, tratando de no sonreír.

Él le dirigió una mirada agria, deteniéndose en el pequeño puente peatonal que cruzaba el arroyo hacia los prados del pueblo.

—Creo que aquí nos separamos. Ahora váyase. Antes de que la denuncie por interferir en mi investigación… otra vez.

Ella levantó las manos.

—Créame, no tengo ningún deseo de verme envuelta en una investigación de asesinato. Yo solo… hago preguntas. —Lo miró directamente a los ojos—. Mire, el asesinato tiene que ver con las personas, ¿no? Por qué hacen lo que hacen. Y lo cierto es que siendo subastadora llegas a conocer a la gente; ves prácticamente todo tipo de personas, en diferentes etapas de la vida y la muerte. Ya nunca miras a nadie de forma superficial. Siempre acabas viendo más de lo que quizá la mayoría vería, profundizando más de lo que deberías. Se convierte en un hábito. —Se encogió de hombros—. Ya ni siquiera puedo evitarlo.

El sargento le dirigió una mirada comprensiva.

—Lo entiendo, pero eso parte de la idea de que las personas actúan de forma predecible y humana. Sin embargo, para ser sincero, empiezo a sospechar que estamos lidiando con alguien realmente desequilibrado. —Se frotó el rostro, fatigado, y dijo con tono de resignación—: ¿Por qué si no mataría alguien de una forma tan arriesgada y pública, si no fuera por la pura emoción? ¿Y por qué asesinar a un anciano inocente que de todos modos no le quedaba mucho tiempo? Nada tiene sentido, y empiezo a pensar que es porque en realidad no lo tiene.

—Pero ¿era inocente? —soltó ella—. Quiero decir, si tan solo investigara lo que mi padre dijo sobre…

—Ya lo investigué.

La declaración la dejó momentáneamente sin palabras.

—Oh —reaccionó ella al fin, con un leve tono de voz—. Ya veo.

—Heavenly me mataría si supiera esto —murmuró el sargento, aparentemente para sí mismo.

—¿Y? —insistió ella—. ¿Qué encontró?

Él extendió las manos.

—Absolutamente nada.

Felicia sintió cómo la emoción se le caía a los pies.

—¿En serio? ¿Nada de nada?

—¿Qué? ¿Le sorprende? —Su tono era duro, sarcástico—. ¿Porque es una leyenda local tiene que ser cierta? ¿De dónde cree que vienen los cuentos de hadas, señorita Grant? De aldeanos aburridos y un hecho vagamente real que se embellece hasta convertirse en algo mucho más emocionante que la suma de sus partes. —Pateó malhumorado una piedra al borde del puente. Cayó al agua poco profunda con un chapoteo—. Por lo que pude ver en el informe policial de hace ochenta años, todo estaba en orden. Traumatismo en la cabeza y el cuerpo, pero nada incompatible con una caída por las escaleras. Ningún indicio de que la estrangulara, ni marcas en sus muñecas que sugirieran que la agarró y la arrojó desde el rellano. Además, según todos los testimonios, el chico no era de ese tipo. Tímido, soñador, de carácter tranquilo, no muy espabilado precisamente… —La miró de nuevo y le pareció que su rostro se había suavizado un poco—. Mire, lo siento. Puede que para usted y su marido los tesoros reales y las conspiraciones aristocráticas parezcan una solución emocionante para un espectador casual, pero lo único que hacen es distraerme de resolver el caso de asesinato, que, le aseguro, no tiene nada de romántico. Un caso que mucha gente está desesperada por que resuelva rápidamente. Les debo centrarme en encontrar la verdad.

Sintiéndose dolida y avergonzada, Felicia sabía que no debería decir más. Pero…

—No puedo aceptarlo —contestó obstinadamente—. No puedo aceptar que sea como dice. Tiene que haber una razón. Simplemente… tiene que haberla.

—Si la hay, estará justo delante de nosotros, no en las profundidades de la fantasía. El asesinato, o es muy prosaico o muy aleatorio. Al público le gusta pensar que es más a menudo lo primero. Se sienten más seguros pensando de esa forma, así que se lo permitimos. —Se interrumpió bruscamente—. No debería haberle dicho nada de esto. Vaya a casa, señorita Grant. Pase tiempo con su familia, siga con su vida. Intente no pensar en asesinatos, ni en lo que la gente es capaz de hacerse. Créame, será mucho más feliz así.

Y entonces se fue, alejándose a grandes zancadas por la extensión de césped, el crepúsculo rosado difuminando sus contornos hasta hacerlo apenas visible.

Felicia lo vio desaparecer, incapaz de negar que, en este caso, probablemente tuviera razón. Girando sobre sí misma, se enfrentó al incongruente conjunto de edificios que formaban Bath Row. Como era de esperar, en el antiguo emplazamiento de los baños públicos del pueblo, el edificio aún conservaba el cartel victoriano pintado que así lo declaraba, aunque hacía tiempo que era una residencia privada. En un extremo, un muro en ruinas era todo lo que quedaba del antiguo castillo; en el otro, un batiburrillo de encantadoras casitas. Aunque por lo demás no eran especialmente destacables, tenían la distinción de ser de las pocas casas del pueblo que presumían de jardín delantero; algo que los propietarios aprovechaban al máximo. Actualmente eran un festín de flores blancas y rosadas, narcisos y violetas dulces. En verano serían rosas, en otoño, dalias. En invierno serían luces centelleantes entretejidas entre las ramas desnudas y coronas de acebo brillando con bayas como joyas en las puertas principales.

Felicia empujó la verja de hierro forjado que conducía a la casa de Betsy, con cuidado de no aplastar las matas de prímulas que invadían los bordes del sendero. La puerta principal estaba pintada de un lila pálido y tenía una aldaba de latón en forma de batidor de mano. Felicia sonrió mientras la levantaba y la dejaba caer, preguntándose quién se la habría regalado. Betsy tenía tantos amigos.

—Felicia. —Una figura enharinada apareció en el umbral—. Justo a tiempo. Algernon y yo estábamos a punto de comernos toda la tarta.

—Entonces, ¿salió bien? —preguntó Felicia al entrar—. ¿La habéis —se llevó una mano a la frente con gesto dramático— perfeccionado?

En la isla de la cocina, un Algernon aún más enharinado comía crema de mantequilla directamente del bol.

—¡Conseguido! —anunció el niño, feliz.

Felicia le dio unas palmaditas en la cabeza, tratando de no alarmarse cuando una nube de polvo blanco se elevó.

—Lo siento —se disculpó Betsy con aire avergonzado—. Nos dejamos llevar un poco. Tuvimos una guerra de harina.

Felicia alzó las manos.

—Mientras se haya divertido. Muchas gracias por cuidarlo, por cierto.

—Oh, nunca da problemas —aseguró Betsy con cariño—. Además, me gusta tener a alguien joven por casa. Mis propios nietos… —Sus ojos se empañaron, pero parpadeó con firmeza, recomponiéndose—. Bueno, no importa. Llevan una buena vida allá en el sur, y yo tengo mucho con lo que entretenerme aquí. Ahora —dijo enérgicamente, en un tono que no admitía más discusión sobre el tema—, querrás llevártelo a casa para cenar. Si es que tiene hambre después de toda la masa y el glaseado que ha estado comiendo.

—Te sorprenderías —contestó Felicia. Luego añadió—: Algie, ¿has recogido tus cosas? Será mejor que dejemos a Betsy tranquila.

—Un momento. —Se bajó del taburete alto y desapareció en la habitación de al lado.

—Mientras no puede oírnos —dijo Betsy, bajando la voz—. Pensé que deberías saber que he terminado de revisar todos los lotes de ayer y no veo que falte nada. Nada que coincida con el arma que busca la policía. Incluso repasé todas las facturas que se habían pagado antes, durante el día, antes del asesinato…, quiero decir, eh… antes de que encontraran el cadáver.

—¿Te refieres a la gente que ya se había llevado cosas mientras la subasta aún continuaba? Por supuesto, tiene todo el sentido. Es decir, no hay razón para que el asesino se quedara hasta el final.

—Ese era mi razonamiento. Pensé que el asesino que lo hubiera hecho seguramente ya se habría marchado con el arma antes de

que alguien descubriera lo ocurrido.

—Es una gran teoría. Pero ¿dices que no ha habido suerte?

—En mi opinión, el arma no pudo venir de la subasta.

Lo dijo con seguridad, pero sus labios estaban fruncidos con preocupación.

—Algo te inquieta, ¿verdad? —le preguntó Felicia en voz baja, mientras Algernon volvía a entrar en la cocina.

—Tengo la sensación… —Betsy se detuvo y sacudió la cabeza con vigor, haciendo temblar sus esponjosos rizos color lila—. Pero no, olvídalo, cielo. Estoy dejando volar la imaginación. He repasado una y otra vez esos lotes hasta poder recitarlos en sueños y, como te dije, está todo contabilizado.

—Así que volvemos al principio —concluyó Felicia con resignación —. El sargento Pettifer se va a llevar una gran decepción.

—Mamá, ¿crees que papá podría quedarse un tiempo? Quizá pasar la Pascua con nosotros.

Felicia dudó mientras guiaba a Algernon delante de ella. La acera del puente principal del pueblo —el único que permitía el paso de coches— era notoriamente estrecha, incluso para los estándares de Stamford. Había que cruzarla en fila india, a menos que albergases un deseo secreto de que te rozara un retrovisor a toda velocidad o que una rueda girando te aplastara los dedos de los pies.

—No lo sé —se sinceró Felicia.

Hubo un tiempo en que sentía que debía tener respuesta para todo, pero ahora no veía sentido en mentirle. Algie tenía ya doce años, edad suficiente para entender cómo estaban las cosas entre Dexter y ella. Era lo bastante mayor para comprender que su padre, aunque atento y cariñoso en muchos aspectos, se había vuelto cada vez menos fiable en los últimos años, a medida que sus prioridades se habían desviado hacia la fama y la adulación.

¿O estaba siendo injusta otra vez? ¿Tenía razón Cassie, y utilizaba las exigencias del programa como excusa para renunciar a un matrimonio que, si bien no era tan brillante como antaño, tampoco estaba en una situación desesperada? Era una pregunta que aún la

inquietaba a veces, y que volvía a estar presente de manera incómoda e insistente mientras miraba el rostro esperanzado y alzado de su hijo.

Se había dado cuenta de que, mientras paseaba con Dexter por St Mary's Street aquella tarde, probablemente parecían una pareja cualquiera dando un romántico paseo dominical. Hubo un tiempo en que fueron esa pareja. Los mejores amigos enamorados, felices con solo tenerse el uno al otro. Ese pensamiento la había puesto nostálgica a su pesar. Y luego, durante el almuerzo con Algernon, los tres juntos de nuevo… Todo había parecido tan natural. Como si nada hubiera cambiado. Dexter y Algie bromeando, presumiendo sobre quién podía pedir el postre más impresionante, y en ese momento, viéndolos sentados uno junto al otro, se dio cuenta, quizá por primera vez, de lo parecidos que eran. Siempre los había considerado como el día y la noche. Dexter, alto y moreno; Algernon, menudo y etéreo, con su pelo rojizo y sus ojos plateados, muy separados. Dexter, tan afable, tan extrovertido, siempre en el centro de cualquier fiesta; Algernon, tan callado, tan misterioso, siempre al margen, observando.

—Quiero decir, ahora que han cancelado su programa, no tiene nada por lo que irse corriendo, ¿verdad? —decía Algernon mientras se acercaban al cruce donde se encontraba The George, cuyas ventanas parecían un mosaico de diamantes brillantes, como ojos de gato en la oscuridad—. Así que podría quedarse y…

—Espera… —Felicia se detuvo bruscamente, agarrándolo del hombro para girarlo hacia ella—. ¿Que han hecho qué?

—Lo llamaron antes. —Algernon cambió de posición la lata con la tarta, que abrazaba contra su pecho de forma sobreprotectora—. Desde Londres. Dijeron que no creían que fuera correcto continuar, después de lo que pasó ayer. Por los asesinatos —añadió, como si ella pudiera pensar que se refería a otra cosa.

—¿Cómo sabes todo eso? ¿Estuviste escuchando tras las puertas?

—¡Claro que no! —se ofendió Algernon—. Pero la casa del abuelo no es muy grande, y papá habla bastante alto cuando está enfadado. Lo deduje de su parte de la conversación.

—Vaya. —Felicia suspiró, mirando a ambos lados antes de guiarlo para cruzar hacia Water Street—. Supongo que estará de un humor de perros cuando volvamos.

—Estaba bastante callado cuando me dejó en casa de Betsy —comentó Algernon—. Y papá no suele estar callado, ¿verdad? ¿Crees que estará muy disgustado?

—Es muy importante para él, Algie —dijo Felicia con suavidad—. Así que, sí, me imagino que lo estará.

—Oh. —Algernon se entristeció un momento, pero pronto se animó de nuevo—: En ese caso, será bueno que se quede con nosotros un tiempo. Podemos distraerlo.

—Umm… —Felicia prefirió no comprometerse. Se limitó a intentar localizar la casa de su padre en la penumbra.

A un lado se extendía una franja oscura de la ribera del río, negra como la tinta; la única iluminación provenía de unas pocas ventanas pequeñas en las casas a su derecha. El único sonido era el susurro de los sauces llorones, surgiendo de algún lugar en la densa oscuridad. Le resultaba muy difícil orientarse y distinguir donde se encontraban, a pesar de estar en medio del pueblo.

—¿Sabes? Al abuelo parecía hacerle bastante gracia —decía Algernon con aire pensativo—. Dijo que se lo tenía merecido.

—Sí, bueno… —contestó Felicia apresuradamente, haciendo una nota mental para hablar más tarde con su padre sobre dar buen ejemplo—, probablemente sea por los analgésicos que está tomando, o algo así…

De repente, más abajo en la calle, unos faros se encendieron, lanzando un destello cegador de luz blanca hacia sus rostros. Deslumbrada, Felicia alzó un brazo para protegerse los ojos, pero ya era tarde.

Con un chirrido de neumáticos, el coche aceleró hacia ellos.

Felicia actuó por puro instinto. Agarrando a Algernon por los hombros, tiró de él hacia atrás justo cuando el coche pasó rozando, tan cerca que sintió la fría ráfaga de aire rodar sobre ellos como una ola. Cayeron hacia atrás, aterrizando en un montón de narcisos.

—¿Algernon? —Felicia sacudió el cuerpo inmóvil sobre ella, con el corazón en la boca—. ¿¡Algie!?

De repente, él levantó la cabeza, mirando frenéticamente a ambos lados.

—¿Y la tarta? ¿¡Está bien!?

Al ver la lata tirada al lado de un tocón de madera cercano, se arrastró hacia ella y levantó la tapa.

—Me alegra ver que tienes claras tus prioridades —dijo Felicia temblorosamente, poniéndose en pie y teniendo que agarrarse al respaldo de un banco para mantener el equilibrio. Miró a lo largo de la calle, pero el coche había desaparecido—. Vamos, será mejor que entremos, antes de que pase algo más.

Capítulo 16

—¿Y cree que fue a propósito?

La voz atronadora del sargento Pettifer resonó en la pequeña cocina de vigas bajas. Felicia se acercó a la puerta de la casa, asomando la cabeza antes de cerrarla y echar el pestillo.

—No quiero que Algernon oiga nada de esto —explicó en voz baja —. Por lo que a él respecta, fue un accidente.

Doce años podían ser suficientes para saber algunas cosas, pero no todo, se dijo Felicia en silencio. Los pensamientos que circulaban por su cabeza en ese momento eran cosas que ningún niño debería tener que afrontar.

Pettifer asintió y continuó con lo que, aunque pretendía ser una voz más baja, no mostraba diferencia perceptible en el volumen.

—¿Y dice que el coche fue directo hacia ustedes? ¿No podría ser simplemente que iba demasiado rápido? Es una calle estrecha.

—Prácticamente se subió a la acera, sargento.

—De acuerdo. —Pettifer garabateó en su libreta. Ella se preguntó cómo sería su letra. Atroz, a juzgar por la forma de los garabatos que hacía. Empezaba a sospechar que en realidad no tomaba notas, sino que lo hacía por aparentar—. ¿Y no pudo ver bien el coche?

—No pude ver nada del coche —respondió Felicia—. Ya se lo he dicho, puso las luces largas. Solo podía ver los faros. Ni siquiera podría decir de qué color era.

—Qué curioso —dijo una voz aterciopelada tras ella—. Eso me interesa muchísimo.

Felicia se giró y vio a un hombre en el umbral de la puerta.

No era alto, pero su cuerpo era proporcionado, pulcro, elegante…, casi etéreo, decidió Felicia, algo sorprendida por la elección de la palabra. No era una que normalmente se usara para describir a un hombre, pero con él parecía encajar. Su pelo era literalmente plateado, peinado hacia atrás desde una frente prominente, bajo la cual, unos rasgos finos y afilados se agrupaban en el centro de su rostro, flanqueados por dos pómulos muy marcados. No parecía tan mayor como para tener el pelo así de gris de forma natural —era difícil decir con exactitud su edad, pero Felicia calculó que unos cuarenta y cinco como máximo. Sus ojos eran de un azul glacial, con un toque de violeta, y apenas se movían. Vestía impecablemente, con un traje de tres piezas gris claro que hacía juego con su pelo. La chaqueta estaba desabrochada, las manos en los bolsillos. Era extrañamente atractivo, de una manera inquietante e impredecible. Le recordaba a un zorro. Un zorro ártico, plateado y silencioso, vigilante desde la distancia. Permanecía inmóvil, como si hubiera estado aguardando allí durante horas. Aunque eso no podía ser, recordó alarmada Felicia de repente. Esa era la puerta que acababa de cerrar. Había echado el pestillo hacía solo un momento.

—¿Y usted es? —logró preguntar, aunque en realidad ya lo sabía.

—Disculpen mis modales. —El hombre dio un paso adelante, extendiendo una mano. El tipo de mano que ella esperaba en alguien como él. Una mano de pianista, pálida y de dedos largos, con uñas finas y afiladas—. Inspector jefe Heavenly, a su servicio. Lamento no haber llegado antes. Estaba en un evento importante y el mensaje no me llegó a tiempo. —Un sutil movimiento en su mejilla mostró su desagrado—. Pero vine tan pronto como me enteré. Sabía que esto requería mi presencia personal. Un incidente tan angustioso para todos nosotros. Para todo el pueblo, de hecho.

Felicia intentó mantener la compostura, pero, por primera vez, su cortesía innata le falló.

—¿Y dos asesinatos no lo eran?

Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera detenerlas, incrédulas y acusadoras. Algo atravesó fugazmente el rostro del inspector, demasiado rápido para que Felicia pudiera identificarlo,

pero la sensación que dejó en su subconsciente quedó grabada a fuego.

—Prefiero mantenerme al margen durante las investigaciones, señora Grant —respondió el inspector, con un tono cortante que reemplazó por completo su anterior actitud servil—. Es mi método. Poco ortodoxo, lo admito, pero es eficaz.

—¡Señorita Grant! —exclamó Felicia, levantando las manos en un gesto de frustración, finalmente superada por completo. Quizá fuera un asunto menor dadas las circunstancias, pero después de la noche que había tenido, aquello fue la gota que colmó el vaso—. ¡Mi apellido es Grant! Siempre lo ha sido. Subastas Grant. ¿Por qué nadie parece entenderlo?

Para su desagrado, nadie pareció particularmente conmovido por su arrebato… Salvo el sargento Pettifer, que mostró una expresión tímida de disculpa en su rostro, despertando en ella una repentina simpatía hacia él.

—Claro —dijo el inspector, volviéndose hacia Dexter—. Debería haberme dado cuenta de que usted había adoptado su apellido.

Probablemente aparecía en ese montón de información de antecedentes que le esperaba en su escritorio de la comisaría. Debido a la velocidad con que progresaban los acontecimientos en aquel caso, ni siquiera había tenido la oportunidad de echarle un vistazo todavía.

—Es un incordio —refunfuñó Dexter—. Incluso en estos tiempos. Es una pesadilla administrativa. A veces desearía no haberlo hecho.

—Créeme, fue una buena decisión —dijo Felicia sentidamente.

Pettifer tomó nota mental inmediatamente de buscar el nombre de nacimiento de Dexter Grant. Solo por diversión.

Mientras tanto, Heavenly parecía poco interesado en la desviación del tema.

—¿Podemos volver al asunto que nos ocupa? Dígame…, señorita Grant…, ¿por qué cree que alguien querría hacerle daño?

—Por esto. —Felicia, claramente preparada para la pregunta, tomó el periódico de la mesa de la cocina, lo desplegó con ímpetu y señaló la primera página.

En ella, el titular anunciaba: «UNA SUBASTADORA, TESTIGO PRINCIPAL EN UN DOBLE ASESINATO».

—No estoy seguro de que eso sea del todo correcto —reflexionó Dexter—. Es decir, ¿un doble asesinato no sería cuando matan a dos personas juntas, al mismo tiempo?

Todos en la habitación lo fulminaron con la mirada.

—Alguien tiene que defender el idioma —murmuró él, retrocediendo hacia la esquina.

Felicia se volvió hacia Heavenly, señalando el periódico de nuevo.

—Incluso me advirtieron hoy sobre esto. Me dijeron que debía tener cuidado. No le presté mucha atención, pero ahora…

—¿Ahora qué? ¿Alguien acelera desde un aparcamiento un poco rápido? Esta ciudad está llena de conductores ancianos, señorita Grant. La mitad apenas puede ver por encima del volante. —Le dirigió una mirada compasiva—. No dejemos que los acontecimientos de los últimos días disparen nuestra imaginación.

Pettifer torció el gesto. Felicia Grant no era de esas mujeres que aceptaban el paternalismo sin protestar.

La transformación en su rostro fue inmediata, confirmando las sospechas del sargento.

—¿Y por qué está aquí, inspector, si cree que esto fue solo un accidente? —La voz de Felicia tenía ese filo frío y cortante que el sargento conocía bien cada vez que la contrariaba. Su efecto era como el de un viento helado congelando todo a su paso.

—Nunca he dicho eso, señorita Grant —contestó Heavenly con suavidad—. Solo cuestionaba su versión de los hechos, eso es todo.

Hubo una pausa. Entonces…

—¿Cree que me lo estoy inventando? —Felicia parecía consternada —. ¿Por qué haría eso?

—Puede que haya estado invisible durante esta investigación, pero no he estado ocioso. —Heavenly había comenzado a pasear, como hacía siempre que se entregaba a uno de sus monólogos.

Pettifer, con cierto sarcasmo, pensó que se creía un Sherlock Holmes en pleno análisis. Pero, tras solo tres pasos, la pared lo obligó a girar, molesto por las dimensiones limitadas de la

arquitectura del siglo XVII, que le arruinaban el efecto dramático que buscaba.

—He leído los expedientes, los informes, las notas de las entrevistas. Y dos personas destacan muy claramente en todo esto. Dos personas que aparecieron de forma repentina en la ciudad la mañana del primer asesinato. Dos personas que tropezaron bastante oportunamente con el segundo cadáver. Dos personas que, al ser interrogadas, han dado explicaciones vagas y, en ocasiones, incluso fantásticas —añadió, mirando con intención a Dexter— sobre lo que hacían y por qué.

Así que eso era lo que Heavenly había ido a hacer allí realmente. Pettifer sintió que el presentimiento que le había estado molestando desde que su superior apareció en la puerta se transformaba en una fría y desagradable revelación.

Claramente, Felicia también lo notó, porque sus ojos se abrieron con alarma. Pero fue Dexter quien se adelantó. Sin parecer en absoluto perturbado por la insinuación de que podría estar involucrado en dos asesinatos, abrió las palmas y dijo:

—Mire, inspector, no puede hablar en serio. Ya hemos pasado por esto. Felicia no pudo haber hecho nada. Estuvo en el estrado todo el tiempo.

Felicia le lanzó una mirada que rozaba el agradecimiento, aunque era evidente que no estaba dispuesta a dejar que ese gesto la comprometiera en absoluto.

—Sí, pero usted no lo estuvo, ¿verdad, señor? —Heavenly se volvió hacia él. Había un destello de triunfo en su mirada. Sus labios se separaron ligeramente, dejando entrever unos caninos blancos y relucientes.

El sargento Pettifer cerró los ojos y barajó otras opciones profesionales.

Dexter comprendió al fin que Heavenly no estaba bromeando. Por un breve momento, pareció quedarse sin palabras, algo que el sargento dudaba que le pasara a menudo. Sin embargo, no tardó en recomponerse.

—Bueno, no, pero todo el mundo me vio llegar después de que ocurriera el asesinato —señaló desafiante—. Hay toda una sala llena

de gente que puede jurarlo.

—Lo que vieron fue que entraste armando un gran espectáculo. Nada demuestra que no estuvieras antes allí, mezclándote discretamente entre la multitud.

Por un momento, la preocupación de Dexter fue superada por la ofensa mortal ante la idea de que pudiera pasar desapercibido.

—Por lo que sabemos, podrían haber estado confabulados.

Heavenly parecía cada vez más entusiasmado con sus elucubraciones, hablando más para sí mismo que para los demás. Caminaba de un lado a otro en breves impulsos, como si estuviera disfrutando del momento.

—Sí, eso tiene sentido. Todas las miradas en ella mientras él hacía tranquilamente el trabajo.

Hubo un momento de silencio atónito. El sargento Pettifer sintió ganas de enterrar la cabeza entre las manos.

—¿Confabulados? —balbuceó Dexter, incrédulo.

—¿El trabajo? —murmuró Felicia débilmente.

El sargento Pettifer miró al techo y se preguntó si aquel trabajo en la fábrica del primo de su mujer seguiría disponible.

—Para que me quede claro —comenzó Felicia en voz baja—. ¿Nos está acusando de cometer dos asesinatos?

El ambiente en la habitación se había vuelto repentinamente muy tenso. Era como una obra de teatro farsesca, con todos de pie en sus lugares, congelados. Y, sin embargo, nada de aquello tenía gracia. De repente, Pettifer sintió que algo lo sacaba de su letargo, devolviéndolo a la realidad. Y sin perder más tiempo, pasó a la acción.

—Por supuesto que no —respondió rápido el sargento, antes de que Heavenly pudiera decir nada—. Nunca haríamos algo tan poco profesional, ¿verdad, señor?

La temperatura del aire descendió varios grados. Heavenly estaba visiblemente furioso, con el rostro más tenso que nunca. Felicia notó su mano cerrada en un puño tembloroso, como si estuviera luchando por controlarse. Por primera vez, sintió un verdadero escalofrío. Parecía que todo en él pendía de un hilo, oculto tras una máscara de falsa serenidad.

El inspector tomó una respiración lenta y profunda. Luego abrió los ojos y forzó una sonrisa.

—Nada tan dramático, señorita Grant. —Volvía a tener el mismo tono complaciente del principio, y eso a Felicia le pareció todavía peor. Tuvo que contenerse para no retroceder unos pasos—. Es sorprendente la imaginación que tienen ustedes los del mundo del arte; lo encuentro fascinante. —Rio de manera forzada—. No, estas eran solo preguntas informales, una extravagancia por mi parte, lo admito. Pero me gusta pensar en todas las posibilidades. Quiero que el pueblo vea que no dejaré ninguna piedra sin voltear ni duda sin resolver en mi búsqueda de la verdad.

Dexter alzó una de sus cejas oscuras.

—¿Su búsqueda?

—Nuestra. La policía. Las familias. Todo el pueblo. Todos merecemos respuestas, ¿no cree?

—En ese caso, aún tiene muchas más piedras que levantar. —De repente, estar a menos de tres metros de aquel hombre se hizo insoportable para Felicia. Se movió hacia la puerta con pasos firmes —. No debemos entretenerle más.

El rostro del inspector se tensó aún más. Felicia notó que un músculo de su mejilla volvía a temblar. Durante un incómodo momento, pensó que iba a discutir, pero entonces se giró sobre sus talones y salió a grandes zancadas, ordenando a Pettifer que lo siguiera. El sargento obedeció, pero antes indicó con un movimiento de cabeza a Felicia que lo acompañara al pasillo. La puerta principal estaba completamente abierta, pues Heavenly la había estrellado contra la pared con evidente irritación. Pettifer se detuvo en el umbral, mientras la pequeña luz del farol exterior iluminaba sus rasgos con un resplandor anaranjado.

—¿Siempre es así? —intentó bromear Felicia—. Porque, si es así, entiendo por qué parece perpetuamente estresado.

—Tenga cuidado —le advirtió el sargento en voz baja por la comisura de la boca, y ella comprendió que ya no hablaban de Heavenly.

—Entonces, ¿cree que alguien intentó…?

—No sé qué pensar, ¿de acuerdo? Eso es lo que me preocupa. Solo le pido que sea precavida, ¿vale? No haga nada temerario.

Cualquier alivio que sintió al ver que él le creía al menos en parte se desvaneció rápidamente, dando paso a una emoción menos amable. Cruzó los brazos con actitud desafiante.

—¿Temerario como qué exactamente? ¿Como querer averiguar quién podría estar intentando matarme antes de que atente contra mí de nuevo? —Su tono de voz era duro, sarcástico—. ¿Se refiere a ese tipo de cosas? ¿Preferiría que me sentara tranquilamente a esperar que me liquiden? Sí, eso es mucho más sensato.

—Mire, haré lo que pueda. Pero ahora Heavenly está en medio, tengo las manos atadas. No puedo ayudarla tanto como podría haber hecho antes.

Parecía arrepentido de verdad y, habiendo visto a Heavenly en acción, ella podía entender en qué situación tan difícil se encontraba el sargento. Si la ayudaba, tendría que ir en contra de su superior. Su superior irascible y no del todo equilibrado, además. Toda su carrera podría estar en juego. Entonces, Felicia sintió que se ablandaba un poco.

—Me ayudó esta noche —dijo ella con tono suave—. Gracias por no dejar que nos arrestaran.

Pettifer se encogió de hombros.

—De todos modos, no tenía motivos para hacerlo; habría sido un desastre para su imagen pública. Aunque no lo entenderá —añadió el sargento, con una mirada pesarosa hacia la oscuridad, donde presumiblemente Heavenly aguardaba impaciente—. Nunca lo hace. Me echará la bronca de mi vida en cuanto estemos lo bastante lejos para que no le oigan.

Felicia hizo una mueca.

—Lo siento.

—No importa. Usted solo haga lo que le pedí, ¿de acuerdo? —La señaló con un dedo rechoncho—. Lo último que quiero es encontrar su cadáver en alguna parte.

—¿Se está encariñando conmigo? —bromeó ella.

—Qué va. Es para librarme de todo el papeleo.

El sargento sonrió, pero su expresión se transformó rápidamente en una mueca de disgusto cuando una voz quejumbrosa chilló:

—¡Pettifer! ¿Dónde está?

—Allá voy… —murmuró, desapareciendo en la noche para reunirse con su superior.

Mientras los dos hombres se alejaban, Felicia pudo oír a Heavenly siseando furioso:

—Lo pagará caro, sargento. ¿Cómo se atreve a interferir en mi interrogatorio?

Felicia cerró la puerta principal, sintiéndose un poco culpable por dejar a Pettifer a merced de la ira de Heavenly, pero sabiendo que no había mucho que pudiera hacer. Esa era su batalla. En ese momento, ella tenía la suya propia.

—¿Vas a hacerle caso?

Una voz tranquila la hizo girar de manera brusca. Dexter estaba apoyado en el marco de la puerta de la cocina, con las manos en los bolsillos, observándola fijamente.

Ella alzó la barbilla a la defensiva.

—¿Nadie te ha dicho que es de mala educación escuchar a escondidas?

—Así que no lo harás —asintió con cansancio—. No puedo decir que me sorprenda. Nunca se te ha dado bien aceptar consejos ajenos.

—Resulta que tampoco se me da bien quedarme sentada esperando a que me maten —espetó ella, con una bravuconería que, a decir verdad, no sentía realmente. Pero era mejor que la alternativa, que era esconderse bajo el edredón y sucumbir al terror y la impotencia que arañaban los bordes de su consciencia—. Tengo que hacer algo. Si la policía no va a investigarlo, lo haré yo misma.

No estaba muy segura de dónde había salido esa última declaración, pero se dio cuenta de que lo decía en serio.

Por desgracia, Dexter eligió ese momento para expresar en voz alta lo que ella estaba pensando.

—Oh, ¿en serio?, ¿y cómo vas a hacer eso? Eres tasadora de antigüedades, Felicia, no detective.

Más tarde, se diría a sí misma que fue su tono lo que la hizo reaccionar. Que podría haberse echado atrás, podría haber cambiado de opinión… de no ser por el desdeñoso tono de incredulidad en su voz en aquel momento. Aquello encendió en ella una chispa de rebeldía, una vieja obstinación que reforzó cada fibra de su determinación. Lo miró con frialdad.

—Estoy acostumbrada a ser observadora, a hacer las preguntas correctas. Estoy segura de que esas habilidades me serán bastante útiles.

Y, además, reflexionó en silencio mientras subía las escaleras con aire digno, dejándolo mirándola boquiabierto, ¿qué otra opción tenía realmente?

Era una noche fría. Stamford yacía en silencio, los *pubs* habían cerrado sus puertas hacía horas y las luces de las ventanas circundantes se iban apagando una a una. La única iluminación provenía del tenue resplandor de las farolas, formando charcos ambarinos en la acera. En lo alto, la luna luchaba contra el fino velo de nubes que la ocultaba, rodeada por un halo pálido y fantasmal.

Incluso si alguien hubiera estado por allí para ver la sombra deslizarse por los adoquines de Red Lion Square, era poco probable que la hubiera notado. Era cautelosa, bordeando los límites del alcance de la luz, manteniéndose en los rincones más oscuros bajo los edificios. Incluso si alguien hubiera estado por allí para verla escurrirse por detrás de la iglesia hacia la empinada cuesta de Barn Hill, era poco probable que le hubiera prestado mucha atención, perdido como habría estado en sus propios pensamientos, en su propio deseo de llegar a casa a esas horas.

Si alguien hubiera estado por allí para verla fundirse bajo el arco vacío para carruajes de Halliday House…, bueno, eso quizá les habría hecho detenerse. Al fin y al cabo, todo el mundo en el pueblo sabía que aquel lugar seguía siendo la escena de un crimen.

Pero tal como estaban las cosas, no importaba. Porque no había nadie por allí. Nadie vio nada. Y la sombra se movió silenciosamente hacia la parte trasera de la casa, donde una pequeña ventana,

colocada a una altura excesiva, delineaba el extremo más humilde de las dependencias del servicio. Ninguna vista al jardín para las criadas mientras lavaban ollas y pelaban verduras; los arquitectos georgianos se habían asegurado de ello.

La sombra se detuvo un momento, una mancha de oscuridad contra la pálida pared de piedra. Parecía estar contemplando la ventana pensativamente. Entonces, pareció tomar una decisión. Desapareció momentáneamente en los cobertizos, reapareciendo con una pala de jardín oxidada, que encajó hacia arriba en el marco de madera desmoronado de la ventana. Con un sonido esponjoso de astillas, el marco cedió al instante, y la ventana se abrió de golpe con una súbita ráfaga de aire.

Si alguien hubiera estado por allí en ese momento, habría visto a la luna liberarse finalmente de su prisión neblinosa, derramando una fría luz plateada sobre la escena, derritiendo el manto sombrío de la figura de abajo. De repente, ya no era una forma vaga, sino una persona. Una persona que sonreía para sí misma.

Pero no había nadie por allí para ver. Y así, la figura plateada se apoyó contra la áspera pared de piedra y se impulsó hacia arriba, deslizándose silenciosamente por la abertura para reunirse con las sombras del interior.

Capítulo 17

A media mañana del lunes, Felicia se vio obligada a admitir el irritante hecho de que Dexter tenía razón. Cualquier estimulante visión de sí misma como una detective aficionada con talento que aplicaba sus conocimientos profesionales específicos al espinoso asunto de resolver crímenes se desvanecía ante sus ojos más rápido que un terrón de azúcar en una copa de champán mientras observaba los montones de información inútil y nada reveladora que había reunido a su alrededor. No había forma de evitarlo: no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Y lo que era peor, ni siquiera sabía por dónde empezar.

Había estado revisando la lista de compradores registrados de la subasta del sábado, con la esperanza de que algo, o más bien alguien, le llamara la atención. Alguien en aquella sala quería matarla y no tenía ni idea de quién. Era casi paralizante pensarlo, así que obligó a su mente a centrarse en los aspectos prácticos.

Sin duda, alguien debía haber actuado de forma sospechosa, debía haberse delatado de alguna manera. Frunció el ceño, forzándose a recordar. Pero lo único que se le ocurría era que la mitad de la sala había actuado de una forma que la mayoría de la gente calificaría como extraña o sospechosa. Era un riesgo laboral cuando se reunía a un grupo de anticuarios.

Y así quedaban sus supuestas habilidades transferibles.

Felicia dejó caer la cabeza sobre una pila de antiguos catálogos de subastas con un gemido. Era inútil.

—No va muy bien, ¿verdad? —Hugo asomó la cabeza por la puerta con nerviosismo y una taza de té en la mano.

Felicia cerró la pantalla apresuradamente y luego se dio cuenta de lo absurdo que había sido eso. Después de todo, no había ninguna razón por la que no debiera estar mirando la lista de compradores. De hecho, era algo necesario después de una subasta. Hugo no habría pensado nada malo de ello. Aunque ahora que se comportaba de manera tan nerviosa, podría notar que algo iba mal; justo lo que había estado tratando de evitar.

De hecho, la estaba mirando con curiosidad.

—¿Estás bien? Mira, no tienes por qué estar aquí, Felicia. Nosotros podemos manejarlo. Has tenido un fin de semana infernal, nadie te culparía por tomarte un día tranquilo.

Felicia reprimió una risa ahogada. ¿Un día tranquilo? ¿Con un asesino pisándole los talones?

Aunque, por supuesto, Hugo no sabía esa última parte. Nadie lo sabía. Pensó que era mejor guardárselo para sí misma. Además, si la policía ni siquiera la creía, ¿quién más lo haría? Solo parecería que había perdido la cabeza.

Y había otro pequeño factor a tener en cuenta. Esa persona podía ser cualquiera. Era un pueblo comercial, de esos donde salir a hacer un recado por la mañana llevaba cuarenta minutos en lugar de cuatro debido a la cantidad de conocidos con los que uno se cruzaba. La calle principal en una mañana de entre semana era un verdadero centro neurálgico, las noticias se difundían rápidamente entre cafés espumosos y hogazas de pan de masa madre recién horneadas envueltas en papel marrón. Cualquier conversación, por abierta e inocente que fuera, podría llegar a oídos de quien estuviera detrás de todo eso.

Por lo que su adversario sabía, Felicia pensaba que el incidente de la noche anterior no había sido más que un accidente. Esa parecía ser la suposición natural de la policía, así que el asesino sin duda esperaba que ella pensara lo mismo. Era una suposición que no tenía ningún deseo de desmentir. Que pensaran que estaban a salvo.

—En realidad, estoy mejor aquí —aseguró a Hugo. Y no solo porque era donde se sentía más segura, añadió en silencio. Su propio territorio—. Además, no puedo dejarte en la estacada, no mientras papá está fuera de combate. Lo mínimo que puedo hacer

es responder algunos correos. —Sus ojos recorrieron la pantalla con dudas—. Eh… Ha vetado a bastante gente, ¿no?

Al igual que una tienda o un *pub* podían negarse a atender a un cliente, las casas de subastas tenían derecho a rechazar las pujas de una persona. A veces podía ser por sospecha de fraude, aunque lo más frecuente era porque la persona no había pagado algo que había comprado en una subasta anterior. Técnicamente, pujar en una subasta era un contrato legalmente vinculante, pero si alguien se negaba a pagar después, no había mucho que la casa de subastas pudiera hacer, salvo prohibirles comprar en futuras subastas. Ocurría mucho con los comerciantes, ya fuera porque no habían examinado algo correctamente de antemano o porque habían dejado una puja en algo y luego se habían quedado sin dinero.

—Oh, sí, le encanta vetar a la gente —dijo Hugo alegremente, dando un sorbo a su té. Felicia notó, algo contrariada, que la taza tenía el logotipo de *El buscador de tesoros* estampado—. Ya sabes cómo es. Comerciantes que se quedan sin dinero y no pagan las cosas. Una vez persiguió al viejo Dodger Wells con una escopeta. Aunque sigue volviendo, la verdad. Nada lo desanima.

—La vida en una subasta rural —bromeó Felicia con voz débil, intentando no pensar en la posible denuncia por agresión que podría haber enfrentado—. Hazte a un lado, James Herriot. Alguien debería escribir un libro sobre esto.

—Creo que alguien lo ha hecho. —El teléfono empezó a sonar en la planta baja y Hugo hizo una mueca—. Ya estamos otra vez. Todos quieren saber cuándo pueden venir a recoger sus compras, y no sé qué decirles. La policía no nos ha dado información sobre cuándo podemos entregar los artículos. Los estoy despachando con la excusa de que siguen formando parte de la escena del crimen.

—Pero si ya saben que el arma no procedía de aquí, ¿no deberían liberar todo lo demás?

—Pienso lo mismo. Pero no me apetece preguntárselo a ese sargento, ¿a ti sí? Es bastante intimidante.

—Oh, no es para tanto —afirmó Felicia, sintiendo que debía defender a Pettifer—. Es puro teatro.

—Si tú lo dices —respondió Hugo con escepticismo—. ¿Sabes? Te sorprendería saber quiénes son los que más insisten para conseguir sus cosas. Pensarías que serían los anticuarios más curtidos, pero no. ¡Son las dulces ancianitas! Y las hermanas Belvedere. —Ante la mirada perdida de Felicia, insistió—: Ya sabes, las… etéreas. Viven en Kesteven Hall, justo al otro lado de la frontera. Su madre es Lady Fernleigh —añadió, arqueando una de sus cejas rojizas—. No parece que tengan una necesidad urgente, ¿verdad? Pero por cómo se comportan…

—¿Kesteven Hall? —Felicia visualizó la monstruosidad de piedra gris en su mente. Era un monumento local, una de las fincas más antiguas del país. Había oído algo sobre las herederas; eran chicas de la alta sociedad, despreocupadas, que iban de una recepción con champán a otra y se veían envueltas en algún que otro escándalo de vez en cuando—. ¿Qué querrían comprar aquí? Tienen una casa llena de muebles de Chippendale y obras de grandes maestros.

Había oído que en uno de los pasillos colgaba un Constable, como si fuera un cuadro cualquiera, rodeado de grabados de caza sin valor. La idea era suficiente para hacer desmayar a cualquier historiador de arte respetable.

—Han montado un negocio de antigüedades. Las hijas, me refiero. Todo *online*, por supuesto. Me juego algo a que venden cosas rústicas a sus amigos de Londres a precios desorbitados.

Había cierto resentimiento en su voz que la sorprendió; normalmente, Hugo era tan apacible, tan poco dado a juzgar. Era una de las razones por las que era tan bueno de cara al público. Tan diferente a su padre, con su temperamento explosivo, su incapacidad para lidiar con la más mínima inconveniencia sin perder los estribos.

—No sé cómo voy a quitármelas de encima otra vez —suspiró Hugo con tristeza—. Ya han llamado dos veces.

Más por impulso que otra cosa, Felicia volvió a la lista de compradores y tecleó el apellido en el buscador. Apareció un nombre comercial: Intaglio Vintage Homeware, registrado a nombre de Francesca y Olivia Belvedere en Kesteven Hall. Se recostó en su silla, pensativa. Las recordaba. Por alguna razón, le habían llamado más

la atención que nadie aquel día. Quizá porque literalmente destacaban entre los demás, con sus vestidos brillantes y vaporosos, sus sombreros de ala ancha y su pelo con mechas *balayage* onduladas con tenacillas para conseguir un efecto meticulosamente natural. Había pensado que parecían forasteras y, en cierto modo, tenía razón.

Desde luego, habían estado por todas partes durante la subasta. Cada vez que levantaba la vista, estaban en un lugar diferente de la sala. ¿Y no las había visto en algún momento cerca del armario jacobino?

Resultaba arriesgado, sin duda. Pero era mejor que nada. Era un punto de partida.

De algún modo, parecía haber tomado la decisión sin darse cuenta. Tomó su teléfono y seleccionó un número de las llamadas recientes.

—¿Sargento? Soy Felicia Grant. Me preguntaba… ¿Cómo dice? Ah, sí, sí, estoy bien. No, no hay más… eh, cadáveres. Escuche, llamaba para preguntarle por los lotes de la sala de subastas. Teniendo en cuenta que el arma homicida no podía estar entre ellos, seguramente ya no sean de utilidad para su investigación, ¿puedo entregárselos a sus legítimos propietarios? —Una pausa, después—: Gracias, es de gran ayuda. Sí, le llamaré si hay más… incidentes.

Hugo la miraba con algo parecido a la admiración. Sintiéndose cohibida, se levantó con decisión.

—Pídele a Amelia que empaquete sus lotes, ¿quieres? Voy a dar un servicio de primera a nuestras damas de la mansión.

El viaje a Kesteven Hall implicaba cruzar la frontera hasta el condado vecino, una hazaña que no resultaba tan audaz como parecía, teniendo en cuenta que su pueblo se alzaba justo en el cruce de cuatro de ellos. Tras maniobrar su coche fuera del estrecho espacio de estacionamiento en Water Street, solo quedaba atravesar el puente, bordear la curva de St Mary’s Street y abandonar el pueblo por su límite occidental, pasando frente a la fila de casas

adosadas de estilo italiano conocidas como Rutland Terrace, con sus balcones de hierro forjado y ventanas arqueadas.

Más allá se encontraba Tinwell Road, con sus mansiones independientes, y antes de darse cuenta, había salido por completo de Lincolnshire; un discreto cartel a un lado de la carretera le daba la bienvenida a Rutland, el condado más pequeño de Inglaterra y orgulloso portador del lema *Multum in parvo* o, en términos más modernos, «mucho en poco». Aunque era un hecho bastante aceptado que no ocurría gran cosa en Rutland —a solo media hora en coche de un extremo a otro y con solo dos pequeños pueblos comerciales como muestra de civilización, tenía una larga historia de haber sido absorbido por otros condados, aunque había recuperado su independencia en los años setenta—, era innegable que, lo que a los habitantes de Rutland, al igual que a los de Stamford, les faltaba en número, lo compensaban con un feroz orgullo local. Y no sin razón; así como Stamford albergaba una de las fincas isabelinas más importantes de Inglaterra —por no mencionar los mundialmente famosos concursos hípicos que tenían lugar en sus terrenos cada septiembre—, Rutland poseía el embalse más grande del país: Rutland Water. El enorme lago, dividido por las ondulantes colinas de la península de Hambleton, era un imán para ciclistas, caminantes, entusiastas de los deportes acuáticos y conservacionistas.

Ahora lo vislumbraba mientras subía por el largo camino arbolado que conducía hasta la mansión, una brillante extensión plateada bajo el sol de media mañana. En un juego de expectación bastante ingenioso, diseñado por algún paisajista del siglo XVIII, el edificio no aparecía hasta el último momento, surgiendo de repente tras un montículo cubierto de hierba como un acantilado que se alzaba desde la tierra. A pesar de su apelativo de aire doméstico, era una edificación imponente, más parecida a un castillo que a una casa, pensada para atender las preocupaciones de la guerra medieval en lugar de la belleza o la comodidad que pudieran desear sus habitantes. Ocupaba un lugar privilegiado en un raro y elevado trozo de terreno que dominaba el campo circundante, demasiado raro, de hecho, para ser del todo convincente. El paisaje campestre de Rutland era ondulado y bucólico, y Felicia sospechaba que el

montículo sobre el que se asentaba el edificio era más artificial que natural.

No obstante, ofrecía una vista maravillosa. Felicia se detuvo un momento al salir del coche, incapaz de no tomarse un instante para contemplarlo. Las colinas verdes y el cielo azul eran algo de lo que los ojos nunca se cansaban, y había estado en Londres tanto tiempo que no recordaba una vista que no fuera gris.

—No está mal, ¿verdad?

Felicia se giró y vio a una mujer pequeña con una cesta de mimbre llena de una impresionante cantidad de tulipanes con bordes rizados en tonos de helado marmoleado de frambuesa. En la cabeza llevaba un viejo sombrero de paja maltratado, salpicado de agujeros, bajo el cual una lustrosa melena oscura caía sobre sus delgados hombros. Una mano, cubierta con un guante de jardinería, que en su día había sido de estampado rosa, pero ahora estaba tan incrustado de tierra que apenas se distinguía, sujetaba unas tijeras de podar. La otra estaba desnuda, revelando unos dedos delicados, el cuarto de los cuales estaba adornado con el diamante más grande que Felicia había visto jamás. El resultado era desconcertante, pues emanaba dejadez y deslumbrante glamur al mismo tiempo. En la experiencia de Felicia, solo había una clase de persona que pudiera crear semejante efecto imposible.

—Es precioso —respondió Felicia con sinceridad—. No se encuentran muchas vistas como esta, especialmente por aquí.

—Sí, bueno, al menos acertaron con la ubicación —dijo *lady* Fernleigh con voz estridente—. Lo único que hicieron bien, la verdad. —Miró la mansión a sus espaldas con expresión resignada—. Aunque en aquella época solo pensaban en matarse unos a otros.

Con la cabeza echada hacia atrás y la luz brillando bajo el ala del sombrero, Felicia por fin pudo verle la cara con claridad. Bien conservada pero cansada, esa fue la impresión inmediata que le dio.

—Soy de la casa de subastas —informó Felicia, señalando la caja que llevaba en los brazos—. Sus hijas compraron algunos artículos el sábado.

—Ah, sí, su pequeño negocio. Parece que les va bastante bien. Les dije que tenían que hacer algo; en Londres se juntaban con gente

demasiado moderna. Les daban ideas. Hay mucho nuevo rico últimamente, ya ve. La aristocracia de toda la vida está muy bien, pero no sirve de nada si el dinero desaparece. —Golpeó con el pie contra el suelo del vestíbulo—. Todo está invertido aquí, y se escurre como por un desagüe. Esa es la realidad. No voy a mantenerlo para siempre. Les dije: «Regresad, aprended algo de negocios, ganad dinero. Lo necesitaréis cuando esto sea vuestro». —Alzó la cesta en el brazo y miró a Felicia con aire pensativo—. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

Su voz era cultivada, como era de esperar, pero también ronca; el sello distintivo de una vida pasada a la intemperie. Felicia se sintió inmediatamente atraída por aquella mujer. Podía entender cómo se había ganado la reputación de ser una especie de dragón, pero desde su punto de vista, su espontánea franqueza resultaba bastante refrescante.

—Grant. —Felicia era demasiado educada como para decir que no lo había mencionado antes—. Felicia Grant. De la subasta en Stamford.

—¡Ah, claro, la hija de Peter! —Los ojos verdes de la mujer parecieron iluminarse desde dentro, brillando con nostalgia.

Seguía siendo una mujer atractiva, pero en ese momento Felicia pudo apreciar lo increíblemente hermosa que debió de haber sido en el pasado. No era de extrañar que hubiera atraído la mirada del duque, aunque muchos se sorprendieron en su momento. El heredero de una de las fincas más antiguas del país casándose con la hija de un carnicero de Northampton que casualmente estaba en el polo un día después de que algunos clientes de sus padres les dieran entradas sobrantes. Era un cuento de hadas muy conocido por la zona.

—Vaya, menudo era de joven. Siempre con ese brillo en sus ojos azules. Hace años que no lo veo, ¿cómo está?

—No está en su mejor momento ahora mismo. Se ha roto una pierna, y la inactividad no es precisamente su fuerte. Todos nos alegraremos cuando vuelva a estar en pie.

—Mi querido Peter —dijo *lady* Fernleigh con aire soñador.

Demasiado soñador, pensó Felicia, mirándola con repentina cautela. Así que decidió cambiar de tema:

—Hemos tenido unos días bastante ajetreados, como puede imaginar. Después del asesinato…

—¿Asesinato? —*Lady* Fernleigh parpadeó desconcertada—. Ah, sí, las chicas mencionaron algo. Estoy bastante aislada aquí arriba, bastante al margen de todo. Tan solo mi jardín y yo. —Miró con amor los tulipanes de su cesta—. Algo que es realmente mío. Aunque he tenido que ceder estos para los arreglos florales; tenemos un concierto más tarde. Lo llaman *Sinfonías de primavera*.

—No lo sabía. En ese caso, dejaré esto y me iré. Debe de tener tanto que hacer…

—Oh, siempre hay algo por aquí. Gente paseando por la casa y el jardín. Es un incordio, pero los eventos los pagan muy bien. Mejor que cualquier otra cosa. —Suspiró—. Y una debe ser práctica. He tenido que ser práctica toda mi vida. Monty, que en paz descanse, no servía para nada, así que tuve que ocuparme yo. A veces me pregunto, si lo hubiera sabido…, pero no se puede volver atrás… —Se quedó callada, mirando en silencio a lo lejos… Entonces, se sacudió de repente y le dedicó a Felicia una sonrisa tan brillante que la tomó por sorpresa—. Disculpe mis fantasías. ¿Dónde estábamos? Ah, sí, la casa de subastas. —Enlazó su brazo libre con el de Felicia, guiándola hacia el puente levadizo que cruzaba el foso—. Son tan fascinante las subastas. La gente está tan interesada. Y yo me pregunto… Tenemos un evento aquí el mes que viene, una gala. Una subasta podría ser justo lo que necesitamos, ¿no cree? Para caridad, por supuesto. Sería fabuloso que la dirigiera; es usted tan glamurosa. Podría encargarse de una pequeña velada, ¿verdad? ¿Por caridad?

—Eh… —Sintiéndose como si acabara de ser atrapada por un tigre que fingía dormir, Felicia se quedó temporalmente sin respuesta. Empezaba a replantearse su primera impresión sobre la franqueza de la mujer—. Bueno, quiero decir, en realidad no planeaba…

—¡Madre! —Una voz aguda surgió del patio central—. Déjala en paz. La pobre mujer no quiere verse envuelta en uno de tus tejemanejes.

—¡No estaba haciendo nada de eso! —Los ojos verdes de lady Fernleigh se agrandaron inocentemente y sus oscuras pestañas se agitaron. Una mano delicada se posó débilmente sobre el pecho ofendido—. Felicia y yo solo estábamos charlando, ¿verdad, querida?

—Sigue con tus tulipanes, madre —dijo la chica con severidad, acercándose a ellas en una nube de perfume de jazmín y muselina floreada.

Lady Fernleigh suspiró de manera teatral.

—¿Tiene hijos? —preguntó a Felicia.

—Tengo un hijo. Aunque solo tiene doce años.

—Ah, entonces todavía le queda mucho por vivir. Verá, con el tiempo, llegará un momento en el que, de repente, todo cambiará. Donde antes era usted quien llevaba las riendas, se encontrará siendo vergonzosamente controlada. Y lo peor de todo es que no sabrá ni cuándo, ni cómo sucedió.

—Madre —dijo la chica de nuevo, en tono de advertencia.

Lady Fernleigh levantó las manos y se alejó con elegancia.

—Lo siento —se disculpó la chica con sinceridad—. Es un encanto, de verdad, pero puede ser una aprovechada sin remedio. Es como una *Boa constrictor*. Ella aprieta y aprieta hasta conseguir lo que quiere. —Suspiró—. Supongo que en realidad no es su culpa. No le ha quedado más remedio que ser así para tratar de mantener este lugar tan enorme sin nada de dinero. Papá era completamente inútil cuando se trataba de cualquier cosa mundana. Si no fuera por mamá, lo habríamos perdido todo hace años. —Le dirigió una mirada rápida a Felicia—. No habrá accedido a nada, ¿verdad?

—No creo —dijo Felicia lentamente—. Aunque, sinceramente, es difícil estar segura.

—Ese es su secreto. Si nadie sabe lo que acordaron hacer, puede presionarlos para que hagan lo que ella quiera. —Miró la caja en brazos de Felicia y su rostro se iluminó—. ¡Oh! ¿Son nuestros lotes? ¡Maravilloso! Estábamos desesperadas por conseguirlos. Ya tenemos comprador para esa aceitera de mayólica. Y para el escabel.

—Y para el juego de vinagreras de cristal amarillo. —Otra cabellera rubia idéntica se asomó por la puerta de madera tachonada—.

Acabo de vendérselo a uno de los primos de Bertie en Mayfair. Pendiente de fotos, claro.

—Puedes tomarlas ahora mismo —respondió su hermana, señalando la caja que Felicia sostenía aún. Empezaba a preguntarse si esperaban que la llevara hasta el interior de la mansión, un temor que pronto se confirmó.

—Pase —dijo la hermana que estaba en la puerta—. Le mostraremos dónde ponerla.

Felicia las siguió a través del patio. Si no fuera porque llevaban tonalidades ligeramente diferentes de lo que parecía ser el mismo vestido, habría sido imposible distinguirlas. Juliette y ella nunca se habían vestido igual; aunque, bien pensado, nunca se habían parecido remotamente, así que tampoco habría tenido mucho sentido. Juliette era como su padre, robusta y rubia, con los ojos tan azules que costaba creer que fueran naturales. También heredó su carácter decidido y práctico. Su familia se había dividido por la mitad, como tantas otras. En la de Cassie, eran los de cabeza grande contra los de cabeza pequeña —siendo Cassie una de las de cabeza grande—; en la de Dexter, rubios contra morenos; y en la de los Grant…, bueno, era algo menos tangible. Mundanos contra etéreos, realistas contra soñadores, prácticos contra artísticos… Su madre y ella eran como las ninfas del bosque, de esas que desaparecen en un abrir y cerrar de ojos. Su madre había sido todo un ejemplo de eso, desapareciendo entre las aguas turquesa, los cócteles interminables y la piel bronceada por el sol español antes de que nadie pudiera entender qué había sucedido.

Las hermanas Belvedere, sin embargo, eran copias exactas la una de la otra. Era un poco inquietante, especialmente cuando se colocaban una junto a la otra. No eran tan jóvenes como sus ropas y modales podían sugerir, se dio cuenta de ello al verlas a plena luz del día. Debían de rondar los treinta y cinco.

La escena que la recibió dentro del edificio no podía ser más diferente de la tranquilidad exterior. Todo era actividad, gente corriendo de un lado a otro con portapapeles, jarrones y otros objetos diversos. Alguien enrollaba guirnaldas en la barandilla de la enorme escalera curva, otro desenredaba metros de luces de

colores. Un mozo pasó a toda prisa con una pila de sillas tambaleándose peligrosamente en sus brazos. Felicia estiró el cuello, mirando a través de la puerta tras él hacia el gran salón. Habían dispuesto mesas redondas en la sala de techo alto y paneles oscuros. Las paredes estaban decoradas con tal variedad de armas antiguas que parecía una jaula de hierro. Felicia decidió que era mejor no mirar demasiado de cerca qué extraños instrumentos podían incluir. Arriba, en la galería de los músicos, la orquesta estaba colocando sus atriles. Hacía que el ajetreo del día de la subasta pareciera un remanso de paz. Felicia decidió que no podía culpar a lady Fernleigh por mantenerse al margen.

—Oh, no les haga caso —dijo por encima del hombro la hermana del vestido azul, cuando Felicia casi fue arrollada por alguien que pasaba corriendo con un enorme candelabro de plata—. Son de la empresa de eventos. ¡Será mejor que muevas los palos de golf de mamá! —espetó con repentina altivez a un desafortunado muchacho que pasaba en ese momento cargado de cubiertos—. Antes de que alguien tropiece con ellos. —Pasó por encima de la bolsa que estaba tirada en el suelo contra la pared. Luego se volvió hacia Felicia con una mirada de disculpa, su voz volviendo al tono cantarín anterior—. Perdón. Siempre los deja por todas partes.

La condujeron directamente a través del salón hasta el patio que era el alma del edificio. Protegido por muros en sus cuatro costados, lucía un jardín florido y bien cuidado, con setos de boj perfectamente recortados y una fuente tintineante con cabeza de león en el centro.

—Por aquí. —La hermana del vestido púrpura hizo señas a Felicia con una mano de manicura en gel—. Mamá nos dejó usar uno de los establos para nuestro negocio.

El comentario era un poco engañoso, teniendo en cuenta que «los establos» consistían en un bloque gigante del tamaño de una mansión mediana, rematado con una torre de reloj encalada con una cúpula verdosa y una brillante esfera dorada. Pero Felicia estaba demasiado agotada a esas alturas para que le importara. Le dolían los brazos de cargar la caja y estaba desesperada por dejarla. Lo hizo en cuanto cruzaron la puerta, dejándola rápidamente en el

banco de trabajo más cercano antes de que pudieran pedirle que la llevara a otro sitio.

La habitación aún estaba a medio terminar, pero lo que había mostraba la promesa de una impresionante instalación. En el centro había un estudio, con enormes paneles de fondo en tonos pastel que formaban el decorado de una habitación, donde se disponían con esmero muebles de madera clara junto con piezas de ratán y estampados de *chintz*. El resto del espacio alrededor del estudio estaba lleno de estanterías, sobre las que se apilaban diversos artículos para el hogar. Había mucha cristalería de colores retro y cerámica pintada con un estilo un poco infantil; el tipo de cosas que ya no se podían ni regalar en las subastas. Era evidente que su negocio consistía en reinventar aquellas piezas, dándoles un aire fresco con un envoltorio al gusto de los *millennials*. Felicia no podía negar que era una idea ingeniosa.

—Siento el retraso en traerles esto. —Teniendo en cuenta que solo había pasado el domingo, en realidad no había habido ningún retraso, pero Felicia no se avergonzaba de la mentira. Como había anticipado, ni pestañearon. Continuó con voz casual—: El asesinato ha retrasado las cosas, como pueden imaginar.

—Oh, sí. —Ambas empezaron a asentir con seriedad y a Felicia le recordaron a esos perros que solían colocarse en los salpicaderos de los coches.

—Terrible, ¿verdad, Francesca? —dijo la del vestido azul, a quien, por eliminación, Felicia identificó como Olivia.

—Horrible —coincidió Francesca, la del vestido morado, con fervor —. Nos dejó muy conmocionadas.

Felicia, aprovechando la oportunidad, no pudo evitar preguntar:

—Entonces, ¿lo conocían?

Al instante, la atmósfera se volvió tensa. Ambas hermanas palidecieron a la vez. Olivia, quien Felicia ya podía notar que era la más directa de las dos —aunque por poco— fue la primera en recuperarse.

—¿Qué? —balbuceó—. Es decir, no. Para nada. No lo conocíamos.

Cualquiera podía notar que mentían. Felicia dio un paso adelante, sintiendo el estremecimiento de una cazadora aproximándose a su

presa.

—¿Están completamente seguras de eso? —preguntó con tono suave.

—Lo sabe, Olivia —susurró Francesca, tirando de la manga de su hermana—. No sé cómo, pero lo sabe.

—¡Cállate, Fran! —espetó Olivia, desesperada. Miró a Felicia, y sus ojos se veían enormes, asustados—. Mire, ¿por qué está realmente aquí? ¿Qué quiere de nosotras?

—Solo la verdad, eso es todo. —Felicia mantuvo su tono de voz suave, sin ser amenazante, aunque por dentro su corazón latía con una especie de exultación. ¿Por eso lo hacía Pettifer? ¿Por ese momento, cuando finalmente llegabas a la verdad, cuando el misterio se desentrañaba?—. ¿Por qué no me lo cuentan?

—No pretendíamos hacerlo —soltó Francesca entre lamentos—. Fue un error. De verdad. Nunca…

—¡Fran! —Olivia parecía un animal acorralado. Se agarraba con una mano al borde del banco de trabajo a medio terminar, donde descansaba un martillo. Sus dedos estaban a meros centímetros de él.

Al verlo, Felicia se quedó helada. De repente, ya no se sentía tan eufórica, tan lista. Todo lo contrario. Por primera vez, se dio cuenta de lo imprudente que había sido al ir allí sola.

Por instinto, comenzó a retroceder hacia la puerta.

—Una vez que empiezas… ya no hay vuelta atrás —se lamentaba Francesca—. Las mentiras. No se lo puede imaginar.

Podía sentir la brisa del exterior contra su espalda. Estaba tan cerca de la libertad. Era el momento de darse la vuelta y correr, de salvar su vida. Y, sin embargo, se detuvo.

Después, se diría a sí misma lo loca que había estado. Lo imprudente que había sido. Pero en ese momento se dio cuenta de que aún necesitaba saber más. Tenía que saber la verdad.

—¿Por qué lo hicieron? —Su voz temblaba, pero mantuvo la mirada firme—. ¿Por qué mataron a Barrington?

Capítulo 18

—¿Matarlo? —Olivia la miró fijamente, con los ojos desorbitados —. ¿De qué demonios está hablando? Nosotras le comprábamos.

—Fue un accidente —gimoteó Francesca, retorciéndose el dobladillo del vestido entre las manos—. Pero tenía un maravilloso *égouttoir* de esmalte en su subasta. Era simplemente perfecto. Incluso sabíamos a quién se lo venderíamos.

—Nos angustiamos durante días, ¿verdad, Francesca?

—Días —repitió Francesca, de manera solemne.

—Al final dijimos que solo miraríamos la subasta *online*. Nos lo prometimos.

—Lo prometimos… —dijo Francesca con fervor.

—Pero entonces… —Olivia se desplomó contra el banco de trabajo —. Simplemente sucedió.

—Pulsamos el botón de Pujar. —El rostro de Francesca desapareció tras unos dedos adornados con anillos apilables de abalorios.

—Nos sentimos fatal —explicó Olivia apresuradamente—. Pero para entonces ya era tarde. Lo habíamos comprado.

—Fatal. —Francesca soltó un gemido ahogado—. Aunque se vendió bien, la verdad —añadió con nostalgia—. Fue una buena compra. Y, entonces…, bueno, ya sabe cómo son estas cosas: una vez que lo has hecho, es tan fácil… —Se inclinó hacia delante en tono confidencial y susurró—: volver a hacerlo. Y otra vez más… y otra… —confesó Francesca, abatida—. Si mamá se enterara, le daría un ataque. Nunca nos lo perdonaría.

Felicia, que había presenciado todo aquel intercambio absurdo con una creciente sensación de irrealidad e incredulidad, se obligó a exhalar lentamente. Al menos su ritmo cardíaco volvía a la normalidad, pero sus nervios seguían crispados, la boca seca por los restos del miedo. No sabía si quería abrazarlas a ambas por no haberla asesinado o estrangularlas ella misma por ser tan asombrosamente estúpidas.

Logró no hacer ninguna de las dos cosas y, en su lugar, soltó lo que parecía ser la pregunta pertinente:

—¿Por qué no?

Se miraron con incertidumbre. Al final, como siempre, Olivia tomó la iniciativa:

—Están en medio de una disputa legal —explicó en voz baja—. Mamá va a llevarlo a los tribunales. Nadie debe saberlo, es muy embarazoso para ella.

Felicia, repentinamente interesada, se cruzó de brazos y la miró expectante. Olivia tragó saliva y continuó, con visible reticencia:

—El dinero escaseaba el año pasado. El verano había sido desastroso, y la mayoría de los eventos al aire libre tuvieron que cancelarse. Entonces, el techo empezó a gotear. Otra vez. —Esbozó una sonrisa tensa—. La propiedad no tenía dinero para pagarlo. Así que mamá tuvo que hacer lo que siempre hace en una situación así: vender algo.

—Un cuadro, un mueble, un jarrón… —intervino Francesca—. Algo de un rincón oscuro. Nada que nadie notara.

—Había un cuadro… Siempre había existido el rumor familiar de que podría ser un Constable. Un cuadro tan pequeño y oscuro en realidad. No parecía gran cosa. En fin, había estado colgado en el pasillo de servicio durante generaciones, y varias personas habían venido a verlo. Nadie estaba muy seguro, así que decidió que era hora de venderlo. Hizo venir a Barrington Clay para que lo tasara. Él coincidió en que era poco probable, dijo que lo consultaría con algunos de sus contactos en Londres. Al final, le dijo que probablemente era «de la escuela de». Ella accedió a venderlo con él… Anónimamente, por supuesto —añadió Olivia, lanzando una

mirada nerviosa a Felicia—. Nadie debe saber nunca que hacemos estas cosas. Arruinaría nuestra imagen.

Felicia inclinó la barbilla en señal de asentimiento, animándolas a continuar.

—Pero entonces apareció de nuevo en una de las subastas de Londres seis meses después. Nuevas pruebas lo habían certificado como un Constable. Se vendió por cinco millones de libras.

Felicia lo recordaba bien. Había causado bastante revuelo en su momento, en parte porque nadie pudo averiguar a quién había pertenecido. Todo había sido muy secreto; ahora sabía por qué.

—Casi no me atrevo a preguntarlo, pero ¿por cuánto se vendió originalmente en Clay's?

Hubo una pausa. Entonces:

—Un par de cientos de miles —dijo Francesca, con la voz pequeña —. En realidad, pensamos que había salido bastante bien la operación, teniendo en cuenta todo.

Felicia hizo una mueca.

—En fin, mamá estaba absolutamente furiosa con Barrington Clay. Cree que sabía más de lo que le dijo. Dice que la persona a quien se lo vendió probablemente era alguien que él conocía, y que se llevó una parte de los beneficios cuando se vendió de nuevo en Londres. Pero ese tipo de cosas no ocurren en realidad, ¿verdad? —Ambas la miraron, suplicantes.

Felicia emitió un sonido ambiguo. No era algo extraordinario, la verdad. En el mundo del arte sucedían todo tipo de «cosas» a diario, la mitad de las cuales, el común de los mortales no creería.

—Y además, ¿por qué querría hacerlo? —insistió Olivia, visiblemente incómoda ante el silencio de Felicia—. ¿No habría sido mejor para él decir que era un Constable? Habría conseguido publicidad y más comisión por la venta.

O, con toda probabilidad, nada en absoluto. Las casas de subastas provinciales asumían con cierta resignación que, en cuanto se informaba de que una pieza tenía un valor elevado, los propietarios solían querer trasladarla de inmediato a Londres, convencidos de que allí obtendrían un mejor precio. En realidad, no siempre era así —se trataba más bien de un clásico ejemplo de pez grande en

estanque pequeño, donde la comisión reducida tendía a nivelar el resultado final—, pero conseguir que la gente lo comprendiera era casi siempre una batalla perdida. Durante su etapa en Grant's, Felicia había dedicado muchas horas a investigar objetos que luego simplemente salían de nuevo por la puerta. Por eso, aunque jamás podría justificar lo que Barrington quizá había hecho, comprendía bien por qué pudo haber sentido la tentación. La promesa de una comisión generosa resultaba seductora frente a la muy real posibilidad de quedarse con las manos vacías.

—En fin, supongo que ya nunca lo sabremos, ¿verdad? —dijo Francesca con un aire apesadumbrado—. No ahora que está muerto y todo eso.

—No —respondió Felicia en voz baja—. Supongo que no.

Caminaba sobre la grava hacia su coche cuando le sonó el móvil. Era Hugo.

—¿Qué tal fue? ¿Lograste salir de allí bien? He oído que lady Fernleigh es un poco excéntrica. Tiende a retener a la gente durante horas.

—Oh, no es lo que aparenta. Es más lista que el hambre y sabe muy bien lo que hace.

—¿Y las hijas?

—Diría que no tanto. Tenías razón sobre su negocio, por cierto. Parece que venden mucho a sus amigos.

—¿Y su madre lo sabe?

—No. Se llevará una desagradable sorpresa cuando lo descubra.

Felicia se dio cuenta de que en realidad sentía bastante lástima por la mujer. En cierto modo la admiraba. Era dura, había conocido la tristeza, cargaba cada día con un enorme peso que ni siquiera era realmente suyo, pero seguía adelante. Lady Fernleigh pensaba que estaba dejando el trabajo de su vida en manos seguras, aunque Felicia no estaba tan segura.

Pero no era su problema. ¿Qué era lo que Dexter le decía siempre a Algernon? No puedes preocuparte por todos; es responsabilidad de la gente cuidar de sí misma. Dexter podía ser sorprendentemente

sabio cuando quería. Era una lástima que eso solo ocurriera el uno por ciento del tiempo.

—En fin —le dijo a Hugo—. Voy de vuelta a la oficina ahora, así que, si hay algo…

—En realidad, por eso te llamaba. Esperaba pillarte mientras aún estabas por ahí. ¿Te importaría hacer un desvío de camino? Hemos tenido…, bueno, es algo bastante extraño.

—Te escucho.

—Magda Clay llamó preguntando por una tasación para el proceso de sucesión.

La habitual compostura de Felicia la abandonó por un instante, haciendo que casi tropezara con sus propios pies.

—¿Te refieres a… la esposa de Barrington? ¿Esa Magda Clay?

—No creo que haya mucha gente con ese nombre por aquí —señaló Hugo.

—Supongo que tienes razón. Pero no tiene sentido. ¿Por qué nosotros? Y más importante, ¿por qué ahora? Ni siquiera está enterrado. La policía aún no ha liberado el cuerpo, que yo sepa.

El inventario, o la valoración de los bienes de una persona para calcular el impuesto de sucesiones, era un proceso arduo y desesperante que podía arrastrarse durante meses, incluso años. No era algo que mereciera la pena hacer de manera precipitada. Magda Clay debía saberlo; después de todo, era la esposa de un subastador.

—¿Y quiere que vayamos ahora? —preguntó Felicia.

—No, quiere que vayas tú ahora. Lo pidió específicamente, no quiere que lo haga nadie más.

«Esto se pone cada vez más raro», pensó Felicia, con un leve cosquilleo de emoción, aunque algo contenido al darse cuenta de que no había aprendido nada en los últimos veinte minutos. La lógica le decía que era una locura ir sola, pero… no podía dejar de ir a ver de qué se trataba, ¿verdad?

—¿Quieres la dirección? Es…

—No hace falta, sé exactamente dónde es. —Por el rabillo del ojo, se dio cuenta de que un coche se acercaba. Un elegante coche negro, deslizándose sobre la grava—. Eh…, te veo luego.

Estaba guardando el teléfono en el bolsillo cuando las puertas del coche se abrieron y, de cada lado, emergió una pierna con pantalón. Pero ahí terminaba la simetría. Una iba elegantemente vestida, con una pulcra raya diplomática y relucientes zapatos Oxford; la otra, desaliñada y polvorienta, con el dobladillo deshilachado y los zapatos arañados con cordones rotos que habían sido anudados de nuevo. Solo dos personas podían formar un dúo tan disparatado, excepto quizá Dexter y ella misma.

—Vaya —dijo ella con aire despreocupado—. Aquí tenemos a nuestros pilares de la ley. Me alegra verlos patrullando por la comunidad. No querríamos que la gente se sintiera insegura, ¿verdad?

Pettifer parecía incómodo, pero la expresión de Heavenly era pétrea.

—¿Qué hace aquí, señorita Grant?

—Trabajar. Las señoritas compraron algunas cosas en la subasta. Solo las estaba entregando. —Levantó las manos—. Nada siniestro, se lo aseguro. Las encontrarán a ambas sanas y salvas ahí dentro. No las he asesinado con una maza medieval que haya descolgado de la pared ni nada por el estilo.

—El asesinato no es algo para tomarse a broma, señorita Grant —dijo Heavenly con brusquedad, irritable como un *terrier* inusualmente elegante.

—Pienso lo mismo. Por eso acudí a ustedes anoche. —Había dureza bajo su tono desenfadado, un pequeño indicio de la ira que aún sentía hacia él. Para empezar, era culpa de él que ella estuviera allí. Si tan solo la hubiera tomado en serio… Se contuvo, sabiendo que no tenía sentido ir por ese camino. Lo hecho, hecho estaba. No iba a cambiar de opinión…, a menos que ella pudiera hacerlo cambiar—. Bueno, ya saben por qué estoy aquí. ¿Y ustedes, qué hacen por aquí?

—Lady Fernleigh… —comenzó a decir Pettifer.

—Eso es asunto policial —espetó Heavenly al mismo tiempo.

Se miraron. O más bien, Pettifer la miró mientras Heavenly le fulminaba con una mirada venenosa.

—Ya entiendo —asintió Felicia—. Así que se han enterado de la denuncia de lady Fernleigh contra Barrington, ¿verdad? Me preguntaba cuánto tardarían.

Pettifer le lanzó una mirada inquisitiva, con un toque de diversión. Heavenly, en cambio, no dejaba lugar a dudas: estaba completamente furioso.

—¿Cómo ha conseguido esa información?

Ella abrió los ojos de par en par.

—No es un delito que la gente te hable, ¿verdad? No puedo evitar que me cuenten cosas. —Abrió su coche, se acomodó en el asiento y dijo con tono despreocupado—: Bueno, será mejor que me vaya. Tengo cosas que hacer. Buena suerte con sus pesquisas, caballeros.

Felicia cerró la puerta, pero Heavenly golpeó la ventanilla con autoridad. Reprimiendo un suspiro, la bajó.

—¿Adónde cree que va?

Sonaba como el padre de una adolescente rebelde. Felicia se preguntó si el inspector tendría hijos, pero lo descartó rápidamente. No tenía ni la paciencia ganada a pulso ni las arrugas de preocupación.

—Si estoy obligada a decírselo, tengo otra cita. Con la señora Clay. Quiere que tase algunas cosas en su casa. A menos, por supuesto, que eso constituya un delito —añadió, arqueando una ceja con delicadeza.

Sin esperar respuesta, arrancó, dando un amplio giro antes de alejarse a toda velocidad por el camino.

El sargento Pettifer la vio marcharse con mal disimulada admiración.

—Es toda una pieza, esa señorita Grant.

—Mmm. —A su lado, el inspector jefe Heavenly parecía furioso. Una vena le palpitaba frenéticamente en la mejilla—. Esa pieza podría ser cómplice de un asesinato a sangre fría.

Pettifer lanzó una mirada de soslayo a su superior.

—¿Realmente cree eso, señor?

—De esa mujer me creería cualquier cosa —respondió con acritud —. Llevo muchos años en la policía y sé reconocer los problemas cuando los tengo delante.

Acto seguido, cruzó el puente levadizo con aire altivo, y a Pettifer no le quedó más remedio que soltar un suspiro resignado y seguir su estela perfumada.

Capítulo 19

A pesar de que su negocio se encontraba en Cambridgeshire, a unos quince minutos, Barrington había vivido durante años en Stamford. A Felicia siempre le había parecido un gesto algo provocador que se instalara en la ciudad que él codiciaba como epicentro de su imperio. Había pasado por delante de su casa al salir del pueblo, pero, por algún tipo de superstición arraigada, había evitado mirarla.

La mayoría de las casas en Tinwell Road eran poco excepcionales en cuanto a estilo, casi todas construidas desde mediados de siglo en adelante. Lo que las hacía destacables era su tamaño: enormes mansiones asentadas en generosas parcelas, con extensos jardines y fachadas retiradas de la calle, todas encaramadas en un largo terraplén elevado sobre la carretera, lo que les proporcionaba vistas campestres sobre el valle que se extendía hacia el campo. No era difícil entender por qué resultaban tan populares entre los adinerados que ansiaban espacio en una ciudad donde, debido a que el trazado de las calles no había cambiado ni un ápice en varios siglos, este escaseaba. Los residentes de Tinwell Road no sufrían el dolor de cabeza de tener que pelearse por una plaza de aparcamiento con permiso en calles diseñadas para carruajes y no para coches, algo que Felicia tuvo que reconocer que apreciaba mientras entraba por el sinuoso camino de acceso frente a la casa de los Clay.

No todas las casas de la calle eran modernas; en el extremo más próximo al pueblo quedaban algunas construcciones victorianas, de estilo neogótico exuberante, con gabletes puntiagudos, ventanas

arqueadas y ese aire general de casa encantada: imponente, amenazante y claramente marcado por su época. Fue en una de estas donde Felicia se encontró levantando la aldaba con forma de gárgola, dejándola caer con un golpe sordo que resonó de manera inquietante dentro del vestíbulo.

No ocurrió nada durante unos instantes; de hecho, pasó tanto tiempo, que Felicia retrocedió, protegiéndose los ojos del sol para mirar las ventanas. No había señales de vida, aunque eso no significaba mucho; la mayoría de la gente solía usar las zonas de estar situadas en la parte trasera de la casa. Justo cuando estaba a punto de volver a llamar, se oyó el sonido de cerrojos descorriéndose, y la enorme puerta principal arqueada —teóricamente de inspiración eclesiástica, aunque en la práctica más parecida a la de una mazmorra— se abrió.

Felicia intentó no quedarse mirando a la mujer que apareció en el umbral, pero no resultaba fácil. De repente, se dio cuenta de que sentía verdadera curiosidad por conocer a Magda Clay, le intrigaba saber qué tipo de mujer podía haber soportado a Barrington durante casi cuarenta años. Él había sido ese tipo de hombre del que uno esperaría que acumulara una ristra de divorcios. En su carrera televisiva, era conocido por el brillo en su mirada, las bromas pícaras y coquetas, la forma demasiado familiar con que rodeaba con el brazo a las concursantes más jóvenes y atractivas de su equipo. Y, sin embargo, también se sabía que al final del día de grabación volvía a casa con Magda. La figura borrosa en segundo plano, nunca vista, pero aun así una presencia poderosa. La impresión que daba era la de una mujer franca y con carácter, dispuesta a aceptar la personalidad traviesa de su marido en pantalla, pero que no toleraba tonterías en la realidad.

En ese momento, de pie frente a ella, Felicia se dio cuenta de que no sabía muy bien qué pensar de lo que veía. Porque lo que más llamaba la atención de Magda Clay era lo anodina que resultaba. Su cabello, del color del pelaje de un conejo silvestre y cortado al estilo *bob*, le rozaba la barbilla. Tenía el rostro pálido y desprovisto de maquillaje, y unos ojos de un tono indefinido entre el azul y el gris. Profundas arrugas bordeaban unos labios carentes de color. Sus

manos, pequeñas y delicadas, mostraban uñas impecablemente recortadas y cutículas retiradas con esmero. Vestía por completo de gris. Felicia recordó lo que Cassie había comentado sobre su vestuario, y no pudo evitar coincidir en que quizá sí necesitaba una intervención urgente en su armario.

—Buenas tardes —dijo Felicia, recuperándose de la sorpresa y de un leve sentimiento de decepción, mientras extendía con rapidez la mano, con la esperanza de que la otra mujer no hubiera percibido que la había estado estudiando con detenimiento—. Soy…

—Sé quién es usted. —Sonrió levemente, aunque sin malicia; solo con cierto cansancio, pensó Felicia. Los ojos claros que la miraban carecían de expresión, pero era imposible no darse cuenta de la rojez y los párpados algo hinchados—. He visto su foto muchas veces. Es inconfundible.

Felicia intentó no preguntarse si aquello era un cumplido.

—Tengo entendido que quería hablar conmigo sobre unas tasaciones para el testamento —tanteó con suavidad mientras Magda Clay abría más la puerta, indicándole que pasara—. Comprenderá que aún es pronto. No tiene que tomar ninguna decisión todavía.

Felicia se dio cuenta de que no era tan menuda como le había parecido hacía un momento. Era una simple ilusión óptica: la puerta la empequeñecía por pura comparación. La mujer no respondió hasta que cerró la puerta echando el cerrojo.

—La decisión ya está tomada —dijo en voz baja. Luego se volvió con los ojos brillantes, centelleantes—. Sé lo que quiero, y es que desaparezca. Todo. —Miró alrededor del vestíbulo con sus oscuros paneles, el arcón tachonado bajo la ventana, el perchero de roble cargado de abrigos y sombreros, la chimenea embaldosada flanqueada por dos abultados jarrones de dragones que casi llegaban hasta la repisa, y su expresión quedó vacía, como si no reconociera nada de aquello—. Casi me dan ganas de quemarlo todo. —Al ver la expresión sobresaltada de Felicia, soltó una risa seca y estridente—. Oh, no se preocupe, no lo haré. No, soy demasiado sensata para eso. Además, creo que me merezco sacar todo lo que pueda. Sin duda, me lo he ganado.

La amargura, liberada de sus ataduras, emanaba de ella en oleadas, y resultaba impactante por su intensidad. Felicia sintió el impulso de retroceder.

Había visto muchas cosas en sus años como tasadora de antigüedades; se había enfrentado a incontables familias y cónyuges tras la pérdida de un ser querido, y no todos mostraban el silencioso y digno dolor que cabría esperar. La muerte provocaba efectos extraños en los vivos; ponía su propia existencia en perspectiva, y el efecto variaba de una persona a otra. Algunos sentían alivio e intentaban disimularlo, otros se sentían culpables y atacaban, y otros simplemente querían lo que pudieran conseguir mientras aún estuvieran vivos para aprovecharlo. La realidad quedaba en suspenso por un tiempo, y la gente se perdía en medio de todo aquello.

Magda Clay debía de haber odiado mucho a su marido, o haberlo amado profundamente. A menudo resultaba sorprendente lo parecidas que podían ser esas dos emociones.

—Señora Clay… —comenzó Felicia, observando con cautela a su clienta. Era mejor que se lo dijera cuanto antes, así que tomó aire. De repente sentía muchas ganas de marcharse de allí. Intentó no pensar en la puerta cerrada con llave—. Comprendo lo difícil que debe de ser esto para usted, y quiero ayudar, pero…, bueno, ¿es consciente de que fue en mi casa de subastas donde su marido…? —«Por Dios, no digas asesinado»—. ¿Donde ocurrió el incidente?

El rostro de la mujer cambió de repente. Era una mezcla de satisfacción y crueldad, pero también de tristeza profunda y desesperada, pensó Felicia. La pregunta pareció despertar algo en ella. Miró a Felicia como si por fin la viera de verdad, con la cabeza ladeada, pensativa. Luego, sin responder, se dirigió hacia el interior de la casa. Intuyendo que esperaba que la siguiera, Felicia fue tras ella.

Se encontró saliendo del oscuro vestíbulo para entrar en una sala de estar grande e inesperadamente luminosa, con profundos ventanales del suelo al techo que ofrecían una espléndida vista del jardín. Magda Clay estaba frente al mueble bar abierto en la

esquina, descorchando una licorera de cristal que agitó en dirección a Felicia.

—¿Quiere una copa?

—Mejor no. —Felicia alzó la grabadora a modo de explicación—. Estoy de servicio.

La torció la boca. Felicia tuvo la sensación de que la había decepcionado de algún modo.

—Sí, supongo que sí. —Su voz sonó plana, aburrida. Cualquier aire confidencial que hubiera tenido antes se había esfumado. Se sirvió una generosa cantidad de brandi en una copa balón sin volver a mirar a Felicia. La chispa de interés había desaparecido—. Empiece por donde quiera, me da igual. Y cualquier cosa que quiera vender, considérela suya. Cuando todo esté resuelto, obviamente.

Estaba llevándose la copa a los labios cuando sonó el timbre, reverberando de manera estridente por toda la casa grande. Casi hizo saltar a Felicia del susto, pero la señora Clay apenas pestañeó, aunque sí parecía un tanto irritada.

—Será algún abogado, o tal vez la policía. Son un incordio. Cualquiera de ellos. —Sonrió débilmente, dejando la copa sobre la mesa de café con un golpe descuidado—. No se imagina la cantidad de comerciantes que atrae la muerte.

Felicia tuvo la horrible sensación de que ella misma entraba dentro de esa clasificación de «comerciante». Era una funcionaria de la muerte. Menuda idea…

Se oyeron voces en el vestíbulo. Una exclamación aguda de sorpresa, seguida de otra más profunda. Más murmullos indistintos, luego el sonido de la puerta abriéndose más y pasos sobre el suelo de madera. Avanzando hacia ella. De manera apresurada, Felicia buscó a tientas el portapapeles que había dejado en el aparador, girándose y fingiendo estar absorta en un cuadro horrible —y sorprendentemente moderno, teniendo en cuenta su propietario— de un caballo que había colgado en la pared. Casi se inclinaba a creer que tenía que ser una de las elecciones de Magda, aunque no parecía ser amante de los animales. No parecía ser muy amante de nada, a decir verdad. Desde luego, no de su marido, el hombre con quien había compartido su vida durante tantas décadas. Felicia aún

seguía algo desconcertada por la mujer con la que se había encontrado, tan diferente de la viuda afligida que había imaginado.

—Es muy amable por su parte que haya venido —decía la señora Clay con voz melosa. «¿Melosa?». Felicia tuvo que hacer un esfuerzo para no girar el cuello con asombro—. Una celebridad como usted, tomándose la molestia de… ¡Vaya, no paro de hablar! Pase, por favor. Tengo a alguien en casa encargándose del inventario de sucesiones, pero no le haga caso. Tomará una copa, ¿verdad?

Felicia fingió garabatear algo en el bloc, se giró con naturalidad y, cuando estaba a punto de decir que empezaría por el piso de arriba, se encontró con un florero andante. Un frondoso ramo de rosas, lirios y paniculata. Lo único que se veía por encima de aquel mar de pétalos era una franja de frente coronada por un espeso cabello oscuro.

Una frente que reconocería en cualquier parte.

Capítulo 20

Las palabras que estaba a punto de decir murieron en sus labios. De hecho, todo su rostro pareció congelarse.

—¡Felicia! —la saludó Dexter alegremente, asomando la cabeza por detrás de una flor particularmente exuberante—. Qué casualidad encontrarte aquí.

—Sí, qué casualidad —logró decir ella entre dientes, intentando decidir si estaba confundida, irritada o simplemente enfadada.

La señora Clay miró de uno a otro sin parar, hasta que su rostro se iluminó.

—Un momento —le dijo a Dexter—. Grant… —Se volvió hacia Felicia, con cierto tono acusador, como si fuera culpable de un engaño grave y deliberado—: ¿No están ustedes…?

—¿Casados? —sugirió Dexter—. Bueno, sí, supongo que lo estamos, más o menos.

La señora Clay parecía visiblemente decepcionada. Felicia la miró dos veces, sorprendida.

—Estuvimos casados —corrigió, lanzando una mirada significativa a Dexter—. Ya no lo estamos.

Al oír eso, la señora Clay se mostró más animada.

—Ya veo —ronroneó la mujer, y Felicia intentó disimular su desconcierto. Era como un truco de magia, donde una mujer había ido a abrir la puerta y otra completamente diferente había regresado en su lugar—. ¿Por qué no se sientan? ¿Qué me dicen de esa copa?

—Suena maravilloso —respondió Dexter, y Felicia puso los ojos en blanco.

Por supuesto que él aceptaría. No importaba que apenas fuera mediodía.

—Pero antes pondré estas flores en un jarrón. Siéntanse como en su propia casa. —Con los brazos rebosantes de flores, Magda desapareció por una puerta a la derecha.

Felicia esperó hasta que estuvo fuera de su vista antes de girarse hacia Dexter y sisear:

—¿Qué demonios haces aquí?

Él la miró con inocencia.

—Presentar mis respetos a la viuda. ¿Qué otra cosa iba a hacer?

Ella cruzó los brazos y le lanzó una mirada inquisitiva. Él suspiró.

—De acuerdo, Hugo me dijo que vendrías aquí.

—¿Y?

—Y pensé que no deberías venir sola. Alguien intentó matarte, Felicia. —Empezaba a alterarse, tenía el ceño fruncido y la boca tensa—. Mira, he estado pensando en lo que dijiste ayer por la tarde, después de que se fuera el sargento…, y he llegado a la conclusión de que tienes razón. No podemos quedarnos sentados esperando. Necesitamos averiguar quién hizo esto antes de que lo intente de nuevo.

—¿Necesitamos? —Estaba atónita y, si era sincera, también algo horrorizada.

—Sí, necesitamos. Puedo ayudar. Quiero ayudar. —Ante la expresión de ella, Dexter frunció el ceño—. Maldita sea, Felicia, no es el momento de ponerse testaruda.

Probablemente tenía razón, pero eso solo la hacía sentirse aún más irritada con Dexter, lo que a su vez la hacía aferrarse más a su postura. Se dijo a sí misma que era solo porque él había sido tan despectivo la noche anterior, nada más. No tenía nada que ver con la forma en que Magda Clay lo había estado mirando. Eso sería…, bueno, sería ridículo. Ni más ni menos.

—¿Y por qué, exactamente, estás de repente tan ansioso por ayudar? —replicó Felicia—. ¿No tendrá nada que ver con que hayan cancelado tu programa, por casualidad? Todo este molesto asunto del asesinato sin resolver se está convirtiendo en un verdadero dolor de cabeza profesional para ti, ¿no?

A Dexter se le cayó la mandíbula de golpe. Felicia no pudo evitar sentir cierta satisfacción. Era raro verle tan descolocado.

—¿Cómo diablos te enteraste de eso?

—Algernon te oyó por teléfono.

—Maldita sea —bramó furioso, agarrándose al respaldo del sofá tapizado en terciopelo—. ¿No hay nada privado en esta familia?

—No mientras estemos todos apiñados en esa caja de zapatos. —Luego frunció el ceño y dijo—: Y no deberías culpar a Algie. Está preocupado por ti. Por una vez, podrías intentar hablar con él en lugar de barrer todo bajo la alfombra.

—¿¡Yo!? —protestó girándose—. No soy yo quien anda por ahí a escondidas intentando encontrar un asesino por mi cuenta. ¿Qué clase de responsabilidad paternal es esa?

Sus voces comenzaron a elevarse, con las miradas fijas el uno en el otro. No habían tenido una discusión así en años. Felicia tardó en darse cuenta de que tenía las manos cerradas en puños a los costados.

—Oh, ¿y que un profesor de Historia mimado me acompañe va a hacer que sea más seguro? —estalló ella, con la voz cargada de sarcasmo.

Se miraron fijamente durante un momento, furiosos y en silencio.

—¿Todo bien? —La señora Clay había vuelto y los observaba con suspicacia.

Ambos se pusieron firmes simultáneamente.

—Por supuesto. —Dexter, rápido como siempre en recuperarse, le dedicó su sonrisa más encantadora, guiándola hacia el sofá—. Solo se trataba de un poco de… planificación logística, eso es todo. ¿Por dónde estábamos? Ah, las copas. No, siéntese. Yo me encargo. He estado en algunos bares en mi vida.

La señora Clay, visiblemente calmada, soltó una risita tonta. Felicia se atragantó con una tos ahogada. La cabeza de la otra mujer giró como la de un búho y la fulminó con una mirada penetrante.

—¿Por qué no empieza arriba? —le dijo con tono frío. No era una sugerencia.

Felicia abrió la boca y volvió a cerrarla al darse cuenta de que no tenía forma razonable de negarse. A pesar de que ella misma había

estado a punto de proponer exactamente lo mismo, de repente descubrió que no le apetecía nada dejarlos solos. Dexter la miraba con esa expresión insoportablemente presuntuosa que le recordaba por qué se había divorciado de él.

Reprimiendo una mueca de disgusto, Felicia recogió sus cosas y se dirigió al vestíbulo, como si fuera a subir las escaleras. Pero no llegó hasta arriba del todo. La escalera tenía un doble giro, y se detuvo en el primero, donde la barandilla la ocultaba de la vista de cualquiera que mirara a través de la puerta abierta.

—Todo esto debe de haber sido un golpe terrible para usted —decía Dexter con simpatía, mientras el tintineo del hielo sugería que se ocupaba del bar—. Quedarse sola después de… ¿Cuántos años llevaban casados?

—Treinta y siete. Pero mi matrimonio nunca ofreció mucho en cuanto a compañía. —Hubo una pausa, bastante calculada, en opinión de Felicia, y luego continuó—: La verdad es que todo terminó hace mucho. En realidad, he estado sola durante años. —Suspiró—. No puede imaginar lo sola que me he sentido.

Se oyó un crujido cuando Dexter se acomodó en el sofá de cuero.

—Me lo puedo imaginar —murmuró él.

Felicia pensó que iba a vomitar.

—Por supuesto, estando divorciado, seguro que lo entiende. De hecho… —Otra pausa y otro crujido. Luego, continuó en un susurro —: Estoy absolutamente segura de que sí. La necesidad de consuelo…, de compañía.

Al diablo con todo. Felicia asomó la cabeza, mirando a través de los barrotes. Magda Clay estaba sentada muy cerca de Dexter, mucho más cerca de lo que la cortesía permitía. Y una de sus manos… —Felicia sintió que sus cejas se disparaban hacia arriba— descansaba de manera posesiva sobre la rodilla de su exmarido.

—Eh…, sí. —Visiblemente incómodo, Dexter dio una palmadita torpe a la mano antes de devolverla al regazo de ella—. Pero nosotros… eh…, bueno, tenemos a nuestro hijo. Eso hace que mantengamos una relación cordial.

—Yo quería tener hijos —confesó ella con voz apagada, mirando fijamente su copa—. Cuando era más joven, soñaba con una familia

numerosa. Pero Barrington siempre decía que no era el momento. Siempre había un nuevo trato, un nuevo plan, una nueva adquisición. Siempre tenía una cosa más que quería hacer primero. Y entonces, cuando me di cuenta, ya era demasiado tarde. Ahora me pregunto si fue deliberado, si nunca quiso realmente darme hijos. —Tomó aire de manera temblorosa—. Pero es que ahora lo cuestiono todo. Mi matrimonio, nuestra vida juntos, todo lo que creía saber… me está volviendo loca. Loca.

Comenzó a llorar, las lágrimas dejando rastros fantasmales en su rostro. Dexter parecía un conejo deslumbrado por los faros de un coche. Por una vez, ni siquiera él parecía saber qué decir. Pero no hizo falta. Ella seguía hablando, las palabras salían como un torrente, tropezando unas con otras en su prisa por ser escuchadas.

—¿Sabe lo que dicen ahora? ¿La policía? ¿Sabe lo que me han dicho? —Le temblaba la mano, haciendo tintinear el hielo en su copa, pero no parecía darse cuenta—. Dicen que mi marido era un estafador. Un criminal. Oh, no con esas palabras, claro. —Su sonrisa era amarga, desagradable—. Están siendo muy cautelosos al respecto, muy delicados. Fingiendo que todo es un interrogatorio rutinario. Pero no soy tan estúpida como parezco; sé a qué se refieren, qué están sugiriendo. —Hizo una pausa con un estremecimiento de emoción—. Trabajé como secretaria en un bufete de abogados antes de casarme. Fue solo por un tiempo, pero aprendí un par de cosas sobre cómo trabaja la policía. Sé lo que significa cuando ponen patas arriba su negocio. Cuando me preguntan si hay una caja fuerte oculta en la casa, activos en el extranjero a mi nombre…

—Es terrible. —Dexter le daba palmaditas en el hombro, habiendo recuperado algo de su habitual don para tratar con el sexo opuesto —. ¿Y usted no tenía ni idea?

—Ninguna —respondió rápido ella, demasiado rápido, y le lanzó una mirada de reojo—. Es decir, no me malinterprete, sabía que era…, bueno, un poco mujeriego. Siempre lo fue. Cuando nos conocimos trabajaba en el puesto del mercado, y en un par de años reunimos el dinero suficiente para casarnos, dar una entrada para una casa… Supongo que incluso entonces me lo preguntaba. Pero él

decía que todo estaba bien, que era legal, y yo… —su rostro se contrajo—, bueno, le creí. Lo amaba, confiaba en él. ¿Por qué no iba a hacerlo?

Dexter murmuró algo ininteligible. Felicia, que se había escondido de nuevo, solo podía esperar que no se estuviera asfixiando lentamente entre los brazos de esa mujer.

—Supongo que, si soy completamente sincera, quizá me convenía no saberlo. —Su voz era inestable. Felicia creyó percibir los primeros temblores de histeria vibrando bajo ella, como una corriente subterránea—. Me gustaba todo esto —dijo, con un sonido de líquido derramándose, probablemente mientras gesticulaba señalando su ornamentado entorno—. Es decir, ¿a quién no? El lujo, la comodidad. El prestigio. Cosas que nunca me atreví a soñar en mi infancia. Y de repente, todo mío. Pero ahora pienso, ¿para qué? ¿Qué valor tiene si todo era mentira? Si se construyó con chantaje, intimidación y sobornos. Miseria y engaño. Una sórdida casa de naipes. Preferiría volver al estudio donde me encontró. Al menos allí había integridad.

Una pausa mientras bebía un sorbo, y luego continuó, cada palabra ardiendo con emoción.

—¿Sabe? Era rubia cuando nos conocimos. Me encantaba. Pero Barrington me prefería morena. Nunca me animó a verme glamurosa. En su momento, me decía a mí misma que era porque me amaba tal como era. Ahora veo de qué se trataba realmente. La esposa respetable, discreta, de pueblo. Arreglando las flores de la iglesia, uniéndome al Instituto de la Mujer, comprando en el mercado de los viernes para las cenas con sus amigos… —Se atragantó con un sollozo—. La tapadera perfecta para todos esos negocios turbios, eso era yo. Solo parte del espectáculo. Útil.

La última palabra fue pronunciada con tal veneno que Felicia, incluso desde su distancia segura, se estremeció.

—¿Y no notó nada extraño en él últimamente? —Dexter había perdido algo de su suavidad, había un deje de desesperación en su voz. Parecía que estaba empezando a perder la esperanza de que esa entrevista arrojara algo de luz. No es que Felicia lo culpara, ella pensaba lo mismo—. ¿Nada… diferente?

El sonido de movimiento en el sofá hizo pensar a Felicia que Magda negaba con la cabeza.

—Bueno, estaba un poco excitado últimamente. Nervioso. En su momento no le di importancia. Es decir, era ese tipo de persona. Siempre al borde del asiento. Siempre con un nuevo plan. —Suspiró —. Casi desearía poder darle algo a la policía. Se lo merecería. Me proporcionaría un cierre, al menos. He estado buscando en cada rincón que se me ocurre, con la esperanza de hallar algo. Cosas que tal vez se les hayan escapado.

—¿Y ha encontrado algo? —Se oyó otro crujido. Dexter inclinándose hacia delante, probablemente. Podía imaginar sus ojos, negros e intensos, tan cautivadores que sería imposible mirar a otra parte.

De repente, un crujido estridente reverbero por toda la casa como un disparo. Felicia miró su pie y se mordió el labio con fastidio. Instintivamente, se había inclinado hacia adelante, estirándose para oír mejor, su peso presionando una tabla suelta en lo alto de las escaleras.

Pareció sacar a Magda Clay de cualquier trance en el que hubiera estado. Parpadeó, como sorprendida de encontrarse donde estaba. Con cierta vergüenza, se apartó lentamente de Dexter en el sofá, mirando su copa con reproche mientras la dejaba con delicadeza en la mesa de café.

—Creo que debería ir a ver qué está pasando allá arriba —dijo con tono serio—. Después de todo, nunca se es demasiado precavido.

—Por supuesto. —Dexter captó la indirecta y tomó su sombrero, que había estado descansando en el respaldo del sofá—. Tiene mucho que atender. No debo entretenerla.

—Gracias por las flores…, son realmente preciosas. —Parecía casi avergonzada mientras lo empujaba hacia la puerta. Era evidente que no podía esperar para deshacerse de él.

Llegaron al vestíbulo; un ligero movimiento de cabeza y Magda la vería. Felicia retrocedió en silencio por las escaleras, agradeciendo a Dios haberse cambiado los tacones.

Se metió por la puerta más cercana, entrando en una habitación que reconoció al instante. Las paredes pintadas de color borgoña

estaban cubiertas de tapices. Un enorme *bureau plat* se asentaba sobre la alfombra persa. Un globo terráqueo descansaba sobre el escritorio, con una caligrafía ondulante que describía lugares que ya no existían. El ambiente silencioso era denso, impregnado por el aroma del papel viejo y el humo de cigarro. Era el estudio de un caballero en el sentido más clásico, un espacio que seguía el mismo patrón que había perdurado a lo largo de generaciones.

De repente, Felicia olvidó lo que la había llevado allí. Sin darse cuenta, había entrado directamente en el santuario de Barrington, su espacio privado. Sin duda, si había algo comprometedor que no quisiera guardar en sus oficinas, estaría allí.

Se acercó al escritorio y probó suerte tirando de uno de los cajones. Esperaba que estuviera cerrado, así que se sorprendió cuando se abrió sin resistencia. Dentro había una fila de carpetas codificadas por colores. Sintiendo una oleada de emoción, tiró de una con cuidado.

«Seguro médico», decía la etiqueta. Desconcertada, tomó la siguiente, y luego otra, pasándolas con rapidez y frustración. Documentos de la casa. Obras. Cuentas de ahorro. ¿Eso era todo? Aquel era el escritorio de un hombre cualquiera, alguien que no tenía nada que ocultar, no el de un hombre con secretos turbios, como todos lo describían.

Entonces, se sacudió mentalmente. Por supuesto que no estaría allí. ¿No acababa de decir Magda Clay que la policía lo había revisado todo? ¿Que ella había hecho lo mismo? Ese sería el primer lugar donde todos habrían mirado.

Sintiéndose bastante estúpida, Felicia se echó hacia atrás. Al hacerlo, su mirada quedó a la altura de la pata tallada del escritorio. Y lo que vio allí la hizo sonreír.

Nunca se le habría ocurrido a la policía buscar un cajón secreto en el escritorio. Probablemente pensaban que ese tipo de elementos de villano solo existían en las películas.

Pero ella no era la policía. Era una subastadora. Y sabía que no era así.

—¿Todo bien ahí dentro? —Se oyó la voz de Magda Clay mientras subía las escaleras.

Con una maldición ahogada, Felicia cerró el cajón con la cadera, agarrando el objeto más cercano justo cuando se abrió la puerta.

—Oh, sí. Solo estaba… intentando ver mejor la marca de esto. —Felicia dio la vuelta a la figurilla con fingida despreocupación para mostrársela, entonces, vio que era una pieza antigua de Sèvres y palideció, dejándola con exagerado cuidado.

El corazón le latía con fuerza, y no solo porque casi hubiera dejado caer una valiosa cerámica. Solo había tenido unos segundos para ver el contenido de ese cajón, pero había sido suficiente. Suficiente para saber que los rumores eran ciertos. Más de lo que nadie podría haber imaginado.

No había duda al respecto.

Barrington Clay había estado metido hasta el cuello.

Capítulo 21

Cassie Lane siempre había tenido los pies en la tierra. Sabía que, aunque tenía muchas virtudes —era decidida, leal y podía sobrevivir con poquísimas horas de sueño—, también había ciertas cosas que siempre estarían irremediablemente fuera de su alcance: tener el pelo liso, que las medias no se le rompieran con solo mirarlas, la capacidad de mojar una galleta en el té sin que se deshiciera… y guardar silencio. En cualquier sentido de la palabra.

Nunca se había hecho ilusiones de ser una buena espía. Ni siquiera de niña, cuando la mayoría de sus contemporáneos soñaban con tales carreras futuras. Cassie había sabido, incluso entonces, que era algo imposible para ella.

Reflexionaba sobre ello mientras permanecía en la entrada de su oficina, mordiéndose el labio inferior y sobresaltándose con cada ruido proveniente de aquel viejo edificio. Podía oír las impresoras escupiendo hojas arriba, la cafetera funcionando en la cocina del personal frente a ella, y los teléfonos sonando con un timbre agudo en la recepción de abajo. Pero, sobre todo, podía oír los latidos de su corazón, la sangre cantando en sus oídos mientras miraba fijamente la superficie pulida y austera del escritorio que ocupaba la mayor parte del espacio en la antesala.

Aquello estaba mal. Ella no debería estar haciéndolo. Ni siquiera debería estar contemplándolo.

Y, sin embargo…, ¿qué otra opción tenía?

Armándose de valor, comenzó a caminar tan sigilosamente como pudo. Se había quitado los zapatos —una decisión inteligente, pensó con orgullo—, aunque ahora se daba cuenta, con cierta decepción,

de que ir calzada por aquella mullida alfombra no habría marcado la diferencia. Un arrepentimiento que se intensificó momentos después, cuando se golpeó el dedo del pie con un tope de puerta de hierro abandonado que yacía en su camino. Conteniendo una maldición, saltó furiosa a la pata coja durante el siguiente medio minuto, tomando aire mientras las lágrimas anegaban sus ojos.

Cuando el dolor finalmente se redujo a un ardiente latido, cojeó el resto de la distancia hacia el escritorio, más ansiosa que nunca por terminar con esa breve carrera de espionaje suya. Agarró el tirador de latón del cajón superior y lo abrió con rapidez, agradeciendo a Dios que Gavin fuera tan meticuloso en aplicar aceite regularmente a los archivadores. Se deslizó sin hacer nada de ruido, aunque empezaba a pensar que la velocidad podría ser la clave para una estrategia más efectiva.

El contenido era, había que decirlo, más que un poco decepcionante. De hecho, resultaba incluso un poco alarmante, pensó Cassie, mirando las filas de artículos de papelería meticulosamente ordenados. ¿De verdad organizaba los clips por colores? Cuando todo el asunto del asesinato se aclarara, quizá debería tener una charla maternal con él sobre…, bueno, sobre tener una vida. Nunca iba a conocer a un buen chico si…

Se quedó paralizada cuando oyó una pisada en la escalera exterior. Con los ojos muy abiertos y conteniendo la respiración, esperó.

Otra pisada. Sin duda, la de un hombre. Sus pulmones empezaban a arder. Cerró los ojos con fuerza, rezando para que no fuera Gavin. No tenía ni idea de cómo iba a explicarle aquello.

Le había dicho que le creía, por supuesto. ¿Qué más podía decir? Él no había estado dispuesto a revelarle más de lo que le había dicho a la policía; la misma historia sobre cómo había estado paseando por la ciudad. Así que ella había asentido y le había dicho que todo iría bien. Y él había parecido tan aliviado… Si descubría que ella le había mentido, que en realidad no confiaba en él en absoluto… Bueno, era mejor no pensarlo. Se sentiría terrible, como si le hubiera fallado de la peor manera posible.

En ese momento, supo que no podía hacerlo. No podía traicionarlo así. Sintiéndose avergonzada, empujó suavemente el cajón para cerrarlo.

Las pisadas continuaron más allá de la puerta.

Cassie se dejó caer contra el escritorio y estuvo a punto de tirar una perforadora al suelo. La atrapó justo a tiempo, aunque se pellizcó un dedo en el mecanismo, raspándose la capa superficial de piel. Chupándose el dedo con resignación, abrió el cajón inferior. Sabía que Gavin guardaba un botiquín allí. Pensándolo bien, esa habría sido una buena excusa si la hubiera pillado, pensó irónicamente. Era muy típico en ella tener ocurrencias cuando ya era demasiado tarde.

El botiquín estaba guardado en un maletín de plástico verde. Cassie se sintió aliviada al ver que ese cajón estaba menos ordenado. De hecho, parecía ser un lugar de reposo para todo tipo de objetos sin hogar. Había un bulto de tela púrpura estampada en la esquina que, por un momento que le detuvo el corazón, temió que fueran unos calzoncillos, pero, al examinarlos más de cerca, resultó ser solo una corbata. También había una vieja tarjeta de San Valentín —quizá no necesitaba tener esa charla con él después de todo—, un alijo secreto de galletas de chocolate —¡lo sabía! Sabía que nadie podía ser tan perfecto. Ese desprecio altivo por la caja de dulces mientras picoteaba una ensalada sin aliñar… ¡Ja!— y algunas pelotas de golf.

Sintiéndose aún más culpable por haber sospechado que podría encontrar algo incriminatorio, Cassie sacó el maletín verde y, al hacerlo, un trozo de papel se desprendió del cierre y revoloteó hasta el suelo. Automáticamente, se agachó para recogerlo y, por segunda vez esa tarde, sus ojos se agrandaron y sus pulmones se quedaron sin aire de golpe.

El número garabateado en la superficie del papel le resultaba familiar. Pero, incluso si no lo hubiera sido, habría reconocido esa letra en cualquier parte. Normalmente, se habría alegrado de verla vinculada a algo sospechoso. Pero no ahora. No así. No cuando creaba una conexión entre las dos personas que carecían de coartada para al menos parte de la reunión del consejo del sábado.

Y, mientras se ponía una tirita en el dedo, empezó a pensar en cómo demonios iba a explicarle a la policía que sabía que su secretario se comunicaba en secreto con su teniente de alcalde.

Capítulo 22

Felicia cruzó el duro asfalto del camino de entrada sintiendo que sus hombros se relajaban con cada paso que la alejaba de la casa de los Barrington. Había estado en propiedades extrañas a lo largo de su carrera —una llena hasta arriba de muñecas había sido particularmente memorable—, pero la que acababa de abandonar irradiaba una energía opresiva que ni siquiera ella lograba soportar. Intuía que tenía que ver con la mujer que habitaba en su interior. Tan triste y rota por dentro, dividida entre el amor y el odio. Felicia no podía imaginar cómo sería descubrir que todo lo que creías verdadero no había sido más que una mentira.

Percibió una presencia detrás de ella, una sombra. Se le erizó el vello de la nuca, pero no se dio la vuelta. No hacía falta.

—Dios, pensé que nunca ibas a terminar. —Dexter se despegó del lateral de la casa, donde había estado merodeando tan discretamente como podía alguien vestido como un mostrador de golosinas—. ¿Cuánto se tarda en mirar unas cuantas baratijas viejas?

—No creo que a Barrington le hubiera gustado que describieran así su meticulosamente seleccionada colección —respondió Felicia, aunque algo a regañadientes. En realidad, tenía algunas piezas exquisitas; no podía criticar su gusto. De hecho, tenía que admitir que sentía cierta envidia—. Además, fui tan rápida como pude. No sabía que estabas esperando.

En realidad, había apresurado el trabajo mucho más de lo profesionalmente aceptable. Debería haber estado allí toda la tarde, pero la gélida presencia de Magda Clay lo había hecho insoportable.

Se había quedado en el umbral después de que Dexter se marchara, observando a Felicia con ojos penetrantes como si de repente desconfiara de sus motivos. El recuerdo de esa mirada en su espalda bastaba para hacer que Felicia se estremeciera involuntariamente, a pesar de la temperatura suave de aquel día.

Abrió el coche y se quedó mirando a Dexter mientras él se acomodaba alegremente en el asiento del copiloto.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Gorronear un viaje, obviamente. —Lanzó su sombrero al asiento trasero y empezó a hurgar en el lateral del suyo—. Tuve que venir andando. Por si lo habías olvidado, mi transporte fue reclamado de vuelta a Londres, junto con todo el apoyo para mi nueva serie. Estoy oficialmente sin vehículo. Tanto metafórica como literalmente. —Hacía como que no le afectaba, pero ella notaba que aún le escocía —. Y, además, yo diría que me debes una. No lo hice nada mal ahí dentro, ¿verdad? Para ser un profesor de Historia inútil, creo que conseguí que se abriera bastante.

—Oh, sí, se abrió mucho… —dijo Felicia con sarcasmo, tirando del cinturón de seguridad sobre su cuerpo. Un poco más abierta y probablemente se habría encontrado en una posición comprometida.

Como era de esperar, Dexter no captó la indirecta, y, con una exclamación de triunfo, tiró bruscamente de la palanca del asiento, reclinándolo hacia atrás. Felicia puso el coche en punto muerto, conteniendo las ganas de hacer un comentario mordaz. Dexter era incapaz de quedarse quieto en cualquier coche, siempre tenía que toquetearlo todo y cambiar las cosas de sitio. Era exasperante.

—Admítelo, Fliss —le dijo él con suficiencia mientras adoptaba una posición reclinada—. Saqué más de ella de lo que tú hubieras conseguido nunca. Necesitabas mi ayuda ahí dentro.

Felicia arrancó girando la llave con brusquedad, esperando que el rugido del motor omitiera la necesidad de una respuesta. Porque, por mucho que le molestara, él tenía razón. Bueno, al menos ahora contaban con una visión más amplia del historial criminal de Barrington, y, más importante aún, la sospecha de que tenía algo entre manos cuando murió. Algo que, según Magda, lo tenía especialmente emocionado. ¿Podría eso explicar lo inexplicable, la

pregunta que nadie podía responder? Seguramente, si pudieran averiguar qué estaba haciendo en el armario, todo lo demás tendría sentido. ¿O era eso solo una ilusión nacida de la desesperación?

Pero no quiso admitir nada de eso en voz alta. Porque cuando Dexter tenía razón, se volvía insoportable; no había quien lo callara después.

Hicieron el trayecto en silencio, metiéndose por el estrecho pasaje de Rutland Terrace, que de repente se convirtió en St Peter's Street. Stamford era así, estaba lleno de calles que se volvían más estrechas o giraban de golpe y que cambiaban de nombre de repente. Era muy confuso para los turistas. También podía ser bastante confuso para los locales. A veces no estabas muy seguro de en qué calle estabas, incluso si la habías recorrido mil veces.

Mientras pasaban por el montículo donde tiempo atrás se alzaba la iglesia de St Peter's, actualmente cubierto por un manto de flores silvestres, Dexter, obviamente incapaz de pasar más tiempo sin oír el sonido de su propia voz, se volvió hacia ella con entusiasmo.

—Escucha… He estado pensando en la investigación. Repasándola. A ver si hay algo que pueda aportar. Algo en lo que nadie más haya pensado. Usar mi perspectiva única, por así decirlo.

Felicia se concentró intensamente en la carretera y no respondió. Por desgracia, eso no funcionó para disuadirlo. Dexter se inclinó hacia adelante con los ojos brillantes.

—Y lo que me llama la atención es esto… Si el arma no procedía de la subasta, ¿de dónde salió?

Hubo una pausa tras esa sorprendente reflexión. Felicia lo miró de reojo con desdén, pero él la observaba con tanta seriedad que no tuvo corazón para hacer un comentario mordaz. En su lugar, se encogió de hombros y dijo:

—Tu suposición es tan buena como la mía.

—Bueno, creo que tengo una buena teoría… —Hizo una pausa dramática, y su decepción fue evidente cuando Felicia no reaccionó con el interés que esperaba. Recuperando la compostura, respondió entonces a la pregunta que ella no le había formulado—: ¡La casa de Bunting en Barn Hill! Estuviste dentro, Felicia. Viste cuántos objetos extraños y arcaicos tenía por todas partes. —Dio una palmada

concluyente en el salpicadero—. Yo diría que hay muchas probabilidades de que lo que busca la policía viniera de allí.

Después se reclinó, satisfecho de sí mismo.

—¿Quieres decir que alguien lo robó, lo llevó a la subasta, mató a Barrington con él, luego volvió y mató a su propietario original con él? —preguntó Felicia.

—Tal vez pensaron que el mejor lugar para esconderlo era donde había estado originalmente —respondió Dexter—. Vamos, seamos sinceros, sería como buscar una aguja en un pajar allí dentro. Pero el plan salió mal; el viejo Batty los pilló en el acto, así que tuvieron que matarlo.

—¿Por qué se tomarían la molestia de entrar allí dos veces solo para usar un arma de su casa? Podrían conseguir un arma en cualquier parte.

—¡Para incriminarlo! Era su armario, ¿no? O… —Su rostro se iluminó—. Oh, esto es aún mejor… —Juntó las manos y luego continuó—: ¿A qué hora dijeron que murió Bunting?

—Creen que entre la una y las tres.

—¿Y a qué hora encontramos a Barrington?

—Sobre la una y diez.

—Así que podría haber sido él —murmuró Dexter, acariciándose la barbilla—. Sí, habría sido algo muy ajustado, pero…

Felicia se desvió hacia un espacio libre frente a la casa de subastas, pisando el freno. Después se giró en su asiento para mirarlo.

—Un momento… ¿En serio estás sugiriendo que Henry Bunting mató a Barrington?

—¿Y por qué no? ¿No es el sospechoso más probable? Tenía una casa llena de objetos siniestros, cualquiera de los cuales podría haber servido como arma. Habría sabido lo de la grieta en el lateral del armario… ¡porque era su armario! Sin mencionar que hay bastantes probabilidades de que no fuera su primer asesinato…

—¿Y después, en un ataque de remordimiento, locura, o quizá ambos, volvió directamente a casa y se clavó un cuchillo entre las costillas? —lo interrumpió ella con sarcasmo.

—Quizá pensó que sería un final poético —sugirió Dexter, con rostro malhumorado.

—¿Tan poético que el arma se desvaneció en el aire después?

Él se quedó en silencio un momento, pensándolo, y luego se desinfló.

—Ah, sí. No había tenido en cuenta esa parte —murmuró en voz baja.

Por supuesto que no. Felicia se desabrochó el cinturón, preguntándose por qué le irritaba tanto que Dexter quisiera involucrarse en la investigación. ¿Sería porque le resultaba incómodo saber que Algernon haría lo mismo si tuviera la oportunidad? ¿Que todo aquel asunto estaba empezando a arrastrar a más gente, además de a ella misma, al peligro, y que no podía proteger siempre a su entorno cercano?

—Oye, ¿qué está pasando allí? —dijo Dexter mientras se estiraba para mirar a través del parabrisas.

De repente, Felicia se dio cuenta de que había jaleo en la entrada de Grant's. Un comerciante con abrigo raído gritaba enfadado, cerrando la puerta de golpe tras él y bajando las escaleras furioso.

—Ni idea. —Felicia ya estaba saliendo del coche—. Pero pienso averiguarlo.

Dentro, Betsy estaba en el mostrador, pálida. Hugo estaba de pie junto a ella, murmurando algo. Al ver a Felicia se sobresaltó, enderezándose con una sonrisa que parecía algo forzada.

—¿Qué tal fue con la señora Clay? Has sido más rápida de lo que esperaba.

—¿Qué ha sido todo eso? —dijo Felicia señalando hacia la puerta con un gesto.

—Ah, lo has visto, ¿eh? —No era una pregunta. A Felicia le pareció que se encogía ligeramente de hombros—. No es nada de qué preocuparse. Solo un pequeño malentendido. Ya sabes cómo son estos comerciantes… A veces pueden ser tan impacientes y temperamentales. No atienden a razones. —Viendo que eso no la tranquilizaba, elaboró su discurso a regañadientes—: Hubo una confusión con uno de los lotes que compró. Cosas que pasan. Se suponía que era un lote de cinco bastones y dos bastonespada; en

su lugar, había seis bastones y un bastón-espada. Nada de lo que había era particularmente valioso, así que no es de gran importancia. Solo está desahogándose, haciendo alarde. No quería preocuparte con esto.

El silencio fue roto por el sonido de un timbre amortiguado. Hugo sacó su móvil del bolsillo, mirando rápidamente la pantalla antes de apretarlo contra su pecho.

—Lo siento, es una… llamada personal. ¿Te importa?

—No te preocupes —respondió Felicia, haciéndole un gesto para que se fuera.

Dexter se estiró y bostezó, dirigiéndose hacia las escaleras.

—Nunca hay un momento aburrido por aquí, ¿verdad? Creo que es hora de una taza de té. Me vendrá bien después de tanto *whisky*. Dios, me ha costado seguirle el ritmo a esa mujer. Cómo bebe.

—Has tenido que sacrificarte por la investigación, por supuesto —murmuró Felicia, y dio un respingo al girarse y encontrarse a Betsy justo detrás de ella.

—Eh… ¿Va todo bien? ¿Me necesitas para algo?

Betsy giraba su alianza alrededor del dedo una y otra vez, sin mirarla a los ojos. Su rostro, normalmente alegre, estaba contraído por la indecisión.

—No estoy segura… ¿Puedo… hablarte de algo?

—Por supuesto —respondió Felicia, ocultando su curiosidad lo mejor que pudo, y señalando hacia la oficina—. ¿Vamos…?

—Aquí no. —Las palabras le salieron de golpe—. Es demasiado… —Justo en ese momento, las puertas se abrieron de par en par y una pareja de mediana edad entró tambaleándose, cada uno agarrando un extremo de una enorme urna griega. En un instante, Betsy activó su radiante sonrisa profesional—. Buenas tardes. Supongo que vienen por una tasación.

—Yo me encargo. —Felicia se inclinó sobre el escritorio, fingiendo estar buscando un bolígrafo, para decirle en voz baja—: ¿Qué tal más tarde, después del cierre? ¿En The George?

Betsy asintió de manera casi imperceptible.

Nada. Absolutamente nada. Y después de tanto trabajo.

La agente Jess Winters se frotó los ojos, dejándose caer en su desvencijada silla de oficina con un suspiro. La silla era de segunda mano, habiendo pasado por casi todos los miembros del cuerpo antes de terminar, inevitablemente, en el escritorio del miembro más nuevo y subalterno. La tela estaba deshilachada, era cualquier cosa menos cómoda —había un muelle en particular que se le clavaba en la cadera cada vez que se movía— y el mecanismo se había roto hacía tiempo, lo que significaba que estaba fija a una altura incómodamente baja. Pero al menos tenía una silla propia, reflexionó Jess, con el mismo intento de optimismo pragmático con el que abordaba cada aspecto de su carrera. También tenía un escritorio propio, aunque estuviera metido en un rincón y tuviera una pata coja que había que apuntalar con una pila de fotocopias viejas. En realidad, no le iba tan mal. Había compañeros suyos en otros cuerpos que presumían por menos.

Jess sostenía entre las manos su taza de café —ya frío— mientras recorría con la mirada la pequeña sala que hacía las veces de centro neurálgico de operaciones en la Comisaría de Welland. De hecho, constituía prácticamente toda la comisaría de Welland. Aparte de lo que podía ver desde su escritorio, solo había una pequeña cocina, un baño compartido —que dejaba bastante que desear, aunque era mucho mejor que el retrete al aire libre que había estado en uso hasta hacía cinco años— y un armario de pruebas. Las pruebas tenían que compartir espacio con el equipo de limpieza y los abrigos de todos, lo que casi le había provocado una apoplejía al inspector jefe Heavenly cuando llegó por primera vez, pero como realmente no había ningún otro lugar donde ponerlo, no había tenido más remedio que dejar las cosas como estaban.

Como casi todos los demás en la comisaría, Jess no estaba del todo segura de qué hacía allí el inspector jefe Heavenly. Había dado alguna explicación vaga, cargada de jerga policial, en su discurso inaugural —celebrado en la oficina, con todos de pie con tazas de té y expresiones confusas, preguntándose de qué demonios hablaba— y nadie se había atrevido a preguntarle más desde entonces.

Heavenly no era un hombre que invitara a hacer preguntas de ningún tipo.

Aunque, tampoco podía criticarlo por eso. Era muy consciente de que sus colegas probablemente se preguntaban lo mismo sobre ella; por qué una joven y prometedora agente de policía que se había graduado la primera de su promoción elegiría comenzar su carrera en una comisaría perdida como esa.

Lo que ella no sabía era hasta qué punto se lo preguntaban. Cómo la miraban con cierta curiosidad, cómo lo comentaban entre susurros mientras el agua burbujeaba en la tetera, o cómo, ya con una pinta en la mano, dejaban caer alguna teoría en el *pub* al final del día. La plantilla de la Comisaría de Welland raramente tenía un misterio entre manos, así que saboreaban cualquier enigma emocionante que se les presentara. Y aunque todos lo pensaban, nadie se atrevía a preguntárselo directamente.

A pesar de su habitual franqueza, abierta y afable, ese era el único asunto sobre el que parecía mostrar una reserva inusual. No era como Heavenly, con sus justificaciones elaboradas. Ella simplemente guardaba silencio. Y sus colegas, con buen juicio, sabían cuándo no preguntar más.

Jess dio un sorbo a su café y se estremeció al comprobar que ya estaba frío y pastoso, pero luego se encogió de hombros y lo bebió de todos modos. No tenía ganas de levantarse a hacer otro; de todas maneras, acabaría enfriándosele también. Volvió a repasar los documentos en la pantalla, más por no perder la esperanza que por lógica, pues sabía de sobra que allí no había nada. Ya lo había examinado todo con lupa.

Las comprobaciones de antecedentes casi siempre revelaban algo, y más cuando se trataba de la víctima de un asesinato. Después de todo, la mayoría de la gente era asesinada por alguna razón. Algunos simplemente estaban en el lugar equivocado en el momento equivocado, cierto, pero en un caso como aquel —premeditado y deliberado— tenía que haber un objetivo detrás. Un objetivo que, presumiblemente, empezaba con algo sobre la víctima. Algo que habían visto, algo que habían hecho, algo que estaban a punto de

hacer… La lista continuaba, pero la esencia era la misma. Todo volvía a la misma pregunta. ¿Por qué? ¿Por qué esa persona?

Y era una cuestión que Jess tenía toda la intención de resolver. Pero, hasta ahora, sentía que daba un paso adelante y dos atrás.

Respecto a Barrington Clay, estaba claro como el agua. El hombre era un estafador. Había engañado, chantajeado y humillado a una gran cantidad de personas. El problema no era averiguar quién podría haber querido matarlo, sino quién no. El abanico de posibilidades era demasiado amplio. Pero con Henry Bunting…

Era una página en blanco. No literalmente, pero casi. Bien podría haberlo sido. Para ser un hombre que había vivido casi noventa y cuatro años en la misma ciudad, no había dejado prácticamente ninguna huella perceptible. Había vivido como un auténtico ermitaño. Pasaba los días solo en su casa y apenas salía, excepto para ir a la subasta mensual en Grant's, a The George alguna noche para beber un trago frente a la chimenea, o al mercado los viernes por la mañana, a comprar pescado fresco envuelto en papel y un manojo de espárragos. Todavía no habían recibido sus datos financieros; con suerte, tal vez revelaran algo interesante, porque de momento no tenía ni idea de quién podría haber salido ganando con la muerte de un hombre tan mayor que, de todas formas, no habría durado mucho más. Un hombre cuya vida había sido de lo más irreprochable y monótona… con una sola excepción. Alguien había muerto en su casa. Pero aquello había ocurrido hacía ochenta años, y se había considerado un accidente. Estaba agarrándose a un clavo ardiendo, y lo sabía.

Tal era su desesperación por conseguir algo útil, que hasta había llamado a Evelina Fielding. Su razonamiento —que, debía reconocer, era endeble hasta lo vergonzoso— se basaba en que, siendo otra anciana habitual de las subastas, quizá lo hubiese tratado, y hasta hubiera conseguido sonsacarle algo en ese tono amable y charlatán tan propio de las mujeres mayores.

A pesar de no haber conseguido nada, al menos le había alegrado el día a una nonagenaria, pensó Jess con ironía. Evelina estaba encantada de ser interrogada. Tan encantada, de hecho, que Jess casi empezó a preguntarse si la anciana no habría cometido los

asesinatos solo por diversión. No paraba de preguntar si aquello era un interrogatorio formal, y pareció sinceramente decepcionada cuando Jess le dijo que no, que no iba a llevársela esposada a la comisaría.

Aunque se mostró dispuesta a ayudar, su testimonio había aportado poco. A pesar de haber vivido en el pueblo en aquella época, nunca había tenido mucho trato con los Bunting. —«No eran de mi clase, querida. Entre tú y yo, di un salto importante cuando me casé con mi marido»—. Lo que sí recordaba con claridad era la muerte de la institutriz y los rumores que circularon después.

—En mi opinión, no eran más que un montón de chismorreos sin fundamento —había dicho la mujer—. Oh, fue muy impactante en su momento, puedo entender por qué todos se dejaron llevar. Yo solo era una niña, y me avergüenza admitir que yo también contribuí a propagar esos rumores. Pero ahora, con la perspectiva que da la edad…, creo que todo fue bastante absurdo y exagerado. Al fin y al cabo, ¿qué razón habría para pensar que no fue un accidente? Eso suena mucho más lógico, ¿no cree?

Jess había estado de acuerdo, y con eso dieron por cerrado el tema. Después, Evelina le explicó, con un marcado pesar en la voz, que se había mudado tras casarse y no había regresado al pueblo hasta hacía veinte años, cuando enviudó. Entonces, con esa sorprendente capacidad que tienen los mayores para cambiar el rumbo de la conversación, Evelina empezó a interesarse por Jess. Percibió un acento sureño en su forma de hablar, y Jess acabó admitiendo que se había criado en Dorset, cerca de Lyme. Evelina se mostró encantada y le contó que siempre había querido visitar esa región, pero que a su marido no le gustaban los acantilados, por lo que nunca habían podido hacerlo. Sin embargo, sí habían ido a Whitby en una ocasión, y aunque el viaje había sido agradable, el frío de marzo se había dejado notar. Evelina suponía que la costa sur era mucho más suave, aunque aseguraba que las playas del norte estaban muy poco valoradas.

Después de eso, tardó otros quince minutos en conseguir colgar el teléfono. Cuando lo hizo, se sintió profundamente aliviada, pero, para su sorpresa, también se dio cuenta de que estaba sonriendo.

Un sonido de aviso indicó la llegada de un nuevo correo electrónico. Volvió a activar su monitor, que había estado en reposo, y lo abrió para ver los resultados de una revisión financiera que había solicitado. No eran los de Henry Bunting, sino los de otra persona.

Parpadeó, se frotó los ojos y volvió a mirar. Todo seguía igual, no era producto de su imaginación.

Se reclinó con un silbido suave, esperando que llegara la euforia. Y llegó, cautelosamente, mientras una sonrisa se extendía por su rostro, formando hoyuelos en sus mejillas. Por fin tenía algo bueno que contarle al sargento. Ya era hora.

Parecía que tenían una pista.

Capítulo 23

Felicia jugueteaba con el tallo de su copa de vino rosado mientras resistía el impulso de mirar el reloj por enésima vez.

Estaba segura de que ella acudiría. Solo se estaba retrasado un poco, eso era todo. Probablemente había pasado por casa y algo la había distraído. Tal vez uno de sus nietos la había llamado justo cuando iba a ponerse el abrigo. Felicia sabía que Betsy lo dejaría todo por uno de ellos.

Dio un sorbo al vino mientras echaba un vistazo al patio. Esa noche estaba precioso. La zona empedrada estaba llena de macetas con arbustos perfectamente recortados, con luces blancas enroscadas alrededor que brillaban suavemente bajo la luz del atardecer. En las mesas, la gente conversaba bajo las sombrillas, riendo y brindando. El ambiente era cordial, relajado y refinado. Era uno de los lugares favoritos de Felicia en el mundo.

Era una lástima no poder disfrutarlo como solía. Se sentía inquieta, incapaz de relajarse, ni siquiera podía distraerse observando a la gente como hacía normalmente.

—¿Más vino, tía Fliss? —Robyn apareció a su lado, con el rostro fresco y radiante, vestida impecable con una blusa blanca de cuello ribeteado.

Felicia no entendía cómo podía parecer siempre tan animada y llena de energía. La juventud, supuso. Aunque la mayoría de los adolescentes necesitaban dormir y, según le había contado Cassie, Robyn apenas pegaba ojo.

Miró su copa, y se sorprendió al ver que estaba vacía. Debía de habérsela terminado sin darse cuenta.

—Por favor —pidió acercándose a Robyn—. Pero solo un poco.

—¿Esperas a mamá? —le preguntó colocando la copa en la bandeja que sostenía con una mano.

—No, esta noche no. Alguien del trabajo… —Felicia dejó la frase a medias al ver una cabeza rubia oscura familiar desaparecer en el interior del local.

—Ah, el misterioso Jack —dijo Robyn, siguiendo su mirada con una sonrisa cómplice—. No sabía que te gustaba, tía Fliss.

—¡Robyn! —Felicia se giró horrorizada—. No me… Qué tontería.

—Ya lo creo que sí —aseguró Robyn con una sonrisa traviesa—. La dama se queja demasiado… Se te nota a leguas.

—Diablilla —refunfuñó Felicia, furiosa consigo misma por caer en una trampa tan obvia—. Quiero que me devuelvas el colgante de plata que te regalé en tu bautizo.

—Creo que el periodo de devolución expiró hace diecisiete años —rio Robyn—. Mira, no te culpo, tía Fliss. Es bastante atractivo. Pero me temo que solo para admirar desde lejos.

Felicia frunció el ceño.

—¿Por qué dices eso?

Robyn le lanzó una mirada extraña.

—Bueno, quiero decir…, todo el mundo sabe que Jack es problemático. La policía siempre está detrás de él por algo.

Felicia sintió que algo se le helaba por dentro.

—Me sorprende que siga libre, sinceramente —continuó Robyn, cambiando el peso de una cadera a otra—. Pensé que lo detendrían desde el principio. Es el sospechoso número uno. —Ante la expresión perdida de Felicia, añadió—: Ya sabes, por toda esa historia con Barrington Clay. Lo despidió por robar y no pudo conseguir otro trabajo durante mucho tiempo. —Le lanzó una mirada exasperada—. En serio, tía Fliss, ¿nadie te cuenta nada?

—Parece que no —contestó Felicia en voz baja.

Las piezas empezaban a encajar, cosas que antes no tenían sentido. La extraña despedida de Pettifer aquella noche en la cabaña de su padre. La reacción de Jack cuando le preguntó si la policía había hablado con él. No era de extrañar que se hubiera puesto a la defensiva; probablemente pensó que le estaba haciendo un

comentario intencionado. Deseaba enterrar la cabeza solo de pensarlo. Dios, qué vergüenza.

Alguien en una de las otras mesas trataba de llamar la atención de Robyn. Ella miró hacia allí y volvió a dirigirse a Felicia con gesto de disculpa.

—Será mejor que no lo ignore. Es uno de nuestros clientes habituales.

Felicia la observó mientras se alejaba, sorteando con destreza los arbustos iluminados. De pronto, se quedó paralizada, irguiéndose en la silla. Antes de que pudiera pensárselo dos veces, se levantó y siguió el mismo camino que Robyn hasta la mesa del rincón. Se detuvo tras un oportuno arbusto podado en forma de espiral, esperando a que su ahijada terminara de anotar el pedido y se marchara antes de dejarse ver.

—¿Señor Clancy? —Se mantuvo a una distancia prudencial, con esa actitud recatada que había resultado ser el producto más útil de su cara educación. Cuando el anticuario alzó la vista, ella se llevó la mano al pecho—. Felicia Grant. ¿De la subasta?

El rostro del hombre se iluminó.

—Ah, por supuesto. La subastadora. La recuerdo del sábado.

—Bueno, ya no suelo ejercer de subastadora —admitió ella—. Al menos, no desde hace años. Ha sido mi primera venta en mucho tiempo.

Clancy arqueó una ceja con sorpresa.

—Pues nadie lo diría. —Tomó el periódico doblado de la silla contigua y, con un gesto cortés, la invitó a sentarse—. Por favor, acompáñeme. Estaba tomando un aperitivo. —Levantó la mano con un gesto casi imperceptible a un camarero al otro lado del patio, con el aire de alguien acostumbrado a que le obedezcan. Como era de esperar, el camarero giró la cabeza como si le tiraran de ella con un hilo invisible—. ¿Qué quiere tomar?

—Gracias, pero ya he pedido un rosado. —Como si la hubiera invocado, Robyn apareció con una bandeja y empezó a servir las bebidas de manera muy profesional, sin inmutarse por el cambio de mesa de Felicia.

El señor Clancy bebía oporto, observó Felicia. Parecía apropiado para un hombre que casi pertenecía al siglo en el que se había especializado. No sabía mucho de él —era famoso por su discreción —, pero había visto una fotografía suya en el salón de su casa londinense, acompañada de una rara entrevista en una revista de antigüedades. No recordaba ni una palabra del texto, pero aún tenía presente aquella estancia, lo increíblemente hermosa que era. Había restaurado todo con muchísimo cuidado para que volviera a lucir como en el siglo XVIII, desde el techo con molduras doradas hasta los muebles más finos de la época. Estaba claro que no era solo un negocio para él, el periodo borbónico le apasionaba.

—Debe de haber sido un fin de semana intenso. Confío en que la subasta no se haya visto muy afectada. —El hombre la observaba por encima del borde de la copa.

Por primera vez, Felicia reparó en lo curiosamente grande que era su cabeza en relación con su cuerpo. Con esfuerzo, centró su atención en la corbata de seda exquisitamente anudada que adornaba su garganta. Pensó que a Dexter le encantaría. Desde luego, nunca había visto una anudada de esa forma. Se preguntó si el señor Clancy tendría un libro o un póster en la pared con los diferentes estilos y cómo hacerlos. ¿O acaso contaba con un ayuda de cámara? Desde luego, tenía toda la pinta de tener uno.

—Nos las arreglamos —contestó ella, encogiéndose de hombros con modestia—. Sigue siendo la escena de un crimen, pero la policía nos ha permitido entregar los lotes vendidos. —Removió el líquido rosáceo en su copa, esforzándose por mantener un tono despreocupado—. Me sorprende verle aún por aquí. Espero sinceramente que no le estén reteniendo.

—Oh, no. —Tenía los dientes pequeños y muy juntos. La fila inferior quedaba al descubierto cuando sonreía—. Estoy aquí por voluntad propia. Soy un visitante habitual de Stamford. Tengo varios intereses comerciales aquí. —Cruzó una pierna sobre la otra, revelando unos calcetines rojo amapola—. Además, el club de golf es excelente.

Felicia esperó a que dijera algo más, pero él se limitó a sorber su oporto con languidez. Un anillo de sello brillaba en su pequeña

mano, similar a una zarpa.

De repente, le vino todo a la memoria. La sala de subastas abarrotada, el mar de rostros y, en primera fila, una mano a punto de alzarse…, una mano con un anillo que destellaba bajo las luces…

—Iba a pujar por el armario jacobino, ¿verdad? —soltó Felicia de repente.

En apariencia, su expresión de educada indiferencia no cambió. Pero entonces lo vio. Un pequeño músculo en la comisura de su boca se contrajo con irritación.

—No sé de dónde ha sacado esa idea.

—Le vi —aseguró ella, con voz algo temblorosa—. Justo antes de que todo ocurriera… Iba a pujar a seiscientas libras. No tiene sentido negarlo, lo recuerdo perfectamente.

El músculo se contrajo de nuevo, pero con más fuerza. Los ojos tras las gruesas gafas de carey ya no disimulaban su hostilidad.

—No veo qué tiene eso que ver con usted.

—Le sugiero que responda a su pregunta, señor. —La voz profunda de Pettifer retumbó tras el hombro de Felicia, su sombra cuadrada proyectándose sobre las bebidas—. Porque, si no lo hace, la siguiente se la haré yo.

Capítulo 24

Tomó una silla de una mesa cercana y se sentó en ella mirando con dureza al señor Clancy.

—Y mis interrogatorios no suelen tener lugar en entornos tan refinados. —Observó con desagrado la copa de oporto—. Desde luego, el servicio no es tan bueno. Como mucho, servimos té tibio en vasos de poliestireno.

El señor Clancy se reclinó en su asiento, con los ojos fijos en Felicia como si la estuviera reevaluando. Casi podía ver los pensamientos que cruzaban por su mente, preguntándose de dónde le venía ese nuevo poder, cuál era exactamente su relación con la policía.

—¿Y qué si iba a pujar? Un hombre puede tener sus caprichos, ¿no? —Se encogió de hombros con ligereza—. Salía barato y decidí intentarlo. Pasa todo el tiempo en las subastas. Sales con algo que no esperabas comprar. Es parte de la experiencia. —Sus ojos se clavaron en los de Felicia, con una frialdad que contrastaba notablemente con la calidez fingida de su voz—. Como la señorita Grant debería saber mejor que nadie.

—Aunque no es realmente su especialidad, ¿verdad? —insistió ella, negándose a caer en la trampa—. Usted es especialista en muebles del siglo XVIII.

—Si tanto le interesa, era para mí —dijo Clancy, entornando los ojos—. Mire, no he cometido ningún delito. Y encuentro esta… emboscada… bastante insultante. —Su voz sonaba llena de ira—. ¿Es así como opera habitualmente la policía local, sargento? ¿Enviando a una civil como señuelo para hacer sus preguntas?

—No estamos juntos —aclaró Felicia.

—Desde luego que no —espetó Pettifer al mismo tiempo.

Y se quedaron mirando el uno al otro.

—Muy convincente. —Clancy sonrió con burla, poniéndose en pie —. Menuda pareja hacen. Ahora, si me disculpan… —Se echó la chaqueta sobre el brazo y agarró el periódico—. Creo que cancelaré mi reserva para cenar. Esta desagradable exhibición me ha dejado mal sabor de boca.

Felicia lo observó marcharse durante unos segundos antes de volverse hacia Pettifer:

—Gracias por la ayuda. No pensé que fuera a…

Se interrumpió al descubrir que el asiento junto a ella estaba vacío.

Por suerte, había dejado un rastro. La estrecha hilera de arbustos meciéndose en sus macetas revelaba que se había dirigido hacia el pasadizo para carruajes. Dejando algo de dinero sobre la mesa con prisa —ya ajustaría cuentas con Robyn más tarde, se dijo—, corrió tras él.

Como de costumbre, lo alcanzó en unos diez segundos.

—¿Adónde va? —preguntó Felicia casi sin aliento.

Él no giró la cabeza.

—A mi coche. ¿Adónde si no?

Ella se encogió ante su tono cortante.

—Vale, tengo la ligera sensación de que podría estar enfadado conmigo… Pero escuche…

—¡Maldita sea, Felicia! —ladró él, con tal brusquedad que casi la hace saltar. Se detuvo bajo la sombra protectora del pasadizo, fulminándola con la mirada—. Se suponía que ese era mi interrogatorio. Mío, es decir, de la policía. De la gente que trabaja realmente para resolver crímenes. Que está entrenada para resolver crímenes. Sé que eso no parece importarles mucho a los detectives de sillón; todos parecen pensar que pueden hacer nuestro trabajo tan bien como nosotros, si no mejor. Pero el entrenamiento y el procedimiento existen por una razón, como ha quedado demostrado esta noche —dijo señalando airadamente hacia el interior del local, cuyas ventanas brillaban con luz ambarina en el crepúsculo—. Tenía

preguntas que hacerle a ese hombre. Ahora, gracias a su incompetencia, se ha asustado. Más que eso, está furioso. Sin mencionar que es justo el tipo de persona privilegiada y bien conectada que probablemente contactará con el comisario jefe para quejarse. —Suspiró entrecortadamente—. Aparte de obstaculizar la investigación de dos asesinatos, ¿tiene idea de en cuántos problemas podría haberme metido?

Felicia parpadeó, desconcertada. Nunca había visto a Pettifer perder los estribos así. Normalmente era tan afable que resultaba fácil olvidar lo grande que era, lo intimidante que podía llegar a ser.

—Lo siento, de verdad —se disculpó ella, levantando las manos con arrepentimiento.

—¿Ah, sí? —El sargento negó con la cabeza y se alejó, desviándose hacia la izquierda a través de la puerta en el muro que conducía a los jardines del establecimiento.

—Mira, no vine aquí con intención de hacerle preguntas. Ni siquiera sabía que seguía en la ciudad. Fue algo… ¡espontáneo! —le gritó ella sin convicción mientras se alejaba.

—Con usted siempre es así —le espetó por encima del hombro—. Ese es su problema. Y, como no tenga más cuidado, podría costarle la vida.

Felicia dudó un momento antes de seguirlo. Al cruzar la entrada hacia el jardín amurallado, el bullicio de la terraza contigua fue engullido por una atmósfera silenciosa y exuberante. El aroma de la glicina, liberado con el anochecer, era embriagador. Las flores blancas brillaban intensamente en contraste con la oscuridad que las rodeaba.

El sargento se había detenido en medio del césped y contemplaba el cielo estrellado. Ella se preguntó si lo había hecho para esperarla o si realmente admiraba el firmamento. Se acercó a su lado y echó la cabeza hacia atrás.

—En Londres casi nunca se ven las estrellas —comentó ella en voz baja—. Es una de las cosas que siempre he echado de menos.

—Aquí no están mal. Aunque se ven mucho mejor en Yorkshire, mi tierra. En los valles, sin contaminación lumínica, a veces se puede ver la Vía Láctea.

—Seguro que piensa que todo es mejor en Yorkshire —contestó Felicia sonriendo.

—La tierra de Dios —bromeó él con entusiasmo—. Pero no, en serio, Stamford no está nada mal. Cuando me trasladaron, no me hizo mucha gracia. Pensaba que solo había cafeterías elegantes que servían cafés con espuma y tiendas de muebles pretenciosos y caros… Y así es —admitió con humor—. Pero también es mucho más que eso. No sé, hay algo especial en este lugar. No es solo la arquitectura, es la atmósfera. Ahora no querría estar en ningún otro sitio. —Le lanzó una mirada de soslayo—. Y como le cuente a alguien de la comisaría que he dicho algo tan cursi, la detendré antes de que pueda pestañear. ¿Entendido?

Felicia se moría de ganas de preguntarle qué tenían de imperdonable los cafés con espuma, pero se contuvo y dijo:

—Tranquilo, su secreto está a salvo conmigo.

—Me alegra oírlo. —El sargento volvió a mirar al cielo.

Sintiendo que habían alcanzado una especie de tregua, Felicia decidió aprovechar el momento:

—Entonces…, ¿qué iba a preguntarle al señor Clancy?

—Sé lo que intenta —gruñó él, pero sin mucha convicción—. No funcionará.

—Mintió sobre querer comprar el armario para él. He visto el interior de su casa, y es una réplica perfecta del estilo Luis XIV, con dorados y esmaltes por todas partes. Ni rastro de roble oscuro. Y tampoco pujó por impulso. Estuvo sentado durante toda la subasta sin pujar por nada; no había nada más que quisiera. Debía de estar esperando ese armario desde el principio, y…

—¡Ese maldito armario! —Pettifer sonaba exasperado—. Déjelo estar, Felicia. No es más que una distracción, una historia fantástica que su exmarido le ha metido a todos en la cabeza. No, hace tiempo que sospecho que nuestro asesinato se cometió por una razón mucho más prosaica. Dinero, probablemente. Suele serlo.

Felicia parpadeó, desconcertada.

—Por lo que he visto, Barrington no tenía mucho dinero. Al menos oficialmente. Estaba hipotecado hasta las cejas.

—No preguntaré cómo sabe eso.

—Mejor no hacerlo. Implica algunos tejemanejes. No los aprobaría.

Él resopló.

—Sí, tenía serios problemas…, aparentemente. Todo lo que poseían en común se reinvertía en el negocio, que estaba expandiendo a un ritmo insostenible. Los agentes judiciales habrían llamado a su puerta cualquier día. La señora Clay se llevará una horrible sorpresa, si es que no lo sabe ya.

—¿Tiene coartada para el sábado por la tarde? —preguntó Felicia instintivamente.

—Estaba en su casa, pintándose las uñas —respondió el sargento automáticamente—. Tenían una cena esa noche.

¿Toda la tarde? ¿Cuántos dedos tenía esa mujer? Felicia miró de reojo a Pettifer, pero él seguía reflexionando.

—Estoy seguro de que debía de tener dinero escondido en alguna parte. Algo oculto a su esposa… y que siempre lo estará si no podemos encontrarlo. Dios sabe que se lo ha ganado. —Golpeó un puño contra la palma de su otra mano—. ¡Sé que estaba metido en negocios turbios, lo sé, por el amor de Dios! Pero no puedo encontrar las pruebas.

Felicia tosió discretamente.

—Podría…, eh…, probar con el escritorio de su despacho.

Pettifer la miró con desdén.

—Tiene un cajón secreto —aclaró ella—. Todo lo que necesita está ahí.

Él alzó las manos.

—¡Por supuesto que hay un cajón secreto! ¡Cómo no! Al fin y al cabo, todo en este lugar es disparatado. Lo siguiente será que me diga que tengo que resolver un criptograma, atravesar un templo que se derrumba y encajar la misteriosa arma homicida en una ranura del tamaño exacto en una puerta secreta. Solo entonces podré resolver el caso. ¿Es eso más o menos?

—En realidad, los cajones secretos son bastante comunes en los escritorios antiguos —dijo ella con tono seco—. Así que no, no es eso.

—Ah. —Parecía algo avergonzado—. Ya veo. Bueno, eh…, gracias…

Hubo una breve pausa. Entonces, el sargento añadió:

—Pero, en realidad, no me refería al dinero de Clay. Me refería al de Bunting. —Ante la mirada expectante de Felicia, continuó—: Aún esperamos los informes financieros oficiales, pero en un pueblo pequeño como este…, bueno, hay ciertos atajos. Tuve una charla discreta con el director del banco, en la que me hizo saber, sin decírmelo directamente, por supuesto —le lanzó una mirada de soslayo—, que no solo tenía una fortuna familiar que, gracias a su vida de ermitaño, apenas había tocado, sino también una auténtica mina de oro en forma de casa, que poseía en su totalidad. Antes le pregunté por qué alguien querría matar a un viejo excéntrico; bien, ahora tengo la respuesta. Varias posibles respuestas, de hecho. Su muerte beneficiará a muchas personas, de una forma u otra.

—¿Se refiere a su testamento?

—No ha habido tanta suerte. —Pettifer hizo una mueca—. El hombre estaba chiflado. No hay rastro de testamento. Al menos nada que dejara a sus abogados. Lo más probable es que garabateara algo en el reverso de un sobre un día y lo metiera detrás de algún cuadro. Era de ese tipo de gente.

—No estoy segura de a quién se lo habría dejado de todas formas. Que yo sepa, siempre vivió apartado. Conocía a mi abuelo, supongo que se les podría llamar amigos, pero en realidad solo se reducía a una comida y una partida de ajedrez en el *pub* algunas veces al año. No creo que tuviera relaciones reales con nadie. Aunque supongo que tendrá herederos naturales en alguna parte.

—Todo el mundo los tiene en algún sitio. Tendrán que rastrearlos, eso sí. Sin parientes cercanos, estos casos suelen complicarse mucho.

—No hace falta que me lo diga —se lamentó Felicia—. En las casas de subastas hacemos tasaciones para sucesiones, ¿recuerda? Si alguien muere intestado (sin testamento) y sin herederos evidentes, el proceso puede durar años.

—Exacto. Así que incluso si alguien esperaba heredar, tendrá que esperar mucho todavía.

—Y cuando lo hagan, puede que tengan que repartir los beneficios entre docenas de personas —concluyó Felicia, desanimada—. No parece un motivo muy convincente entonces.

Por primera vez, empezaba a sentir las primeras fisuras de duda sobre si alguna vez llegarían al fondo de todo. Cada vez que avanzaban en el caso, parecían tropezar contra una pared. O —miró la fachada de The George, que se alzaba más allá del jardín— quizá debería decir un muro de piedra. Un muro de piedra ferrosa color miel. Era como si Stamford mismo encerrara sus secretos, como lo había hecho durante tantos siglos.

—Bueno, yo no diría eso exactamente. —Ante su mirada inquisitiva, Pettifer continuó—: Vamos, ese es su campo. ¿Qué ocurre en este tipo de situaciones, donde hay tanta gente involucrada, la mayoría viviendo lejos y sin haber conocido nunca al difunto? ¿Cómo deciden quién se queda con qué?

—No lo deciden —respondió Felicia—. El abogado generalmente vende todos los activos en nombre del patrimonio y pone el dinero obtenido en un fondo común, que luego puede repartirse equitativamente.

—Todos los activos, siendo el primero y principal la casa.

—Es cierto que hay mucha gente que querría hacerse con esa casa —comentó ella vagamente, y entonces lo miró con repentina comprensión—. Un momento, no estará pensando…

—¿Que de repente la muerte del señor Bunting resulta muy conveniente para bastante gente? Sí, eso pienso. Ese hombre era como una bisagra oxidada: daba guerra, pero aguantaba. Podría haber seguido vivo mucho tiempo. Quizá alguien se cansó de esperar. Alguien como el señor Clancy de ahí dentro —dijo señalando con el pulgar hacia el patio—. ¿Sabía que posee docenas de propiedades en el pueblo?

—No, no lo sabía.

—No me sorprende, lo ha mantenido muy en secreto. Pero la policía tiene acceso a ese tipo de información. Si es legal, no se puede ocultar en nuestras comprobaciones financieras. Ha estado comprándolas en silencio durante años. Tanto propiedades comerciales como residenciales. Es dueño de la mayor parte de High

Street, aunque probablemente nadie que alquile esas tiendas lo sepa. Apostaría a que de ahí le viene la mayor parte de su dinero; las antigüedades son solo un pasatiempo.

Así que esos eran los intereses comerciales sobre los que se mostraba tan evasivo, pensó Felicia. Al menos las cosas empezaban a tener algo más de sentido.

Siguieron caminando, saliendo por la puerta al final del jardín que conducía al aparcamiento bordeado de árboles. Uno de los coches se iluminó al ser desbloqueado a distancia, y un crujido de grava se transformó en la figura de Jack mientras pasaba frente a los faros. Subió al coche, colocando su cámara en el asiento del copiloto.

—Nuestro señor Riding se mueve bastante, ¿verdad? —dijo Pettifer en voz baja.

Se habían detenido junto a la puerta, las sombras engulléndolos, haciéndolos invisibles. Felicia observó cómo el coche salía a la carretera, preguntándose si tendría el valor de preguntar lo que le rondaba la mente.

—¿Es… sospechoso?

Pettifer no pareció sorprendido por su pregunta.

—¿Recuerda lo que le dije la otra noche?

—Recuerdo lo impreciso que fue —replicó ella, algo cortante.

Él se encogió de hombros, sin arrepentimiento.

—Supuse que descubriría más por su cuenta.

No quiso decirle que en realidad apenas había descubierto nada. Y que quizá una parte de ella no quería saber más. Así que le repitió la pregunta con firmeza:

—¿Es sospechoso?

Pettifer suspiró.

—De la mayoría de cosas que van mal por aquí, sí. Su nombre suele salir bastante. Viejos pecados, largas sombras que le persiguen y todo eso. ¿Pero de esto? —Miró hacia arriba, donde los árboles susurraban sobre sus cabezas—. Bueno, es cierto que sí tenía un motivo, al menos para el primer asesinato. Su animosidad con la víctima era conocida. Y estaba bien situado para hacerlo. Después de todo, ¿quién se fija en el fotógrafo?

Ella sí lo había hecho, pensó Felicia. Pero no lo dijo.

—Sin embargo, no le ha detenido —insistió ella.

—Todo es demasiado circunstancial. Además, no pudo matar a Bunting. Lo teníamos retenido en la casa de subastas con los otros testigos.

La noticia hizo que Felicia se sintiera aliviada de una manera que no podía explicar.

—Entonces, está descartado.

—A menos que tuviera un cómplice para el segundo. —Inclinó la cabeza hacia ella con una media sonrisa en el rostro—. Por cierto, Heavenly cree que es usted.

Felicia puso los ojos en blanco.

—Por supuesto que lo cree.

—En serio, Heavenly no es alguien con quien convenga enemistarse. Debería ser más prudente y no provocarlo.

—Oh, se lo merece —se burló ella—. Además, ¿qué va a hacer, encerrarme en la cárcel de Stamford por insolente?

—No hay cárcel en Stamford —dijo Pettifer, muy serio.

Felicia había olvidado lo mucho que él se tomaba todo al pie de la letra. Pero, antes de que pudiera responderle, el teléfono del sargento empezó a sonar. Ella esperó, extrañamente tensa, mientras él escuchaba a quien fuera que estuviera al otro lado de la línea. Su expresión pétrea no era nada alentadora y, cuando soltó una palabrota, se le revolvió el estómago. Malas noticias, entonces.

Ni siquiera esperó a que le preguntara.

—Han entrado a robar en la casa de Bunting.

La conmoción la atravesó, mezclándose con alivio. Al menos no era otro cadáver.

—¿Qué, ahora mismo?

—No lo saben. —El sargento tenía la mandíbula tensa—. Nadie ha estado en la escena del crimen desde ayer por la mañana.

—Bueno, ¿y no habrá oído alguien algo? —preguntó ella, casi sin aliento—. ¿Cristales rotos, tal vez? Estoy segura de que pueden acotar la búsqueda. —Hizo una pausa y añadió—: A menos que…, quiero decir, lo cerró todo, ¿verdad? Cuando se fue. No…, eh…, ¿no se le olvidó?

—¡Por supuesto que no se me olvidó, maldita sea! —explotó él—. Pero ya ha visto como está todo allí. Uno de los marcos de las ventanas de atrás estaba podrido, no encajaba bien. Solo tenían que deslizarlo hacia arriba. ¡Maldita sea! —juró de nuevo. Parecía que contenía las ganas de golpear el tronco de árbol más cercano—. Es lo último que necesitamos.

—¿El qué?

Ambos miraron hacia un lado, luego hacia abajo. Algernon estaba allí, observándolos con esa expresión curiosa que su madre tanto adoraba.

—¿De dónde has salido? —preguntó Felicia, mirando alrededor, desconcertada. Había grava por todas partes, ¿cómo demonios había logrado acercarse tan sigilosamente?—. Más importante aún, ¿dónde has estado? Casi es de noche.

Podía sentir los ojos de Pettifer sobre ella; sin duda, juzgando en silencio su laxa crianza. Se esforzó por ignorarlo.

—Solo paseando —respondió Algernon—. Fui a Burghley Park. ¿Sabías que tienen una manada de gamos allí?

—Sí, lo sabía —dijo ella con tono severo—. Los tienen desde… —Felicia se interrumpió al percatarse de que el jersey de su hijo estaba roto—. ¿Qué te ha pasado?

—Oh, nada. —El chico se frotó el brazo, como si no pasara nada —. Solo me caí.

—Seguro que andabas mirando hacia arriba, como siempre, en vez de dónde pones los pies —lo regañó Felicia. O al menos lo intentó, porque el reproche sonó más a resignación que a enfado.

—Deberías tener más cuidado, muchacho —intervino Pettifer—. Es un lugar muy grande. Si te hicieras daño de verdad, podría pasar mucho tiempo antes de que alguien te encontrara.

Hubo una extraña e incómoda pausa.

—Bueno, vamos, te llevaré a casa —dijo Felicia, forzando un tono alegre y lanzando una mirada de advertencia a Pettifer por encima del hombro. ¿Qué pretendía, provocarles pesadillas a los dos?

Tomó el brazo de Algernon, pero él no se movió. Se quedó allí, mirando inquisitivamente a Pettifer.

—¿Hay algún problema con el caso? Parecía enfadado hace un momento.

—Sí, bueno, me equivoqué —contestó Pettifer—. Siempre hay obstáculos en toda investigación, muchacho. No hay de qué preocuparse. Al final lo resolveremos. Se están siguiendo varias pistas mientras hablamos.

Algernon parecía poco impresionado con esa respuesta, y Felicia no podía culparlo. Reconocía la semántica conciliadora cuando la oía.

—Por cierto, ¿qué pasó con aquellos testigos de la subasta? —preguntó ella de repente—. ¿Hugo logró localizarlos para usted?

Las orejas de Algernon se irguieron.

—¿Testigos? ¿Qué testigos?

Pettifer la fulminó con la mirada. Ella levantó las manos en señal de disculpa.

—Es mejor que se lo cuente ahora —le aconsejó Felicia—. No le dejará en paz hasta que lo haga. Créame.

El sargento suspiró y se dirigió a Algernon.

—Había una pareja en la subasta del sábado. Una pareja de ancianos. Supongo que no te acordarás. Por lo que recuerda mi agente, no destacaban en absoluto. Abrigos campestres de *tweed*, él con gorra plana…

—Había cinco parejas mayores que encajarían con esa descripción —lo interrumpió Algernon—. ¿Tiene algún dato más para concretar?

Pettifer pareció quedarse momentáneamente sin palabras. Luego se aclaró la garganta:

—Eh, bueno, sí. Quizá. Dejaron una bufanda roja; no pertenecía a nadie más. No sé si recuerdas…

—Ya decía yo —asintió Algernon—. Estaban junto al armario cuando empezó la subasta. Se marcharon después de la sección de juguetes. Él compró un tren. De madera de teca y de color crema. —Miró a Felicia expectante, como un profesor esperando a que un alumno lento captara la idea.

Y ella lo hizo, tras un par de segundos.

—¡Algie, eres un genio! —Lo abrazó y se volvió hacia Pettifer—: Si sabemos lo que compró, podemos encontrar sus datos en el

formulario de pujas. Todo el mundo tiene que rellenar uno antes de poder tomar un número de puja.

La expresión de Pettifer se iluminó.

—Tu madre tiene razón, muchacho. Eres un genio. Más que eso, puede que lo que acabas de decir sea la clave que necesitábamos para resolver el caso. —Luego le revolvió el pelo—. Bien hecho. Dicho esto —añadió en tono de advertencia, mientras Algernon sonreía—, lo que dije antes sigue en pie. Ahora debéis dejárselo a la policía. —Su mirada se elevó hasta encontrarse con la de Felicia—. Los dos.

Algernon y Felicia se miraron entre sí y luego a él. Pettifer, desde su posición, observó cómo sus rostros adoptaban idénticas expresiones de consternación. En ese momento, pensó que nunca se habían parecido tanto.

—Pero… —Felicia empezó a protestar, pero él la interrumpió.

—Lo digo muy en serio. No más intromisiones, ¿me oís? No quiero veros cerca de mi investigación, ni siquiera si…

—Solo iba a decir —lo interrumpió Felicia con tono calmado— que tal vez quiera que llame a Hugo para pedirle que busque entre los compradores los datos de quien compró ese tren.

La boca de Pettifer se abrió y se cerró. Tuvo la desagradable sensación de parecer un pez de colores boqueando.

—Sí, bueno… —farfulló él—. Si pudiera hacerlo, sería muy… útil. Gracias —añadió, algo a regañadientes—. Pero después de eso…

—Nos mantendremos bien alejados —completó Felicia la frase con aire solemne.

—Por supuesto —asintió Algernon, agitando la cabeza con vehemencia.

Pettifer los miró a ambos, sabiendo que debería sentirse satisfecho. Sin embargo, lo asaltó esa angustia familiar que ya conocía demasiado bien.

Y, a decir verdad, nunca se había sentido menos tranquilo en su vida.

Capítulo 25

La casa de Water Street estaba en total oscuridad mientras caminaban de regreso por la orilla del río. En contraste con las ventanas cálidamente iluminadas por las lámparas de las viviendas circundantes, la casa de su padre era casi invisible, una mancha acuosa de piedra pálida fundiéndose en el crepúsculo púrpura.

Estaban pasando por el lugar donde había ocurrido, se dio cuenta Felicia, sintiendo que se tensaba al recordarlo. Casi exactamente veinticuatro horas atrás. Miró el borde donde habían caído, esperando a medias ver alguna marca allí, algún signo de lo ocurrido. Pero no había nada, ni siquiera una hendidura en la hierba. Nada había cambiado, ni siquiera con sus emociones a flor de piel distorsionando la escena. No quedaba ni rastro de una atmósfera amenazante, ningún indicio de mal presagio. Era el mismo tramo agradable y bonito de siempre. Los árboles aún susurraban apaciblemente, los patos chapoteaban y salpicaban en el agua…

Y su hijo seguía charlando alegremente, sin darse cuenta de que estaba parado casi exactamente en el mismo lugar donde estuvieron a punto de atropellarlo el día anterior.

—Mamá, ¿crees que el sargento Pettifer investigará lo que le dije?

Qué bonito era ser joven y no comerse tanto la cabeza, pensó Felicia con nostalgia.

—Estoy segura de que lo hará. Hablaré con Hugo en cuanto entremos en casa. Dijo que se quedaría un rato más esta noche. Le pediré que lo compruebe antes de irse a casa.

Algernon suspiró como si llevara el peso del mundo sobre sus hombros.

—Es una pena. Podría haber sido un buen detective.

Ella le dirigió una mirada extraña.

—Aún podrías serlo. Tienes doce años, no ciento doce. Puedes ser lo que quieras.

Él puso los ojos en blanco.

—Ya sé lo que voy a hacer. Voy a ser subastador, como tú y el abuelo.

Felicia sintió que se le encogía el corazón.

—Sí, bueno, tienes mucho tiempo para pensarlo. No hay prisa.

Él frunció el ceño.

—No me estás escu…

—Nunca se sabe, podrías cambiar de opinión —continuó hablando ella, como si él no hubiera dicho nada.

—No lo haré, mamá. —Se le encendieron las mejillas, como siempre que algo lo alteraba de verdad—. Yo no soy como tú.

Felicia sintió la acusación como si le hubieran asestado un puñetazo directo al corazón.

De repente, tuvo la sensación de que ya no estaban hablando solo de su carrera como subastadora, sino de algo completamente distinto.

Bajó la vista hacia la cabeza de su hijo.

Él caminaba concentrado, con la mirada fija en sus pies, evitando cuidadosamente cada grieta del pavimento. De inmediato, empezó a cuestionar su reacción anterior. ¿Estaba siendo paranoica? ¿Estaba —Dios no lo quisiera— adentrándose en esa «edad sensible» que su madre había adoptado con entusiasmo desde los cuarenta? En su momento, había asumido que su padre se refería a la menopausia cuando lo llamaba así; más tarde, se dio cuenta de que no tenía nada que ver con la biología y todo que ver con la tendencia al martirio de su madre.

—Mamá, ¿por qué están todas las luces apagadas?

La voz de Algie interrumpió sus pensamientos. Se había detenido frente a la casa y la miraba con cara de preocupación.

—Quizá el abuelo haya salido.

—¿En la oscuridad? —Algernon sonaba incrédulo—. ¿En silla de ruedas?

Tenía razón, reconoció Felicia. A pesar de todas las amenazas de su padre, no creía que pudiera llegar muy lejos con ese artefacto. Ya le costaba bastante moverse entre las habitaciones de la casa, todas con pequeños escalones de subida y bajada.

—A menos que… —El rostro de Algernon se iluminó—. ¿Quizá la tía Juliette se lo llevó?

Dudaba mucho que eso fuera probable. Juliette solía reprocharle a Felicia que nunca le contara nada, algo que ella compensaba relatándole minuciosamente cada detalle de su vida. Incluso había creado un calendario compartido para ambas mientras Peter seguía convaleciente. Felicia había silenciado las notificaciones después de la primera hora. Era eso o volverse loca.

Aun así…, y odiándose por rebajarse a participar en esa ridiculez, Felicia abrió la aplicación del calendario para echar un vistazo.

—Imposible —le dijo a Algie—. Tiene una reunión de padres esta noche.

«Seguro que relacionada con los limpiapajitas», se dijo mentalmente.

Felicia jamás comprendería por qué todo en la vida de su hermana parecía girar en torno a los dichosos limpiapajitas. Ella había sobrevivido a la maternidad sin haber tocado casi ninguno de esos artefactos infernales. Claro que eso, seguramente, era solo otro motivo más por el que Juliette la consideraba una madre desastrosa.

Felicia empujó con cautela la puerta de la casa. Se abrió.

—¿Papá? —llamó, entrando en el vestíbulo, su voz rebotando en las estrechas paredes a ambos lados—. ¿Estás aquí?

El silencio que la recibió resultó ensordecedor. Al menos al principio. Tras unos momentos, sus oídos comenzaron a captar otros sonidos. El segundero del reloj en la repisa de la chimenea del salón, los crujidos habituales de la casa… y algo más. Un goteo constante. Venía de su derecha. La cocina.

Indicando a Algernon que se quedara donde estaba, se movió lentamente hacia la entrada de la cocina. El goteo se intensificaba a cada paso, marcando un ritmo lento y constante que parecía sincronizarse con los latidos de su corazón.

—¿Dexter? —se atrevió a decir, como una ocurrencia tardía. Aunque lo veía poco probable, se reconfortó imaginándolos juntos en algún sitio. Con suerte, pasándolo bien y no tratando de matarse mutuamente.

Estaba a punto de asomar la cabeza por la entrada de la cocina cuando un toque en su hombro la hizo girarse. Algernon apareció tras ella, con gesto solemne, tendiéndole un paraguas plegado. Felicia lo tomó con cierta duda, no muy segura de cuán efectivo resultaría como arma si fuera necesario, pero agradecida de que al menos uno de ellos pensara con rapidez. Decidió no profundizar en el hecho de que, siendo la adulta, eso le correspondía a ella.

Con el paraguas en alto, se desplazó hacia la esquina. La cocina estaba más oscura aún que el resto de la casa, la escasa luz que lograba colarse por la pequeña ventana no hacía más que acentuar las sombras. El goteo se escuchaba por todo el cuarto, rebotando en las paredes, pero ella no podía ver de dónde venía.

Y entonces, por el rabillo del ojo, percibió un movimiento repentino. Reaccionando al instante, alzó el paraguas sobre su cabeza y lo blandió hacia abajo.

Se oyó un bufido, seguido del arañar de garras sobre metal cuando una forma peluda se lanzó desde el fregadero.

—¡Lo siento, Godfrey! —jadeó Felicia, mientras los ojos verdes del gato la miraban acusadoramente a través de la penumbra—. Pensé que eras… —Sacudió la cabeza y acercó la mano para cerrar el grifo, que ahora podía distinguir mejor, ya que sus ojos se habían adaptado a la oscuridad. Inmediatamente, el goteo cesó—. Dios sabe qué pensé.

Por primera vez, empezó a plantearse la inquietante idea de que tal vez se había vuelto paranoica. ¿Y si —Dios no lo quisiera— Heavenly tenía razón y se había asustado tanto que veía cosas que no existían? ¿Y si…?

Entonces lo vio, y todos esos pensamientos se desvanecieron de su mente.

La luz reflejaba los radios de dos ruedas inmóviles. Una forma oscura estaba desplomada en la silla, la cabeza torcida en un ángulo antinatural.

Felicia se llevó las manos a la boca.
—Oh, Dios mío —susurró—. ¡Papá!

Capítulo 26

La figura oscura soltó un ronquido estremecedor y alzó la cabeza de golpe.

—¡Vaya! Así que ya habéis vuelto, ¿eh? —refunfuñó—. ¡Ya me diréis qué horas son estas para volver a casa!

Felicia se desplomó contra el fregadero, aliviada pero sin aliento para poder hablar. Nunca se había alegrado tanto de oír ese tono ácido y acusador en toda su vida.

—¿Abuelo? —La cabeza de Algernon se asomó por el marco de la puerta. Luego, ante la mirada de desaprobación de Felicia, se encogió de hombros—. ¿Qué? Sabía que era seguro salir. Nadie más en el mundo ronca así.

—¿Roncar? —protestó Peter, indignado—. No estaba roncando, mocoso insolente. He estado aquí sentado vigilando esa puerta todo el tiempo. Ni siquiera he cerrado los ojos.

Felicia y Algernon se miraron el uno al otro, entendiéndose sin necesidad de palabras, y optaron por no llevarle la contraria.

—He estado esperando a que alguien se dignara a acordarse de este viejo lisiado que ha estado solo todo el día en casa, eso es lo que he estado haciendo —refunfuñó Peter—. Aunque parece que eso sería pedir demasiado. Y no augura nada bueno para cuando esté senil, ¿verdad? ¡Me moriré de hambre mientras todos estaréis por ahí de juerga!

—Pensé que te había pasado algo —dijo Felicia, negándose a entrar en ese tipo de conversación. Su padre ya era bastante gruñón con setenta, como para pensar en cómo sería a los noventa—. ¿Y por qué estás aquí sentado en la oscuridad?

—No es por elección, cariño. Todos os largasteis y parece que a ninguno se le ocurrió que no puedo alcanzar los interruptores desde este trasto —respondió irritado, golpeando el brazo de la silla de ruedas.

—Podrías haber buscado algo para alcanzarlos —sugirió Algernon, con esa inocente disposición a ayudar que a veces hacía que incluso Felicia quisiera matarlo.

Peter le lanzó una mirada inexpresiva.

—Soy muy consciente de eso, muchacho. Iba a por una espátula cuando se me atascaron las ruedas en esta esquina. He estado atrapado durante horas.

Felicia, que empezaba a sentirse bastante culpable, se movió para encender las luces bajo la encimera.

—¿Dónde está Dexter? Pensé que se había quedado contigo.

Se arrepintió al instante de haber formulado la pregunta. La expresión de su padre, ahora nítida bajo la luz, no era precisamente de aprobación.

—¿Ese? Se escabulló hace horas. Ese tipejo siempre está de aquí para allá. No tengo ni idea de lo que se trae entre manos. —Apuntó un dedo hacia Felicia—. Es sospechoso, ¿no te lo he dicho siempre? ¿No te lo dije cuando te casaste con él?

Felicia dirigió una mirada incómoda a Algernon, temiendo encontrar en su rostro alguna señal de disgusto ante semejante retrato de su padre, pero el niño apenas reaccionó. Un mal presentimiento la invadió: seguramente ya estaba acostumbrado a oír cosas así. Peter jamás había sido partidario de proteger a los niños —o «sobreprotegerlos», como él solía decir con desprecio— de las complejidades emocionales de la vida adulta. Esa actitud había teñido su propia infancia, y siempre se había esforzado por no replicarla, pero tenía que admitir que en la red cada vez más enmarañada de su situación familiar, últimamente se hacía cada vez más difícil.

Aun así, no pensaba volver a tener esa discusión con su padre; y mucho menos delante de Algernon. No solo porque los criterios de Peter para calificar a otro hombre como sospechoso eran de lo más arbitrarios, reduciéndose básicamente a si era a) del sur, y b) llevaba

zapatos de ante. Nunca se había molestado en cuestionarlo, en parte porque lo primero estaba tan arraigado en la mentalidad de cualquiera que viniera de más arriba de Cambridge que no requería explicación, y lo segundo porque sospechaba que tenía que ver con lo poco práctico y delicado que era ese material en un país húmedo y cubierto de hierba como Inglaterra.

Además, se dijo, mientras una mirada al reloj la impulsaba a abrir la nevera y mirar dentro sin entusiasmo, acusar a Dexter de sospechoso era tan absurdo que ni siquiera merecía una discusión. Su exmarido era tan misterioso como una cucharilla de té.

—¿Te dejó a oscuras? —preguntó Algernon detrás de ella. Sonaba incrédulo y, al mismo tiempo, no demasiado sorprendido. Lo cual, pensó Felicia, ya lo decía todo.

—Bueno, para ser justos, aún había luz entonces —admitió Peter a regañadientes—. Y debo decir que me preparó una taza de té extraordinaria antes de irse. Se podía mantener la cuchara de pie —añadió, con lo que podría considerarse incluso un atisbo de orgullo —. Lo estamos educando bien. Un par de días más aquí en Lincolnshire y lo tendremos completamente domesticado.

—Mamá —dijo Algernon, mientras ella empezaba a sacar cosas de la nevera—. ¿Qué estás haciendo?

—Alguien tiene que hacer la cena. No podemos comer pasteles en todas las comidas.

Hubo un silencio. Al girarse, se los encontró a ambos mirándola horrorizados.

—¿Qué? —dijo ella.

—Es solo que…, eh…, bueno, ese té fue bastante contundente —contestó Peter, dándose una palmada en el estómago—. No estoy seguro de poder…

—Haré pasta —dijo Felicia, a la defensiva—. Ni siquiera yo puedo estropear la pasta.

Ninguno de los dos parecía convencido. Felicia empezaba a sentirse bastante irritada.

—No soy tan incompetente —espetó ella, abriendo el armario para sacar una cacerola y casi golpeándose la cabeza—. Algie, ¿puedes poner la tetera?

Con aire de quien va al patíbulo, Algernon obedeció.

—¿Qué tal la subasta hoy? —preguntó Peter, mientras ella echaba puñados de *fusilli* a ojo en la cacerola—. ¿Todo bien después de la venta?

Había cierta dureza en la pregunta; podía sentir sus ojos taladrándole la espalda y Felicia respondió con un murmullo evasivo mientras fingía entretenerse con la bolsa de pasta. Realmente no quería meterse en ese tema ahora.

—¿Y eso qué significa? —ladró Peter, aparentemente sin intención de dejarse engañar—. No masculles, cariño. Di lo que piensas, como te enseñé.

La tetera empezó a silbar en la cocina, una columna de vapor elevándose, acumulándose en el techo bajo. Felicia suspiró. Estaba claro que iba a tener que abordar el tema.

—Algie, ¿por qué no sales fuera? —sugirió. Él la miró con desaprobación.

—¡Pero está oscuro!

—Arriba, entonces.

—No, fuera está bien —aceptó Algernon con pesimismo—. Pero no discutáis mucho rato. ¿Prometido?

—La cena estará en diez minutos —le aseguró.

El rostro del niño se desanimó.

—Bueno, puedes tomarte más tiempo para cocinar si…

—¡Vete! —lo cortó, empujándolo por la puerta con exasperación.

—¿Y bien? —exigió Peter, antes de que ella hubiera tenido la oportunidad de volverse—. ¿De qué va todo esto? ¿Qué has hecho ahora?

Porque, por supuesto, la culpa sería suya. Felicia colocó la tapa de la cacerola con un golpe estrepitoso y se giró bruscamente, aferrándose a la fría barra metálica de la cocina a su espalda.

—No he hecho nada, excepto intentar que las cosas sigan funcionando sin problemas. No ha sido una experiencia fácil, te lo aseguro. De hecho, ha sido bastante revelador.

Los ojos de Peter, de un azul intenso, se entrecerraron hasta convertirse en rendijas.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Significa cámaras de seguridad que no funcionan los días de subasta. Significa lotes de clientes que desaparecen durante las exposiciones. Significa cuentas que no tienen ningún sentido. El pobre personal está intentando mantener el negocio a flote cuando cada día se hunde bajo sus pies. Es imposible.

El rostro de Peter palideció bajo la rojez curtida por el tiempo.

—¡Esos cabrones! ¿Qué han estado diciendo?

—Nada; ese es precisamente el problema. Son demasiado leales para decir lo mucho que están luchando. O lo preocupados que están… por ti, papá. Así que, ni se te ocurra culparlos. —La pasta comenzó a desbordarse, soltando espuma sobre la placa caliente. Irritada, inclinó la tapa, sin importarle ya si la cena era un desastre —. ¿Qué está pasando, papá? ¿Cómo ha llegado todo a este estado?

Él apretó los labios con obstinación.

—Está bien. No hay nada de qué preocuparse.

—¿Nada…? —A Felicia se le escapó una risa incrédula—. ¿Nada de qué preocuparme? ¿En qué momento decidiste dar trabajo a un criminal en el mismo lugar donde tu nieto pasa los fines de semana?

Peter frunció el ceño.

—Jack no es…

—¿Así que sabes a quién me refiero? ¿Lo sabes todo al respecto? —Y con eso se esfumaba cualquier leve esperanza de que solo se tratara de una cuestión de dejadez. Su padre era de la vieja escuela, no hacía entrevistas ni comprobaciones de antecedentes. Por lo general, contrataba a la primera persona que entraba por la puerta pidiendo trabajo. La única prueba que había que pasar era si le caía bien o no. Se guiaba por el instinto y, para colmo, casi siempre acertaba. Pero aquello… aquello era demasiado—. ¿Has perdido el juicio? —espetó ella, indignada—. ¿En qué demonios estabas pensando?

—Estaba pensando —dijo Peter con obstinación— en que parecía un buen chico. Lo cual, como has olvidado convenientemente, es exactamente la misma base sobre la que contrataste a Hugo, y no te ha ido tan mal con él, ¿verdad? Además, Jack no es un criminal. Bueno, al menos ya no lo es —admitió—. Eso quedó atrás hace tiempo.

—¡Oh! Entonces, eso ya lo justifica todo, ¿no? —contestó Felicia levantando las manos, frustrada—. Pues nada, dejemos que más criminales peligrosos deambulen libremente por el trabajo. ¿Por qué no? ¡Que vengan todos! —Sacudió la cabeza en silencio unos segundos—. No me extraña que haya habido un asesinato.

Pensó que su padre se enfadaría con su sarcasmo, pero, para su sorpresa, mostró una leve expresión de diversión.

—¿Peligroso? —soltó con desdén—. Jack no es peligroso. ¿Qué disparate es ese, cariño?

Su acento se hacía más marcado, como siempre ocurría cuando se alteraba. Empezaba a sonar casi como el sargento Pettifer, con la voz volviéndose más amplia y plana, con ese deje característico de la región donde la espesura del bosque se encuentra con el valle.

—Tiene antecedentes —masculló Felicia, bastante irritada por su actitud despreocupada.

—¿Así que eso es suficiente para convertirlo en un potencial asesino? —Peter frunció el ceño, ya sin humor—. ¿Un criminal es un criminal, y ya está? Por Dios, chica, yo no te crie para que fueras tan intolerante. ¡Eres tan mala como la policía! Siempre están encima de él cada vez que pasa algo. —Se recostó en su silla con un resoplido —. Vinieron hace poco, ¿sabes? A hacerme preguntas sobre él. Seguro que querían pillarme en algo, hacerme decir cosas que les sirvieran para acusarlo. Bueno, les dije exactamente lo que pensaba. Especialmente a ese imbécil engreído. Iba pavoneándose por ahí como si nada. ¡Lo eché directamente de mi casa!

Felicia empezaba a sentir esa sensación de que algo iba mal que le resultaba tan familiar.

—¿Qué policía has dicho que era?

—No recuerdo el nombre. Pelo gris. Bien vestido. Zapatos de ante… —añadió Peter, poniendo los ojos en blanco—. Nunca confíes en un hombre que lleva…

—¿Heavenly? —soltó Felicia con voz ahogada.

—Sí, ese es. Sabía que era un nombre raro.

—¡Papá! —Felicia se llevó una mano a la frente y gimió—. ¡Es el inspector jefe!

—¡Me importa un bledo si es el mismísimo príncipe de Gales! —dijo Peter con firmeza—. No permitiré que acose a nadie de mi personal, y se lo dije claramente.

No era de extrañar que aquel hombre la tuviera tomada con ellos. Felicia tomó aire profundamente.

—Papá, necesito que seas sincero conmigo. —Lo miró directamente a los ojos—. ¿Está pasando algo en la subasta que no debería? ¿Algo… no del todo legal?

Entonces, Felicia se preparó para la explosión.

Y no se llevó una decepción…

—¿¡Cómo te atreves!? —rugió Peter, casi saltando de su silla de ruedas—. ¿Estás diciendo que ando metido en algo turbio? ¿Que soy un estafador?

Algernon eligió ese desafortunado momento para reaparecer en la puerta.

—Han pasado diez minutos, mamá. La pasta estará… —Se calló de golpe al verles la cara y retrocedió murmurando—: No importa.

Felicia fulminó a Peter con la mirada.

—Me atrevo, papá, porque hay dos personas muertas. Dos personas relacionadas con tu subasta. Me atrevo porque la policía nos está rodeando, y todo lo que dices y haces solo parece hacernos parecer cada vez más sospechosos. —Cuando él abrió la boca para protestar, lo cortó con un gesto frustrado—. Así que no, ahora no tengo tiempo para andarme con rodeos. Necesito saber la verdad. Necesitas decirme la verdad. Antes de que la policía se adelante.

—Ya te lo he dicho, no hay nada que contar. Todo está bien. —Estaba interpretando muy bien el papel, pero su tono de voz ya no sonaba tan seguro.

—Entonces, ¿por qué sigue desapareciendo el papeleo de los clientes? ¿Por qué no puedo encontrar la mitad de las cuentas? ¿Por qué había un supuesto competidor escondido en un armario en medio de nuestra subasta?

—¡No lo sé! —respondió a gritos—. No entiendo nada de esto. ¿Es eso lo que quieres oír, que tu viejo está perdiendo la cabeza, que no puede manejar el negocio solo? —Se hundió en la silla, con aire abatido—. Por Dios, eso te encantaría, ¿verdad?

Hubo un silencio, roto solo por el borboteo de la pasta, que burbujeaba y escupía como un géiser infernal. Ninguno de los dos pareció percatarse.

—¿Cómo puedes decir eso? —logró decir Felicia, al fin, con voz ronca—. ¿Cómo puedes pensar…?

—Porque habrías demostrado tener razón después de todos estos años. —Peter no quería mirarla—. Que debería haber sido yo quien se marchara, y no tú. Que lo habrías hecho todo mucho mejor.

—No es una competición, papá. —Felicia estaba conmocionada.

—¿No lo es? —replicó él—. ¿De verdad nunca has pensado en lo lejos que podría haber llegado el negocio si tan solo hubiera escuchado tus propuestas?

—Solo quería modernizarlo, nada más. —Bajo la exasperación, había una pizca de culpa. Porque sí, había pensado exactamente eso —. Expandirlo. Es lo que se hace con los negocios. Se supone que deben cambiar. —En su momento, le había suplicado, tratando de que entendiera su punto de vista, pero él simplemente no podía. La subasta había sido su proyecto durante demasiado tiempo, y aunque eran muy distintos en muchos aspectos, en ese caso habían sido demasiado parecidos. Demasiado tercos, demasiado obstinados, quizá incluso egocéntricos. Habían chocado desde el primer día que trabajaron juntos, y no habían dejado de hacerlo desde entonces. Incluso ahora, mucho después de que todo terminara, entre ellos persistía un abismo de resentimiento, reproches y orgullo herido. Todo había cambiado, y ella no sabía cómo repararlo. Hacía tiempo que había perdido la esperanza de lograrlo—. Pero esto no tiene que ver con nosotros, ni sobre lo que ocurrió en el pasado. Solo quiero ayudarte, papá.

—Bueno, pues no lo necesito. —El color regresaba a sus mejillas y Felicia reconoció su mirada, significaba que se estaba cerrando, escondiéndose tras su habitual terquedad—. Nos va bastante bien en la subasta sin ti, siempre ha sido así. No tienes que preocuparte por mí. —Desvió la mirada hacia la ventana, donde el río brillaba con el reflejo de la luna y las estrellas—. De hecho, ¿sabes qué? Creo que Algernon y tú podéis marcharos mañana, ya me encuentro bien.

Felicia lo miró confundida.

—¿Es eso… lo que quieres? ¿Que nos vayamos?

—Tienes tu vida en Londres, ¿no? —Su rostro estaba de perfil, sombrío e inaccesible—. Es allí donde quieres estar. No hay motivo para que un viejo como yo te retenga aquí. Juliette ha dicho que pasará una vez al día. Estaré bien.

—Pero la investigación…

—Eso tampoco es asunto tuyo. —Peter señaló hacia el teléfono de ella, que estaba sobre la mesa. La pantalla estaba iluminada, mostrando un nuevo mensaje—. Aquí ya no pintas nada. —Giró su silla hacia la puerta—. Llamaré al chico para la cena.

Felicia tomó el teléfono. El mensaje de Pettifer era directo, casi cortante, y no daba pie a interpretaciones.

La policía ya no necesitaba que se quedara por la zona.

Era libre de volver a casa.

Su padre tenía razón, ya no pintaba nada allí.

Debería estar encantada. Y estaba encantada, se dijo mientras vertía la pasta en el escurridor que esperaba en el fregadero. Era justo lo que había querido.

Una neblina caliente le empañaba la vista. Parpadeó para apartarla. Solo era el vapor que subía, nada más. Nada más que eso.

Capítulo 27

La cena acabó siendo, como todos temían, un engrudo pegajoso y prácticamente incomible, pero nadie pareció notarlo. Felicia y Peter permanecían callados sin levantar la vista de sus platos mientras Algernon les lanzaba miradas preocupadas y desconcertadas. El ambiente era tan tenso que ni siquiera él, acostumbrado a charlar sin parar durante las comidas, se atrevía a hablar.

Como era de esperar, la cena terminó en tiempo récord, y a los cinco minutos de sentarse, Felicia ya estaba de pie, cargando sartenes y cubiertos en el lavavajillas.

—Será mejor que subas a hacer el equipaje, Algie —le pidió mientras colocaba de forma meticulosa los tenedores en filas perfectamente rectas—. Nos iremos por la mañana.

El silencio pareció intensificarse, si es que eso era posible. Felicia resistió el impulso natural de levantar la vista, sabiendo que no soportaría ver la expresión de su rostro. Oyó a Peter removerse inquieto en su silla y deseó, con cierta mezquindad, que le molestara tanto la pierna como la conciencia.

Finalmente, Algernon contestó con voz queda:

—Pero… acabamos de llegar.

—Se suponía que solo veníamos a pasar el día —le recordó ella, cerrando la puerta del lavavajillas.

—Esto es porque os habéis peleado, ¿verdad?

Felicia se volvió por fin. Los miraba a ambos con aire acusador, como si no supiera a quién culpar más.

—La policía ha dicho que podemos irnos —dijo ella con tono de cansancio—. Vamos, Algie, no lo hagas más difícil.

—¿Por qué? —Se levantó bruscamente, arrastrando la silla. Estaba casi gritando, algo que Felicia nunca le había oído hacer—. ¡No es mi culpa! Nunca es mi culpa y, sin embargo, siempre tengo que aguantarme. ¡No es justo!

Felicia observó, boquiabierta, cómo salía furioso de la cocina dando un portazo.

—Vaya —dijo Peter tras una pausa—. Es como tenerte otra vez de adolescente.

Ella le lanzó una mirada de desaprobación.

—Será mejor que vayas tras él —sugirió Peter.

—¿Qué pasó con eso de «deja al chico en paz»? —preguntó ella con sarcasmo—. Creía que ese era tu mantra para educar.

—No quiere que lo dejes en paz —replicó Peter—. Ya aprenderás a notar la diferencia, cariño. Cuando empiecen las hormonas, tendrás que convertirte en una auténtica lectora de mentes. Especialmente si sale como tú. Te espera una buena… Eras una verdadera pesadilla. Todo el tiempo. Tu hermana, en cambio —se puso nostálgico—, era mucho más simple. Si hubiéramos tenido dos como ella…

—Gracias, papá —contestó ella con sequedad—. Me alegra saber lo que piensas.

Encontró a Algernon en el puente, como esperaba. Miraba el agua con la barbilla apoyada en los brazos. Aunque su padre estaba muy seguro, ella se acercó con cuidado.

—Algie, lo siento, pero tenemos que volver a casa.

—Esta es mi casa —respondió él, sin volver la cabeza.

Sonaba completamente abatido. Felicia sintió un vuelco en el corazón, acompañado por una clara sensación de exasperación.

—No, no lo es, es… —¿Qué había dicho Pettifer?—. Es una fantasía, Algie. Mira —señaló alrededor—, ni siquiera parece real.

—Pero lo es, mamá. —La miró a los ojos—. Tú creciste aquí, y eras feliz. ¿No es así?

Ella dudó, incapaz de responder de inmediato. ¿Había sido feliz? La pregunta la descolocó más de lo que debería. Apretujados en esa casa, con su padre trabajando sin descanso, y su madre intentando manejarlo todo, pero con amargura, en un papel de mártir que los

hacía sentir culpables por estorbarle. Requesón y lasaña de carne enlatada. Visto así, no parecía una infancia feliz.

Salvo que sí lo fue. Lo había sido. Porque había algo más allá de todo eso: Stamford.

Su mente retrocedió, rememorando recuerdos en instantáneas. Pícnics en las praderas. Corretear por los puentes para dar de comer a los patos al volver del colegio. La Feria de Cuaresma, que invadía todo el pueblo en primavera. Paseos en bicicleta por Burghley Park. Ver a su padre jugar al críquet los domingos por la tarde. Tomar el té en The George como premio especial después de un examen. Le había encantado vivir en Stamford. Incluso en secreto cuando era adolescente, en esa etapa en que las amistades se formaban a base de quejarse de estar en un pueblo pequeño donde nunca ocurría nada. Todos decían que no aguantaban más y que se largarían en cuanto pudieran, y al final, la mayoría había vuelto para criar a sus hijos adolescentes.

Felicia había seguido el camino establecido. Se había ido a la universidad y luego había hecho unas prácticas mal pagadas en Londres. Y lo había disfrutado. Pero cuando su padre le sugirió montar juntos una casa de subastas en su antiguo pueblo, no necesitó que la convencieran. Había sentido que aquello era lo correcto. Que volver a casa era lo correcto.

Pero no había funcionado. Al final regresó a Londres, autoexiliada en un lugar donde en realidad no quería estar. Durante años se había esforzado por convencerse de lo contrario. Se había sumergido de nuevo en la vida londinense, repitiéndose todas las ventajas que aquello suponía para Algernon, todas las oportunidades que le brindaba.

Y, sin embargo, a pesar de todo, Algernon era más feliz en Stamford. Si era sincera consigo misma, ni siquiera necesitaba que él se lo dijera. Lo sabía desde hacía tiempo. Se le notaba en la cara cada vez que regresaba de un fin de semana con su abuelo. Tenía los ojos más brillantes, las mejillas sonrosadas, y no solo estaba cubierto del polvo de las subastas, sino que desprendía un brillo de satisfacción que ella reconocía y envidiaba. Era la sensación de

haber hecho un buen trabajo, de saber que habías creado algo que merecía la pena.

—No podemos dejarnos llevar por un arrebato romántico, Algie —le dijo con tono suave, ignorando la punzada de culpabilidad que la atenazaba—. Hay que ser prácticos. No podemos dejarlo todo así como así.

—¿Por qué no?

La pregunta sonó como un desafío. Había alzado la barbilla con ese gesto obstinado que sin duda había heredado de ella.

Felicia suspiró.

—No lo has pensado bien, cariño. Para empezar, ¿qué pasa con el colegio?

—Iré al colegio de aquí. No me importa cambiar.

La respuesta fue tan inmediata que pensó que debía de haberla ensayado.

—Pero… ¿y tus amigos?

—Seguirán siendo mis amigos. He estado hablando con ellos todo el tiempo que llevamos aquí. —Levantó el teléfono como prueba—. Las cosas no son como antes, mamá.

—Está bien, bueno… —titubeó—. ¿Y qué hay de mi trabajo? —añadió, con tono desafiante.

—Odias tu trabajo, mamá —soltó Algernon sin rodeos.

—No… —vaciló. Cielo santo, ¿tenía razón?—. No lo… odio —balbuceó débilmente—. Es solo que…

—Claro que sí. Te parece aburrido. —Se puso las manos en las caderas y la miró de una forma que, por un momento alarmante, le recordó a su hermana—. ¿Qué más?

Empezaba a sentirse incómoda bajo el escrutinio de su implacable mirada.

—Bueno, no es solo cuestión de dejar mi trabajo. ¿Qué haría aquí? No puedo pasarme el día tomando té en The George.

—Trabajarás en la casa de subastas —declaró Algernon, y en ese momento supo con certeza que lo había planeado todo—. Puedes dirigirla, ser la subastadora, como antes.

—No puedo presentarme así sin más, Algie —protestó ella, algo molesta. Porque lo hacía parecer todo tan sencillo, como suelen

hacer los niños, cuando en realidad no lo era en absoluto.

—Claro que puedes. Te necesitan y lo saben. —Al ver que iba a interrumpirle, continuó apresuradamente—: Y antes de que menciones a papá como excusa, últimamente viaja tanto que no lo veríamos menos viviendo aquí que en Londres. Puede venir los fines de semana.

Felicia miró hacia el agua, sin querer encontrarse con la mirada gris y demasiado perspicaz de su hijo. ¿Sería esto a lo que se refería lady Fernleigh, a que llegan a una edad en la que empiezan a ponerte contra las cuerdas, cuando ya no te puedes amparar en el divino derecho de los padres a tener…, bueno, siempre la razón?

—Lo estás pensando, ¿verdad?

Ella lo miró a la cara, y en ese momento vio a Dexter, con tanta fuerza y claridad que casi se le fue el aliento. Siempre había sentido que Algernon era su hijo, solo suyo, porque era idéntico a ella. Pero de repente, parecía que su exmarido estaba frente a ella, con la misma sonrisa encantadora, invitándola a arriesgarse.

—No intentes adivinar lo que pienso, Algie —dijo irritada.

—¡Lo estás pensando! —La abrazó por la cintura con el mismo ímpetu de cuando era pequeño, pero se apartó con una mueca de dolor.

—¿Qué te pasa? —Se sujetaba el codo y ella se lo tomó con delicadeza para examinarlo. Un cardenal de color púrpura intenso se extendía por su pálida piel—. Dios mío, Algie. Cuando dijiste que te habías hecho daño, no me di cuenta de que era tan grave.

—No lo es. —Ya estaba apartándose—. Parece peor de lo que es. Tendrías que ver el que tengo en el hombro.

—¿En el hombro? ¿Cómo te has hecho daño ahí? ¡Creía que te habías caído!

—Y me caí, pero antes me dio la pelota de golf.

—¿Qué?

—¡Mamá! —Empezaba a parecer realmente avergonzado, mirando alrededor como si temiera que alguien pudiera oírlos—. No fue nada, ¿vale? El tiro de alguien debió de desviarse. Tuve mala suerte, eso es todo. Me dio en el hombro y perdí el equilibrio. He recibido golpes

peores en los entrenamientos de críquet. Además, Jack estaba allí. Se aseguró de que no me hubiera hecho daño de verdad.

Felicia retrocedió.

—¿Jack estaba contigo?

Algernon pareció arrepentirse mucho de haber dicho nada.

—No…, no exactamente. Es decir, él… apareció. De entre los árboles. Y me preguntó si estaba bien. Me ayudó a levantarme.

Felicia sintió un escalofrío.

Su hijo había estado solo, en un rincón apartado del parque, con un hombre que apenas conocía. Un hombre con antecedentes penales. Mientras un asesino andaba suelto.

Y no había pasado nada. Todo había salido bien. Algie estaba bien.

Pero, en realidad, eso no parecía tener tanta importancia.

De golpe, todo cobró sentido.

Vio la situación como si la observara desde fuera.

Era una locura incluso pensar en quedarse. Pettifer tenía razón; su padre tenía razón. Todos la tenían. ¿En qué había estado pensando?

Se volvió bruscamente hacia su hijo.

—Ve dentro y haz el equipaje, Algie, como te he pedido.

A él se le cayó el alma a los pies.

—Pero…

—No hay peros. Nos iremos a primera hora de la mañana. —Cuando él abrió la boca para objetar, Felicia levantó una mano para hacerlo callar—. No hay discusión. Londres es nuestro hogar. Allí es donde pertenecemos. —«Y allí estarás a salvo. En cualquier sitio menos aquí»—. Ahora ve.

Él se mantuvo firme un momento, luego negó con la cabeza en lo que a Felicia le pareció una terrible muestra de decepción. Cuando habló, su voz sonó serena, más madura de lo que correspondía a su edad:

—No es realmente con Stamford con quien estás enfadada, mamá; es con el abuelo. Y con papá también. Y con tu trabajo, y con todo lo que desearías que hubiera sido diferente. Pero creo que podríamos haber sido felices aquí; los dos.

Y entonces pasó junto a ella, cruzó el césped y desapareció en la casa sin mirar atrás. Felicia permaneció un momento en el puente,

observando el titilar de las luces en la superficie del agua.

—Empiezo a pensar que podrías tener razón —susurró en voz baja.

Capítulo 28

Se despertó sobresaltada. Una luz dorada y rosada se filtraba por las cortinas. Afuera, los pájaros empezaban a entonar sus primeras notas del día.

Permaneció tumbada un momento, escuchando, preguntándose qué la había despertado. Pero todo estaba tranquilo. Solo cuando se dio la vuelta para volver a dormirse descubrió que no venía del exterior. Algo tiraba de ella, una sensación insistente que no la dejaba descansar. Era como si algo la empujara a salir de la cama, urgiéndola a hacer algo.

Se dejó llevar, se vistió con rapidez, tomó sus zapatillas color turquesa nuevas en una mano y bajó en silencio las escaleras, sus pies guiados por la memoria de cada peldaño, esquivando con precisión los que solían crujir.

Se puso los zapatos en el vestíbulo, descolgó su abrigo rosa y se lo echó sobre los hombros mientras se giraba automáticamente para mirarse en el espejo junto a la puerta. Sus ojos, de un gris frío y brillante, le devolvieron la mirada con una expresión indescifrable. Se apartó, giró el pomo y salió al aire fresco de la mañana.

Solo cuando estaba a medio camino de la curva de Water Street, dirigiéndose hacia las verjas de hierro forjado de Burghley Park, se dio cuenta de adónde la llevaban inconscientemente sus pies. La sensación insistente, lejos de disminuir, se intensificaba con cada paso que daba. Agachando la cabeza, siguió subiendo la colina.

Atravesó las verjas, flanqueadas a ambos lados por un pequeño bosque. Era la época en que los árboles comenzaban a despertar, y un verde nuevo, casi brillante, se desplegaba como un susurro en las

puntas de las ramas. El terreno del parque se extendía ante ella, como una alfombra ondulante de césped cubierto de rocío, interrumpida de vez en cuando por senderos y ovejas pastando. Delante se encontraba la avenida, un camino majestuoso bordeado por árboles centenarios que conducía —en una elegante curva hecha a propósito para crear expectación— hasta la gran casa isabelina, aún oculta tras una elevación estratégicamente situada. A su derecha, otro sendero mucho más pequeño serpenteaba hacia el campo de críquet, perfectamente delimitado del resto de los terrenos por una valla de postes de madera. El pabellón era el sueño hecho realidad para un pintor de cajas de chocolates, con su alegre mezcla de techo de paja y paredes blancas.

Caminó en esa dirección, bordeando el campo y dirigiéndose hacia el perímetro del parque, que estaba bordeado por una espesa mata de setos. Todo estaba tranquilo a esa hora de la mañana; la mayor parte de Stamford apenas se había despertado. Había algunos madrugadores, algunos haciendo *footing* con ojos somnolientos antes del trabajo, otros caminando obedientemente tras perros con colas meneantes que estaban encantados de embarcarse en un nuevo día y todos los excitantes aromas que traía consigo. Pero todos se fueron alejando mientras ella caminaba hacia ese rincón poco transitado del parque, lejos de los senderos y caminos principales. Pronto tuvo la sensación de estar completamente sola. Medio cubierta por las ramas que sobresalían del bosque, sería apenas visible para cualquiera que pasara.

La idea de que Algernon hubiera estado caminando por allí en la oscuridad… era suficiente para ponerle la piel de gallina a cualquier madre.

Incluso bajo la clara luz de la mañana, el bosque estaba envuelto en sombras, un denso bloque de oscuridad. Felicia no dudó ante el cartel de *Privado* de la verja; en un fluido movimiento, la saltó, aterrizando sobre el suelo esponjoso cubierto de hojarasca. Sus pasos no hacían ruido mientras se adentraba entre los árboles.

Y entonces, sin previo aviso, fue expulsada a la luz tan repentinamente como había sido engullida por la oscuridad. Los troncos de los árboles se separaron y se encontró mirando la suave

y cuidada extensión de un *green*. Un hombre rechoncho con un polo fucsia que hacía juego con el tono de su bien regado semblante estaba en proceso de alinear meticulosamente un tiro. Cuando su palo conectó con la bola, levantó la vista, vio a Felicia allí de pie y se sobresaltó violentamente, enviando la bola en un vertiginoso bucle por el aire. Se oyó un pequeño chapoteo cuando cayó al agua.

—Oh, eh… Lo siento —Felicia retrocedió hacia los árboles, levantando las manos en señal de disculpa—. Ha sido culpa mía. Yo que usted, repetiría ese tiro. Creo que nadie estaba mirando.

Mientras se daba la vuelta para marcharse, lo vio mirar furtivamente a un lado y a otro antes de dejar caer disimuladamente otra bola de su bolsillo al *green*. En circunstancias distintas, la escena podría haberla divertido, pero en ese momento tenía otras cosas que la preocupaban. Cosas inquietantes. La pequeña excursión no había sido en vano; sabía qué era lo que la había estado molestando toda la noche. Aunque, en cierto modo, deseaba no saberlo.

Respiró hondo, tratando de ordenar sus pensamientos acelerados. Los pájaros cantaban en el bosque, rayos de luz atravesaban la penumbra e iluminaban el suelo cubierto de hojas. Una sensación de paz lo impregnaba todo, un recordatorio de que no era el bosque en sí un lugar siniestro, aunque lo que se había intentado hacer allí pudiera haberlo sido.

Porque era imposible que un tiro desde el campo de golf, por muy desviado que fuera, hubiera podido atravesar esos densos árboles y acabar en el parque al otro lado. Incluso con sus escasos conocimientos de física, Felicia lo sabía.

Lo cual, solo podía significar una cosa. No había sido un accidente.

Una imagen de Algernon cruzó por su mente. La piel clara, el pelo cobrizo. Cada día se parecía más a ella. Y desde lejos, con la luz menguante…

La revelación hizo que la sangre se le subiera a la cabeza, mareándola. Se tambaleó hacia un lado, casi cayó, y solo consiguió mantener el equilibrio apoyando la palma contra el tronco de un árbol cercano. Entonces, abrió los ojos y tomó aire.

Algo brillaba entre los helechos del suelo del bosque. Algo plateado, iluminado a destellos por un rayo de sol. Mientras el mareo remitía, notó un dolor punzante en el dedo gordo del pie izquierdo y se dio cuenta de que no se había desmayado; en realidad, había tropezado con algo. Algo metálico. Algo que se parecía mucho a…

Lentamente, con una sensación de presagio, se agachó y lo tomó, las hojas desprendiéndose como una segunda piel mientras lo levantaba.

Entonces, oyó algo tras ella. El suave susurro de las hojas secas, el crujido de una rama al romperse bajo un pie.

Se giró.

Y, en ese momento, todas sus peores sospechas se hicieron realidad.

Capítulo 29

—No te acerques más. —Felicia retrocedió, apuntando con el palo de golf como si fuera una espada—. Lo digo en serio.

Jack se detuvo en seco.

—De acuerdo. Me quedaré aquí entonces. —Se sentó en un tronco cercano, con aire ligeramente cauteloso—. ¿Va todo… bien? ¿Has perdido la bola?

—Sé lo que estás haciendo aquí. —Su voz empezaba a temblar, algo que detestaba. Reajustó el agarre del palo y fortaleció su postura. Se negaba a mostrar cualquier signo de miedo—. Buscabas esto. —Y cuando él no respondió de inmediato, insistió, con voz algo estridente—: ¿No es así?

—Eh… no. —Ahora parecía menos cauteloso y más perplejo—. No soy muy aficionado al golf. Demasiadas reglas y normas sin sentido. Y no tengo camisas con cuello. —Se frotó la nuca, cuya piel bronceada contrastaba de forma inquietante con el azul cerúleo de su camiseta. Felicia se odió por notarlo, y bajó la vista hacia sus pies mientras él continuaba—: Ya que te interesa tanto, estaba buscando ardillas.

Aquello la dejó desconcertada. Parpadeó y lo miró fijamente, preguntándose si no se estaría volviendo loca.

—¿Has dicho… ardillas?

—Sí, me resulta muy relajante dispararles. —Ante la expresión horrorizada de Felicia, rio y levantó su cámara—. Con esto. Dios, Felicia, ¿qué te pasa hoy? Me miras como si fuera una especie de…

De repente, la sonrisa de su rostro se desvaneció. Ella fue consciente del momento en que él cayó en la cuenta. Resultaba

extrañamente terrible de presenciar. Pero se armó de valor. No podía permitirse bajar la guardia.

—¿Así que es eso? —dijo él con tono suave—. ¿Me has etiquetado como el asesino loco de Stamford? Bueno, supongo que debería haberlo visto venir. Le vendría bien a todo el mundo. Al fin y al cabo, mi pérdida no sería importante para la sociedad, ¿verdad?

Sonaba enfadado, pero también resignado. Exhausto. Por primera vez, la convicción de Felicia empezó a flaquear. Después de todo, parecía tan genuino, tan creíble. Pero… ¿quién decía que un asesino no podía ser creíble? ¿No era así como muchos de ellos se salían con la suya?

Aun así, por una razón que no sabría explicar, sintió que el brazo que sostenía el palo de golf caía a su costado.

—No tienes hijos, ¿verdad? —Ante la mirada desconcertada de él, continuó—: Mi hijo resultó herido aquí anoche. Él cree que fue un accidente; yo no. Atacarme a mí es una cosa; atacar a mi hijo es otra muy distinta. No descansaré hasta que sepa que quien lo hizo está entre rejas. —Lo miró fijamente—. Esto tiene que acabar, Jack. Necesito la verdad de ti. De todos.

—Y la has tenido. Al menos de mí. No tuve nada que ver con nada de esto. Sí, encontré a Algernon anoche…

—Y ahora estás aquí otra vez. Seguro que eres consciente de lo sospechoso que parece, ¿no? Por qué pienso como pienso. —Se cruzó de brazos—. Tendrás que darme una razón muy convincente si quieres que cambie de opinión.

Él alzó una ceja, sorprendido.

—Felicia, vivo aquí. ¿No lo sabías?

Por un momento, se quedó sin palabras. Miró alrededor, aturdida.

—No aquí exactamente. —Sonaba exasperado—. En la finca. Alquilo una de las casetas de guardia. ¿Te sentirías mejor si te lo demostrara? —Sacó una llave del bolsillo y la sostuvo en alto, luego dudó antes de decir—: Vamos, te prepararé una taza de té. Creo que te vendría bien. Así podremos hablar de todo esto en algún lugar menos… campestre. Con sillas de verdad. —Se levantó del tronco.

Inmediatamente, ella alzó los brazos y blandió el palo de golf con ambas manos. Él suspiró.

—Tranquila, no voy a añadirte a mi lista de víctimas. —Cuando ella no pareció tranquilizarse, añadió—: Muy bien, a ver qué te parece. Trae eso contigo si quieres. Así, si hago algo amenazador o delictivo, puedes golpearme en la cabeza con él. ¿Te parece un trato justo?

Felicia se mordió el labio, sintiéndose entre la espada y la pared. Era una locura ir a un lugar privado con él. Aunque, por otro lado, admitió mirando a su alrededor, ya estaban en un lugar bastante apartado. Nadie sabía dónde estaba, y no era probable que alguien más pasara por allí. Esos bosques eran privados; técnicamente, tanto ella como Jack, estaban invadiendo una propiedad. Si realmente quisiera asesinarla, aquel sería un buen lugar para hacerlo. Mejor que en su propia casa, desde luego.

—De acuerdo —aceptó Felicia. Pero mantuvo el palo de golf firmemente frente a ella mientras salían del bosque, siguiéndolo de vuelta por la verja hacia el parque soleado. El día comenzaba a cobrar vida, el cielo se teñía de un pálido color limón, ante el cual, los dos Bottle Lodges —que se asemejan a un biberón— se elevaban de manera simétrica a ambos lados de la entrada del parque.

Jack abrió la puerta de la caseta izquierda. Al otro lado de la entrada, una señora salía por la puerta de la otra caseta, agachándose para recoger su leche. Al incorporarse, saludó a Jack con la mano, quien respondió con un gesto de cabeza.

—Ahí tienes —le dijo a Felicia, con un aire solemne exagerado que sonaba a burla—. Esa es mi vecina, Pam. Nos ha visto entrar juntos. Ahora, si desapareces en circunstancias misteriosas, ella dirá que estuviste aquí, registrarán el lugar, encontrarán tus restos descuartizados en el almacén de leña, y mi reinado de terror terminará. Me atraparán, y tú habrás hecho algo bueno por la sociedad. ¿Qué te parece?

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿Eres así de frívolo con todo?

—No, con todo no. —Llenó la tetera y bajó dos tazas del armario, girándose hacia ella con una expresión repentinamente seria—. Bueno, ¿por qué no me dices qué está pasando? ¿Por qué demonios piensas que querría hacerle daño a Algernon?

Sonaba dolido de verdad. De repente, Felicia descubrió que no podía mirarlo a los ojos. Vaciló, apartando la vista de él y observando la cocina. Era una habitación pequeña y cuadrada, que ocupaba todo el piso inferior de la torre. Felicia supuso que la sala de estar estaría en el piso superior, y el dormitorio justo encima. Sin duda, debía de ser un lugar peculiar para vivir.

—No lo pienso —dijo ella al fin—. Quiero decir, creo que fue un accidente. Creo que en realidad era a mí a quien buscaban.

Y entonces, se lo contó todo de un tirón.

—¿Así que crees que alguien intenta matarte y tu primera reacción es adentrarte sola en un bosque oscuro y aislado? —No parecía muy impresionado.

—Bueno, sabía que ya no estaría allí.

—Pensabas que era yo, y aquí estoy.

—Mira, ¿quieres dejar de darle la vuelta a todo? —Felicia se sentó en una silla de la cocina y se cubrió la cara con las manos—. Supongo que no estaba pensando con claridad.

—No —dijo él secamente—. Parece que ese es uno de tus problemas. Dime, ¿siempre eres tan impulsiva?

—Mi hijo diría que no, pero solo porque él es peor que yo. —Se recostó en la silla. La cocina era cálida y acogedora. Invitaba a las confidencias—. Él quiere que nos quedemos aquí, ¿sabes?

Jack puso una taza de té frente a ella.

—¿Y tú?

—No lo sé —admitió por primera vez—. No estoy segura de que se pueda volver atrás.

Él arrastró una silla y se sentó frente a ella.

—Tienes razón en eso. Pero entonces, no estarías volviendo atrás, ¿verdad? Estarías avanzando.

Ella dio un sorbo a su té —estaba fuerte, a su padre le habría gustado— y reflexionó sobre esa idea. Jack tenía una forma de plantear las cosas que podía parecer peculiar al principio, pero que, tras pensarlo, resultaba de una lógica clara y sencilla. Eso era algo que le gustaba de él.

De hecho, siendo honesta, le gustaban varias cosas de él. Su mirada firme, sus rizos despeinados, la barba rubia que cubría su

mentón. El hecho de que toda su ropa parecía desgastada y a punto de romperse. Incluso su casa le resultaba encantadora. Lo cual era sorprendente, porque él no podía ser más diferente de lo que siempre había considerado su tipo.

Pero no era eso lo que la inquietaba.

Era el hecho de que no lo conocía en absoluto. Literalmente, no sabía nada de él. Y, sin embargo, él lo sabía todo sobre ella.

Y eso la aterraba. Porque no podía permitirse confiar en alguien que no conocía.

—Yo… debería irme —dijo Felicia, levantándose—. Esto ha sido un error. No debería estar aquí.

Se quedó mirándola, incrédulo pero no sorprendido.

—No acabas de fiarte de mí, ¿verdad?

—¿Tú te fiarías? —replicó ella antes de poder contenerse.

Hubo una pausa.

—Ah, ya veo. Has estado escuchando historias sobre mí. —Estaba enfadado, podía notarlo, aunque su voz sonaba serena. Por reflejo, sus dedos se movieron hacia el palo de golf apoyado contra su silla. Él lo vio y su expresión cambió—. Oh, vamos, Felicia. No voy a hacerte daño. ¿No lo sabes ya a estas alturas?

—¿Por qué no? —Su irritación crecía al mismo ritmo que la de él —. Eres un criminal, ¿no?

—Oh, y todos somos iguales, supongo… Eso es como decir que algo es antiguo sin más. Podría ser de 1901 o de 1101. ¿Dirías que es lo mismo? —Cuando ella no respondió, negó con la cabeza, disgustado—. Justo lo que pensaba. En realidad, no te has molestado en averiguar los detalles, ¿verdad? —Agarró su taza y se dirigió al fregadero—. Solo has oído algunos rumores y has sacado tus conclusiones.

Felicia estuvo a punto de protestar airadamente antes de darse cuenta, con cierta vergüenza, de que tenía razón. Eso era exactamente lo que había hecho.

—Entonces, ¿por qué no me lo cuentas? —sugirió Felicia con tono suave—. Dame tu versión de los hechos. Te escucho. —Se sentó de nuevo—. Me quedaré el tiempo que haga falta.

Él enjuagó las tazas y las dejó en el fregadero. Luego se quedó de pie, mirando por la ventana. Por un momento, pensó que no iba a decir nada. Pero entonces empezó a hablar:

—En realidad no hay mucho que contar. Es una historia bastante común. Mis padres se divorciaron y me fui a vivir con mi madre a Stamford. Odiaba el cambio, odiaba dejar atrás a mis amigos…, odiaba que creyeran que con inscribirme en un exclusivo colegio privado se arreglaría todo. Me porté mal, me rodeé de malas compañías e hice algunas travesuras inocentes… Cualquier terapeuta de tres al cuarto diría que era una forma de intentar captar la atención de mis padres. En fin, al final conseguí que me expulsaran porque incendié el despacho del director. En mi defensa, debo decir que fue un accidente —añadió, mientras los ojos de ella se agrandaban—. Solo pretendía poner unos fuegos artificiales en la papelera, nada más. Él entraría, todo saltaría por los aires… Solo quería que se chamuscara las cejas, nada más. Por desgracia, se prendió fuego en las cortinas. Tardaron días en apagarlo.

Torció los labios con pesar y luego continuó:

—La gran ironía fue que eso solo empeoró las cosas entre mis padres. Cada uno culpaba al otro de cómo había «salido». —Miró por la ventana, hacia donde ondeaba al viento una mata de narcisos color mantequilla, pero ella se dio cuenta de que no estaba mirando realmente al exterior. Estaba en el pasado, dentro de su cabeza.

—Me libré, al menos legalmente. Es decir, me expedientaron, pero nada más. Aunque mis padres nunca me perdonaron, y nadie más tampoco. Todos pensaban que era un problema. Ninguna universidad decente me aceptaría. En resumen, me quedé atrapado aquí, con toda esta gente que me odia. Al final, acabas comportándote según las expectativas de los demás, solo para fastidiarlos. Piensas que no puedes ganar, así que, ¿por qué no divertirte mientras tanto? —Se encogió de hombros—. Hice algunas cosas los siguientes años… Nada grave, si lo piensas bien, pero en un pueblo pequeño la vara de medir está mucho más baja que en otros sitios. —Apoyó las manos en el borde del fregadero—. Después, mi madre enfermó. Fue un golpe duro para mí,

probablemente uno que necesitaba. Y entonces me enderecé, acepté el primer trabajo decente que pude conseguir.

—¿En Subastas Clay? —adivinó Felicia.

Él asintió:

—Al principio, pensé que con Barrington estaba bien. Era un poco escurridizo, quizá, propenso a ataques de ira…, aunque nada que ver con la imagen que mostraba al mundo. Pero yo solo era un mozo; no lo veía mucho. A decir verdad, no me importaba demasiado. El salario era decente y yo tenía que cuidar de mi madre. Pero al poco tiempo…, no sé, las cosas empezaron a ponerse… raras. Era muy precavido, pero no podía controlarlo todo. De vez en cuando, aparecía gente en la subasta; se notaba que estaban desesperados. Cuando él se enteraba, se enfadaba y nos decía que no los dejáramos entrar. Siempre desaparecía para atender llamadas misteriosas, o salía a reuniones que no estaban en la agenda. Al final, empecé a sospechar que había un negocio paralelo; algo mucho más lucrativo y mucho menos legal que la actividad principal de la casa de subastas.

—Parece que tenías razón. —Felicia jugueteó con la correa de la cámara, que estaba junto a ella en la mesa—. Pero no puedo entender por qué lo haría. Tenía una carrera, una reputación, todos esos fans…

—¿Por qué hace eso la gente? —Jack se volvió hacia ella—. Dinero, poder… Aunque, más que eso, creo que se trataba de una cuestión de ser alguien. No lo habrías notado, pero en aquel momento lo presionaban por todos lados. Ya sabes cuántas casas de subastas hay en esta pequeña zona; la competencia es dura, incómoda. A veces no hay suficiente para todos. Y no hacía mucho que te habías unido a tu padre en Grant's. Barrington estaba furioso por eso. Contigo se consolidaba el futuro del negocio, y él había estado esperando para hacerse con él. Tenía *Atrapa la ganga*, era la estrella de los programas diurnos de antigüedades. Le encantaba llamar la atención y que lo adoraran. Pero ya había rumores de reemplazarlo por alguien más joven y dinámico. Creo que, en su mente, estaba luchando constantemente por seguir siendo relevante y mantenerse en lo más alto.

—Eso explica su obsesión por expandirse —dijo Felicia, con aire pensativo—. Y por qué estaba tan decidido a dominar la zona, a hacerse con los negocios de todos los demás.

—Y conseguir eso requería mucho dinero —asintió Jack—. Más del que iba a conseguir de manera legal del banco.

—Entonces, ¿qué pasó? ¿Cómo te viste involucrado?

—No me vi involucrado, Felicia. —Jack frunció el ceño—. Lo pillé un día al teléfono, planeando estafar a una anciana por un jarrón chino.

—Oh. —Felicia se sintió bastante avergonzada—. Lo siento.

—Puede que yo no fuera ningún santo en aquel momento —le lanzó una mirada significativa—, pero aquello me pareció mal incluso a mí. Lo enfrenté, le dije lo que pensaba. Hasta amenacé con ir a la policía. —Esbozó una sonrisa de autodesprecio—. Fue un exceso de ambición por mi parte; como si fueran a hacerle caso a algo que yo dijera. Para entonces, ya me habían catalogado como el fracasado del pueblo.

Felicia decidió que era mejor no decir nada. Solo metería la pata otra vez.

—Lo siguiente que supe fue que me habían despedido por robo. —Jack se cruzó de brazos y se apoyó contra la encimera—. Encontraron plata y joyas en el maletero de mi coche, y también en nuestra casa. —Sonrió, pero sin humor—. Fue una jugada bien pensada. Por supuesto, Barrington, haciendo alarde de su bondad, se negó a presentar cargos. En realidad, fue una gran oportunidad para él. Mató dos pájaros de un tiro. Se aseguró de que nadie creyera nada de lo que yo dijera sobre sus malas prácticas y, al mismo tiempo, se vendió como el mayor benefactor de la comunidad.

—Cualquier cosa que dijeras lo atribuirían al rencor —concluyó Felicia—. Debió de ser muy duro saber la verdad y no poder decir nada.

—No es que me importara mucho lo que pensara la gente del pueblo a esas alturas, pero mi madre… —Una mueca de dolor cruzó su rostro por un breve instante—. Dijo que me creía, pero dudo que lo hiciera realmente. Pensó que había vuelto a las andadas. Se le

rompió el corazón. Después de eso, no duró mucho. Simplemente… se fue apagando.

—Puedo entender por qué le odiabas —dijo Felicia en voz baja.

—No era precisamente su mayor fan, no. Por raro que parezca, me he reconciliado con ello. He entendido que la vida, a veces, no es solo blanco o negro. Lo que Barrington me hizo, y a mi madre, fue horrible, y nunca se lo perdonaré. Pero al mismo tiempo soy capaz de apreciar lo que esa situación hizo por mí. Si no hubiera ocurrido eso, no estaría haciendo lo que hago ahora. —Ella lo miró desconcertada—. Fue la puntilla, por así decirlo. Nadie de por aquí me daría la mano si me estuviera ahogando, y mucho menos me daría trabajo. Me obligó a ser creativo, a establecerme por mi cuenta. Aprendí fotografía por mi cuenta, descubrí que era bueno en ello. Encontré mi vocación.

—¿De verdad te sientes así?

Él sonrió ante su incredulidad.

—No sucedió de la noche a la mañana, eso seguro. Pero uno se vuelve filosófico con la edad. No me malinterpretes, Felicia. Hubo un tiempo en que lo habría matado con gusto. Pero hace ya tiempo que no. Habría preferido hacerle rendir cuentas de otra manera, en un juicio más terrenal. —Se encogió de hombros—. Si te soy sincero, para mí fue una pena que muriera. Significa que se salió con la suya. Nunca tendrá que enfrentarse a las consecuencias.

Felicia se reclinó, tratando de asimilar lo que acababa de oír. Después de todo lo que había descubierto sobre su viejo rival en los últimos días —sin mencionar lo que había sospechado durante años —, no debería haberle resultado particularmente impactante. Y, sin embargo, lo era. Porque había alguien cuya vida había sido arruinada de verdad por Barrington Clay. Y aun así, parecía tan tranquilo al respecto, tan decidido. ¿Cómo podía ser posible… a menos que ya hubiera ejecutado su venganza?

«Un juicio más terrenal». ¿Qué significaba eso exactamente?

Lo miró a los ojos, sosteniéndola la mirada para que no pudiera apartarla. Aunque tampoco es que él lo hubiera hecho nunca.

—Hay algo más, ¿verdad? Algo que no me estás contando.

Él ladeó la cabeza un momento, como pensándolo. Luego, lenta y pensativamente, negó con la cabeza.

—¿Sabes? Nadie me ha sacado tantas palabras en mucho tiempo. Tienes un don especial, señorita Grant.

—Jack —insistió ella, con todo de urgencia—. Si sabes algo…, podrías estar en peligro.

—Hasta hace poco pensabas que yo era el peligro. —Sus palabras fueron cortantes, definitivas. Se dirigió a la puerta y la abrió, dejando que el frío aire de abril entrara en oleadas. La miró con cierta tristeza—. Lo siento, Felicia, pero la confesión ha terminado.

Capítulo 30

La mano de Colin Creaton temblaba mientras echaba el té en la tetera. Respiró hondo para intentar calmar sus nervios y recogió las hojas derramadas antes de volverse hacia las dos personas sentadas a la mesa de la cocina.

—Disculpen, ¿cuál era la pregunta? —preguntó, presionando el pedal de la basura y sacudiéndose las manos encima del cubo.

El sargento, un hombre corpulento, con una cara que parecía que le había dado con un bate de críquet en algún momento de su vida, lo miró impasible.

—¿A qué hora llegó a la subasta, señor?

La joven agente que lo acompañaba levantó la vista, expectante, con el bolígrafo suspendido sobre su libreta llena de apuntes. Colin tragó saliva, preguntándose qué información tenía como para escribir tanto. ¿Sería una táctica de intimidación? Había leído sobre esas cosas. Cómo los policías fingían escribir páginas y páginas de notas para desconcertar al sospechoso.

Un momento… ¿Sospechoso? Pero él… No…, no podía ser…

Colin reprimió a duras penas un chillido de horror, derramando agua por toda la encimera —por suerte, una parte llegó a la tetera, aunque tendría que servir tazas pequeñas de té— mientras la idea le martilleaba la cabeza. Su mente no dejaba de imaginar terribles escenarios. Él siendo esposado y arrastrado, proclamando su inocencia ante oficiales impasibles e imperturbables, arrojado a la parte trasera de una furgoneta policial mientras, en la puerta de su hogar conyugal, Margaret se quedaba sola, mirando impotente, con lágrimas rodando por sus…

La improbabilidad de ese último pensamiento devolvió a Colin a la realidad de golpe. No lo estaban arrastrando a ninguna parte, estaba de pie en su cocina suburbana algo desgastada, con la encimera de imitación a piedra que no se parecía en nada a la piedra, pero que había sido barata y, lo más importante desde el punto de vista de Margaret, era beis, y la caja de té que habían recibido como regalo de boda hacía cincuenta años y que nunca le había gustado. Había conseguido romper accidentalmente el bote de café a juego durante un incidente con las estanterías poco después de la luna de miel, pero la caja de té había demostrado ser irrompible, burlándose de él con esa longevidad que siempre disfrutan los objetos más feos. Los policías no eran criaturas intimidantes, sino dos personas normales y razonables que solo estaban cumpliendo con su deber, sentados en su cocina esperando el té, con una expresión cada vez más preocupada.

—¿Va todo bien, señor? —preguntó la agente rubia.

—Oh, sí. —Sintiéndose un poco torpe, Colin comenzó a secar el diluvio de agua de la tetera con un paño de cocina conmemorativo del Jubileo de Diamante, agradeciendo que Margaret no estuviera allí para ver el desastre que estaba haciendo, tanto con la cocina como con la entrevista. La idea de que ella sollozara por su partida le parecía cada vez más ridícula. Sería mucho más probable que lo regañara enfadada por ser tan desconsiderado como para dejarse arrestar. ¿Acaso había olvidado que los Robinson vendrían más tarde para tomar café y ver el terrario de lombrices? Ahora tendría que hacerlo todo ella sola. Qué típico de él dejarla en la estacada—. Es solo que… Umm, déjeme pensar. Es tan difícil ser preciso con las horas cuando uno está jubilado… —Soltó una risa nerviosa, alcanzando la lata de galletas y ofreciéndosela a la joven agente.

—Eh, no, gracias —respondió ella, al ver los dos rollos de higo resecos del fondo—. Acabo de desayunar.

Colin no podía culparla. A él tampoco le gustaban mucho los rollos de higo. Al parecer, a nadie le gustaban, de ahí que estuvieran eternamente en oferta y, por tanto, eternamente en la cesta de la compra de Margaret. La única vez que se había atrevido a expresar su desacuerdo, ella le había espetado que debería dar gracias por

poder comer galletas a su edad, que el marido de Susan Moncrieff había sufrido la retirada forzosa de todos los productos azucarados de la casa el mes pasado tras una advertencia prediabética del médico. ¿Preferiría eso Colin?

Consciente de aquella conversación, Colin mordió obedientemente un rollo de higo rancio, agradecido al menos de no estar casado con Susan Moncrieff.

—Voy a tener que pedirle que intente ser un poco más específico —decía pacientemente el corpulento sargento—. ¿Estuvo allí para el comienzo de la venta, por ejemplo?

—Sí. —Aliviado de que hubiera una pregunta que pudiera responder, la palabra brotó de los labios de Colin en una exhalación jadeante—. Sí, llegamos justo a tiempo. Empezaron un poco tarde, creo.

—¿Y se quedó hasta…?

—Uy, no estoy seguro. Mi lote salió bastante pronto, así que… ¿sobre las once?

Su voz se elevó en la última sílaba. El policía ni pestañeó.

—Interesante. —Fue lo único que dijo.

Colin, que había estado removiendo el té, se sobresaltó, haciendo que la cuchara repiqueteara contra el cuello de la tetera.

—Porque los registros de la casa de subastas muestran que pujó por un lote a la una menos veinte —continuó el sargento con tono calmado—. Así que alguien debe de estar equivocado.

Mierda. Colin sintió que la sangre abandonaba su rostro al recordar. Margaret, después de pasar toda la mañana expresando su disgusto por lo que ella llamaba «trastos usados», se había quedado prendada de una gran colección de tápers, evidentemente salidos de una casa vaciada.

—Son muy útiles —había murmurado—. Y están todas las tapas. Podemos darle las que no queramos a tu sobrina como regalo de boda.

Su furia e indignación cuando la habían superado en la puja no había conocido límites. Ahora, Colin maldecía aquellos dichosos tápers, y no solo por la matraca que había tenido que soportar durante toda la tarde del sábado sobre el tema de los otros

pujadores egoístas y la forma irresponsable y cambiante de todo el sistema de subastas.

Mientras Colin seguía buscando una respuesta adecuada, el sargento se levantó haciendo crujir el asiento.

—No le importa que eche un vistazo rápido mientras se hace el té, ¿verdad?

La pregunta fue formulada con suavidad —¿era cosa suya o su amistoso acento de Yorkshire se había vuelto de repente más pronunciado?—, pero, aun así, le produjo calor bajo el cuello de la camisa de poliéster.

—Bueno, no estoy seguro… —balbuceó—. Quiero decir…, no creo que le gustara mucho a mi mujer… —Eso era quedarse corto, pensó, con un estremecimiento involuntario. Miró el reloj y se dio cuenta con un desagradable sobresalto de que ella estaba a punto de volver. El calor bajo su cuello se convirtió en un infierno ardiente. Tiró de él para aflojarlo, desesperado por recibir algo de aire fresco —. Es muy maniática con la casa, ¿sabe?

Sintiéndose orgulloso de su excusa —aunque hubiera sido débil—, se giró y se dio cuenta de que estaba solo en la cocina hablando consigo mismo. Se escabulló al pasillo, donde la joven agente estaba abriendo el armario bajo las escaleras, mirando con curiosidad dentro.

—¿Dónde está su esposa, señor? —El sargento lo observaba desde las puertas dobles de cristal que daban al salón.

—Preside la reunión de vigilancia vecinal los martes por la mañana —respondió Colin con obediencia, sintiéndose un poco avergonzado por no haber defendido sus derechos—. Es muy, eh…, comprometida con la comunidad, mi Margaret.

Sin embargo, si la comunidad prefería que ella fuera de otra manera era un tema distinto.

Oyó un delicado tintineo de porcelana a su izquierda. Colin giró la cabeza, consternado al darse cuenta de que la agente sostenía en la mano una pastora de porcelana china que no dejaba de mirar con fascinación.

—¡Tenga cuidado con eso! —Con el corazón en un puño, se la quitó con cuidado, sosteniéndola como si fuera una mariposa herida

—. Margaret es muy exigente con sus figuritas. —La volvió a colocar en el estante del radiador con cuidado, ajustándola al ángulo exacto en el que había estado antes, con la esperanza de que ella no lo notara, mientras se decía con pesimismo que casi con toda seguridad lo haría. Cuando se dio la vuelta, el sargento había desaparecido, solo se veía el talón de su zapato gastado desapareciendo por el recodo de la escalera. Colin miró acusadoramente a la agente, quien le devolvió la mirada con tal inocencia de cervatillo que supo que acababan de tenderle una trampa.

Por primera vez, Colin sintió que la indignación crecía en su pecho, eclipsando el miedo. Subiendo las escaleras tras el policía, se irguió, preparándose para ser más severo de lo que había sido en su vida. Ese, sintió Colin, era su momento.

—Mire… ¡Oiga! —lo amonestó—. No puede…

—¿Qué hay aquí? —interrumpió el sargento, agitando el pomo de la puerta de la habitación de invitados—. Está cerrada.

Algo desinflado porque su momento de bravura había sido totalmente ignorado —y ahora parecía estar desvaneciéndose tan rápido como había llegado—, Colin respondió con tristeza:

—Es el cuarto de limpieza de Margaret.

—¿No es el de sus trenes? —El policía alzó una ceja—. Tenía entendido que era usted coleccionista.

—Oh, lo soy. Pero tengo un cobertizo fuera para todo eso. A Margaret no le gustan…, bueno, prefiere que se mantengan fuera de la casa… —«Igual que yo», era la parte implícita de esa frase, que ahora creaba una tensión incómoda entre ellos.

—Voy a tener que echar un vistazo dentro —dijo el sargento al fin, casi amablemente.

—Ahí no hay nada… —Colin podía sentir su tartamudeo emergiendo, amenazando con trabarle la lengua, como siempre hacía cuando estaba muy estresado—. Se lo he dicho, es solo un cuarto de limpieza. Es donde ella guarda sus… —No se atrevía a admitir que no estaba seguro de qué guardaba allí—. Bueno, ya sabe cómo son las mujeres.

El sargento permaneció impasible y extendió la palma de la mano ante él.

—La llave, por favor, señor.

—No la tengo —susurró Colin.

Un desfile de emociones cruzó el rostro del sargento, primero sorpresa, luego incredulidad, luego comprensión. Hubo un silencio tenso antes de que volviera a hablar.

—¿Me está diciendo, señor, que no tiene acceso a esta habitación?

La respuesta fue un mudo asentimiento, con la cabeza inclinada hacia la alfombra barata beis. En ese momento, la irritación de Pettifer dio paso rápidamente a algo menos policial y más humano. No pudo evitar compadecerse de aquel hombre, tan pálido e incoloro que casi se fundía con la decoración anodina que lo rodeaba. Encorvado bajo el peso de algo que no era solo la edad.

Desde abajo, llegó el sonido de la puerta principal cerrándose de golpe.

—¡Colin! —vociferó una voz estridente—. ¡Colin!, ¿dónde estás?

Arriba, dos pares de ojos se encontraron. Pettifer observó cómo la nuez del hombre mayor subía y bajaba lentamente por la línea de su garganta antes de responder, algo ronco:

—Aquí arriba, Margaret.

—¿Y qué haces ahí? —La voz sonaba ahora irritada—. Ven y ayúdame con esto.

—Creo que sería mejor que subieras tú. —Los ojos de Colin no abandonaron los de Pettifer.

Tras un resoplido estruendoso, se oyeron los pasos de la mujer ascendiendo por las escaleras.

—Hay un coche muy sospechoso fuera. Muy sospechoso —decía Margaret mientras se acercaba—. Negro, parece que no lo han limpiado en años. Los coches sucios siempre son sospechosos. Me pregunto qué esconderán tras esas ventanas mugrientas. Creo que deberíamos anotar la matrícula. Un coche así solo puede pertenecer a alguien turbio…

—O a un policía —dijo Pettifer con ligereza, mientras ella giraba al final de la escalera y aparecía a la vista.

La reacción de Margaret no tuvo precio. Los ojos se salieron de las órbitas, y sus labios carnosos se abrían y cerraban sin decir nada. Luego se inclinó hacia atrás y, de repente, Pettifer tuvo una repentina visión del papeleo que implicaría si ella se caía por las escaleras. Con reflejos rápidos que pocos habrían imaginado que poseía, extendió una mano y la agarró del codo, estabilizándola.

—Justo la señora que quería ver.

Con el ceño fruncido, la mujer le apartó el brazo.

—¿Qué hace aquí? ¿Qué quiere?

—¿Me reconoce, verdad? ¿O quizá a mi agente? —Señaló a Jess, que observaba en silencio desde el pie de la escalera—. Fue de ella de quien huyó en la escena del crimen el sábado.

Margaret se irguió acaloradamente, con el pecho temblando.

—¡No hicimos tal cosa!

—Ah, ¿así que admite que estaban allí?

Ella lo miró fijamente.

—Si está aquí, ya debe saber que lo estábamos.

A esa mujer no se le escapaba nada, tuvo que reconocer Pettifer a su pesar. No como el bobalicón de su marido, que se asustaba por unas simples preguntas hasta el punto de inventar una mentira ridícula que solo lo hacía parecer más sospechoso. Había tenido suerte de que fuera Pettifer quien le había interrogado y no alguien como Heavenly, que no se habría tomado tan bien que mintiera a la policía.

—¿Por qué se escaparon? —Dejando a un lado el respeto por sus aptitudes, Pettifer no pudo ocultar la exasperación en su voz—. ¿Por qué evitaron el interrogatorio?

—Ya se lo he dicho, no hicimos tal cosa. —Alzó la barbilla—. Una persona tiene derecho a ir y venir como le plazca.

—No cuando forma parte de una investigación policial.

—No tiene nada que ver con nosotros. —Se cruzó de brazos—. Ni siquiera estábamos allí cuando lo apuñalaron.

—Así que sabe lo que ocurrió —soltó Pettifer.

Ella resopló con desdén.

—¿Y quién no? Ha salido en todos los periódicos. Fue apuñalado con un arma desconocida en el mismo armario junto al que

estábamos. —Un brillo macabro apareció en su mirada.

Pettifer la observó con atención, ocurriéndosele una idea. Decidió arriesgarse.

—Es una gran historia, lo admito. —Dejó que su voz mostrara la cantidad justa de asombro—. Debo haberme perdido la entrevista en los periódicos este fin de semana.

Ella le lanzó una mirada penetrante.

—¿Qué entrevista?

—Bueno… —Le hizo un gesto, fingiendo perplejidad—. Quiero decir, con una historia así… La prensa ha debido de abordarla, ¿no? Estarán ansiosos por tener un testimonio presencial de ese tipo.

—¿Eso cree? —Se animó de inmediato, con una mirada calculadora, pero, alarmantemente, también soñadora mientras lo pensaba—. ¿De verdad se lo parece?

—Por supuesto —aseguró Pettifer con deferencia, tratando de ignorar a Jess, a quien podía ver por el rabillo del ojo mirándolo de forma muy extraña—. ¿Por qué cree que estamos tan interesados en hablar con usted? Alguien como usted, que estuvo en el centro de los acontecimientos… Es usted una testigo muy importante, Margaret. Su historia merece ser contada.

—Sí, lo merece —susurró con voz ahogada. Luego, se recompuso bruscamente, y su expresión se volvió impenetrable mientras decía con dureza—: Pero no, como ya le dije, eso no es asunto nuestro. No quiero tener nada que ver. Ninguno de los dos vio nada que pueda ayudarles, así que será mejor que se vayan. No sé qué les habrá estado contando…

—¡Nada, Margaret, lo juro! —farfulló Colin—. Se abrieron paso a la fuerza…, me intimidaron…

Pettifer le dirigió una mirada de disgusto, sintiendo que se desvanecía cualquier sentimiento de lástima por aquel hombre. Con la serenidad que da la experiencia, no se tomó la molestia de defenderse. Pero Jess, todavía guiada por el impetuoso sentido de justicia tan propio de la juventud, alzó la voz con tono acusador:

—¡Lo dudo mucho! Si nos estaba ofreciendo té y rollos de higo hace solo cinco minutos.

Colin se encogió.

—No me dieron opción, Margaret. Insistieron en ver tu cuarto de la limpieza, aunque les dije…

—¡De ninguna manera! —Su voz sonó como un látigo. Pettifer notó que temblaba, con las manos apretadas a los costados mientras su mandíbula se tensaba con indignación—. ¡No tienen derecho a husmear por mi casa, ningún derecho en absoluto!

—Es una petición perfectamente razonable —contestó Pettifer sin alterarse.

—¡Pues yo no lo veo así! Comportamiento policial bárbaro, eso es lo que es. Si los ciudadanos buenos y honrados no pueden sentirse seguros en sus casas…

—Puedo conseguir una orden —dijo Pettifer entre dientes—. Pero preferiría no hacerlo. Y no los dejará en buen lugar.

—Entonces, tendrá que conseguirla. —La respuesta llegó inmediatamente, estridente e inflexible—. Porque no permitiré que se queden en mi casa ni un minuto más hasta que la tenga. ¡Fuera, los dos! ¡Fuera!

—¿Lo decía en serio, sargento? —preguntó Jess, mientras se sentaban en el coche momentos después—. Lo de la orden judicial, quiero decir.

—Oh, sí —respondió él con tranquilidad, con la mirada fija al frente mientras se abrochaba el cinturón. Jess tuvo la clara impresión de que, bajo el exterior inescrutable, su superior estaba más furioso de lo que lo había visto nunca—. Lo decía totalmente en serio.

—Pero ¿cree que la conseguirá? —La pregunta se le escapó antes de poder pensarlo mejor. Tragó saliva, jugueteando frenéticamente con la pequeña estrella plateada de su oreja, girándola una y otra vez como siempre hacía cuando estaba nerviosa. Sintiendo que de repente pisaba terreno resbaladizo, pero que había llegado demasiado lejos para dar marcha atrás, añadió—: Porque, bueno…, no son realmente sospechosos, ¿verdad? No tenemos nada contra ellos, excepto el hecho de que huyeron de la escena. Que sí, fue

algo extraño, pero las parejas mayores pueden ser así, ¿no? Raras, quiero decir.

Pettifer miró su reflejo en el salpicadero, divertido a su pesar.

—Sí, pueden serlo. Especialmente en un lugar pequeño como este. Es muy fácil que el mundo siga su curso sin ti. —Metió la llave en el contacto, pensando en que Margaret Creaton tenía razón en una cosa: el coche estaba realmente sucio—. Y tienes razón, mencioné la orden judicial en el calor del momento. Pero, aun así, voy a intentar conseguirla. —Ante la mirada inquisitiva de la agente, añadió—: ¿Recuerda cuando le hablé de una entrevista con la prensa? ¿De contar su historia?

—Sí, me preguntaba adónde quería llegar con eso.

—Era una especie de tanteo. Tenía una corazonada. —Arrancó el coche y salió marcha atrás del cuadrado de asfalto que servía de entrada, exactamente igual al que tenía cada casa del callejón sin salida. A pesar de que ya estaban a salvo en el coche, seguía deseando alejarse de aquel grupo de fachadas idénticas y vacías que los miraban impasibles desde todos los ángulos. Las cortinas solían tener oídos en urbanizaciones como esa—. La calé bastante rápido. Es una especie de Hyacinth Bucket,[6] le gusta meter las narices en todo, saber qué está pasando, aterroriza a su marido… Tiene la necesidad de parecer importante, o al menos tiene esa ilusión. Es el tipo de persona que disfruta con cualquier oportunidad de estar en el centro de atención. Lo normal sería que lo estuviera pregonando por todo el pueblo. En cambio, se muestra esquiva, reservada. ¿Por qué?

—Tiene razón. —Jess parecía pensativa—. No había pensado en eso.

—¿Y vio cómo temblaba? Lo disimuló como si fuera ira, pero creo que era otra cosa. —Condujo de regreso hacia la carretera principal, con los neumáticos deslizándose en silencio sobre el asfalto. Qué diferencia con los adoquines, pensó con aprobación, y de inmediato se preguntó qué le estaba pasando—. Esa mujer tiene miedo de algo. Y pienso averiguar de qué. —Miró a ambos lados y giró a la derecha—. Ah, y ¿agente? Una cosa más…

Ella lo miró ansiosa, mordiéndose el labio.

—Nunca tenga miedo de cuestionar a sus superiores —le aconsejó—. Las alianzas siempre son más sólidas si se actúa con responsabilidad y transparencia.

Y con eso, centró su atención en la carretera, que lo conducía de vuelta a las doradas torres del pueblo.

[6] Personaje principal de la comedia británica *Keeping Up Appearances* (1990–1995). Es una mujer obsesionada con las apariencias, extremadamente esnob y ansiosa por ascender socialmente.

Capítulo 31

Tal y como había prometido el cielo rosado de la noche anterior, el día se tornaba espléndido en aquella jornada de abril. Con el cielo azul y una temperatura agradable, era justo el momento en que los ingleses se quitaban la ropa de abrigo, se ponían *shorts* inapropiadamente cortos y declaraban la llegada del verano. Felicia había sucumbido al mismo optimismo infantil —aunque afortunadamente no a los *shorts*— y había salido sin abrigo por primera vez desde octubre. Era una decisión de la que ya se estaba arrepintiendo mientras cruzaba los prados. El amplio espacio abierto se convertía en un campo de juego para el viento, que azotaba cualquier piel expuesta con ráfagas heladas, como una advertencia para recordar que, pese al sol, seguía siendo primavera. Aunque a nadie más parecía importarle. Las orillas del río estaban llenas de mantas coloridas, la furgoneta de helados estaba junto al puente y vendiendo sin parar, y los patos descansaban al sol bajo las mesas de pícnic de madera, atentos por si caía algo de comida. La más asediada de las mesas era a la que Felicia se dirigía. Sorteó un grupo de rechonchos cuerpos verdes, pasando una pierna sobre el banco e intentando no golpear ningún pico naranja en el proceso.

—Menudo séquito tiene aquí —comentó.

—Una patata —dijo Pettifer a la defensiva, levantando un dedo regordete para ilustrarlo—. Se me cayó una patata. —Negó con la cabeza, exasperado, empujando el papel de periódico arrugado hacia ella—. Por cierto, sírvase.

Ella alzó una ceja de manera interrogativa.

—¿Sal y vinagre?

—Por supuesto. —Parecía haberse ofendido—. Cualquier otra cosa es antinatural.

Felicia tomó una y la mordió, dejando que los sabores hormiguearan y estallaran en su lengua. Tenía justo el punto de humedad que cualquier patata frita de un puesto respetable debería tener.

—Sinceramente, espero que esto no sea su desayuno.

—Más bien un almuerzo.

—¿A las diez y media?

—Me levanté al amanecer —protestó él—. Y por su culpa, así que no empiece. Fui a hacer una visita a esos testigos que se esfumaron.

Felicia estaba tan intrigada que se detuvo con una patata a medio camino de su boca.

—¿Y bien? ¿Sacó algo en claro?

Él la puso al día mientras terminaban las patatas.

—Bueno —dijo el sargento, haciendo una bola con el periódico—, ahora que hemos dejado las cortesías a un lado, ¿qué tal si me dices por qué querías verme? Intuyo que no era solo para robarme la mitad del almuerzo.

Felicia se limpió los dedos con una servilleta, de repente vacilante. Había debatido consigo misma durante casi dos horas esa mañana antes de tomar el teléfono. Después de todo, le había dejado muy claro que no podía hacer nada más para ayudarla, así que ¿qué sentido tendría? Aunque, ¿no tenía ella un deber cívico de informar sobre lo que sabía?

Finalmente, no había sido la lógica lo que la había ayudado a decidirse; había sido el miedo. Se sentía fuera de su ámbito, y era consciente de ello. La posibilidad de que alguna vez hubiera podido llevar a cabo una investigación de ese calibre le parecía ahora completamente absurda. En realidad, no estaba más cerca de las respuestas que al principio; si acaso, se sentía más lejos que nunca. Necesitaba toda la ayuda y el consuelo que pudiera conseguir, incluso si tenía que venir de un hombre que había dejado claro que la quería fuera del camino.

Pettifer debió de notar su vacilación, porque empezó a deslizarse para salir del banco.

—Vamos, te invito a un Flake 99. Luego podrás contarme todo.

Sintiendo que sus arterias ya se estaban obstruyendo, Felicia lo siguió hasta la gran cola que se había formado al lado de la furgoneta de helados de colores llamativos. Pettifer no dijo nada mientras esperaban, pero, tan pronto como llegaron a la ventanilla, entabló una animada conversación con el dueño, de quien parecía saberlo todo. Felicia observó, sintiéndose de nuevo como una niña de cuatro años, cómo el helado batido caía en el cono y un *flake* de chocolate era incrustado en la esponjosa espiral en un ángulo tentador.

—¿Vienes aquí a menudo? —le preguntó al sargento mientras se apuraban para recuperar su banco de pícnic antes de que fuera ocupado por una familia que lo miraba con falsas esperanzas aferrándose a sus sándwiches envueltos en papel de aluminio.

Él le dirigió una mirada directa.

—Felicia, tengo tres hijos. En breve, tú también tendrás una relación íntima con el heladero de Stamford.

—Qué más quisiera… —Iba a cruzarse de brazos, pero luego recordó que sostenía un helado, así que se conformó con una mirada fulminante—. Me has ordenado abandonar el pueblo, por si lo habías olvidado.

La expresión de él no cambió.

—Pero no funcionó, ¿verdad?

—¿Pensaste que lo haría?

—La verdad es que no. Pero creí que era mi deber recomendarlo.

—¿A través de mi padre? Fue un golpe bajo. —Intentó que no se notara en su voz el persistente e irracional sentimiento de dolor—. Podrías habérmelo dicho a la cara.

Él suspiró.

—Así que estás enfadada conmigo. Bien. Pero me llamaste tú, ¿recuerdas? Sea lo que sea que te estás guardando, es obvio que quieres contármelo. No me importa esperar.

Entonces, él se reclinó y comenzó a devorar su helado.

Los hombres eran tan molestos cuando tenían razón. Felicia resopló.

—¿Recuerdas cuando Algernon dijo que se había caído? —Hizo una pausa—. Bueno, resulta que había… algo más.

Ahora el sargento estaba alerta, su mirada se había agudizado.

—¿Cuánto más?

—Al parecer, una pelota de golf salió de la nada y casi le golpea en la cabeza.

—¿Estás segura de que no fue un accidente? El campo está por esa dirección, ¿no?

—No eres muy aficionado al golf, ¿verdad? —adivinó ella con ironía.

—No, eso se lo dejo a Heavenly. Pero ¿por qué…? Ah —Su rostro se iluminó—. Ya veo. Piensas…

Era la única persona a quien no tenía que explicárselo. Lo había entendido inmediatamente. Sus ojos se oscurecieron y maldijo en voz baja.

—Esto se está volviendo realmente peligroso, Felicia. Necesitas irte del pueblo.

—Lo sé. Yo había llegado a la misma conclusión. Aunque no porque tú me lo dijeras —añadió rápidamente.

—Por supuesto que no. Qué idea.

—De hecho, deberíamos estar ya de camino, pero yo… —Alcanzó el paquete envuelto en papel marrón que estaba apoyado bajo el banco—. Probablemente sea más fácil si te lo muestro.

Él miró con interés.

—Me preguntaba cuándo llegaríamos a eso. Supongo que es demasiado esperar que sea el arma homicida perdida.

—Lo siento, no. Pero podría ser importante, de todos modos. —Felicia comenzó a desenvolver el papel—. Algo de lo que había dicho Algernon me inquietaba, así que fui al parque temprano esta mañana, al lugar donde dijo que había sucedido.

—Espera. —Pettifer casi saltó del banco—. ¿Entraste en la escena del crimen? ¿Otra vez?

—Entonces no era consciente de que se trataba de la escena del crimen. Lo único que sabía es que, según recordaba, el campo de golf estaba justo al otro lado de una hilera de árboles. Así que lo comprobé, y sería imposible que incluso el tiro más desviado pudiera

atravesarlos y golpear accidentalmente a una persona en el parque, aunque me temo que eso es lo que alguien quería que pareciera. Me di cuenta de que el tiro tenía que haber venido de mucho más cerca, desde dentro de los árboles. Y tenía razón. —Le mostró el palo de golf y se lo entregó, teniendo cuidado de mantener el papel entre sus dedos y el metal—. Yo diría que es de hombre, ¿no crees?

Él lo tomó con cautela. Entonces, su mirada se alzó para encontrarse con la de ella.

—Hay algo que debería contarte. Barrington se mantenía en contacto de manera regular con Henry Bunting antes del día que murieron. Los registros muestran llamadas telefónicas frecuentes entre ellos.

—Vale. —Felicia no acababa de seguirlo—. ¿Eso significa algo?

—No estoy seguro. Pero encaja con una nueva teoría que estoy desarrollando. —Dejó el palo sobre la mesa entre ellos—. Le he estado dando vueltas todo el tiempo a por qué Bunting insistió tanto en poner ese armario en el último momento. Sí, ya sé que todos lo habíais achacado a que estaba senil, pero mi cerebro de policía me dice que hay algo sospechoso. Y teniendo en cuenta el contacto que había entre ellos… —Se inclinó hacia delante, bajando la voz—. ¿Y si estaban metidos en algo juntos? ¿Algún tipo de estafa relacionada con antigüedades? A Clay se le daban bien ese tipo de cosas. Y sabemos que Bunting no anda muy allá de dinero. Habría sido fácil convencerlo… Al menos al principio.

—Así que te preguntas si podría haberse echado atrás —dijo Felicia—. Y Barrington lo mató para cubrir sus huellas. En teoría, todo encaja. —Luego, negó con la cabeza con pesar—. Pero no podría haberlo hecho; es imposible por los tiempos. A menos que tu equipo forense se equivocara…

—No les diré que has sugerido eso —contestó Pettifer, con una pequeña sonrisa—. Pero no, no hay error, y tienes razón. Es imposible que sucediera así. —Extendió los brazos—. Bienvenida a Deducción 101. Si una teoría no encaja con los hechos, probamos otra cosa, y luego otra, hasta que encontremos lo que sí encaja.

—Supongo que Bunting podría haber matado a Barrington, forzando un poco las cosas —meditó Felicia—. Prepararlo de alguna

manera, sabiendo que estaría en ese armario a esa hora. —No podía decir que le gustara esa solución. La imagen del amable anciano aún perduraba en su mente—. Pero eso seguiría sin explicar quién lo mató después. O quién viene ahora a por mí.

—Es exactamente lo mismo que se me pasó por la cabeza. Pero entonces pensé… ¿Y si hubiera alguien más involucrado? —Tamborileó en la mesa con los dedos—. Por lo que hemos podido deducir, algunos de los planes de Clay eran demasiado ambiciosos para él, teniendo en cuenta que era un insignificante estafador. No era precisamente una mente criminal. Tu y tú padre lo descubristeis hace años, y no fuisteis los únicos. No, en mi opinión, tenía que haber alguien más en las sombras, moviendo los hilos… —Hizo una pausa—. Alguien que quizá los mató a ambos cuando se convirtieron en un lastre.

Felicia recordó lo que Jack le había contado. ¿No había habido una insinuación, entre líneas, de la participación de alguien más? Alguien al otro lado del teléfono, alguien por quien Barrington lo dejaba todo para escabullirse a reuniones clandestinas. Alguien contenido, paciente, poderoso…

Casi instintivamente, Felicia tomó el palo de golf, dándole vueltas, buscando el anillo metálico que unía el eje con el mango. Si había algo, tenía que estar allí.

La luz del sol iluminó dos pequeñas letras grabadas con una fuente sencilla. Casi podrían haber pasado por un logotipo. Pero no lo era.

C. C.

Christopher Clancy.

Pettifer siguió su mirada, luego volvió la vista hacia Felicia con una ceja levantada.

Ella se encogió de hombros y dijo:

—Bueno, tú dijiste que ocultaba algo.

Capítulo 32

—Sí, ese es mi palo. ¿Dónde diablos lo encontraron?

El señor Clancy se detuvo a medio *swing*, mirándolos con renovado interés. El anticuario no se había mostrado muy contento de que interrumpieran su ronda de golf matutina, y no había hecho ningún intento de ocultarlo. Había recibido su presencia en el quinto *green* con un desafiante y monosilábico desinterés.

Hasta que Pettifer mostró el palo de golf, claro. A partir de ese momento se puso alerta, olvidándose de la bola en el *tee* a sus pies.

Pettifer mantuvo su habitual estoicismo:

—No estamos en posición de…

—En el bosque —lo interrumpió Felicia. Entonces, ignorando la mirada fulminante de Pettifer, continuó—: Allí, justo al borde del campo. Pero probablemente eso ya lo sabe. Al fin y al cabo, usted es socio, ¿verdad? Algo bastante extraño, ¿no cree?, teniendo en cuenta que está tan lejos de su casa.

Clancy cruzó una pierna a cuadros sobre la otra, apoyándose en su palo de golf. Luego miró a Pettifer con expresión sarcástica.

—¿Todavía complaciendo a la detective aficionada, sargento? Debe de tener debilidad por las mujeres aburridas y mimadas. Por desgracia, yo no.

—Simplemente responda a la pregunta, por favor, señor —le pidió Pettifer, aunque sonaba un poco cansado ya de su actitud.

Clancy se volvió hacia Felicia con una reverencia burlona.

—Siento decepcionar a la dama, pero da la casualidad de que no, no es extraño en absoluto. No para mí. Soy miembro de varios clubes por todo el país. —Torció la sonrisa hacia un lado—. Me lo

puedo permitir. ¿Por qué no iba a hacerlo? —Extendió una mano—. Y ahora, si me lo permiten, creo que ya he respondido a suficientes preguntas injustificadas. Solo les he seguido el juego en gratitud por la devolución de mi palo. Lo he echado mucho de menos desde que desapareció.

Pettifer permanecía muy quieto.

—Permítame aclarar algo, señor —le dijo con mucha calma—. ¿Está diciendo que este palo desapareció? ¿Que no ha estado en su posesión recientemente?

—No me está escuchando, sargento —respondió Clancy, con voz aburrida, volviendo a su juego. Se alineó contra el *tee*, hizo el *swing* hacia atrás—. Mi paciencia se está agotando con sus payasadas. Si hay algo más que quiera preguntarme, a partir de ahora, tendrá que hacerlo a través de mi abogado.

Lo que sucedió a continuación sorprendió incluso a Felicia. El brazo de Pettifer salió disparado y agarró el mango del palo de Clancy, deteniendo el *swing* en el aire. Clancy se tambaleó hacia atrás, mirándolo boquiabierto.

—No, es usted el que no me está escuchando —dijo Pettifer, con una repentina ferocidad—. No estoy jugando, señor. Este palo —levantó el objeto envuelto en papel— es un arma en un intento de agresión, posiblemente incluso de asesinato. Alguien ahí fuera lo usó para apuntar a un niño de doce años.

—Un… un momento, espere, no… no fui yo —tartamudeó Clancy, pálido y sin rastro de su anterior bravuconería—. Mire, ya… ya se lo dije, lo perdí.

—Me temo que tendrá que esforzarse un poco más.

—Puedo probarlo, ¡lo juro! Pregunte en el hotel, lo saben todo al respecto. De hecho, se lo han tomado con especial interés, dado que la bolsa estaba bajo su cuidado cuando ocurrió el robo.

—Continúe. —Pettifer se cruzó de brazos, adoptando la postura más intimidante que Felicia le había visto nunca—. ¿Cuándo fue exactamente?

—Bueno, no estoy seguro del todo… —Al ver que la expresión de Pettifer se enfurecía, Clancy se apresuró en continuar—: Fue el domingo por la tarde cuando les pedí que pusieran la bolsa detrás

del mostrador de recepción. Planeaba tomar una copa en el bar antes de salir para una ronda corta de golf. Pero cambié de opinión y, en su lugar, decidí quedarme para una cena y jugar la tarde siguiente. Bien, a las tres de la tarde de ayer, la bolsa todavía estaba allí, donde la había dejado. La recogí y vine aquí. No noté que me faltaba mi madera de calle hasta la mitad del recorrido. —Parecían poco convencidos con su explicación, así que añadió—: No es un palo estándar, no se usa en todos los hoyos.

Pettifer lo miró durante un largo momento. Luego giró la cabeza hacia Felicia.

—¿Crees que está diciendo la verdad?

Felicia se sintió tan desconcertada como parecía el señor Clancy. Consciente de que el sargento querría llegar a alguna parte con eso, intentó sonar segura al responder:

—Bueno, el hotel podrá confirmar que dejó su bolsa allí como dice.

—Cierto —asintió Pettifer—. Y has visto cómo es aquello, gente entrando y saliendo por todas partes. La bolsa habría estado visible para los que pasaban por el vestíbulo. Podría haberse escabullido cualquiera detrás del mostrador cuando estuviera vacío y robar el palo. Sería un movimiento arriesgado, pero nuestro asesino no parece precisamente tímido ante el riesgo.

—¡Exactamente! —exclamó Clancy con visible ansiedad—. Así que ya ve…

Pettifer levantó un dedo silenciador.

—Pero se me ocurre algo más probable. Que el señor Clancy, aquí presente, lo tomó él mismo antes de entregar la bolsa en recepción. Seamos sinceros, difícilmente iban a notar cuántos palos había al principio, ¿verdad? Solo tenemos su palabra de que había uno menos ayer por la tarde que cuando lo entregó el domingo.

—Un… un momento… —balbuceó Clancy—. Eso es indignante.

—¿Lo es? —Pettifer lo miró fijamente—. Porque lo que estoy viendo es a un hombre que ha evadido constantemente nuestras preguntas. Estoy viendo a un hombre que se ha quedado en el pueblo por razones dudosas, a pesar de que le di permiso para marcharse.

—Ya lo expliqué —masculló Clancy. La piel alrededor de sus labios estaba tan tensa que se había vuelto completamente blanca—. He tenido asuntos que atender.

—Y, sin embargo, el personal del hotel me ha dicho que no se ha reunido con nadie desde que está aquí. Eso es inusual, al parecer. Como lo es el hecho de que cada ronda que ha jugado en el club haya sido en solitario. Lo cual me lleva a preguntarme para qué se queda realmente. Y entonces descubro que su palo de golf está vinculado a un delito grave. Un delito que casualmente tuvo lugar mientras usted estaba aquí en el campo ayer por la tarde.

—No me acerqué a esos bosques. Lo juro.

—Pero nadie puede corroborar eso, ¿verdad, señor? Estaba aquí solo, y a esa hora, con la luz menguante, dudo que hubiera mucha gente en el campo.

—Bueno, no, pero…

—¿Sabe lo que piensa la señorita Grant aquí presente? —preguntó Pettifer, de repente con tono casual.

Clancy miró fijamente a Felicia, con sus pequeños ojos saltones.

—Ella piensa que usted estaba confabulado con Barrington Clay. Que había algo delictivo relacionado con la venta. Piensa que por eso estaba usted allí ese día. Que atrajo a Clay a ese armario para poder matarlo.

Felicia intentó mantener su rostro impasible. Normalmente, no le habría gustado que pusieran palabras en su boca, pero confiaba en Pettifer. Sabía lo que estaba haciendo. O, al menos, esperaba que lo supiera. De lo contrario, probablemente se dirigía hacia una demanda por difamación de proporciones épicas.

—También piensa que involucró a Henry Bunting para que le ayudara. Y que, cuando se convirtió en un lastre, lo mató a él también.

—Un momento. —Clancy temblaba. Se apoyaba con tanta fuerza en el palo de golf que pensó que podría romperse—. Eso es completamente falso. Yo nunca…

—Entonces, ¿cómo explica el contacto entre usted y el señor Bunting la noche antes de la subasta? —exigió Pettifer. La tensión emanaba de él en oleadas, estaba acorralando a su presa. Felicia

sintió que se le erizaba el vello de la nuca—. Todo está registrado. Él lo llamó el viernes por la noche.

—¡Sí, lo hizo! —contestó Clancy, casi a gritos, su autocontrol empezando a resquebrajarse por completo—. Él me llamó. —Miró a un lado y a otro, girando la cabeza de manera frenética—. ¿No ven lo que eso significa? ¿Voy a tener que deletreárselo?

Cuando ninguno de los dos respondió, soltó una risa estrangulada.

—Yo fui contratado por él, no al revés. El cliente privado para quien pujaba por el armario… era el propio señor Bunting.

Capítulo 33

—No me lo puedo creer —dijo Pettifer con divertida exasperación mientras observaban a Jess ayudando a entrar al señor Clancy en el único coche patrulla de la policía de Welland.

Era la primera frase que había pronunciado en varios minutos y, al soltarla sin contexto, se ganó una mirada de sorpresa por parte de Felicia.

—¿A qué te refieres?

—En realidad le crees, ¿verdad?

Felicia se puso a la defensiva.

—Pues sí, la verdad es que sí.

—¿En qué te basas?

—Es… una corazonada. Y supongo que mi facilidad para calar a las personas también tiene algo que ver.

—Por eso tú eres subastadora y yo policía —contestó Pettifer, conteniendo un bostezo—. Dios, me alegro de que este caso esté casi resuelto.

Ella le lanzó una mirada penetrante.

—¿Vas a acusarlo entonces?

—Por Dios, no, todavía no. Todo es demasiado vago y circunstancial por el momento. Pero conseguiremos las pruebas concluyentes ahora que sabemos dónde concentrar nuestros esfuerzos. —Le puso una mano en el hombro con aparente delicadeza, pero, aun así, la fuerza del gesto casi le hizo doblar las rodillas—. Bien hecho, Felicia. Lo digo en serio. Encontrar ese palo de golf… Mira, oficialmente fue una estupidez entrar allí sola, y debería darte un tirón de orejas por ello. Pero, extraoficialmente —

sonrió—, has proporcionado la clave de todo, y en un lugar donde, lo admito, nunca se nos habría ocurrido buscar. Aunque te sugiero que no dejes tu trabajo —añadió apresuradamente como una ocurrencia tardía.

Ella puso los ojos en blanco.

—No te preocupes, me quedaré con las antigüedades. Al menos ellas no se asesinan entre sí.

—Buena chica. —Más abajo, en la pendiente, Jess les hacía señas —. Bien, mejor me voy. No se acaba hasta que confiesen, como suele decirse.

Y se alejó con tranquilidad hacia el coche que lo esperaba, con aspecto, tenía que admitirlo, de estar alegre. Lo cual estaba bien para él, supuso. Pero ella no podía sentirse de la misma forma. Quizá era porque sabía que atrapar al asesino no cambiaba las tragedias ocurridas. Era un alivio, pero ¿podría considerarse un motivo estar feliz?

O tal vez era más simple que eso. Quizá tenía más que ver con la duda que pendía sobre ella, como la atmósfera justo antes de llover.

—Esto parece interesante. ¿Qué está pasando?

Felicia se sobresaltó al ver a Jack de pie en el límite del bosque, enmarcado por dos árboles.

—Tienes la costumbre de acercarte sigilosamente a la gente, ¿verdad? —dijo ella con tono enfadado.

—En absoluto. Es más bien que cada vez que te veo estás distraída con algo. —Ladeó la cabeza, mirándola divertido—. No eres muy observadora, ¿sabes? Teniendo en cuenta tu profesión.

—Soy observadora con las cosas pequeñas —se defendió—. Se me dan bien los detalles.

—Pero no las cosas grandes, entonces. Como… personas enteras apareciendo frente a ti. —Él sonreía, pero sin rastro de burla. Parecía estar de buen humor. Como todos, excepto ella, pensó Felicia. ¿Estaría dándole demasiadas vueltas? ¿Viendo problemas donde no los había?

—¿Has venido por alguna razón? —preguntó ella con cierta altivez.

—Ya me conoces. Solo estoy merodeando. Siendo sospechoso y esquivo, como es mi papel. Soy un criminal, ¿recuerdas? —

Ignorando su mirada poco impresionada, inclinó la cabeza hacia el coche patrulla—. ¿Quién es, entonces? Porque está claro que no somos ni tú ni yo. Lo cual es sorprendente, ya que éramos los principales sospechosos en un momento dado.

—Es el señor Clancy —respondió ella—. Ya sabes, el comerciante de muebles de Londres. Resulta que era suyo el palo de golf que encontré en el bosque. Al parecer, era él quien estaba confabulado con Barrington. Planeaban algún tipo de estafa relacionada con la venta.

Jack no respondió, y ella se volvió para mirarlo. Él la observaba fijamente, sin rastro de diversión en el rostro.

—Están cometiendo un error —dijo con voz ronca—. La policía. Tienes que decírselo.

—¿Qué quieres decir?

—No era él quien trabajaba con Barrington.

—¿Cómo sabes…? —Entonces, lentamente, Felicia empezó a comprender—. Porque tú sabes quién fue. Porque… seguías a Barrington, ¿verdad? Lo vigilabas. A eso te referías con llevarlo ante la justicia. Querías desenmascararlo. Demostrar tu inocencia.

—No. —La palabra resonó con fuerza—. Nunca se trató de eso. Hace tiempo que dejé de preocuparme por lo que la gente piense de mí. Pero… no quería que nadie más sufriera por lo que él hizo. Por lo que era. —Se frotó la cara con una mano, de repente parecía agotado—. Siempre pensé que, si lograba atraparlo… Estaba dispuesto a esperar. Siempre ando por el pueblo, ya nadie repara en mí. Solo soy un fotógrafo trabajando. Están acostumbrados a verme en sitios extraños a horas extrañas. Es increíble lo que puedes hacer si miras a través de una cámara. A la gente no se le ocurre que puedas estar escuchando, observando.

—Continúa.

Lo hizo, aunque con visible reticencia:

—Lo oí hablar por teléfono un día en el pueblo. Reconocería su voz en cualquier parte. No me vio, se había metido en uno de los callejones para atender la llamada. Por lo que decía, supe que tramaba algo. Sonaba emocionado. Hablaba de un hallazgo que lo cambiaría todo. Dijo que si pudieran quitarse al viejo de en medio…

—¿Por eso estabas en la subasta? ¿Lo habías seguido hasta allí? —Tomó aire y lo miró directamente a los ojos, del color del musgo del bosque—. Jack… ¿Sabías que estaba en ese armario?

—No. ¡Por supuesto que no! —Se mostró horrorizado, y ella sintió que sus hombros se relajaban de alivio—. Lo seguí hasta allí, sí. Pero la multitud ya se estaba formando. En un momento lo tenía a la vista, y al siguiente lo había perdido. Simplemente… desapareció. De hecho, pensé que se había marchado.

—Pero te quedaste de todos modos —dijo ella, adivinando que tenía razón—. Porque esperabas a la persona con la que había quedado. La persona al teléfono.

Él se limitó a asentir, pero ella insistió:

—¿Y… apareció?

—Sí.

Una sola palabra. No dio más detalles. Ella sintió que la ira se encendía en su interior.

—¿Qué pretendes exactamente, Jack? ¿Intentas ayudarme o no? Ni siquiera puedo saber si estás de mi lado.

Algo cruzó por su rostro.

—Lo estoy. Créeme.

—Pues no lo parece. Siempre rondando, lanzando indirectas, pero sin darme nada concreto. —Felicia temblaba con una rabia que no sabía que poseía—. Si descubro que alguien casi envía a mi hijo al hospital porque tú pensabas que era más importante hacerte el misterioso…

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Felicia, si hubiera sabido que tú o Algernon estaríais en peligro, por supuesto que habría dicho algo. Pero… —Se movió incómodo—. Bueno, tenía mis razones; además, estaba seguro de que estarías a salvo.

—¿Cómo? ¿Cómo podías estar tan seguro?

La miró durante un largo momento. Después suspiró, dejándose caer contra el tronco del árbol.

—Tienes razón, lo siento. Debería habértelo dicho antes; cometí un error, pero… no podía enfrentarme a ello. Y creo que tú tampoco has podido.

Ella se quedó inmóvil.

—¿Qué quieres decir?

—Vamos, Felicia. Eres una mujer inteligente, ¿no? Ya has descubierto muchas cosas. Y, sin embargo, se te escapa la única inconsistencia evidente de toda aquella mañana. —Empezaba a sonar frustrado—. Te estás ocultando la verdad, no te permites ver lo que tienes delante. —Cuando ella permaneció en silencio, su expresión se endureció con incredulidad—. ¿De verdad vas a hacer que te lo deletree? Muy bien. ¿Qué te parece esto? El armario fue una incorporación de última hora, no estaba en el catálogo. Por lo tanto, nadie podía saber de antemano que estaría a la venta en la subasta. ¿Me equivoco?

Ella asintió lentamente.

—Excepto las personas involucradas en la venta. Mi padre y el personal de la subasta. Bunting, por supuesto; él fue quien lo consignó. Y Barrington, obviamente, que también se enteró de alguna manera.

—Y una persona más. —La observó con atención—. Vamos, Felicia, piensa. ¿Cómo puedes impedir la subasta de un objeto del que no tenías forma de saber?

Tardó unos segundos en comprenderlo. Pero, cuando lo hizo, fue como si una ola la arrollara de golpe. Sintió que las piernas le fallaban.

—No… —susurró ella.

—Lo siento. —Fue lo único que él pudo decirle.

Regresó a casa como en trance, sus pies llevándola por la ruta conocida en piloto automático. Water Street estaba increíblemente hermosa en un día así, con las ramas bajas llenas de flores acariciando la superficie reluciente del agua, y los pétalos sueltos flotando, como confeti, en la corriente. Los patos dormitaban plácidamente en la orilla sembrada de narcisos, con sus picos escondidos bajo el ala. En el puente, unos niños se inclinaban sobre las verjas de hierro verde, señalando emocionados al ver un pez plateado entre los juncos. La hilera de casitas parecía sacada de un

cuento, con sus techos de pizarra inclinados como una gorra excesivamente grande que cae sobre los ojos de quien la lleva, y las ventanas con cristales en forma de diamante asomando bajo el borde.

Felicia empujó la puerta principal, hacía tiempo que había dejado de esperar encontrarla cerrada. Se abrió y, con la sensación de estar caminando sobre melaza, avanzó lentamente por el pasillo.

Él estaba en la cocina, iluminado por la luz del sol que entraba por la ventana, de espaldas a ella. Se detuvo en el umbral, simplemente observándolo. Se fijó en la curva de su cuello, donde el cabello oscuro se le rizaba. Donde solía acariciarlo cuando aún estaban juntos. De repente, justo en ese instante, sintió que su corazón se rompía de nuevo. Después de tanto tiempo, había pensado que él ya no tenía el poder de hacerle daño.

Qué equivocada estaba. Qué ingenua era.

Felicia creyó no haber hecho ningún ruido, pero algo debió de alertarlo de su presencia, porque él se volvió.

—Felicia, has vuelto. —Al ver el rostro de ella, frunció el ceño—. ¿Qué ocurre?

Eso casi le provocó una risa histérica. Menuda pregunta. ¿Que qué ocurría? ¿Por dónde empezar? Tres días y medio en Stamford y de momento ya había acumulado dos cadáveres, un acosador, conflictos tanto con su padre como con Algernon… Y ahora esto. Justo cuando pensaba que no podían empeorar más las cosas, aparecía esto. No se había dado cuenta hasta ese momento de cuánto había confiado en Dexter, cuánto había necesitado confiar en él. Apoyarse en su historia compartida, en el consuelo de conocer verdaderamente a alguien.

Pero, al parecer, no lo conocía tan bien como creía. La conmoción y la humillación fueron como recibir un duro golpe en el pecho, exprimiéndole todo el aire de los pulmones.

—Tenemos que hablar. —Se sentó a la mesa de la cocina y entrelazó las manos frente a ella, en un intento de disimular lo mucho que le temblaban.

—De acuerdo. —Él se volvió hacia el café que estaba preparando y encendió el pequeño batidor eléctrico que espumaba la leche—. Te

escucho.

Sonaba tan normal, tan despreocupado, y de pronto Felicia se dio cuenta de que no sabía por dónde empezar. ¿Cómo abordar un tema así?

—Es sobre ti y…, quiero decir, lo que has estado… —El batidor vibraba con un zumbido metálico, como una avispa en su oído. No podía concentrarse. Le crispaba tanto los nervios que, al final, explotó. Toda su rabia estalló en la cocina—. ¿¡Quieres apagar ese maldito trasto!? —Entonces, se le ocurrió otra cosa mientras miraba alrededor de la anticuada cocina de su padre—. ¿De dónde lo has sacado? Dios mío, ¿lo compraste estando aquí?

—Me gusta la espuma —respondió él, algo a la defensiva—. ¿Qué te pasa hoy? Pareces un oso con dolor de muelas.

—¡Tú! —gritó Felicia—. Tú eres mi problema. ¡Tú y tus cafés pretenciosos! —Dios, sonaba igual que su padre—. Y tus chaquetas de piruleta y tus coqueteos y tu… —Se le quebró la voz—. ¿Cómo pudiste hacerlo, Dexter? ¿Cómo pudiste?

—Felicia, será mejor que me expliques qué está pasando. —Por primera vez, parecía cauteloso—. Porque no tengo ni idea de qué estás hablando.

—Sé que estabas confabulado con Barrington Clay. No tiene sentido que lo niegues.

—Ah. —Dejó el batidor, mirando fijamente el fondo de la taza de café. Solo podía verle parte del perfil, el resto quedaba oculto por el resplandor de la ventana a su espalda—. En ese caso, no lo haré.

Felicia se recostó, con las emociones disparadas. Tener la confirmación no era una sorpresa, pero, aun así, resultaba difícil escucharlo. Una pequeña parte de ella había esperado que saliera con alguna excusa extravagante, una explicación tan inverosímil que solo Dexter podría hacerla creíble. Algo que de algún modo lo arreglara todo.

—¿Y allanaste la casa de Barrington? —No se le había ocurrido antes, pero, al pronunciar las palabras, supo que era cierto—. También fuiste tú, ¿verdad?

Él cerró los ojos brevemente.

—Yo no lo llamaría allanamiento, pero sí.

Felicia se llevó las manos a la cabeza, obligándose a respirar.

—Imagino que no te afecta que haya sido Algernon, y no yo, quien casi muere anoche.

—Espera… ¿Qué? —Se giró bruscamente, con el rostro lívido—. ¿Le ha pasado algo a Algie? Pero él…

—Lo único que me impide clavarte un cuchillo de cocina ahora mismo —comenzó a decir Felicia, sorprendida de lo tranquila que sonaba—, es saber que no pudiste cometer los asesinatos. No llegaste a la subasta hasta después de que mataran a Barrington, y estabas conmigo durante lo de Bunting. —Lo miró directamente—. Pero podría cambiar de opinión, a menos que me digas ahora mismo quién fue el responsable.

—Dios mío. —Se le aflojó la mandíbula—. Conozco esa expresión. Estás… estás hablando en serio, ¿verdad? Realmente crees que tuve algo que ver con todo esto. ¿Cómo puedes siquiera…?

Se interrumpió, estaba demasiado alterado para continuar. Pero eso solo sirvió para envalentonar más a Felicia.

—¿Cómo? Te diré cómo. Porque has mentido constantemente, tanto a mí como a la policía. Porque entraste en la escena de un crimen. Porque has admitido que estabas involucrado en alguna estafa con Barrington…

—Para ahí —le ordenó levantando una mano—. Desde luego que no. No sé de dónde has sacado eso. Lo único que dije fue que teníamos negocios juntos. Eso es todo. Mira, Barrington me llamó. Dijo que había encontrado algo emocionante, potencialmente histórico. Quería mi opinión.

—¿Al exmarido de su rival en los negocios? —preguntó Felicia con escepticismo.

—Y el principal académico especializado en simbología monárquica —masculló Dexter—. Lo creas o no, Felicia, para algunas personas soy algo más que tus sobras.

Tenía razón en eso, pero Felicia estaba demasiado furiosa para sentirse avergonzada. En su lugar, se cruzó de brazos y lo fulminó con la mirada mientras él continuaba.

—Me llamó otra vez el viernes por la noche. Dijo que el viejo que le había prometido el armario le había jugado una mala pasada, esas

fueron sus palabras, no son mías —añadió Dexter, con una sonrisa autocrítica— poniéndolo a la venta. Estaba bastante furioso. Dijo que iría temprano a la exposición del sábado para examinarlo mejor. Me sugirió que nos encontráramos allí. Así que tomé el primer vuelo…

—¿Tanto confiabas en él? —preguntó Felicia, incrédula.

—Fuera lo que fuera como persona, Clay era un experto en antigüedades de primera —aseguró Dexter—. Así que, sí, hice lo que me pidió. Pero, como ya sabes, llegué demasiado tarde.

—¿Y no pensaste que esto podría ser útil para la policía? —El sarcasmo furioso impregnaba su voz.

—¿Para qué, para implicarme? Por Dios, Felicia, si ni siquiera tú me crees, ¿qué pensará la policía?

—Quiero creerte. —«No tienes ni idea de cuánto»—. Pero no puedo negar los hechos, Dexter. Si eres tan inocente y ajeno a todo como dices, ¿por qué entraste en casa de Bunting?

Se mostró incómodo.

—Eso fue… algo diferente. Personal.

—La biblioteca. Por supuesto. —El recuerdo encajó en su lugar. Pettifer contándole que el ladrón había entrado en la biblioteca. Le había parecido extraño en su momento—. Buscabas los documentos de la casa que la policía no te dejó ver. —Se levantó bruscamente, enfrentándose a él con la mesa como distancia—. Nunca se trató de estar implicado, ¿verdad? ¡No le dijiste a la policía lo que sabías porque querías proteger tu reputación! Todo esto es por tu maldita carrera, ¿no es así?

—Lo haces sonar tan sórdido. —Tuvo la desfachatez de sonar reprobador—. Se trata de un hecho importante para la historia…

—¡No me importa la historia, Dexter! —explotó Felicia—. Me importa que tus acciones nos pusieran a mí, y por extensión a nuestro hijo, en peligro mortal. —Le temblaba la voz—. Jamás podré perdonarte por eso.

Se oyó un alboroto en el vestíbulo cuando la puerta principal se abrió de golpe y unos pasos pesados resonaron en dirección a la cocina. Pettifer apareció en el umbral, con el rostro congestionado y respirando con dificultad.

—Recibí tu mensaje —jadeó, doblado por la mitad—. ¿Estás bien? Cuando dijiste que nos habíamos equivocado de hombre, yo… —Se interrumpió con gesto confuso al observar la escena.

—Permíteme sugerir —dijo Felicia con calma— que arrestes a mi exmarido.

A Dexter se le desencajó la mandíbula.

—¡Felicia! No puedes hablar en serio. Sabes que no tuve nada que ver con esto.

No podía soportar mirarlo, así que fijó la vista en un punto por encima de su hombro.

—Ya no sé qué creer, Dexter. No viniendo de ti. —Se volvió hacia Pettifer y le explicó—: Ha admitido que era él quien hacía negocios con Barrington. Y hay algunas otras cosas que necesita contarte también.

Pettifer se aclaró la garganta en tono de disculpa.

—Lo siento, señor, pero vamos a necesitar que nos acompañe a la comisaría para interrogarlo.

La respuesta de Dexter quedó ahogada por otro estruendo fuera, seguido de pasos más ligeros y rápidos en el vestíbulo. Jess Winters apareció en el umbral, pálida y acelerada.

—Señor, gracias a Dios que está aquí. ¡Hay otro!

Pettifer alzó la vista bruscamente.

—¿Quién es esta vez?

Felicia sintió que todo su cuerpo se helaba de temor.

—Bu… bueno, ese es el a… asunto…, señor —tartamudeó Jess. Parecía algo aturdida—. No… No se lo va a creer, pero… es… es el asesino.

Capítulo 34

Yacía boca arriba, con un brazo colgando del sofá y las yemas de los dedos rozando la alfombra. A diferencia de la mirada vidriosa de los dos primeros cadáveres, tenía los ojos cerrados. Podría haber estado dormida, de no ser por la palidez cadavérica y aquella quietud antinatural…

—No te acerques más, Felicia —murmuró Pettifer con suavidad mientras se agachaba bajo la ya tristemente familiar cinta azul y blanca—. Sé que es duro, pero recuerda que es la escena de un crimen.

Ella asintió y tragó saliva, incapaz de apartar la mirada de la figura en el sofá. Qué diferente era cuando se trataba de alguien cercano. Y más aún cuando era así…

El frasco vacío de somníferos estaba abierto sobre la mesa, junto a la taza de té también vacía. Ambos tenían pequeños números al lado que los marcaban como pruebas. Felicia sabía que habría más en la cocina. Allí fue donde los trituró, al parecer, antes de traer la taza hasta aquí, para terminar en su habitación favorita, rodeada de todo lo que más amaba. El lugar donde quiso morir.

Dexter, que estaba justo detrás, le puso una mano en el hombro y ella no protestó. Todavía estaba demasiado conmocionada, demasiado aturdida. El calor de su piel a través de la tela sedosa de su blusa era lo único que la anclaba a la realidad.

—No lo entiendo —dijo Felicia en un hilo de voz—. ¿Por qué haría algo así?

—La nota que dejó explica un poco su estado mental —respondió Pettifer—. De hecho… —se rascó el cuello, visiblemente incómodo—,

creo que deberías verla, si te ves capaz de hacerlo. Está dirigida a ti.

—¿A mí? —Lo miró atónita.

Le entregó una bolsa de plástico con un trozo de papel rasgado dentro. Papel lila, con una filigrana de pequeñas rosas en la parte superior. Se le cerró la garganta de emoción solo con verla, pero se obligó a leer.

Querida Felicia:

Te escribo porque quiero que sepas la verdad. He temido tanto este momento durante tanto tiempo, pero las cosas han ido demasiado lejos y sé que ya no puedo seguir callada, sin importar lo que esto signifique para mí. Tu padre y tú siempre habéis sido tan buenos conmigo, y engañaros ha sido una de las cosas más terribles que he tenido que soportar. Espero y rezo para que, si no entenderme, al menos podáis perdonarme por lo que he hecho.

Y ahí terminaba abruptamente, con el papel rasgado en un borde irregular. Felicia parpadeó y le dio la vuelta, pero estaba en blanco.

—¿Eso es todo?

—Las notas de suicidio suelen ser breves —respondió Pettifer—. Sé que es difícil para los que se quedan entender por qué no dijeron más, pero…

—No, no me refiero a eso. Es más bien… ¿por qué no la firmó? ¿Y por qué usar un trozo de papel rasgado? No parece propio de ella.

—Porque la gente actúa así. —Pettifer intentaba ser delicado, pero su impaciencia por seguir con el caso empezaba a notarse—. En esas circunstancias, la lógica no suele estar presente.

—Pero había quedado conmigo. ¿Por qué lo haría si pensaba…? —se interrumpió, incapaz de decirlo.

Pettifer alzó la cabeza de manera repentina.

—¿Cuándo fue eso?

—Anoche. Era ella a quien esperaba en The George.

—Eso encaja —comentó Pettifer con aire pensativo—. De hecho, diría que lo confirma. El momento de la muerte se estima a primera

hora de la tarde de ayer. —Miró la nota—. Es evidente que en el último momento decidió que no podía decírtelo en persona, así que…

—¿Decirme qué? No entiendo nada de esto —dijo Felicia, agitando el papel dentro del plástico con frustración—. Que yo sepa, solo quería hablarme del negocio.

—Así era. Pero, probablemente, no sobre lo que tú piensas. —La miró durante un rato largo, sopesando algo en su mente. Luego suspiró profundamente—. Mira, no puedo ocultártelo. Pronto será de dominio público. O quizá ya lo sea, conociendo cómo funciona el boca a boca en los pueblos pequeños. —Volvió a mirarla fijamente—. Todas esas anomalías en la subasta…

—Mi padre —soltó ella, sin querer interrumpir, pero consumida por el alivio de que no fuera la noticia que temía—. Sí, lo sé. Últimamente ha estado un poco despistado, pero…

Pettifer ni pestañeó.

—No se trata de tu padre, Felicia. Ni tampoco de una simple distracción. Todo estaba siendo meticulosamente orquestado… por alguien que trabajaba para Barrington Clay.

Luego se volvió para mirarla por encima del hombro.

Felicia se dio cuenta de que movía la cabeza con fuerza, de un lado a otro. Le estaba provocando mareos, pero no podía dejar de hacerlo.

—No. Betsy no, tiene que haber algún… —se interrumpió al ver la mirada de lástima en el rostro del sargento— error —susurró débilmente.

—¿Por qué? —La voz de Dexter, fuerte y segura, aunque sonaba como si viniera desde el fondo de un túnel, la devolvió a la realidad —. ¿Por qué haría algo así? Parecía tan feliz en Grant's.

—Si sirve de consuelo, no lo hizo por voluntad propia. La estaba chantajeando.

—Lo es y no lo es —dijo Felicia, aturdida. El hecho de que no hubiera sido una traición calculada le proporcionaba algo de alivio, pero imaginar a aquella dulce anciana, apasionada de las lilas y el punto de cruz, siendo asustada y manipulada, hacía que todo

pareciera aún más cruel—. Supongo que no debería preguntar, en realidad no es asunto mío, pero…

Como de costumbre, Pettifer pareció entender lo que quería decir sin necesidad de que terminara la frase. Asintió y dijo:

—Al contrario, yo diría que tienes derecho a saberlo. Está todo aquí, en la correspondencia entre ellos. —Tomó otra bolsa de plástico, esta con un móvil morado dentro. El teléfono de Betsy. Verlo así, envuelto como prueba, le revolvió el estómago de nuevo. Se concentró en regular su respiración mientras Pettifer revisaba los mensajes.

—A pesar de la falta de contexto, es bastante evidente lo que ocurrió. Le pasó información una vez, y me temo que eso sí lo hizo por voluntad propia. Está claro que hubo algún tipo de recompensa económica. Pensó que sería algo puntual y no quiso saber nada más. Pero, por supuesto, él no lo vio así. No permitió que lo dejara.

Por supuesto que no. Felicia cerró los ojos. Pobre e ingenua Betsy. Barrington Clay debió de pensar que todos sus sueños se hacían realidad cuando la vio venir. Sin duda, aquella primera información solicitada había sido algo bastante inocuo, ni siquiera especialmente útil para él. Algo que ella no vería mal en entregar, sin darse cuenta de que al hacerlo se estaba endeudando con él para siempre.

—Parece que él sabía cómo manejarla —dijo Pettifer con voz suave—. En realidad, el poder que tenía sobre ella era mínimo. No había cometido ningún delito grave. Lo peor que le podía suceder era perder su empleo en la casa de subastas. Pero está claro que no podía soportar la idea de que tú o tu padre os enterarais de lo que había hecho. Leyendo entre líneas, creo que, para ella, la vergüenza de decepcionaros era más dolorosa que el miedo a ser denunciada.

Felicia miró a Betsy, que yacía tan plácidamente en un nido de cojines bordados a mano, e intentó no pensar en el tormento interior y la soledad que su amiga debía de haber sufrido para sentir que esa era la única salida. Pero era imposible, la culpa se le agolpaba en la garganta, amenazando con ahogarla.

—Debería haber notado que algo iba mal cuando no apareció anoche. ¿Por qué no fui a ver cómo estaba? ¿Por qué no lo pensé?

—Porque no es normal pensar así —respondió Pettifer, con un tono que rozaba la dureza—. Nadie asume que, solo porque alguien no aparece para tomar algo, está muerto en alguna parte. No es lógico. Así que no sigas por ese camino.

Estaba enfadado consigo mismo, se notaba. Se lo estaba tomando como algo personal, culpándose por no haber resuelto el caso a tiempo. Por no haber evitado que aquello sucediera. Deseaba poder consolarlo, tranquilizarlo. Pero, como sabía por sus propios sentimientos en ese momento, la culpa no era algo que pudiera disiparse simplemente con razonamientos.

—Entonces…, ¿mató a Barrington para liberarse de su control? —se aventuró a decir Dexter.

—Debió de sentirse desesperada, atrapada. Si lo planeó o no, nunca lo sabremos. Pero Algernon me dijo que volvió tarde de su descanso durante la venta. Debió de ser entonces cuando lo hizo.

—¿Y el arma?

—Veremos si aparece por aquí, claro. Pero lo más probable es que se deshiciera de ella cuando tuvo ocasión. Sabría dónde esconderla mientras registrábamos la sala de subastas; al fin y al cabo, era su territorio.

—¿Y Bunting? —intervino Felicia por primera vez en varios minutos—. ¿Por qué querría matarlo?

—Se me ocurren varias posibilidades. Sabemos que estaba metido en algo con Clay. Quizá también supiera del trabajito extra de Betsy. O tal vez sí fue a la subasta aquella mañana. Que nadie recuerde haberlo visto no significa que no estuviera allí. ¿Y si apareció en el momento equivocado y presenció el asesinato? —Miró hacia el cuerpo con gesto apesadumbrado—. Como he dicho, al final hay preguntas que tendremos que aceptar que quedarán sin respuesta. Pero la confesión está ahí. Al menos podemos dar el caso por cerrado. —Al ver que ella abría la boca, alzó una mano para acallarla —. Conozco esa mirada. Estás a punto de discutir conmigo, de decir que podría estar equivocado. —Después, su voz se suavizó—: Ve a casa, Felicia. Relájate. Tómate un té. Sé que ahora probablemente no sientas alivio, pero pronto lo harás, te lo prometo. Solo necesitas asimilarlo.

Felicia conocía ese tono. Significaba que la estaba despidiendo. Cualquier cosa que dijera caería en oídos sordos. No tenía sentido gastar energía.

En ese momento, uno de los del equipo forense se levantó, dejando a la vista la figura de una mujer pequeña sentada al otro lado de la puerta de la cocina, con una manta envuelta alrededor de sus frágiles hombros. Observaba la actividad frenética a su alrededor con una mirada asustada y aturdida.

—Es la vecina —explicó Pettifer—. Ella la encontró.

—Sé quién es. —Reconocer a Evelina la sacó de su letargo—. ¿Es realmente necesario que siga aquí? Es una anciana.

Algo sorprendido por el tono brusco de Felicia, Pettifer balbuceó:

—Bueno…, ya le hemos tomado una declaración inicial, aunque quizá sea necesario hacer algunas más…

—Eso puede hacerse más tarde. En su propia casa. —Felicia se dirigió hacia la cocina—. Tiene más de noventa años, sargento. No creo que se vaya muy lejos. Sabrás exactamente dónde encontrarla.

—Eres muy amable por acompañarme a casa, querida.

—No es nada —dijo Felicia con sinceridad. En realidad, era un alivio tener algo práctico que hacer. La mantenía alejada de la terrible escena que aún se desarrollaba dos puertas más allá—. Debe de estar conmocionada. ¿Le han preparado un té?

—Oh, sí, esa joven agente es una chica muy agradable. Se aseguró de que estuviera bien atendida. Pero luego tuvo que ocuparse de otra cosa y…, bueno, fue horrible estar sentada tan cerca de donde ocurrió todo. Me alegro de haber salido de allí. —Le lanzó una mirada suplicante con sus ojos azules—. Oh, cielos. ¿Suena muy insensible por mi parte?

—Por supuesto que no. Es natural.

Estaban en la entrada. Felicia esperó a que Evelina sacara la llave, pero entonces recordó que, como era típico en Stamford, no estaría cerrada. Al girar el pomo comprobó que estaba en lo cierto. Acompañó a Evelina dentro, alzando la vista mientras lo hacía. Vio que había una cámara de seguridad oculta entre las glicinas, y se

mordió el labio con sentimiento de culpa. Los asesinatos habían asustado a la anciana más de lo que parecía. Y no era de extrañar. Felicia había estado tan absorta en sí misma que no se le había ocurrido visitarla, algo de lo que ahora se arrepentía.

—Mis hijos son muy protectores —aclaró Evelina, al ver que Felicia miraba hacia arriba—. No viven por aquí, ¿sabes?

—Eso debe de ser duro a veces —añadió Felicia, sintiéndose peor que nunca.

—Oh, no, querida —dijo Evelina con tono animado—. No te sientas mal por mí. Tengo mucho que hacer. No como la pobre Betsy. —Su rostro se ensombreció al recordar—. Era una vecina tan agradable. Nada entrometida, ya me entiendes, pero estaba ahí cuando una la necesitaba. La invitaba a tomar el té de vez en cuando. Estaba muy sola, ¿sabes? Con todos sus nietos al otro lado del mundo. La policía no me ha dicho por qué ella…, bueno, ya sabes… Pero sospecho que debe de tener algo que ver con eso. No tenía mucha vida más allá de ellos, mientras que la mía está bastante llena. Más llena que cuando mi marido vivía. No era muy sociable, le gustaba estar tranquilo en casa. Entonces vivíamos en el campo.

—¿Eligió usted esta casa? —Felicia la guio hasta la sala de estar, intentando que la anciana se detuviera un momento. Pero parecía decidida a seguir charlando, claramente encantada de tener una visita, a pesar de lo que acababa de decir.

—Oh, sí. Quería volver a la ciudad. Viví aquí de joven, ¿sabes? Justo a la vuelta de la esquina, en Melancholy Walk. Mi padre tenía una ferretería. —Por fin se dejó acomodar en una *chaise longue* de terciopelo, que estaba ubicada, para envidia de cualquiera, frente al amplio ventanal. A diferencia de la casa de Betsy, la de Evelina era de grandes proporciones, amueblada con un estilo elegante, aunque algo anticuado. La sala era una habitación preciosa, con dos orientaciones y puertas francesas al fondo que daban al jardín—. No fueron tiempos de mucha abundancia, pero los guardo con mucho cariño en mi corazón. Los niños no éramos tan mimados entonces, ¿sabes? Nos echaban a la calle y nos decían que no volviéramos hasta la hora de cenar. —Rio entre dientes—. Oh, las cosas que

hacíamos eran muy inocentes según los estándares de hoy en día, sin duda.

Felicia tomó una manta del respaldo del sofá y la cubrió con ella.

—Será mejor que descanse mientras pueda. La policía volverá a hacerle más preguntas más tarde.

Los párpados de la anciana se alzaron de golpe, revelando unos ojos de un azul sorprendentemente intenso. Felicia se quedó pasmada. Había leído alguna vez que con la edad los ojos perdían color, se volvían pálidos, como lavados por el tiempo. Pero con los de Evelina no era el caso.

—Esa carta que dejó… No dijo…

—No había nada que usted pudiera haber hecho —la tranquilizó Felicia con suavidad—. No debe culparse.

Evelina se relajó visiblemente.

—Supongo que es cierto lo que dicen. Uno nunca sabe realmente lo que ocurre en el corazón de quienes nos rodean. —Sacudió la cabeza con tristeza—. Cuando has vivido tanto como yo, has visto casi de todo. Pero saber que estaba tan desesperada…

—Creo que la gente suele ser más compleja de lo que pensamos —dijo Felicia con dulzura, luego procuró aligerar el tono, queriendo evitar que la anciana se quedara dándole demasiadas vueltas una vez que ella se hubiera marchado—. Bueno, ¿hay algo que pueda traerle antes de irme? ¿Alguien a quien pueda llamar? ¿Estará bien sola?

—Oh, sí, querida. He estado sola durante veinte años. Pero ¿estás segura de que no quieres quedarte? Siento que debería ofrecerte algo de beber.

—Gracias, pero debo irme. Tengo que contarle a mi hijo lo que ha pasado antes de que se entere por otros. —Su compostura flaqueó momentáneamente—. Betsy y él… estaban muy unidos.

—Cierto —dijo Evelina con una sonrisa—. Lo he visto venir a visitarla. Fue muy amable de su parte hacerle compañía.

—En realidad, era mutuo. Solían cocinar juntos. Ella le enseñaba todas sus recetas.

—Bueno, entonces —Evelina esponjó el cojín detrás de su cabeza y se recostó—, tendré que buscar mi vieja receta familiar de bollos

para él. Debo decir que es realmente exquisita.

—Es muy amable.

—Tonterías. —Los ojos empezaban a cerrársele—. Es bueno que una anciana tenga algo en qué pensar.

Felicia la observó mientras dormitaba, sintiendo una profunda admiración por ella. A menudo había pensado en Betsy como una anciana —como una abuelita algo despistada—, pero en realidad apenas pasaba de los sesenta. No era tan mayor para los criterios actuales. Mientras que Evelina…, bueno, ella sí era una anciana de verdad. Sin embargo, tenía tal energía y vitalidad que te hacía olvidar su edad.

Acomodada en el sillón, Evelina soltó un ronquido que hizo temblar la tierra.

Bueno, no siempre, se corrigió Felicia con una leve sonrisa, saliendo sigilosamente de la habitación.

Capítulo 35

—Earl Grey, sin azúcar y —aunque le costara admitirlo— un chorrito de leche. —Una delicada taza de té con un platillo blanco y dorado apareció frente a los ojos de Felicia, bloqueándole la vista del río—. Justo lo que recetó el médico.

—Y servido por la alcaldesa en persona, nada menos. —Felicia esbozó una sonrisa burlona, tomando la taza de la mano de su amiga—. ¿A qué se debe este honor?

—Has hecho mucho esta semana, Fliss. Te lo has ganado con creces.

Pero no lo suficiente. Las palabras estaban en la punta de su lengua, pero Felicia las contuvo, decidida a no aguar la fiesta. Después de todo lo que habían pasado últimamente, todos merecían un descanso.

Era sábado, había pasado una semana entera desde la subasta, y cuatro días desde que se llevaron a Betsy en una bolsa para cadáveres. Tres días desde que la policía había declarado oficialmente resuelto el caso y Stamford había vuelto a algo parecido a su bucólica y tranquila normalidad. Felicia deseaba poder decir lo mismo de sí misma.

La decisión de quedarse unos días más había surgido de manera natural. Después de todo, aún quedaban cosas por resolver en la casa de subastas —especialmente ahora que les faltaba personal—. Y, con el peligro inminente ya superado, no tenía excusa para marcharse con tanta prisa. Era más fácil mantenerse ocupada, decirse que la necesitaban, y fingir que no estaba retrasando el momento de decirle a su hijo que ya era hora de irse. Al día

siguiente sería Domingo de Pascua. Las vacaciones llegaban a su fin, y pronto tendrían que volver a la vida que tenían antes. Si eso era posible después de todo lo ocurrido. No estaba segura de que pudiera volver a ser la misma.

Sacudiéndose los pensamientos melancólicos de la cabeza, rodeó con un brazo los hombros de Cassie y se los apretó.

—Vamos, comamos algo de tarta. —Hizo una pausa—. Porque supongo que hay tarta, ¿no?

—No sería una fiesta de té sin ella —respondió Cassie. Luego añadió—: En realidad, no sería ninguna de mis fiestas si no la hubiera.

Felicia rio mientras se alejaban de la orilla hacia el jardín frente a las casitas, donde la fiesta estaba en pleno apogeo. Habían requisado un batiburrillo de muebles de su padre para la ocasión, arrastrándolos al sol y cubriéndolos con un surtido de manteles y cojines. El tiempo era demasiado bueno como para resistirse. El fresco viento primaveral se había suavizado hasta convertirse en una brisa templada, más propia del verano que se acercaba que del invierno que quedaba atrás.

Cassie estaba decidida a organizar una fiesta de despedida para Felicia, pero su sentido diplomático le había hecho ver que algo demasiado festivo habría sido inapropiado. Después de todo, aunque el caso estuviera resuelto, nadie se sentía especialmente bien al respecto. Una mujer que todos conocían y apreciaban, empujada a matar por la vergüenza y la desesperación, no era el final que nadie había imaginado al pensar en la captura del asesino.

Así que Cassie había adaptado sus planes. Fuera el champán, dentro el té. Técnicamente, no era una fiesta, sino una reunión. Y, después de todo, nadie podía oponerse al té, la más comedida y británica de las bebidas. Sencilla y discreta, sin pretensiones. Aun así, a pesar de su convicción, mientras Cassie observaba a su mejor amiga examinar la variedad de pasteles, no pudo evitar sentir cierta inquietud. Felicia siempre había sido muy pálida —era parte de su encanto—, pero ese día lo estaba más que nunca, incluso tenía manchas violáceas bajo los ojos, y Cassie se preguntó cuánto habría estado durmiendo. Sabía que le preocupaba cómo habían terminado

las cosas, que se sentía responsable por no haber ido a ver a Betsy, aunque el sargento Pettifer había sido tajante sobre el hecho de que ya habría sido demasiado tarde para salvarla.

Cassie miró al sargento, que estaba sentado sobre una manta a cuadros, con esa postura incómoda que suelen adoptar los hombres en los pícnics, con las rodillas tiesas y aspecto de no saber dónde meterse. Se había pasado al volver de su turno —para ver cómo estaba Felicia, sospechaba Cassie—, aunque en ese momento parecía más interesado en el enorme trozo de tarta de café y nueces que estaba devorando. Robyn lo había abordado con entusiasmo y trataba de captar su atención hablándole de asuntos locales, sentada con las piernas cruzadas bajo ella, con la flexibilidad propia de la juventud.

Al otro extremo de la manta, Dexter gesticulaba con un pastelillo de mantequilla a medio comer mientras entretenía a una Amelia que lo miraba embelesada —una seguidora tardía, pero que se había hecho fiel muy rápido— con sus diversas aventuras por el mundo. Había estado evitando a Felicia toda la tarde, Cassie lo había notado. Tenía la clara sensación de que algo había ocurrido entre ellos, pero incluso ella sabía que a veces era mejor no preguntar. En su lugar, continuó recorriendo con la mirada a los presentes, hasta donde, bajo el dosel rosado y espumoso del cerezo, Peter estaba instalado en su silla de ruedas —con el freno bien puesto, dado el desnivel de la orilla del río— discutiendo animadamente sobre el contenido del último número de la revista *Top Gavel* con Hugo. Gavin los observaba con una sonrisa indulgente mientras discutían, con el brazo alrededor de la cintura de su pareja.

—Hacen buena pareja, ¿verdad? —Felicia había seguido su mirada.

—Umm —murmuró Cassie, estudiando minuciosamente una torre de pastelillos—. Felicia le lanzó una mirada divertida.

—Todavía estás molesta por ser la última en enterarte, ¿no?

—¡Debería haberlo adivinado! —estalló Cassie con petulancia—. Vi esa maldita corbata en su cajón con mis propios ojos; debería haber sido obvio. Por supuesto, habría ayudado que me dijeras desde el principio que Hugo era gay —añadió con tono incisivo.

—¡No lo sabía! —protestó Felicia, pero luego rectificó—: Bueno, vale, puede que lo sospechara. Pero siempre ha sido muy reservado, no podía preguntarle sin más. —Eligió un trozo de tarta de cereza y lo puso en su plato—. Además, no seas tan dura contigo misma. Estabas distraída con otras cosas, ¿recuerdas? —Luego bajó la voz —: ¿Le has dicho a Gavin que encontraste el número de Dennis en su escritorio?

—No, aún no. —Cassie mordió un *pikelet*[7]—. No me pareció que fuera el momento. Y, sinceramente, estoy tan aliviada de que no tuviera nada que ver con los asesinatos… Eso aclara un poco las cosas. —Frunció el ceño—. Supongo que eso era lo que hacía en la subasta. Fue a ver a Hugo…, pero ¿por qué demonios no me dijo nada? Podría haberse ahorrado caer bajo sospecha.

—Amor —dijo Felicia simplemente—. Hugo y él habían tenido una gran discusión sobre su relación. Gavin lleva años fuera del armario, como sabes, pero Hugo siempre lo ha mantenido en secreto; ni siquiera su familia lo sabía. Por eso Gavin se saltó la reunión. Estaba desesperado por ver a Hugo, por reconciliarse, pero cuando llegó allí se dio cuenta de que no era el momento ni el lugar, así que se marchó.

—¿Y eso es lo que Hugo vio al fondo de la sala? ¿Lo que estaba ocultando?

—Intentaba proteger a Gavin. Si se hubiera sabido que estuvo allí, automáticamente se habría convertido en sospechoso. Aunque, de todas formas, la policía se enteró. Y Gavin no podía soportar traicionar los deseos de Hugo haciendo pública su relación.

—Así que por eso no se defendió —murmuró Cassie.

—Fue un idiota. —Ambas se giraron y se encontraron a Hugo sonriéndoles, con Gavin a su lado, avergonzado—. Podrían haberlo arrestado por ello. Me enfurecí cuando me enteré.

—Hay cosas más importantes —dijo Gavin con gesto serio.

—Sí. —Hugo lo miró con ternura—. Las hay. Me di cuenta cuando finalmente me contó lo que había hecho. —Negó con la cabeza—. No puedo seguir ocultándome. Si a mi familia no le gusta quien soy, entonces… —La voz le tembló, pero la controló—. Bueno, ese es su problema, no el mío.

—Lo entenderán. —Gavin le dio un apretón tranquilizador—. Los convenceremos. Te lo prometo. Solo es cuestión de tiempo.

Hugo le devolvió una sonrisa esperanzada.

—Vamos a buscar casa —anunció a ambas—. Después de todo, Gavin odia su piso, y ya va siendo hora de que me mude de casa de mis padres. Ya hemos perdido bastante tiempo.

—Me alegro mucho por vosotros —dijo Felicia con sinceridad.

—Yo también —se unió Cassie, con la boca llena de *pikelet*—. Quiero decir, en el fondo lo sabía, pero…

Felicia puso los ojos en blanco, pero se giró cuando una mano se posó en su hombro y una voz profunda retumbó en su oído:

—¿Dónde está el otro invitado de honor? No pensé que quisiera perderse la tarta.

—Normalmente, ni una manada de caballos salvajes podría mantenerlo alejado de un dulce —respondió Felicia con pesar—. Pero ha estado un poco raro últimamente; desde que murió Betsy…

La mirada de Pettifer se agudizó.

—¿Lo ha tomado mal?

—No puede creerlo. Estaban muy unidos. Era como una abuela para él. Y la idea de que fuera ella quien…, bueno, quien intentaba matarme. —Felicia logró pronunciar las palabras, aunque no fue fácil —. Los dos aún tenemos mucho que asimilar. —Cogió aire—. Y todos a nuestro alrededor siguen diciendo que ya se acabó…

—Pero no sientes que sea así —remató Pettifer por ella. Y, ante su mirada sorprendida, añadió—: Lo creas o no, Felicia, lo entiendo. Pasa lo mismo al otro lado de la investigación, ¿sabes? No siempre consigo el cierre que me gustaría. Pero no siempre te sentirás así. Un día te despertarás y te darás cuenta de que sí, de que todo ha terminado.

—Pero ¿lo ha hecho? —Lo estudió por encima del borde dorado de su taza de té—. ¿Todo?

El sargento se volvió para mirar a Dexter, que estaba recostado en la manta de pícnic mientras Cassie le rellenaba la taza.

—Si te refieres a si voy a acusarlo por obstruir mi investigación, entonces no. No creo que hubiera alterado el resultado del caso y, además, me has ayudado aquí y allá por el camino. —Sonrió—. Creo

que te debo una. De hecho, hablando de tu antiguo marido…, tengo algo para él.

Abriendo el desgastado maletín que llevaba al costado, sacó una carpeta repleta de hojas y la dejó caer sobre la manta junto a Dexter, que lo miró maravillado.

—¿Eso es…?

—Toda la documentación antigua relacionada con la casa, sí —respondió Pettifer con brusquedad—. Pero tienes el tiempo contado; tengo que devolverlo esta tarde, antes de que lo echen en falta.

Dexter parecía como si quisiera levantarse de un salto y abrazarlo. Pettifer retrocedió con cautela.

—¡Esto es increíble! —Dexter comenzó a sacar documentos con entusiasmo, extendiéndolos por la manta, sujetándolos con platos y tazas que fue requisando sin importarle si su dueño había terminado o no—. No sé cómo agradecértelo. Toda la comunidad histórica…

—Sí, bueno… —dijo Pettifer, dejando ver el poco interés que tenía en escuchar los pensamientos de toda la comunidad histórica—. Solo asegúrate de que esto nunca llegue a oídos de Heavenly; con eso será suficiente agradecimiento.

—Quería preguntarle, sargento —apareció Cassie con la tetera en la mano—. ¿Qué pasó con la extraña pareja mayor de la misteriosa sala de limpieza?

Pettifer le dirigió una mirada de reproche a Felicia, pero finalmente se rindió.

—Ni idea. —Dio un sorbo al té—. Nunca conseguí la orden. Pero parece que solo son una pareja de ancianos raros.

Los ojos de Felicia se abrieron con fingido asombro.

—¿Quieres decir que tu corazonada estaba equivocada?

—Las corazonadas de todos fallan a veces —contestó él—. Negarlo, no solo es una equivocación, sino que también es peligroso.

Algernon sabía que debería volver. Le había prometido a su madre que solo iría a dar un paseo corto. Había necesitado algo de espacio para alejarse de la fiesta; todos estaban tan felices, tan aliviados, tan normales, cuando él se sentía todo lo contrario.

Su madre lo había comprendido, pero seguramente ya estaría preocupada. ¿Cuánto tiempo llevaba fuera? Entrecerró los ojos hacia el reloj de la repisa para mirar la hora, pero la esfera estaba borrosa. Bostezando, colocó el vaso vacío sobre la mesa y dejó caer la cabeza contra los cojines del sofá. Tal vez no fuera mala idea descansar allí… solo un momento. Luego volvería.

Estaba indescriptiblemente cansado. Nunca había sentido un cansancio así. Como si pudiera dormir para siempre.

Sus ojos no tardaron en cerrarse, su respiración se ralentizó hasta el más débil pulso. Su brazo estaba extendido, los dedos curvados hacia dentro. Semiescondida en su mano, la incrustación de marfil brillaba con intensidad.

—¡Santo cielo! —Dexter sostenía un pequeño trozo de cartulina.

La parte posterior, que era lo único que Felicia podía ver, estaba manchada y amarillenta, con los bordes curvados. Entonces, Dexter la giró, revelando una fotografía en blanco y negro de mala calidad. Mostraba una fila de personas con expresión seria, todas mirando fijamente a la cámara con rostros inexpresivos. Dexter señaló a un chico sentado en el centro.

—Este debe de ser Bunting. Cuesta imaginar que alguna vez fue joven, pero aquí está la prueba —continuó Dexter.

—Espera. —Una punzada de intuición la atravesó, como si algo importante se le estuviera escapando. Tomó la foto de las manos de Dexter y la acercó a los ojos—. Esa chica de ahí… se parece a Evelina.

Estaba al borde del grupo, pequeña, varios años más joven que Bunting, pero no había duda de esa estructura ósea. Ni de esos ojos. A pesar de lo borroso de la imagen, Felicia podía sentirlos taladrándola, atravesando el abismo de los años. Aunque la imagen era en blanco y negro, podía ver el brillo azul de aquellos iris.

Pettifer se encogió de hombros.

—Supongo que eran contemporáneos.

—Sí, pero me dijo que no lo conocía. Que no les permitían mezclarse. —Fue mirando uno a uno los rostros de la foto, hasta que

el corazón le dio un vuelco—. Oh, Dios mío… —susurró.

Pettifer apareció a su lado al instante.

—¿Qué? ¿Qué ves?

Felicia señaló a una mujer vestida con un uniforme de vestido negro y cuello almidonado blanco, con el pelo recogido en un moño severo.

—La institutriz.

—Está mirando a Evelina.

—No la está mirando. La está observando fijamente. —La expresión de su rostro era vigilante, desconfiada, penetrante… Y había algo más, algo que a Felicia le llevó un buen rato identificar, pero, cuando lo hizo, se le heló todo el cuerpo.

Miedo. Aquella expresión era de miedo.

—Sargento… —comenzó a decir ella, tratando de mantener la voz firme—. ¿Recuerdas lo que dijiste sobre las corazonadas?

—Olvida lo que dije —contestó él, dejando su taza de té con expresión sombría—. Vamos.

Felicia no necesitó que se lo dijera dos veces. Ya estaba a mitad de camino del puente, dirigiéndose hacia los prados y la casa cubierta de glicinas que se alzaba sobre ellos.

[7] Pequeña tortita que suele tomarse como merienda o desayuno, especialmente en Australia y el Reino Unido.

Capítulo 36

Unos pasos suaves cruzaron la habitación, al principio cautelosos, luego más seguros. Una figura ligera se posó sin hacer ruido en el borde del sofá, apenas hundiendo el mullido cojín de terciopelo.

Evelina Fielding bajó la mirada hacia el muchacho inconsciente que yacía en su sala de estar y suspiró. Luego extendió una mano fibrosa y le acarició con ternura el rebelde pelo cobrizo apartándolo de su frente.

—Lo siento mucho, querido —murmuró—. Pareces un niño dulce, y realmente aprecio mucho a tu madre. Pero las necesidades mandan y, si te sirve de consuelo, me quedé con Betsy mientras las pastillas hacían efecto. Se quedó muy tranquila, no sufrió ningún dolor en absoluto, simplemente… se desvaneció. No tenía nada contra ella, ¿sabes? Pero… necesitaba que desapareciera. Igual que ahora necesito que tú desaparezcas. —Apartándole el dedo con suavidad, recuperó la pieza de marfil y la sostuvo contra la luz, girándola en una y otra dirección—. He llegado demasiado lejos para dejar cabos sueltos, querido. Eres un chico listo, seguro que lo entiendes.

Él no se movió. Ella sacudió la cabeza con remordimiento.

—Por supuesto, será muy duro para tu madre. Tu desaparición, quiero decir. Nada de suicidios contigo, nadie lo creería. Pero si, tras la muerte de Betsy, digamos que… te escaparas… y nunca te encontraran…

Giró la cabeza hacia la ventana, y contempló cómo la ciudad que tanto amaba emergía en una bruma dorada por encima de los campos.

—Sí, será duro para tu madre —repitió con aire pensativo—. Eso es lo único que lamento.

Capítulo 37

Felicia atravesaba la ciudad a toda prisa, impulsada por una sensación que no sabía explicar, pero que reconocía con absoluta certeza: era el instinto de una madre que sabía que su hijo estaba en peligro inminente. A sus espaldas, podía oír los pasos apresurados de Pettifer siguiéndola de cerca.

Cruzó corriendo el puente peatonal que unía los prados con Bath Row, levantando a su paso una nube de patos escandalizados que se arrojaron al agua chillando. La verja de hierro forjado que daba al jardín delantero de Evelina estaba entreabierta. Felicia la apartó de un golpe antes de girarse para mirar atrás. Pettifer era apenas un punto en la distancia, se había quedado rezagado.

Se pegó a la puerta principal de la casa, fuera de la vista de las ventanas, recuperando el aliento e intentando pensar con claridad. En teoría, sabía que lo sensato sería esperarle; después de todo, él era el que tenía experiencia en ese tipo de cosas. Si entraba allí precipitadamente, podría empeorar todo.

Impresionada consigo misma por ser capaz de contenerse por una vez, apartó con cuidado un ramo de glicinas para espiar por la ventana.

Lo que vio dentro le heló la sangre en las venas.

Y en ese momento supo que no podía esperar al sargento Pettifer.

Pettifer se detuvo en la verja abierta del jardín, doblado sobre sí mismo, con la respiración entrecortada y jadeante. Estar destinado en Stamford no le había exigido perseguir a ningún sospechoso en

años —excepto aquel ganso rebelde en la Feria Georgiana hacía dos años— y ahora se daba cuenta, para su disgusto, de lo fuera de forma que estaba. Justo cuando podía ser importante.

Se enderezó, mirando a su alrededor. No había señal de Felicia, aunque la casa frente a él estaba en silencio. Eso resultaba tranquilizador, y sintió que su ritmo cardíaco se iba calmando poco a poco. Con suerte, todo sería una falsa alarma, y…

Un estruendo dentro de la casa truncó ese pensamiento. De repente, sin importarle las protestas de sus articulaciones, Pettifer se lanzó hacia delante, corriendo más rápido que nunca en su vida.

—Aléjate de él, Evelina. —Felicia estaba en el umbral, enfrentándose a la mujer que se había levantado del sofá con una agilidad asombrosa para alguien supuestamente limitada por una cadera lesionada y de avanzada edad.

—Llegas tarde, querida —contestó Evelina con tono tranquilo—. Pero no te preocupes, fue pacífico, sin dolor. Me aseguré de ello.

Felicia tragó saliva, intentando mantener la cabeza fría. Cada fibra de su cuerpo pugnaba por correr hacia Algernon, que yacía inmóvil en el sofá, con los ojos cerrados. Pero con Evelina cerniéndose sobre él de esa manera, no se atrevía a moverse. La mujer ya había demostrado ser más que peligrosa. El instinto le decía que, si quería salvar a su hijo, debía ser paciente, no ceder al pánico y… elegir bien el momento.

Aunque fuera lo más difícil que había tenido que hacer nunca.

—Nunca fui yo el objetivo, ¿verdad? —dijo Felicia, con tono inquisitivo. A su espalda, Pettifer irrumpió por la puerta principal hacia el vestíbulo, pero ella extendió un brazo, advirtiéndole que se mantuviera atrás—. Algernon era el verdadero objetivo desde el principio.

Evelina asintió con aprobación.

—Sugerir que podrías estar en peligro fue un pequeño truco ingenioso que se me ocurrió. Te lo tragaste entero.

—No tenía razón para no hacerlo. Pensé que éramos amigas.

Evelina pareció sorprendida.

—Querida, somos amigas. Esto no cambia nada de eso. Es solo… —gesticuló hacia Algernon, que yacía completamente quieto e inerte — necesidad, eso es todo.

Felicia sintió terror al darse cuenta de que estaba loca de remate.

—Siempre ha sido así, ¿verdad? —intervino Pettifer, dando un paso adelante—. Desde que eras niña. Cualquiera que se interpusiera en tu camino tenía que ser eliminado. —Alzó la fotografía, y Evelina rio alegremente.

—Ah, esa mujer era tan molesta. No mentía del todo, querida Felicia, cuando dije que la familia de Henry estaba en contra de que me relacionara con él. Pensaban que era vulgar. —Su rostro se ensombreció al decir esa última palabra. Su mano se contrajo, los dedos abriéndose y cerrándose como una garra a su costado—. No me consideraban lo suficientemente buena para relacionarme con él.

—Pero ¿os veíais de todos modos? —adivinó Pettifer.

—Henry me amaba. No fue difícil persuadirlo. Ya entonces sabía cómo manejar a un hombre.

—Tenías once años —señaló Felicia, intentando no parecer tan conmocionada como se sentía.

—Pero no tenía inocencia —espetó Evelina, con los ojos ardiendo con llamas azules—. Me la arrebataron hace mucho mi padre, mi tío y sus «amigos» de negocios. —Sus labios se torcieron con asco—. Aquella época… no era tan idílica como todos parecen imaginar ahora. No para una chica de mi posición. —Sacudió la cabeza con fiereza, como intentando desterrar el recuerdo—. Pero tenía planes. Para escapar y convertirme en algo mejor. Quería ser tratada como una dama…, literalmente, a ser posible. Henry Bunting era mi billete a esa vida. —Su rostro se ensombreció de nuevo—. Hasta que esa maldita mujer lo arruinó todo.

—¿Los sorprendió haciendo algo que…, eh…, no debían?

Evelina esbozó una sonrisa tensa.

—Con qué delicadeza lo ha expresado, sargento. Pero sí, llevaba tiempo vigilándome, siempre husmeando. Nunca nos dejaba solos si podía evitarlo. Un día, conseguimos escabullirnos a uno de los dormitorios vacíos. Pero nos encontró, vio lo que hacíamos. Se horrorizó; era una mujer tan mojigata y virginal. —Su sonrisa se

volvió maliciosa—. Habría dado la voz de alarma, así que la golpeé con el atizador de la chimenea. No me afectó en absoluto, me alegré de haberla matado. Pero Henry… —Torció el labio con desdén—. Siempre fue débil de carácter. Se habría derrumbado por completo si no fuera por mí. ¡Probablemente lo habría confesado todo! ¿Se imagina? Pero al menos uno de nosotros pensaba con claridad. Le ayudé a meter el cuerpo en el armario. Luego, más tarde, él lo sacaría y lo tiraría por las escaleras. —Su rostro adoptó una expresión soñadora—. Funcionó a la perfección. La policía dio por hecho que había tropezado y caído. Entre las otras lesiones, nadie notó la herida en la cabeza. Hoy en día, con los avances que hay, sin duda todo sería diferente, pero entonces… fue tan fácil. No me podía creer lo fácil que había sido. Y el problema resuelto, así, sin más —remató con un chasquido de dedos, que retumbó por toda la habitación.

—Pero los padres de Henry no estaban tan convencidos, ¿no?

Felicia notó que el pie de Pettifer avanzaba imperceptiblemente mientras hablaba.

—Como dije, era débil. Se estaba derrumbando por la presión. Justo empezaba a pensar que tendría que ocuparme también de él, cuando sus padres llegaron a la conclusión de que él la había matado. Para mi asombro, nunca los contradijo.

—Y permitió que lo encerraran por un crimen que nunca cometió —concluyó Felicia en voz baja. Él debía de amarla intensamente.

Si Evelina había percibido la nota de censura, no lo demostró.

—Sí, eso dio al traste con mis planes en ese sentido —suspiró—. Qué lástima. Con él recluido y los rumores corriendo por el pueblo…, bueno, ya no me servía para nada. No solo quería el dinero, ¿sabes? Quería ser respetable. —Le tembló la barbilla—. Cuando nos volvimos a encontrar años después, ya estaba casada con mi difunto marido, Robert.

—Y Henry… aún la amaba. —Al decirlo, Felicia se dio cuenta de que era verdad.

Evelina asintió, satisfecha.

—Resultó sorprendentemente fácil de controlar. Pasaron décadas y siguió guardando mi secreto con total lealtad. Habría sido más limpio

matarlo y acabar con todo, por supuesto, pero, no sé…, le cogí cierto cariño, la verdad. Tenía algo… Era como un cachorrito para mí.

—Hasta que apareció Barrington. —Fue una afirmación más que una pregunta por parte de Pettifer. Por el rabillo del ojo, Felicia podía verlo avanzar milímetros mientras él no dejaba de mirar a Evelina.

—Henry podía ser tan ingenuo —continuó Evelina, soltando un suspiró de desesperación—. Era como un niño, se tomaba todo al pie de la letra. Ese tiburón de Clay se dio cuenta. Consiguió colarse en la casa un día, con el pretexto de tasar algunos objetos para el seguro. Por supuesto, esa no era su intención en absoluto. Quería ver qué tenía Henry allí, si había algo que mereciera la pena.

—Entonces, vio el armario.

—Oh, sí. —El tono de Evelina era seco—. Se emocionó mucho con eso. ¡De todos los muebles de la casa, tenía que interesarse por el que habíamos usado para esconder un cadáver! ¡Qué ironía! Bueno, quería volver, examinarlo apropiadamente con todo el equipo… Henry podía ser un recluso, pero era un lector voraz; había pocos temas que no conociera, y sabía cómo la luz ultravioleta puede revelar manchas de sangre, incluso si supuestamente se han limpiado.

—¿Y por eso decidió inscribir el armario en la subasta? —Felicia aún estaba confundida con esa parte, y debió de notarse en su voz, porque Evelina frunció el ceño con rabia.

—¡Debería haberme consultado! Yo habría encontrado una solución. Pero el muy idiota se asustó. Solo podía pensar en sacar esa cosa de la casa. Cuando me lo dijo, ya estaba hecho. Tuve que improvisar. Sabía que no podíamos retirarlo de la venta. Clay seguiría sabiendo dónde encontrarlo, y no podía confiar en que Henry lo mantuviera alejado. Se las arreglaría para volver a entrar de alguna manera, y entonces… —Se estremeció visiblemente—. Si un hombre como Clay llegara a conocer nuestro secreto…, bueno, no quería ni siquiera imaginarlo. Pero entonces pensé, ¿y si un postor anónimo lo comprara?

—¿Así que contrató al señor Clancy para que lo comprara en su nombre? —Felicia se volvió hacia Pettifer, que asintió—. Parece que decía la verdad.

—Pero, aun así, vino usted a la subasta —desafió Pettifer a Evelina —. ¿Para qué? ¿Para supervisar? ¿Para dirigir la escena?

—He aprendido a confiar solo en mí misma en estos asuntos —respondió con sequedad—. No pensaba hacer nada, pero tampoco iba a dejarlo todo al azar en mi ausencia. Y resultó que mi instinto estaba en lo cierto. Clay apareció temprano para examinar el armario. Bueno, por la desagradable sonrisa de suficiencia en su cara, supe que había encontrado algo. Era un hombre muy desagradable… Y entonces supe que tendría que improvisar. Aunque el destino estaba claramente de mi lado, porque tuve una suerte extraordinaria. —Juntó las manos—. Vio algo que lo dejó blanco como el papel. Dos chicas con vestidos floreados. Debo confesar que no pude ver qué podían tener de amenazante…

—Las hermanas Belvedere —aclaró Felicia—. Su madre había interpuesto una demanda contra él.

—¿Eran ellas? —Evelina no parecía tener mucho interés—. En cualquier caso, les estoy agradecida. Me lo pusieron todo en bandeja. Allí estaba él, junto a la puerta abierta del armario. En cuanto las vio, se metió dentro rápidamente. Escondiéndose de ellas, supongo. En fin, la subasta estaba a punto de empezar, sabía que se quedaría atrapado allí durante toda la venta. ¡Un regalo del cielo! Solo tenía que ocuparme de él sin que nadie me viera. No fue tan difícil —añadió con ironía— siendo una ancianita. Es una de las grandes ventajas de la edad, nadie cree que seas capaz de nada.

En ese momento, Felicia se fijó en que tenía el bastón en la mano. Solo entonces se dio cuenta de que ella había estado de pie todo el tiempo sin necesitarlo.

—Qué típico, sargento. —Evelina chasqueó la lengua—. ¿De verdad creía que no me había dado cuenta de que se acercaba sigilosamente mientras intentaba distraerme? —Agarró el mango del bastón y tiró de él, revelando una delgada y brillante cuchilla afilada —. Le aconsejo que no se acerque más. A estas alturas, nadie puede poner en duda que soy bastante hábil con esto.

—Creo que acabamos de encontrar la misteriosa arma homicida — dijo Felicia temblorosamente a Pettifer, que la miraba alarmado.

—¿Qué demonios es esa cosa?

—Un bastón-espada —aclaró Evelina, blandiéndolo con destreza—. De uso común durante el siglo XIX. Era muy útil para ahuyentar a los ladrones entre la niebla y demás. Se pueden encontrar con frecuencia en las subastas. —Alzó una ceja hacia Felicia. Ella soltó un gemido y Pettifer giró la cabeza bruscamente para mirarla.

—¿Qué?

—La confusión con los lotes. Faltaba un bastón-espada; había un bastón normal en su lugar.

—Ella lo cambió —dijo Pettifer, volviendo a mirar a Evelina en busca de confirmación.

—¡Y salí con el arma homicida justo delante de sus narices! —se jactó la anciana—. Disfruté mucho con esa parte, se lo aseguro. —Levantó la cuchilla, apuntándoles directamente—. Bueno, ¿quién será el primero?

—Pero… ¡espere! —exclamó Felicia, desesperada por ganar tiempo —. ¿Y Henry? Después de todo ese tiempo…

—¡Henry era un lastre! —escupió las palabras—. Me dejé llevar por los sentimientos con él durante demasiado tiempo. Cuando descubrió lo que le había hecho a Clay…, bueno, se derrumbó por completo. Dijo que una muerte accidental era una cosa, pero un asesinato…, eso no podía permitirlo. Estaba totalmente histérico, dispuesto a ir a la policía. —Resopló con desdén—. Tuve que eliminarlo.

—¿Y Betsy? —Felicia tragó saliva mientras Evelina avanzaba hacia ella, con la cuchilla apuntando a su garganta—. ¿Por qué Betsy? ¿Qué sabía?

—Nada en absoluto. —Evelina parecía decepcionada—. ¿Sabes? Pensé que podría darse cuenta del cambio de los bastones; después de todo, ella estaba a cargo de los lotes. Pero nunca lo hizo. —Miró al techo—. Todo me salió bien. Ella prácticamente cayó en mi regazo ese día. Llegó a casa llorando a mares. Yo estaba en el jardín, cuidando los tulipanes. Naturalmente, la ayudé a entrar y le pregunté qué pasaba. Bueno, lo soltó todo. Cómo había estado trabajando para Clay y lo desesperada que estaba por contártelo. Pero no sabía cómo abordarlo, y en ese instante comprendí que tenía ante mí la oportunidad de arreglarlo todo sin complicaciones.

Así que le sugerí que lo escribiera en una carta, como hacía mi madre cuando tenía algo difícil que contar. Entonces, mientras lo hacía, le preparé un té. —Evelina sonrió dulcemente—. Siempre he sido una vecina muy amable. —Entonces, su rostro se endureció y avanzó con pasos rápidos, con la luz reflejándose en la cuchilla—. Siento mucho tener que hacerte esto, querida Felicia, pero me temo que no tengo otra opción.

De repente se oyó un ruido de algo que se rompía, y luego el estallido de las puertas francesas en una lluvia de cristales.

Una figura de color rosa geranio embistió a Evelina desde un lado, haciéndola perder el equilibrio. Ella reaccionó por instinto, lanzando una estocada con el bastón-espada, pero se le escapó y cayó al suelo. Felicia corrió hacia ella, soltando un grito ahogado. La punta de la espada relucía teñida de rojo. Dexter, de rodillas, se presionaba el pecho con una mano.

—Estoy bien —dijo él con voz ronca, haciéndola retroceder—. ¡Atrápala!

Felicia se giró, pero Pettifer, por una vez, fue más rápido. Tenía a Evelina acorralada en una esquina como un animal salvaje. Felicia la vio tomar una maceta con una palmera de la mesa lateral y alzarla rápidamente, dispuesta a lanzársela a Pettifer a la cabeza.

—¡Cuidado! —chilló Felicia.

Pero el esperado impacto de la terracota contra el cráneo nunca llegó. Evelina miraba la maceta con estupefacción. Un líquido blanco opaco goteaba de ella, formando charcos en el suelo.

—¿Qué demonios…? —murmuró, atónita. Volvió la vista hacia el sofá, sin poder creerlo, justo cuando Algernon abría un ojo con cautela.

—¿Ya está? ¿Habéis…?

Sus siguientes palabras quedaron ahogadas por el intenso abrazo de su madre. Luchando por respirar, logró asomar la cabeza por encima de su hombro. Entonces, sus ojos se abrieron con horror.

—¡Papá!

El niño se arrastró por el suelo y se lanzó hacia Dexter, quien se estremeció sin decir nada, limitándose a rodear a su hijo con un

brazo. El otro lo tendió hacia Felicia con una tímida sonrisa interrogante.

Sin pronunciar palabra, se puso de rodillas, envolvió a ambos con sus brazos y apretó a su familia con fuerza.

Capítulo 38

—Creo que te lo has ganado con creces. —Felicia depositó una enorme porción de tarta Reina Victoria frente a Algernon. Le revolvió el pelo, pero brevemente, consciente de lo mucho que le molestaba. Era una de esas cosas que parecían volverse menos tolerables a medida que crecía—. Al fin y al cabo, te perdiste la fiesta.

Estaban en la cocina de Peter, rodeados de sobras.

Había pasado bastante tiempo desde el incidente. Pettifer se había llevado a Evelina en el coche patrulla. Dexter se negó rotundamente a ir al hospital. Por suerte, solo tenía una herida en el hombro y los paramédicos lo atendieron allí mismo, con vendas, esparadrapo y un cabestrillo. Felicia pensaba que la recomendación de llevarlo al menos una semana era demasiado optimista.

El sol había empezado a ponerse, tiñendo el cielo de rosa.

—No fue mi intención —dijo Algernon con la boca llena de bizcocho y nata montada.

Si pensaba que después del calvario que había sufrido lo único que querría sería desplomarse en la cama, se había equivocado por completo. Estaba más despierto que nunca, más hablador que en días y, como había declarado con vehemencia nada más llegar a casa, muerto de hambre. Al parecer, eso era lo que provocaba una experiencia cercana a la muerte cuando tenías doce años. Por su parte, Felicia sentía que podría dormir durante semanas.

—En realidad, estaba a punto de volver cuando la señora Fielding me llamó. Me invitó a entrar. Dijo que tenía una receta que te había dicho que me iba a dar.

Miró a su madre de reojo buscando confirmación. Felicia asintió, sintiendo náuseas al recordarlo.

—Es cierto, me lo dijo. Cuando le conté que solías hacer pasteles con Betsy…

Se interrumpió. Un manto de tristeza cayó sobre todos al recordarla. Incluso Algernon dejó de atacar la tarta y apoyó el tenedor un momento. Felicia miró a su padre, que estaba sentado en un rincón, inusualmente callado. No habían hablado mucho de Betsy desde que sucedió; sospechaba que se sentía herido, pero también algo culpable.

Unos golpes en la puerta rompieron el momento.

—Ya voy yo. —Peter empujó su silla hacia el pasillo, dando una palmada a Algernon al pasar—. Come, muchacho. Necesito huesos fuertes que me ayuden en la subasta. —Miró a Felicia y asintió secamente. Sin duda, esperaba que no hubiera notado el brillo en sus ojos.

Algernon atacó de nuevo la tarta, aunque con menos entusiasmo que antes.

—Buenas noches a todos. —Pettifer entró arrastrando los pies.

Felicia se levantó a medias, alarmada.

—¿Qué ocurre? No estará…

—Todo está bien. —Pettifer levantó las manos para tranquilizarla —. Solo pensé que os gustaría saber que está detenida y procesada. Después de lo que nos costó atraparla, al final todo fue sorprendentemente sencillo. —Se dejó caer en la silla junto a Algernon y cortó una porción de tarta—. Estaba más que dispuesta a contarlo todo de nuevo para la grabación. En cierto modo, creo que estaba desesperada por contarle a alguien lo lista que había sido. —Masticó con pesar—. El mayor problema fue, de hecho, conseguir que dejara de hablar.

—Supongo que tendrán que decírselo a su familia —dijo Dexter—. Dios, menuda llamada, que te digan que tu madre es una asesina en serie.

—Ya han sido informados. Aunque debo decir que no parecían tan asombrados como cabría esperar. Casi me inclino a pensar que sabían algo.

—Lo sabían —dijo Felicia de repente. Luego, ante su mirada inquisitiva, añadió—: La cámara de seguridad de su casa. Me pareció una precaución extraña para una mujer que ni siquiera cerraba la puerta con llave. Me dijo que sus hijos la habían instalado como protección, pero… ¿y si no la estaban protegiendo a ella del mundo, sino al mundo de ella? —Otra idea la sacudió—. Igual que hizo su padre.

—¿Crees que él lo supo todo el tiempo?

—Creo que en algún momento debió de darse cuenta de que su esposa no estaba del todo cuerda. ¿Y si todo ese comportamiento supuestamente controlador era, en realidad, una especie de… tutela?

—Sin duda, explicaría por qué no quería dar paseos por el acantilado con ella —dijo Pettifer con sequedad—. Aunque de poco le sirvió al pobre diablo.

Dexter se enderezó.

—¿Crees que acabó con él? ¿No murió de una larga enfermedad?

—Una larga y misteriosa enfermedad. Cuando se trata de esa señora, no creo que nada pueda descartarse como coincidencia.

Felicia sacudió la cabeza.

—Si eso es cierto, entonces, sus hijos tienen mucho que explicar. No es normal dejar sola a una mujer inestable, permitiéndole deambular sin restricciones cuando sabían perfectamente que era peligrosa.

—Desde luego que lo era. —Pettifer se volvió hacia Algernon—. Has tenido suerte, muchacho. Aunque lo que realmente quiero saber es cómo supiste que intentaba envenenarte.

—Bueno, en realidad, no lo sabía. —Algernon pareció avergonzado —. Mientras esperaba dentro, me trajo un vaso de leche. —Pareció ofendido solo de recordarlo—. ¡Leche! No soy un niño, ya no bebo leche. Pero no quería parecer maleducado, así que… la tiré en la planta cuando no miraba.

Felicia cerró los ojos, sin estar segura de querer saber hasta qué punto el azar —y una buena dosis de rebeldía adolescente— habían contribuido a mantener vivo a su hijo.

—En fin, al final subió a buscar la receta y me di cuenta de que había dejado su bastón. Me pareció raro, porque últimamente siempre lo necesitaba. Lo tomé y estaba a punto de llamarla cuando me di cuenta de que no era el mismo bastón que había recogido para ella en la subasta. Era diferente. El que tenía antes era totalmente liso, mientras que este estaba decorado alrededor del mango. Seis pequeñas incrustaciones…

—Y faltaba una —terminó Pettifer en voz baja.

—Debió de oírnos hablar de ello en The George. —Se dio cuenta Felicia—. Le estaba contando a Cassie que Algie había encontrado una pista y quería mostrársela a la policía.

—Que era exactamente lo que ella más temía —añadió Pettifer—. Que nos diéramos cuenta de que había un bastón involucrado en el asesinato. Nos habría llevado directamente hasta ella.

—Entonces supe que estaba en problemas —dijo Algernon—. Y recordé la leche, y que habían sido pastillas para dormir las que Betsy… —Tragó saliva—. A menos que no hubiera sido ella, y todo este tiempo hubiera sido la señora Fielding, en cuyo caso, tal vez estaba usando el mismo truco otra vez.

Felicia se acercó a él.

—Estoy bien, mamá, de verdad. En fin, pensé que lo mejor sería fingir que me dormía y esperar a tener un buen momento para escapar.

—Eso fue pensar rápido, muchacho —dijo Pettifer con aprobación. Luego su rostro se tornó preocupado—. Mira, hay algo…, no sé si debería dártelo, pero lo prometí. —Le entregó a Algernon un papel descolorido—. Es su…, eh, receta familiar de bollos. Al parecer, te la había prometido, y como no consiguió… Bueno, ya sabes, como sigues aquí, pensó que deberías tenerla. Espera que no haya resentimientos.

Hubo un silencio atónito que Dexter, como de costumbre, rompió:

—Dios mío. Esa mujer está completamente loca, ¿verdad?

—Es una sociópata total —reconoció Pettifer—. Ni siquiera estoy seguro de que la consideren apta para ser juzgada. Irá directa a una unidad psiquiátrica, me temo.

—Bueno, al menos ahora sí que todo ha terminado. —La mirada penetrante de Peter captó a Algernon intentando disimular un bostezo—. Ya está bien. A la cama, muchacho. Estás agotado.

—Os dejo tranquilos. —Pettifer se levantó, y Felicia hizo lo mismo automáticamente, acompañándolo hasta fuera.

—Encontramos el coche, por cierto —dijo él cuando se acercaban al puente—. Seguía en su garaje.

—¿El que tanto insistía en que ya no tenía?

—Si sirve de consuelo, fue lo único que realmente pareció sorprender a sus hijos. Creían sinceramente que lo había vendido. Dios sabe por qué lo guardaba en secreto todos estos años.

—Creo que era una mujer a la que le gustaba tener siempre un as en la manga. Sin duda, pensó que podría serle útil algún día.

Se detuvieron en el puente. La brisa ondeaba la superficie del agua, susurrando entre las hojas.

—Entonces, ¿Heavenly está muy decepcionado porque no fuera yo? —intentó bromear Felicia.

—Destrozado —respondió Pettifer con cara de póquer—. Os tenía a ti y a Dexter como los Bonnie y Clyde de Lincolnshire del sur. —Se protegió los ojos del sol poniente—. Por supuesto, lo que más le fastidia es que fueras tú quien resolvió el caso.

Felicia casi rio en voz alta.

—No hice tal cosa. Fue pura casualidad.

Él negó lentamente con la cabeza.

—Al final descubriste que era ella.

—Solo porque Dexter encontró esa fotografía. Eso, y quizá un poco por intuición maternal. —Tomó aire y dijo lo que le reconcomía —: Pero no antes de que casi nos mataran a todos. Y no puedo evitar sentir que probablemente soy en parte responsable de la muerte de Betsy también.

—Ya hemos hablado de eso, Felicia —dijo Pettifer con severidad.

—Lo sé, pero si hubiera dejado que Algernon acudiera a ti con esa incrustación como él quería…

—Entonces, quizá nada habría cambiado. No puedes saberlo.

—No, no puedo, y nunca lo sabré. —Le dirigió una sonrisa tensa —. Y eso me perseguirá, creo. Así que, ya ves, no me convertiré en

una detective aficionada. Me mantendré firme en mi trabajo diario.

—¿Que es…? —Alzó una ceja, inquisitivo.

Así que lo había descubierto, ¿eh? Sin poder evitarlo, los labios de Felicia se curvaron con ironía.

—Subastadora. Otra vez. —Hizo una mueca—. Vuelvo al punto de partida.

—Entonces, ¿el chico y tú os quedáis?

—Creo que no tenemos alternativa —respondió con sinceridad—. Algernon rara vez pide algo. Y tiene razón, creo que será un buen cambio… para los dos. Además, mi padre…, bueno, está encantado de tener a Algie cerca de forma permanente.

—¿En qué lo notas? —Pettifer la miró con incredulidad y ella rio.

—Hace falta ser un experto para notar la diferencia, lo admito.

—Bueno, buena suerte. Quizá me pase por la subasta alguna vez. Como civil —aclaró—. Podrás engañarme para que puje por todas tus antiguallas. —Hurgó en el bolsillo de su chaqueta, poniéndose serio de repente—. Antes de irme…, hay algo más que Evelina quería que te diera. Esta vez a ti. —Le entregó a Felicia un trozo de papel lila—. Es el resto de la carta de Betsy. La parte que arrancó para que pareciera una nota de suicidio.

Felicia lo miró un momento antes de tomarlo, cerrando los dedos a su alrededor.

—Gracias, sargento. Por todo. —Esbozó una sonrisa—. Espero que ahora pueda ir por fin a ese partido de *rugby*.

—Creo que me he ganado unos días libres —dijo inclinando la cabeza—. Buenas noches, Felicia.

Lo observó alejarse por el puente, con los cordones desatados, hasta que se perdió en la bruma dorada en la distancia.

—Vaya día. —Dexter apareció a su lado, apoyándose en la barandilla verde.

—Vaya semana —le corrigió ella—. Espero que a partir de ahora las cosas sean más tranquilas.

Ambos contemplaron el agua, donde las luces del pueblo empezaban a titilar en el anochecer.

—Tu padre está encantado de te quedes, ¿sabes? Lo noto porque parece aún más serio que de costumbre.

—Antes me dijo que se alegraba de que Algie y yo no hubieramos muerto —comentó divertida—. Lo que, por supuesto, es su manera de decir que nos quiere mucho a los dos y que está tremendamente aliviado de que estemos bien.

—Menuda explosión de sentimientos. No me extraña que el hombre esté agotado. —Dexter sonrió—. Entonces, ¿las cosas están arregladas entre vosotros? ¿Está contento de que vuelvas a Grant's?

—Ni por asomo. Preveo que será un camino difícil. Probablemente tendremos las mismas discusiones que antes —respondió ella, haciendo una pausa—. Pero ahora soy más mayor. No necesariamente más sabia, pero desde luego menos impulsiva. Seguro que nos las arreglaremos de un modo u otro. —Le dio un codazo—. ¿Y tú qué? ¿Qué pasó con esos papeles que te dio Pettifer? ¿Había algo?

—Nada de nada. —Se encogió de hombros—. El armario no aparece en ningún inventario. Es como si…, no sé, como si nunca hubiera existido.

—Lo siento, Dexter —dijo Felicia con sinceridad—. Sé lo decepcionado que debes de estar.

—Para ser honesto, no creo que tenga derecho a decepcionarme por nada nunca más. —Se volvió hacia ella, inusualmente serio—. Casi perdemos a Algie hoy, Fliss, y probablemente fuera culpa mía, por ser tan condenadamente egoísta. Si no hubiera estado tan obsesionado conmigo mismo… —Agachó la cabeza—. No puedo culparte por no perdonarme.

Por un momento, Felicia estaba demasiado atónita para responder. Nunca lo había visto tan arrepentido. Más aún, nunca lo había visto tan cerca de pedir perdón.

—Ninguno de los dos es perfecto, Dexter —dijo al fin—. Y siendo sincera, no creo que fuera bueno para Algie si lo fuéramos. Además —continuó, suavizando la voz—, te interpusiste entre nosotros y una maníaca armada con una espada esta noche. —Rozó con la punta de los dedos el cabestrillo—. Creo que eso compensa con creces los errores del pasado. —Apartó la mirada, consciente de su reticencia a hacer la siguiente pregunta. Se esforzó por mantener un tono ligero —. ¿Cuándo te vas otra vez?

—No me voy.

Levantó la mirada hacia él con asombro.

—Pero… ¿qué pasa con *El buscador de tesoros*? ¿No vas a luchar por ello?

—Por ahora no. —Los ojos de Dexter se pusieron de un azul tan oscuro que parecía tinta—. He estado fuera demasiado tiempo, Fliss. No quiero perderme nada más.

—De la vida de Algie, quieres decir —completó ella, al ver que la frase quedaba a medias.

—Claro, sí —contestó apresuradamente, apartando la mirada—. Eso es lo que quería decir.

—Entonces…, ¿qué harás?

—Lo que hacía antes. Artículos, conferencias, algún libro. Quizá incluso intente llegar al fondo de ese maldito asunto de Carlos I. Estoy convencido de que hay más.

Felicia ocultó una sonrisa. Dijera lo que dijera, Dexter siempre sería Dexter. Predecía que en pocas semanas estaría de nuevo tras alguna pista.

—¿No te aburrirás? —preguntó con ironía—. ¿En un pueblucho como este? Esta semana ha sido una clara anomalía, ¿sabes? Por lo general, es terriblemente aburrido.

—Oh, no sé yo —dijo curvando los labios—. Tengo la sensación de que Stamford aún guarda muchos secretos. —Se apartó de la barandilla—. Está refrescando. ¿Entras?

—En un minuto. —Cuando él se dirigía hacia el cálido resplandor de la casa, le gritó—: Si *El buscador de tesoros* se acabó…, ¿significa que dejarás de llevar sombrero?

—¿Tú qué crees? —Dexter se lo quitó mostrándole una sonrisa, y ella puso los ojos en blanco.

Pero la alegría no duró. Se desvaneció de su rostro mientras desplegaba los dedos para revelar el arrugado trozo de papel lila.

Era ahora o nunca. Tras tomarse un momento para serenarse, lo desdobló con cuidado, sus ojos recorriendo la continuación de la nota anterior.

Nunca pretendí involucrarme con Barrington Clay, de verdad que no. Pero me sentía tan infeliz. Mi hija acababa de decirme que no podría tomarse tiempo libre para venir este verano; hace casi tres años que no veo a los niños, y estaba terriblemente decepcionada. Llevaba tanto tiempo esperando su visita. Pensé que, si pudiera reunir el dinero para un billete, tal vez podría ir a verlos. Pero no parecía haber forma…, hasta que él apareció.

De verdad que no creí que hubiera nada malo en ello. Solo quería el nombre de un cliente; tan poca cosa. Por supuesto, solo después me di cuenta de lo tonta que había sido; nunca quiso realmente el nombre. Todo había sido para tenerme en deuda con él. Me sentí tan terriblemente avergonzada; incluso intenté devolverle el dinero, pero no lo aceptó.

Quiero que sepas esto, Felicia, porque ahora está muerto y, técnicamente, soy libre. Pero no me siento así en absoluto. Ahora Hugo cree que tu padre está perdiendo facultades, y tu padre también empieza a creerlo, todo por mi culpa… Y simplemente no puedo soportarlo. Prefiero que todos me odiéis, que es lo que probablemente haréis después de leer esto. Pero al menos tendré algo de paz en mi corazón.

No voy a suplicar tu perdón ni defenderé más mis acciones. Pero hay algo que quiero que sepas: nunca robé en Grant's. Todo lo demás lo hice yo, pero eso no. Puede parecer insignificante frente a todo lo que he hecho, pero para mí importa. Es lo único de lo que puedo sentirme orgullosa.

Probablemente me estés esperando ahora, preguntándote dónde estoy. Siento no poder reunirme contigo, pero creo que es más fácil así. Dejaré esta carta en tu puerta más tarde esta noche. Puedes considerar esto mi dimisión; habré recogido mis cosas cuando llegues al trabajo mañana por la mañana.

Tu más querida amiga,
Betsy

Una lágrima cayó sobre la firma mientras Felicia la leía, emborronando la tinta de color violeta. La brisa tiraba del papel

entre sus dedos, y lo soltó, observando cómo giraba hacia el agua, arrastrado por la corriente hacia las torres recortadas contra el cielo rosado y lila.

Epílogo

Margaret Creaton se detuvo en el descansillo, con el oído atento a los sonidos de abajo. Un chorro de agua, un tintineo metálico al llenar la tetera, y la caótica sucesión de notas que Colin consideraba tararear. Por lo general, la sacaba de quicio, pero en esa ocasión se alegraba. Porque así sabía en qué lugar exacto de la casa se encontraba.

Con dedos temblorosos, insertó la llave en la puerta cerrada, girándola con un fuerte clic. Se quedó inmóvil, escuchando con atención, pero solo le llegó el ininterrumpido tarareo, seguido del sonido de la tapa de la lata de galletas al abrirse.

A hurtadillas, en silencio, Margaret entreabrió la puerta y se adentró en su santuario.

La habitación estaba llena, aunque no de productos de limpieza como le había hecho creer a Colin. En su lugar, una cueva de Aladino repleta de tesoros le devolvía la mirada. Ocupaban estantes, mesas y, cuando se quedó sin espacio, el suelo, donde se desparramaban en pilas tambaleantes. Cuencos de té, cabezas de muñecas, figuritas de cristal, joyas… Todo de bisutería, nada remotamente valioso. Nada que se echara de menos, al menos no lo suficiente para justificar una investigación seria. Ese era uno de los requisitos para los objetos que había tomado de numerosas casas de subastas a lo largo de los años; el otro era que fueran pequeños. Lo bastante pequeños para caber en un bolsillo o bajo un abrigo. Ese *modus operandi* le había ido bien hasta ahora; Margaret nunca había sido descubierta, aunque de vez en cuando se arriesgaba, solo para ver si era capaz. La cafetera sueca era un ejemplo de ello, tomada de

una subasta en Chichester, sacada de contrabando dentro de una bufanda enrollada. Había sido tenso, emocionante; había sentido una profunda decepción cuando nadie lo notó.

No estaba muy segura de por qué había empezado, ni siquiera, a esas alturas, de cuándo había sido la primera vez. No era una manía de la infancia, sino de la mediana edad avanzada. Un día, en medio de una interminable exposición junto a Colin, aguardaba con impaciencia mientras él examinaba meticulosamente cada centímetro de un carruaje nuevo por el que planeaba pujar. Y entonces, de repente, lo vio. Una bolsa de coches de juguete de colores brillantes, y junto a ella, un camión rojo, tumbado de lado. Obviamente, se había caído de la bolsa mientras alguien revisaba el lote, y nadie lo había notado.

Nadie excepto ella.

Antes de darse cuenta, su brazo se disparó hacia delante, atrapándolo, y luego lo guardó en su bolsillo. Al principio, se quedó atónita consigo misma; jamás había robado nada. Bueno, excepto algún bolígrafo del banco, que, siendo justos, esperaban que te llevaras.

Pero después, la euforia la golpeó en una oleada tecnicolor.

Recorrió el resto de la exposición en un estado de éxtasis, sintiendo el peso del camión en el bolsillo, sonrojada por el secreto que solo ella conocía. Siguió esperando que la culpa la golpeara, pero nunca llegó. En su lugar, solo podía pensar en cuándo podría volver a hacerlo.

Un psicólogo podría haber dicho que Margaret estaba satisfaciendo una necesidad de peligro y emoción que faltaba en su vida. Lo único que Margaret sabía era que resultaba como una droga, un momento de pura vitalidad que anhelaba violentamente entre dosis.

Sin embargo, por primera vez, mientras miraba su colección, sentía cualquier cosa menos su habitual euforia. En su lugar, se sentía totalmente nauseabunda.

Ese policía casi había entrado allí, casi lo había descubierto todo. Solo por pura suerte habían atrapado al asesino la noche anterior y no volverían con una orden. De repente, bajo la luz de esa

revelación, esas cosas que había adquirido tan alegremente —y el método por el que las había adquirido— parecían menos un juego. Esas cosas, esas hermosas cosas… Acarició con amor una pequeña urna de bronce, luego retiró la mano bruscamente como si se hubiera quemado. Se habían convertido en sus enemigos. Tenía que parar. Tenía que encontrar una manera de…

Se oyó un gran alboroto en el descansillo y la puerta se abrió de golpe, inundando la habitación con la luz del sol.

—Lo siento, Margaret. —La voz lastimera de Colin flotó escaleras arriba—. Entró sin avisar, te lo juro. No pude…

—Está bien, Colin —espetó Margaret, el pánico haciendo su tono aún más cortante de lo habitual—. Yo me encargo. ¿Quién es usted? —exigió a la figura recortada que llenaba el umbral. Tomó aire temblorosamente, reuniendo un coraje que ya no sentía—. ¿Y qué hace en mi casa? No tiene derecho… No tiene ningún derecho a…

—Disculpe —dijo la voz de una mujer. Dio un paso adelante, hacia la luz—. No me conoce. Me llamo Magda Clay. —Miró alrededor de la habitación, formándose una lenta sonrisa satisfecha en sus labios, luego volvió a mirar a Margaret.

—Parece, señora Creaton, que usted y yo tenemos algunos asuntos que discutir.